

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:
**EL SUEÑO DE LOS DURMIENTES
PERDIDOS**

(Trilogía: "Vampiro. La Alianza del Grial", vol.3)
David Niall Wilson

To Dream of Dreamers Lost
Traducción: Manuel Mata Álvarez

PRIMERA PARTE

_____ 1 _____

–Me decepcionáis, Antonio –dijo Montrovant, mientras dejaba la vacía copa de brandy sobre el escritorio de madera barnizada. Se recostó sobre el asiento y juntó las yemas de los dedos. Observándolo por encima del pequeño arco que sus manos habían formado, añadió–, de veras.

La cara del obispo Antonio Santorini se volvió del color de la remolacha y su enorme cuerpo se estremeció por la ira, pero se mantuvo en silencio. Tal vez odiase al hombre que se sentaba frente a él con cada latido de su corazón, pero en la misma medida le tenía miedo. Antonio deseaba alcanzar la vejez y retirarse a un monasterio... un agradable sueño. Pero Montrovant no se preocupaba de los sueños de Antonio; Montrovant negociaba con pesadillas.

–Hablo en nombre de la Iglesia en este asunto –dijo Santorini al fin–. El acuerdo no fue cumplido. La alianza está rota. Sin duda, podéis comprender nuestra postura.

–¿Rota? –Los ojos de Montrovant despidieron un brillo cruel–.

Espero que vos y yo todavía podamos considerarnos aliados, Antonio. De veras que lo espero.

–Por supuesto –se apresuró a decir Santorini–. Precisamente por eso me encuentro aquí. Debemos concluir una nueva alianza, y debemos hacerlo cuanto antes. No hay duda de que es la Orden la que ha traicionado el acuerdo. Debemos encontrar la manera de recuperar lo que robaron antes de que Roma comience a impacientarse con nosotros.

Montrovant dejó escapar una risa desprovista de toda alegría mientras tomaba la garrafa del escritorio y volvía a llenar las copas.

–¿Acaso creéis, Antonio, que me importa siquiera un ápice lo que pueda pensar Roma? En absoluto. Vuestra Iglesia y vuestro Papa podrían pudrirse y desaparecer en el polvo mañana mismo sin que ello significase nada para mí. Desde el principio habéis sabido esto. Nuestra alianza no tiene nada que ver con la fe. Puede que alguno entre los miembros de mi hermandad comparta vuestras creencias, pero podéis tener por cierto que yo sólo creo en la oscuridad, y en mí mismo.

–Llegará un día en que os arrepentiréis de esas palabras –replicó Santorini, su voz apenas un murmullo–. Porque a todo aquel que camina sobre la Tierra le alcanza un día el juicio.

–Cuando yo sea juzgado, si es que llego a serlo, amigo mío –Montrovant rió entre dientes–, vos ya no existiréis, ni siquiera como un recuerdo. Pero ahora tenemos otros asuntos que atender, y sugiero que comencemos a hacerlo. Yo sí he mantenido mi parte del acuerdo. Os he traído la prueba. La cripta está vacía, como sospecho lo ha estado todo este tiempo, y la Orden ha desaparecido. He conseguido un testigo.

La mirada de Montrovant se deslizó hacia un lado, posándose sobre un cofre cerrado hecho de la misma caoba oscura y brillante del escritorio. Se levantó, su alta y delgada figura envuelta en una capa de largo vuelo y un traje negro como el carbón. La cruz de los Templarios, bordada sobre la tela, parecía capturar la luz y devolverla con un brillo hipnótico. Oficialmente los Templarios habían sido disueltos, pero Montrovant no temía la ira de los reyes ni la de Dios. De algún modo conseguía convertir el simple acto de estar de pie en algo a la vez elegante y fascinador. Santorini agitó la cabeza, tratando de apartar de su mente este pensamiento, que distraía su concentración, pero todo lo que logró fue aumentar su insidiosa jaqueca.

Montrovant se acercó al cofre y posó suavemente las manos

sobre su superficie. Era muy grande. Con la altura de un hombre adulto y por lo menos dos veces su anchura. El obispo no podía apartar de su mente la imagen de un elaborado sarcófago.

El cofre estaba sellado con una urdimbre de bandas de metal bruñido, a la vez vistosa y funcional. No de cobre ni de bronce, sino de un acero recio y cuidadosamente trabajado. La caja no mostraba fisuras en ninguno de sus lados, pero el obispo sabía que había sido abierta por lo menos una vez.

–Acercad vuestro oído a la superficie, amigo mío --dijo Montrovant con tono lascivo y un brillo intenso en la mirada--. Puede que oigáis algo interesante.

Santorini sintió que se le secaba la garganta, y no dijo nada. Se mantuvo a distancia del cofre. Y asimismo de Montrovant. En todos los años pasados como enviado de Roma junto a la secta de Montrovant, jamás había experimentado una sensación de peligro tan intensa como en aquel instante. Enseguida, la sensación se disipó, pero su recuerdo se había instalado en su memoria, frío, vasto y vacío.

–¿Debo dejarlo salir, Excelencia? --susurró Montrovant con voz clara, pese a que apenas parecía mover los labios--. ¿Os gustaría conocerlo? ¿Qué tal una pequeña experiencia en persona? ¿Quizá os gustaría castigarlo personalmente por su fallo, por el fallo de la Orden? No era uno de ellos, pero ciertamente los servía. ¿No? Lástima. Podría haber sido una interesante diversión.

Se le acercó, sosteniendo su mirada como una víbora hipnotizando a su presa antes del ataque.

–No tenéis idea, Antonio, de lo mucho que me complacen estas diversiones. Me temo que ya no me prodigo tanto como solía.

Repentinamente, el obispo recuperó el control de su cuerpo y se echó unos pasos hacia atrás, jadeando. Montrovant estaba riendo de nuevo, y su cercanía le resultaba a Santorini insoportable.

–Debéis saber --dijo el obispo atropelladamente, casi tropezando mientras retrocedía hacia la puerta-- que la Iglesia me ha autorizado a llegar a un acuerdo con vos, y que quiero considerar que ese acuerdo ha sido alcanzado. Encontrad la reliquia, devolvedla a la Iglesia y recibiréis a cambio cualquier recompensa que podáis soñar.

–Lo dudo, Antonio. De veras que lo dudo --dijo Montrovant, todavía riendo con fuerza--. Incluso dudo que podáis siquiera comprender mis necesidades. Pero quizá surja un día la oportunidad para que os *instruya* acerca de ellas.

Santorini se estremeció. Volviéndose rápidamente, pero sin

apartar la mirada de la alta y oscura silueta de Montrovant, se precipitó hacia la puerta. Sentía, de alguna manera, que el peligro de chocar contra una pared o tropezar por descuido resultaba insignificante comparado con el hecho de darle la espalda a Montrovant. Algunos errores son eternos.

* * *

Montrovant se mantuvo inmóvil observando cómo el torpe, necio, y corpulento obispo abandonaba la estancia. Tal vez había sido indiscreto al presionarle con tanta dureza, pero para él no era más que un hombrecillo insignificante. Y Montrovant no era de los que escondían su desprecio. Lentamente volvió su atención al cofre, y mientras lo hacía su sonrisa se tornó a la vez más intensa y más siniestra. Dio un golpecito sobre la tapa y volvió a su escritorio para esperar. Los otros llegarían pronto, y hasta entonces debía ordenar sus pensamientos. Iba a ser una noche interesante, una que haría que todo lo demás mereciera la pena.

* * *

En el interior del cofre, el hambre devoraba a Abraham como lo haría el ácido, abriéndose paso a través de sus vacías venas y quebrantando su voluntad. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que sintiera el aire sobre su piel? ¿Cuánto tiempo desde la última vez que siquiera se había movido? ¿Días? ¿Semanas? Lo poco que restaba de su cordura le hablaba de días, pero su hambre parecía aullar en su mente desde hacía una eternidad.

Débilmente, se debatió contra el cable que le mantenía aprisionado, pero en vano. Aun contando con todas sus fuerzas, no hubiese podido liberarse; en estas condiciones, el esfuerzo era poco más que un objetivo en que concentrar su mente, la única ocupación que le quedaba. Pronto, bien lo sabía, comenzaría a intentar roer las paredes de madera de su prisión, consumido en la insensatez de la llamada de la sangre.

Había escuchado a Montrovant golpear la madera, había sentido su presencia, pero no existía nada que él pudiera hacer. Trató de alcanzar la mente de su carcelero con garras formadas de odio y desesperación, pero no encontró ninguna respuesta, ninguna salvo el eco de una carcajada retumbando en su mente.

Se concentró en los acontecimientos que habían conducido a su captura, escudriñando los recuerdos como si fuesen las marchitas páginas de un libro, o un código sagrado, en las que encontrar las respuestas que habían de liberarle. Había recurrido a aquellos recuerdos tantas veces desde que fuera capturado que habían terminado por adquirir la borrosa inconsistencia de una neblina irreal, pero no le quedaba otro remedio. Le debía su prisión tanto a aquellos acontecimientos como a la traición de Montrovant.

Los otros se habían marchado mucho antes de que Montrovant llegara. La Orden se había desvanecido entre el polvo de los caminos y la niebla de las montañas. Y el Grial no era lo único que se había ido con ella. Asimismo la promesa otorgada a Abraham, el precio de aquel servicio que él ofreciera y consumara, se había disuelto. Ahora se tornaba el precio de su prisión. La Orden se había marchado y el hambre permanecía.

Montrovant se había deslizado hasta el interior de la montaña la misma noche de la traición de la Orden. Cuando el sol se puso y Abraham despertó a la oscuridad, supo de inmediato que algo había cambiado. La montaña, con sus laberintos de corredores y bóvedas, resonaba de ordinario con el perfume de la hermandad –la maravilla de sus sangres, la magia de sus auras, tan intensas que su mera ausencia bastaría para perturbar a Abraham–. Aquella noche, en cambio, se había despertado envuelto en el vacío. Ellos se habían ido, llevándose consigo la promesa de compartir la prodigiosa sangre, y la promesa del Grial.

Se arrastró hasta la cripta, sabiendo lo que encontraría pero incapaz de abandonar el último retazo de esperanza que le quedaba. La puerta estaba abierta, y la cámara permanecía sumida en el silencio, vacía, estéril. El Grial se había ido. No es que él lo hubiera visto una sola vez. En realidad, nadie salvo los miembros de la Orden había estado jamás en su presencia. Para el resto su existencia no era más que una leyenda. Pero aun así se palpaba en el ambiente un lamento elocuente, un vacío que hablaba de la pérdida de un tesoro sin precio.

Entonces Montrovant había caído sobre él. Era viejo. Tal vez tan viejo como los mismos miembros de la Orden, y sin duda mucho más poderoso que el propio Abraham. La sencillez de su captura era prueba más que evidente de ello. Lo derrotó como si fuera un niño, sometiéndolo y confinándolo a su prisión sin que ni siquiera tuviera una oportunidad de luchar por su libertad.

Ahora esa libertad apenas era otra cosa que un sueño improbable. Lo mejor que podía esperar era una destrucción rápida, la muerte, y el juicio que la seguiría. Pero Montrovant, legendario por su crueldad, no era alguien de quien pudiera esperarse clemencia ni siquiera en la muerte. Quebraría su mente y su espíritu para conseguir lo que quería. Abraham no albergaba la menor duda al respecto.

Todo lo que podía hacer era esperar. No había compartido la poderosa sangre de la Orden y, paradójicamente, esta podía ser la causa de su salvación. De haberlo hecho se hubiera convertido en una presa mucho más valiosa. Pero la traición sufrida, el que le hubieran abandonado para afrontar en solitario las represalias de Montrovant y la Iglesia por la ruptura del pacto, podía hacer que sus carceleros le deparasen un mejor trato. Pero incluso cuando su mente se aferraba a tan tenue esperanza, su corazón la rechazó con desdén. Pasase lo que pasase, su último recuerdo sería el hambre.

* * *

Apenas una hora había transcurrido desde la marcha de Santorini cuando los demás comenzaron a llegar. Montrovant los esperaba. Había cambiado la capa y la túnica bordada por una larga toga de terciopelo. Todavía lucía la cruz del Temple en el pecho pero ahora, sobre el atuendo ceremonial, le otorgaba un aire sacerdotal, o incluso regio. No es que se complaciese especialmente en los adornos, pero sabía apreciar la manera en que contribuían a ensalzar la fuerza de sus rasgos, la belleza de su silueta y la majestuosidad de su presencia. En ese momento podría haber pasado por un profeta.

Los recién llegados, aunque inferiores a Montrovant en presencia u oscura vitalidad, formaban una impresionante comitiva. Allí estaba du Puy, los largos y oscuros mostachos crecidos casi hasta los hombros, a la misma altura de los cabellos, los ojos de un azul gélido y profundo. Y también Jeanne Le Duc, el hijo rebelde de un duque que no había podido soportar la idea de languidecer encerrado en un castillo y bajo una corona. Aunque conducido cada uno por sus propios y oscuros designios, existía un vínculo entre Le Duc y Montrovant que el resto nunca comprendería.

Todos ellos eran seres desarraigados y solitarios, con secretos y afanes que sólo a cada uno concernían, pero sus corazones latían con una cadencia común. Pocos hombres se habían comprometido con la verdadera senda de los Caballeros Templarios, pero esos pocos eran

leales hasta la muerte. Y aunque la orden había sido disuelta, su espíritu pervivía en este grupo. La sonrisa de Montrovant se ensanchaba mientras sus compañeros iban llegando.

Montrovant era al mismo tiempo el mejor y el peor de todos ellos. Ninguno alcanzaba a conocer más que una fracción de lo que escondía realmente su corazón, salvo quizá Le Duc, y éste sólo en alguna medida. Tampoco querían conocerlo. Les bastaba con saber que su liderazgo era fuerte y su voluntad tenía la firmeza del hierro. Les bastaba con saber que mantenía a la Iglesia y al pueblo apartados de ellos por la mera fuerza de su presencia. Les bastaba con saber que él gobernaba y ellos le seguían, a través de un camino pavimentado de sangre y aventura. No les importaba el que en realidad fuera un hombre muerto mucho tiempo atrás. Era algo de lo que no se hablaba. Algo asumido. Por todos ellos. Él era el regalo de Dios para ellos, su fortaleza.

A medida que iban llegando, se situaron alrededor del cofre de madera en el que Abraham se agitaba y se consumía. Cada uno contemplaba aquella prisión en forma de tumba con una mezcla de reverencia y respeto. Pero ninguno mostraba miedo. De poder temer aquello que encerraba el cofre, jamás hubieran seguido a Montrovant. Se enfrentaban a su prisionero como lo harían con una reliquia sagrada, con precaución y mucha atención.

Cuando la mayoría hubo llegado, Montrovant se levantó, reclamando silencio con un gesto de las manos, y comenzó a hablar.

–Nos enfrentamos a un dilema y a una misión. Nuestro acuerdo con el Santo Padre parece estar roto, aunque no creo que debamos temer represalias. Las cavernas están vacías. La Orden ha huido. Sólo podemos registrar lo que han dejado atrás con la esperanza de encontrar algo.

–Esto --señaló al cofre que tenía enfrente-- es todo lo que tenemos. El testigo de la traición de la Orden. Lo traigo ante vosotros como tal testigo, y también como símbolo del compromiso que requerirá de nuestras almas la prueba que el destino nos ha deparado.

Montrovant recorrió toda la habitación con su mirada, deteniéndose por un instante sobre cada uno de los presentes y examinando las reacciones a sus palabras. Apenas hubo un movimiento, pero el brillo que bailaba en cada mirada era respuesta más que suficiente. Le seguirían hasta las mismísimas puertas del Infierno. Incluso si llegara a decirles que la jerarquía de los Templarios había caído presa de la corrupción y que era su deber purgarla, le

seguirían sin vacilación. Formaban una unidad, un instrumento de justa venganza. Ni siquiera les faltaba la fe de la que precisamente él carecía. Y esto le resultaba una deliciosa ironía.

Tenían fe porque él les otorgaba la fuerza para ello. Él no creía en nada más que en sí mismo, pero se cuidaba de alimentar las creencias de sus pupilos.

–Debemos perseverar. No sé cómo, o cuándo, pero sé que debemos prepararnos para un viaje que podría conducirnos a una senda de muerte y sufrimiento. Tenemos una deuda para con la Iglesia, un vínculo sellado con la sangre de nuestros hermanos y la fe de nuestros padres. Juramos proteger el Grial y el resto de las sagradas reliquias. Pero el Grial ha desaparecido.

No mencionó que jamás había esperado encontrar la detestable copa en aquellas cavernas. Ni tampoco que la búsqueda de la Orden de las Cenizas Amargas era tan antigua como la propia Orden, y que en ella nadie había triunfado en el pasado. Ni tampoco que al final de su propia búsqueda no se hallaba el Grial, sino la sangre de aquellos que lo guardaban. Montrovant había consumido el tiempo de muchas vidas persiguiendo el Grial, y a través de su búsqueda había descubierto graves verdades, y asimismo las mentiras que se escondían detrás de muchas de ellas.

Du Puy lanzó una mirada a su alrededor. Se volvió hacia Montrovant con aire regio y una mirada llameante.

–Encontraremos a esa Orden. Nuestro brazo es muy largo. No hay lugar en el mundo conocido al que no alcancen los ojos y los oídos de nuestros deudos. Un grupo como ese, con tan gran tesoro que guardar, no podrá mantenerse mucho tiempo escondido.

Montrovant asintió.

–Hay algo más --dijo después de un instante--. Debemos interrogar al prisionero, y después debemos castigarlo. No es miembro de la Orden pero les ha servido. A Dios compete el juzgar, pero a Sus manos administrar el castigo. Y aunque hoy los Caballeros Mendicantes del Templo de Salomón hayamos de caminar en la sombra, todavía somos esas manos.

Todos los rostros asintieron. Se inclinaron lentamente, las miradas prendidas de las manos de Montrovant, mientras éste aferraba la banda metálica que aprisionaba la parte central del cofre. No tenía un martillo o una palanca o cualquier otra herramienta, y a pesar de ello, ninguno de los presentes dudaba que el acero se sometería. Todos ellos conocían la fuerza de su líder. Los caballeros creían que

Montrovant estaba iluminado con una fe más allá de su comprensión, expresión misma del poder de Dios. O al menos eso era lo que susurraban a sus corazones cuando éstos veían nacer una duda. Pero, fuera ángel o demonio, lo seguirían hasta la muerte, o más allá.

La primera de las bandas fue quebrada fácilmente, dejando sólo las dos que envolvían los extremos del cofre. Un súbito estrépito, un histérico arañar, estalló en el interior. Montrovant lo ignoró. Tranquila, metódicamente, se deslizó a los dos lados del cofre, rompiendo cada una de las bandas como si fuesen de papel.

–Contemplad a nuestro enemigo –siseó.

Tomó la tapa del cofre en sus manos y, dando un paso atrás, la levantó con un movimiento súbito, mostrando al hombre –o la criatura– que yacía en su interior.

Abraham tiritaba convulsamente, consumido por un hambre feroz. Se debatió intentando alcanzar a aquellos hombres que le miraban boquiabiertos, a la sangre que palpitaba en sus venas, pero sus esfuerzos fueron en vano. Los cables de acero aún lo retenían. Montrovant se adelantó, tomó los cables entre sus poderosas manos, y lo izó en el aire como si no fuera más que un niño.

Observando los ojos salvajes, enloquecidos, de su prisionero, la sonrisa de Montrovant se transformó en una mueca de desprecio.

–Has cometido dos graves errores, amigo Abraham. Elegiste a los señores equivocados y te dejaste capturar por mí. ¿Hay algo que quieras decirme ahora, o debo volver a acomodarte en tu pequeña caja... para siempre?

Sobrecogido por la intensidad de su necesidad y su vergüenza, Abraham se retorció y estremecía.

–No... no sé nada. Ellos... me abandonaron. Habían... prometido, pero...

La mueca de Montrovant se trocó en un gruñido, y agitó a su presa salvajemente. Los cables mordieron la debilitada carne de Abraham, haciéndole exhalar un gemido de agonía.

–Nada me importan sus promesas. Quiero saber *a dónde* han ido.

–No lo sé –balbuceó Abraham sofocadamente–. No lo sé.

Cuando cayó la noche ya no se encontraban aquí. La cripta estaba abierta y vacía, como cuando me encontraste. Sé tan poco como tú... por favor. Créeme. Te lo suplico...

Abraham giró la cabeza, y su mirada se posó sobre du Puy, la más cercana fuente de calor y sangre. Comenzó a farfullar ininteligiblemente, mientras sus ojos daban vueltas y sus labios se

contraían mostrando los colmillos. Aunque Montrovant lo sostenía con firmeza, la visión de esto que parecía un hombre, convertido de pronto en una bestia babeante, hizo que du Puy retrocediera un paso. El alto caballero musitó una oración queda.

Montrovant echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada.

–No tienes nada que temer, amigo mío. Nunca volverá a dañar a ningún hijo de Dios. De eso puedes estar seguro. Si no puede proporcionarme la información que necesito, me proporcionará en cambio *diversión*, y no tienes idea de lo valioso que un presente como ese puede ser para alguien como yo.

Jeanne Le Duc se adelantó con una fría sonrisa en los labios, ignorando la forma convulsa que era Abraham.

–Mi señor. Debemos actuar. Este... muchacho... no sabe nada. Debemos ponernos en camino antes de que el rastro de la Orden se desvanezca entre las sombras.

–Así lo haremos –replicó Montrovant. Con un ademán despectivo arrojó a Abraham dentro del cofre, apartándose de él sin dedicarle siquiera una mirada–. Partiremos al alba. Para entonces vuestros asuntos deben estar en orden. Os quiero preparados para la marcha. A todos. Nuestro honor, y nuestra posición dentro de la Madre Iglesia están en entredicho. La Orden debe ser destruida, y los tesoros devueltos a la Iglesia que podrá custodiarlos adecuadamente. Nuestro error debe ser reparado.

Cuando el sonido de sus palabras se desvaneció, reinó el silencio por unos instantes, pero todas las miradas brillaban con el deleite de la anticipación. Ni uno solo de entre todos ellos se sentía a gusto consumiendo el tiempo entre las paredes de un castillo. Y lo que se avecinaba prometía ser una larga y peligrosa aventura.

–Marchad –dijo finalmente Montrovant, despidiéndolos con un gesto–. Yo me ocuparé de éste. Nos encontraremos en las puertas del templo antes del amanecer. Marchad, y que Dios marche a vuestro lado.

–Que Él te guíe –le respondieron como una sola voz mientras se volvían y se encaminaban a la puerta.

Montrovant los observó salir en silencio. Detrás de él. Abraham se agitaba impotente en el interior de su ataúd. Estaba de cara al suelo, con el cuello y la espalda doblados de una forma antinatural, intentando incorporarse.

Montrovant se volvió hacia él.

–Así que, amigo mío, has resultado ser tan débil de espíritu como poco juicioso a la hora de elegir a tus compañeros. Debería haberlo esperado. ¿Cómo has podido llegar a creer que después de haber atesorado durante tantos años su famosa "sangre del Grial" la iban a compartir con alguien como tú? Con alguien que no es capaz ni siquiera de gobernar su propia hambre...

Abraham gimió, pero no dijo nada.

–Tengo un tratamiento especial para tu aflicción. Y te aseguro que es mucho más de lo que te mereces. Lo que debería hacer es servirme de ti, tomar el escaso aliento que pueda quedarte y dejar tus restos polvorientos para ser pisoteados por la chusma. Sena muy adecuado, y supondría, además, un recuerdo más que agradable. Pero, desgraciadamente, temo que no pueda permitirme ese placer. Necesito que hagas un servicio para mí. Un servicio que podría resultar de incalculable valor para mí búsqueda. Serás mi mensajero ante ese necio de Santorini. No puedo confiar el mensaje a ninguno de los míos. No lo comprenderían.

Con un terrible esfuerzo, Abraham levantó la cabeza del suelo de madera y la giró para mostrar la mitad de su rostro. Habló, lenta y apenas coherentemente, una calma helada deslizándose entre sus palabras. Montrovant sonrió abiertamente, mientras se inclinaba para escuchar.

–Nunca los encontrarás. Ellos me han abandonado, e igualmente te eludirán a ti --se detuvo un instante para reunir fuerzas, y continuó--. Eres un necio.

Montrovant contempló fijamente a Abraham durante unos instantes, y entonces se incorporó y rió furiosamente, hacia lo alto. Las carcajadas estremecieron su cuerpo hasta casi hacerlo caer sobre la brillante madera del escritorio.

–Oh, *realmente* te he subestimado --dijo atragantándose--. Tienes más valor del que hubiera supuesto.

»Pero debes saber esto --de pronto pareció recuperar el control de sí mismo--. Nada conoces sobre mis motivaciones o mis sueños. Yo *sí* los encontraré. Pero no para la Iglesia ni para esos que me siguen, crean ellos lo que quieran. Los encontraré, sí, y encontraré el Grial. Tengo todo el tiempo del mundo, y el reto merece la pena, ya lo creo. Por ahora, me es útil la fachada de los Templarios, y la protección de la Iglesia me conviene. Pero mañana... ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Los Templarios llegaron y se fueron, y yo siempre estuve allí. Si los abandono, puede que terminen de extinguirse, pero

yo perduraré.

Montrovant aferró los cables de nuevo, izando a Abraham sin contemplaciones.

»Ya es suficiente. Casi ha amanecido. Pronto debo ponerme en camino, y lo mismo harás tú a mi servicio, como te he dicho. Vamos.

Comenzó a caminar, tan pronto empujando a Abraham como arrastrándolo detrás de sí como a un perro con su correa. No había nada que Abraham pudiera hacer salvo tratar de mantenerse en pie y no derrumbarse sobre el suelo. Montrovant no le dedicó una sola mirada.

Lentamente fueron ascendiendo hacia los niveles superiores de la fortaleza hasta llegar a un enorme portón de madera que conducía a lo alto de la misma muralla.

Abraham sintió que le ganaba el vértigo al mirar hacia abajo desde lo alto, incapaz como era de usar sus brazos para equilibrarse. Se apartó todo lo que pudo del extremo de la muralla.

–Allí –exclamó Montrovant apuntando hacia el horizonte–. Allí se encuentra tu destino. Te ofrezco una oportunidad que no te mereces. La oportunidad de vivir. Será una gran batalla para tu alma, si es que eres creyente.

Exploró la mirada de Abraham, en busca de alguna reacción. Asintiendo con la cabeza, satisfecho, se volvió de nuevo hacia las montañas, allá en la lejanía.

–Pero incluso sin fe, la prueba te purgará. Será una purificación. Un renacimiento para tu fuerza y tu espíritu. Por supuesto, si fallas la prueba, y yo creo que así será, conocerás un mundo de un dolor llameante y abrasador, que consumirá tu cordura y te reducirá a una pila de cenizas amargas, justo tributo para aquellos a quienes has servido.

Repentinamente Montrovant levantó su brazo, llevándose consigo a su prisionero y dejándolo suspendido del aire tan fácilmente como lo haría con una jarra de cerveza.

–Colgado de estas murallas, te enfrentarás a la salida del sol. Si eres capaz de encontrar una manera de liberarte, si eres capaz de mantener apartada a nuestra amiga la Muerte de tu miserable cuerpo, entonces podrás comenzar a reconstruir tu mente y tu alma. Tendrás algo de lo que careces ahora, la más grande de las motivaciones y los propósitos. Tendrás tu venganza. Tendrás mi rostro, mi voz, para empujarte. No creo que volvamos a encontrarnos, aunque ruego porque así sea. Algunos hombres ansían mujeres. Otros ansían el vino

y las canciones. Yo ansío sencillamente diversión.

Descendió a Abraham a lo largo del muro hasta sujetar sus cuerdas a un gran garfio metálico que sobresalía de la pared de piedra. Cuando le sintió pender del garfio, soltó la cuerda y se echó hacia atrás.

Abraham se balanceaba como el extremo de un péndulo, las correas de metal hincándose más y más en su carne a medida que la gravedad lo empujaba hacia abajo. Desesperadamente, trató de luchar contra el dolor que amenazaba con sumir su mente en las sombras. En el horizonte, un brillo rojizo comenzaba a teñir las nubes matutinas. En poco menos de una hora, el sol coronaría aquellas montañas.

–Muere dignamente, amigo mío –clamó Montrovant echándose con lentitud hacia atrás–. Si por ventura logras sobrevivir hasta que llegue ese idiota de Santorini, dile a dónde he marchado. Cuéntale lo que te he contado. Sus caballeros se han ido. Nunca fueron suyos, de hecho. Sus tesoros han desaparecido; fueron siempre míos. Dile que guarde el castillo hasta mi regreso, aunque puede que no vuelva hasta después de que él haya muerto. Si llega a acercarse demasiado, drena su estúpido cuerpo y utiliza su fuerza para perseguirme. Eso me complacería enormemente.

Entonces se hizo un completo silencio. Abraham intentó controlar sus pensamientos, luchó tratando de encontrar un asidero contra el muro, pero ya los dedos del alba comenzaban a reptar sobre el horizonte. Ya sentía las primeras dentelladas de los rayos del sol. Comenzó a gritar, aullidos fuertes y quebrados que hacían pedazos el silencio de la mañana y se extendían como un eco a lo largo de la llanura.

Instantes más tarde, envuelto en oscuras túnicas y un gran sombrero negro, la cruz de los templarios resplandeciendo en su espalda, Montrovant atravesaba a caballo las puertas de la fortaleza. Por un momento, desde lo alto de la primera loma más allá de ellas, detuvo al caballo y se volvió para contemplar y saludar a la agonizante figura de Abraham. Entonces dio media vuelta y se perdió en la lejanía, titilando como una diminuta estrella que volase sobre la tierra.

El tiempo, su eterno aliado, estaba contra él en esta ocasión. A cada segundo que pasaba, el rastro se desvanecía. Lanzó al caballo al galope, inclinándose hacia delante y apretando la carne del animal. Podía sentir su miedo, pero lo controlaba, impulsándolo más allá de sus límites, para ganar cuanto antes las puertas del templo.

En algún lugar, a gran distancia, la sangre de los Ancianos le

llamaba con una urgencia que no podía ser rechazada. Y mientras tanto, el eco de los gritos a su espalda parecía espolearlo.

_____ 2 _____

La montura de Santorini, completamente cargada, tenía dificultades para avanzar, pero sin preocuparse por ello el obispo la azuzaba sin descanso. Santorini conocía bien los hábitos de Montrovant y sabía que de no alcanzar al tenebroso personaje en unas pocas horas, habría de esperar un día entero para encontrarse con él. Montrovant no estaba "disponible" durante el día. Al obispo no le importaban las razones, ni de hecho deseaba conocerlas, pero no tenía la menor intención de desafiar sus costumbres.

Las imágenes danzaban en su mente. Algunas provenientes de la noche anterior. Otras, como sombras de su pasado, de mucho tiempo atrás. Santorini había conocido y había temido a Montrovant durante exactamente el mismo número de días, horas, minutos y segundos. Desde el primer instante en que se encontrara con aquel hombre oscuro en una habitación, había sentido un frío gélido insinuarse en lo más profundo de su corazón. La primera mirada de Montrovant había maniatado al obispo en el preciso lugar en que se encontraba, y con tal fuerza que dudaba que un hombre fuerte hubiese podido desplazarlo un paso a empujones.

Con el tiempo se había vuelto peor. Santorini creía con verdadera devoción en su Iglesia y en su Dios, pero, por la misma razón, creía en el Mal. Montrovant era un mal poderoso, mientras que él mismo no era más que un mediocre bien. Poseía un corazón voluntarioso, pero su carne era tan humana como la de cualquiera –salvo, claro está, que ese "cualquiera" fuera el propio Montrovant—. Desde el primer instante el Oscuro había sido consciente de esto, y había sabido cómo manejar a su antojo los miedos e inseguridades del obispo. ¿Por que otra razón si no por esta inmediata consciencia lo habría reclamado como intermediario en sus tratos con la Iglesia?

La fortaleza de Montrovant apareció en el horizonte mientras la avanzadilla de la luz del alba se insinuaba sobre los picos de las montañas. Santorini no reparó en la ondeante y agitada sombra que pendía del muro de piedra hasta que se encontró mucho más cerca, e

incluso entonces la tomó por una extraña bandera que se hubiese desenganchado de su asta. Ni siquiera le dedicó un pensamiento, concentrando sus energías en la lucha que se avecinaba.

Montrovant jamás toleraría que fuera la Santa Madre Iglesia la que dictara los términos de sus relaciones. El obispo era consciente de ello. Era la comprometida tarea de Santorini el mantener el convencimiento de sus superiores de que se encontraban al mando de la situación, y al tiempo complacer al ego de Montrovant. Al observar la luz rojiza del sol cobrar mayor fuerza sobre el horizonte, Santorini picó espuelas. Aquella noche había trabajado larga y duramente para conseguir los permisos y autorizaciones necesarios para rehacer la alianza con Montrovant, y ahora no estaba dispuesto a abandonar la fortaleza con las manos vacías.

Al llegar junto a la muralla del castillo, escuchó de pronto el chillido demente de Abraham. Se volvió y pudo ver su cuerpo abandonado, girando sin control, del que brotaba una humareda. Aunque el obispo Santorini no era un genio de la observación, comprendió lo que ocurría al instante.

Desmontando a toda prisa, sin preocuparse siquiera de atar al animal, se precipitó escaleras arriba hasta el enorme y decorado portón y lo empujó. Entonces, haciendo acopio de cada fracción de valor con que su Dios pudiera haberle obsequiado, giró la manija y empujó. Las dos hojas del portón se abrieron suavemente, con la perfección de un mecanismo bien engrasado, tan inalterables como el autocontrol del propio Montrovant. Santorini las atravesó y se dirigió hacia las escaleras. Quienquiera que estuviese colgado de las murallas necesitaba socorro, y resultaba obvio que Montrovant, incluso si se encontraba en la fortaleza, no tenía la menor intención de ayudar a su "invitado".

Si por una vez le acompañase la suerte, meditó el obispo, Montrovant se habría marchado hace rato. Aunque sin duda esto supondría una nueva colección de problemas. Los Altos Prelados de la Iglesia ya estaban suficientemente descontentos con Santorini por sus tratos con los "caballeros". Esto terminaría por socavar la poca confianza que aún pudieran abrigar respecto a su capacidad para manejar la situación.

Atravesó la puerta hasta llegar al estudio en que permaneciera la noche anterior, y al hacerlo sintió una punzada de miedo atravesando su espina dorsal. Sus rápidos pasos se tornaron una carrera, y en cuestión de segundos alcanzó el exterior, sobre la parte alta de la

muralla. Mucho antes había vuelto a escuchar los gritos.

Ninguna voz humana podría haber proferido aquellos sonidos que lo asaltaban. El dolor y la terrible fuerza que parecían impulsarlos estaban más allá del alcance del hombre. La sospecha lo obligó a detenerse. Si no era un hombre, ¿qué otra cosa podía ser? ¿Acaso Montrovant?

El obispo Santorini trató de imaginar una criatura, o un hombre, lo suficientemente poderoso como para derrotar al Oscuro, y dejarlo en tal posición. Entonces trató de imaginarse a sí mismo salvando a Montrovant de su prisión del muro, y de los rayos del sol. Si efectivamente se trataba de Montrovant el que colgaba del muro, de pronto lo supo, se marcharía y lo dejaría allí, abandonando su impía alma a la condenación. Pero si, en cambio, se tratase de un enemigo del Oscuro, quizá acabase de encontrar un aliado.

Moviéndose tan deprisa que la cobardía de su corazón no tuviese tiempo de traicionarlo, musitando entre dientes una plegaria tras otra con la voz alterada por la fuerza de sus latidos, alcanzó el extremo de la muralla, y se asomó.

La mirada que se abalanzó sobre la suya lo dejó tan helado como si un manto de hielo acabase de caer sobre él. Unos ojos profundos, inmisericordes y a la vez suplicantes, se aferraron a los suyos. Los sonidos fluían sin pausa de los labios de aquella cosa; aunque tenía el aspecto de un hombre, Santorini sabía que se encontraba frente a un demonio. Ningún hombre hubiera podido enfrentarse al abismo de angustia que revelaba su expresión. La piel de un hombre no hubiera crepitado y desprendido humo al posarse sobre ella la luz de la mañana. Y por encima de todo, ningún ser, salvo el propio Montrovant, había logrado paralizar al obispo con el simple recurso de su mirada.

La cosa trataba de escalar la muralla, de desgarrar la misma piedra del muro con unos dedos cubiertos apenas por unos delgados jirones de carne. Pero esas manos estaban presas con lo que parecían ser cables de acero. Más cables envolvían el torso de la criatura, apretando sus brazos contra él, y era de estos últimos de los que pendía.

Santorini se dio cuenta de que con un esfuerzo podría asomarse lo suficiente como para alcanzar los cables. También sabía que, a pesar de su corpulento y desgarbado aspecto, tenía la fuerza suficiente como para izar a aquella cosa del muro y robársela a la furia de los rayos del sol. Comenzó a asomarse, extendiendo su brazo a lo largo del muro, hasta casi alcanzar aquella mano con aspecto de garra

que se agitaba en su dirección. Su mente parecía oponérsele. Una súbita oleada de náusea, provocada por el vértigo, el miedo y la aversión, la pestilencia que despedía el aliento de la criatura, y el horrible poder de sus ojos agonizantes, lo golpeó. Maldijo la culpa que palpitaba en su pecho y no le dejaba abandonar la criatura a su holocausto.

Estaba suspendido sobre el saliente, en un precario equilibrio, sin poder acercarse más, sin retroceder, tan inmóvil como el mismo tiempo que parecía haberse paralizado a su alrededor. Y mientras tanto el sol seguía levantándose, inconsciente del drama que tenía lugar bajo su mirada.

De pronto un horripilante chillido se extendió por los aires, y la espalda de la criatura estalló en llamas. Inconscientemente, Santorini actuó. Extendió todo su cuerpo, aferró las cuerdas de acero, esquivando de algún modo las temblorosas garras, y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. Al principio pareció que se había sobrestimado, que sería demasiado para él, pero entonces, repentinamente, enardecido por el odio que sentía hacia Montrovant y el ímpetu de la adrenalina con que su miedo le había obsequiado, se echó hacia atrás, hasta el otro lado del parapeto, arrastrando detrás de sí los cables y a la criatura. El brusco movimiento la arrojó más allá del obispo, yendo a chocar contra el suelo de piedra.

Los cables aún constreñían su cuerpo mientras se retorció sobre el suelo tratando sin mucho éxito de extinguir las llamas, pero no podían ocultar el hambre y la locura que sacudían sus facciones. Santorini se apartó un paso, luego otro, contemplando a la criatura con morbosa fascinación. Las llamas habían remitido. Los rayos del sol todavía no se habían deslizado para alcanzarlo por encima del parapeto.

Alcanzar el cable e izar a la criatura hasta la relativa seguridad de lo alto del muro había resultado una hazaña complicada y trabajosa, pero la situación que afrontaba ahora el obispo resultaba mucho más peligrosa. ¿Cómo podría acercarse lo suficiente a la temblorosa criatura para apartarla de la amenaza de la luz del sol sin exponerse a ser mordido, atacado o destruido? A pesar de que estuviera presa, Santorini no tenía dudas sobre el destino que le esperaba si se acercaba a ella.

Aproximándose con muchísima cautela, el obispo habló.

—No sé que puede haberos ocurrido para encontraros a esta situación, pero lo que sí sé es que si los rayos de sol caen sobre vos

será vuestra muerte... una segunda muerte... --el obispo vaciló un segundo antes de continuar--. Debo llevaros al interior, a la sombra, y vos debéis decirme lo que necesitáis para sanar. Si me atacáis, no sobreviviréis. No hay tiempo para ello. Debéis confiar en mí.

Los ojos de la criatura dejaron escapar un destello de algo --¿acaso entendimiento?-- pero no dijo nada. Santorini avanzó otro paso. Aquellos oscuros, ardientes ojos seguían cada uno de sus movimientos con la atención que una serpiente depararía a un ratón, pero no hubo señal alguna de que se dispusiera a atacar.

Santorini podía ver claramente que a la criatura le estaba costando un gran esfuerzo controlarse. Por un instante creyó descubrir al hombre que había debajo de aquellos rasgos horribles y aquella mirada demente. Si no el mejor entre los servidores de Dios, el obispo tampoco era el peor de ellos. Ahora se movió rápidamente, tomó el cable de acero entre sus manos y comenzó a arrastrar rápida, casi frenéticamente, al hombre-cosa hacia la puerta, y al interior de la fortaleza.

Mientras avanzaba, iba rezando. Había pasado ya tiempo desde la última vez que experimentara el impulso sincero de su espíritu a la oración, pero en aquel momento sentía su fe, o la esperanza de esa fe, renovada. Sentía una fuerza que no era la suya impulsándolo hacia delante. Las palabras, brotando suavemente de su memoria y de su corazón, lo protegían de las imágenes que asaltaban sus pensamientos. La criatura agitándose, liberándose de pronto de sus ataduras, y haciéndolo pedazos miembro a miembro; o, peor aún, Montrovant reapareciendo de repente detrás de él y preguntándole que se creía que estaba haciendo al liberar a un prisionero de las murallas de una fortaleza que no le pertenecía.

No importaba. El prisionero estaba muy fuertemente maniatado... y aunque había mostrado considerable fuerza y fiereza mientras pendía del muro, parecía estarse debilitando muy rápidamente. En el camino hacia la puerta hubieron de atravesar otra franja de luz. El súbito asalto de los rayos del sol volvió a prenderle fuego a todo su cuerpo, y Antonio se precipitó hacia las sombras sin mirar tras de sí, casi tropezando y cayendo por las largas y tortuosas escaleras.

Frotándose con frenesí contra las paredes, la criatura pudo al fin apagar las llamas que la envolvían, pero su ininteligible, desesperado balbuceo continuó. Ya no se trataba de gritos, pero la magnitud del dolor que revelaban, la angustia palpitante en aquellas vacías cuencas que una vez habían sido ojos, desgarraron el alma de Santorini. Casi

dio un paso hacia la criatura, tan fuerte había sido el impulso de misericordia. Casi.

–Sangre --graznó la criatura. Pero Antonio apenas alcanzaba a distinguir las palabras de entre la seca y áspera tos que era su voz.

–¿Qué? --se acercó cautelosamente, inclinándose todo cuanto se atrevió--. ¿Qué habéis dicho?

–Sangre --repitió Abraham--. Traedme sangre... por favor.

Conmocionado, Santorini se apartó, mirándolo fijamente. ¿Qué estaba haciendo? Aquella cosa, aquel medio hombre medio Dios sabía qué, había estado a punto de arder hasta una muerte que sin duda se merecía y él, Antonio, lo había evitado. Ahora pedía lo imposible, nada menos que sangre, y el obispo era el responsable.

Viendo cómo el rostro de Santorini se contraía por la repugnancia y el terror, la criatura que había sido Abraham habló de nuevo.

–Animal --graznó--. Será suficiente. Por favor.

Antonio se dio la vuelta y corrió. No miró atrás, y de haber podido hacerlo sin perder el equilibrio y caer escaleras abajo, se hubiera tapado los oídos con las manos, hubiera cerrado los ojos con obstinación, y hubiera gritado.

Todos aquellos años, todos los secretos coloquios con Montrovant a altas horas de la noche, cada indirecta y cada amenaza, todo ello resultaba de pronto insignificante frente a la definitiva verdad, por fin desvelada, que yacía en el suelo sobre él. Esta criatura era como el Oscuro, como Montrovant, y se alimentaba de sangre. Con el corazón latiendo furiosamente, el obispo corrió hasta el patio en busca de su caballo, y no se detuvo hasta que tuvo las riendas en sus manos y los pies firmemente apoyados sobre el estribo.

Entonces volvió a ver la fortaleza y recordó quién era él, *qué* era, y porqué había venido. No llegó a montar en su caballo. Su mirada se posó sucesivamente sobre la fortaleza, sobre las murallas que se elevaban hacia lo alto, sobre el gancho en el muro del que apenas unos momentos antes pendiera un hombre-criatura consumiéndose en llamas al sol. Entonces se volvió, regresando a los establos, y allí comenzó a entonar una larguísima oración, una que no terminaría hasta bien entrada la noche, cuando le ganara el sueño. Debía haber animales, alguno. Rezó porque no fuesen caballos.

* * *

Resultó que había gran cantidad de cerdos en la pocilga, y

algunos de ellos eran lo suficientemente jóvenes como para que ser manejados sin mucha dificultad. Hacía ya muchos años que Antonio no sacrificaba un cerdo, pero esa era una de aquellas lecciones de juventud que no se olvidan fácilmente. Guardó la sangre, todavía caliente, en el único recipiente que pudo encontrar, un balde para alimentar a los animales. El olor de la sangre, mareante y dulzón, le provocaba náuseas mientras ascendía las escaleras, pero se obligó a seguir adelante, hasta aquella cosa que, postrada, arañaba débilmente el suelo. Incluyó el balde y dejó que un pequeño chorrito de sangre se vertiese sobre sus labios.

La reacción fue instantánea y súbita. Se estremeció, casi arrancándole el balde de las manos y, abriendo la boca por completo, se extendió y se estiró hacia la sangre. Antonio se apartó, recuperó el equilibrio, y volvió a acercarse, manteniendo esta vez el balde a cierta distancia. Cuidadosamente fue dejando una vez tras otra que la sangre cayese en pequeños chorros hasta llenar la boca del ser. Después se detuvo, y volvió a hacerlo.

Los frenéticos movimientos se fueron calmando a medida que la criatura engullía la sangre con más regularidad. Era como contemplar a un borracho tragarse un barril de cerveza sin detenerse una sola vez a tomar aliento. En apenas poco más tiempo del que le hubiera costado al obispo derramar su contenido sobre el suelo, el balde estaba vacío. Entonces, repentinamente, la cosa volvió su cara hacia él... solo que ahora ya no parecía una cosa.

El muchacho tenía ojos oscuros y graves, y la sangre que resbalaba por su cara ya no le otorgaba el aspecto de una bestia babeante, sino el de un joven herido y necesitado, y presa del agotamiento. Santorini avanzó un paso hacia él, pero vaciló. Por fin, todavía terriblemente débil, el muchacho murmuró:

–Llévame a un lugar oscuro y dejadme descansar. Cuando me despierte y el sol se haya ocultado, hablaremos.

Antonio volvió a vacilar, todavía indeciso.

–¿Quién sois? –preguntó con suavidad.

–Mi nombre es Abraham –jadeó el muchacho.

Antonio tomó su decisión en aquel momento. Era una señal. No había otra manera de interpretarlo. *Abraham*. Solo que en esta ocasión no era Isaac el que había sido ofrecido en sacrificio, sino el propio Abraham. Y, Antonio podía verlo ahora con claridad, el sacrificio había tenido lugar donde realmente importaba, en el corazón. Este Abraham podía ser una criatura de la sangre y del Diablo, pero

también era un hijo de Dios. No había manera de negar esta verdad para un creyente en las Escrituras y en Cristo. Abandonarlo a su suerte hubiera sido un pecado tan grave como ignorar a un niño moribundo o a una mujer necesitada.

El obispo tomó los cables de nuevo, teniendo cuidado de permanecer a la espalda del muchacho y lo arrastró escaleras abajo hasta las más oscuras habitaciones del piso inferior. Había una especie de bodega o almacén junto al salón principal donde la oscuridad sería más que suficiente.

El descenso, estrepitoso y violento, debió sin duda resultarle doloroso, pero Abraham no dejó que un solo sonido escapase de sus labios. Los ojos del muchacho permanecían cerrados, su cabello estaba enmarañado por causa de la sangre del cerdo, y su ropa hecha jirones. Antonio jadeaba por el esfuerzo, que comenzaba a resultarle insoportable. Ya no tenía ni la fuerza ni la voluntad para realizar un descenso que resultara menos incómodo para el muchacho.

Alcanzaron el piso inferior en silencio. Tras un instante de descanso para recuperar el aliento, Antonio arrastró a Abraham a través de la puerta hasta el interior de la bodega, sin molestarse en llevarlo escaleras abajo, hasta el fondo, y se volvió para marcharse.

–Aguardad... –las palabras de Abraham eran ahora más claras, pero todavía sonaban muy débiles. Antonio se inclinó sobre él, acercándose todo cuanto se atrevía, esperando.

–Cuando volváis –jadeó–, traed más sangre con vos.

Antonio dio un paso atrás, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Era demasiado.

–Debéis hacerlo –Abraham parecía luchar para encontrar las palabras exactas, sus ojos cerrándose a medida que se adentraba en una oscuridad que el obispo no podía ni tan siquiera concebir–. Debéis hacerlo, por nuestra mutua seguridad.

Antonio se volvió entonces, apartando sus ojos de la desfigurada cara del muchacho, arrojándose precipitadamente hacia el gran salón más allá de la entrada. Cerró violentamente la puerta, pero ni siquiera la furia del acto le ayudó a calmar su miedo.

–Sangre –suspiró–. Por el amor de todo lo que es sagrado. Me he convertido en un ladrón, un ladrón de sangre.

Se arrastró tambaleándose hasta el patio, donde descansaba su caballo. Montó con torpeza y a punto estuvo de derrumbarse sobre la cerviz de la bestia cuando ésta comenzó a dirigirse con un medio galope en dirección a Roma. Cerró los ojos y aferró las bridas,

murmurando una vez tras otra "Dios mío, debo ser fuerte. Debo llevarle la sangre". Su mente hervía con pensamientos de castigo y redención. Tenía que servir a su corazón, y su corazón le decía que no abandonara a aquella criatura a la muerte.

Mientras cabalgaba, creía sentir sobre sus espaldas el terrible peso de la oscura mirada de Montrovant, buscando su alma.

3

El recuerdo y la promesa del terror son emociones poderosas, pero la amenaza de un peligro inmediato gobierna aún con más fuerza los pensamientos. El obispo Santorini había vuelto a la fortaleza mucho antes de que cayera la noche. Encendió un fuego en la chimenea de la sala de estar. No se atrevía a utilizar el mucho más confortable estudio, a pesar de tener la certeza de que Montrovant se había marchado. La presencia del Oscuro parecía mucho menos intensa en aquella sala de estar... y eso tranquilizaba considerablemente al obispo. Cuanto menor fuese el tufo del recuerdo de Montrovant y sus caballeros, mejor se encontraría él.

En una esquina de la sala descansaba un cesto, por cuyo borde asomaban las cabezas de media docena de botellas de vino. Cada una de ellas, cuidadosamente tapada, contenía sangre fresca de vaca. Había tenido que pagar un buen precio, tanto por la sangre como por el anonimato, y de hecho se había visto obligado a recurrir a tres intermediarios diferentes para conseguirla sin llamar demasiado la atención. No le complacía la idea de que pudiese llegar hasta los oídos del Papa la noticia de que uno de sus obispos se dedicaba a suministrarle sangre a un *vampiro*.

Aquellas palabras, *Hay muchas habitaciones en la casa de mi Padre*, cobraban un sentido más profundo y más oscuro para alguien que, como él, había transitado por algunas de esas habitaciones. Había entre quienes servían a la Santa Madre Iglesia algunos que marchaban guiados por el ritmo de sus propios tambores, y unos pocos de ellos debían hacerlo internándose en las más profundas tinieblas. Estremeciéndose con este pensamiento, arrojó otro tronco al fuego.

El sol se había puesto hacía ya tiempo. Sabía que no podría

demorar mucho más lo que tenía que hacer. Tomando una de las botellas, con cuidado de no abrirla hasta que no fuera absolutamente necesario, se dirigió hacia las escaleras y al destino que lo aguardaba tras ellas. En la otra mano llevaba una botella de buen vino tinto.

Colocando la botella de vino bajo su brazo, tomó el picaporte de la puerta que daba a la bodega. Sabía que Abraham permanecía atado, y que sus ataduras habían sido lo suficientemente fuertes como para mantenerlo inmovilizado sobre el muro de la fortaleza, pero tal conocimiento apenas bastaba para calmar sus temores. Estaba resuelto a llegar a un pacto con una criatura que sin duda provenía de lo más profundo del mismo infierno, y lo haría con la única intención de mantener su vida y su maltrecha reputación a salvo. Necesitaba encontrar a Montrovant, o a la Orden, a cualquiera de ambos, y debía recuperar lo que habían robado. Si eso significaba afrontar la muerte o, peor aún, el hambre de aquel que se hacía llamar Abraham, tendría que hacerlo.

Abrió la puerta, dejando que la débil luz proveniente del fuego de la sala de estar disipara parte de la oscuridad del interior. Al principio creyó que se encontraba solo. Entonces reparó en la pierna que surgía de una sombra y dejó que sus ojos la siguieran, acostumbrándose lentamente a la falta de luz. Escuchó un suave sonido, el rozar de unas ropas contra la piedra, nada más. El corazón de Antonio retumbaba en su pecho, sin que supiera exactamente el porqué... hasta que advirtió la intensidad del silencio. No se oía ninguna respiración proveniente de las sombras.

Rápidamente penetró en la habitación... con la súbita sospecha de que todo su esfuerzo hubiese sido en vano, y su prisionero hubiese muerto. Abrió aún más la puerta, avanzando por completo hasta el rellano y entonces pudo ver los ojos, abiertos, prendidos sobre él desde las sombras. Descansaba junto al muro de piedra, con los hombros apoyados en la pared, y los cabellos un poco menos enmarañados que la última vez que se vieran.

–Habéis vuelto –las palabras parecían demostrar sorpresa, pero algo en el tono con que las pronunció revelaba que no había abrigado duda alguna al respecto.

–He traído la sangre –tartamudeó el obispo sin atreverse a avanzar un paso.

Abraham asintió.

–Pero primero –añadió Antonio– debemos hablar.

Comprendiendo que el vampiro no iba a arrojarse sobre él, se

acercó un poco, inclinándose hacia él para que sus ojos pudiesen atravesar la oscuridad y le permitieran ver sus facciones.

–Es muy importante que me escuchéis con atención. Tengo que encontrara una manera de asegurarme de que si os libero no me matareis... o algo peor.

–Me salvasteis –dijo Abraham quedamente–. Sólo por eso estoy en deuda con vos. ¿Qué es lo que queréis de mí?

El temblor que agitaba los hombros de Antonio no cesó, pero al menos pudo hablar con más firmeza.

–Busco al que os abandonó sobre el muro. Montrovant, maldito sea su negro corazón. Ese es ahora el propósito de mi vida. Pero por mis propios medios no tengo la menor posibilidad de encontrarlo o, incluso si llegara a hacerlo, de enfrentarme a él.

–¿Queréis que cace a Montrovant? –Los ojos de Abraham brillaron por un instante, y entonces comenzó a reír. Al principio débilmente, entre dientes, pero cada vez con más fuerza, hasta que el sonido de sus carcajadas llenó por completo la habitación, y se extendió más allá.

Antonio retrocedió un paso, abriendo los ojos. El volumen de la risa crecía, y tuvo que taparse los oídos con las manos. Pero no consiguió apartar de su mente el resonar de aquel sonido burlón y medio enloquecido. Con un chillido, giró sobre sus talones y cruzó una vez más el portal, atravesando a la carrera el vestíbulo hasta detenerse junto a la chimenea. Y aún entonces, el sonido de la burla de Abraham parecía flotar tras él, persiguiéndolo.

Entonces, tan repentinamente como había comenzado, la risa se detuvo, y en el silencio pudo escucharse una sencilla palabra.

–Sí.

Antonio se volvió, con las manos todavía aferrándose a sus oídos, preguntándose si habría entendido bien. La palabra se repitió, disipando toda duda.

–Sí –dijo Abraham de nuevo–. Volved aquí, siervo de Dios, y traed la sangre con vos... toda la sangre.

Volvió a reír, entonces, pero esta vez el sonido no era tan estrepitoso, ni tan sobrecogedor para el corazón. Antonio corrió junto a la cesta con las botellas, la tomó con tanta impaciencia que estuvo a punto de volcarla sobre el suelo, y se apresuró cruzando el salón de vuelta a la bodega.

Abraham no habló mientras el obispo penetraba en la pequeña habitación. Se limitó a observarlo con una expresión impasible y grave

cincelada sobre el pálido rostro. El obispo abrió la primera de las botellas, se acercó, y la posó suavemente sobre los labios de su prisionero. El vampiro bebió como un niño de la botella, tragando la sangre casi con avaricia. Al cabo de unos instantes estaba completamente vacía. Antonio se volvió para coger una segunda, cuando Abraham habló de nuevo.

–Sería mucho más sencillo si me desatarais y me permitierais abrir las botellas por mí mismo.

Ignorando sus palabras, Antonio destapó una segunda botella y se acercó a él. Se detuvo. El vampiro lo miraba fijamente, pero no había nada en su mirada que le provocara miedo. Sus rasgos parecían ahora más saludables, más jóvenes, y sus ojos más graves. Sabía que podía estar engañándose, cometiendo un error fatal, pero al menos en ese caso su fin sería rápido. Si había de regresar ante sus pares y señores de la Iglesia con la noticia de que había perdido sus más preciados tesoros, y de que no tenía la menor idea de qué hacer para recuperarlos, entonces su muerte sería lenta y muy dolorosa.

Dejando la botella a un lado, se inclinó sobre Abraham para examinar las cuerdas de acero que lo mantenían preso. No sería una tarea fácil desatarlo. Iba a necesitar tiempo y herramientas.

–Lo intentaré –tras una duda, añadió–. Amigo mío, debo encontrar algo con lo que cortar estos cables, y también ingeniar una manera de hacerlo sin arrancaros ningún miembro.

–No os preocupéis demasiado por herirme –replicó Abraham con voz suave–. Mi capacidad de recuperación os resultaría... sorprendente.

Antonio miró a Abraham directamente. Ya no se enfrentaba a una macilenta y marchita criatura, debatiéndose por su existencia. Lo que tenía frente a sí, mirándolo casi orgullosamente a los ojos, era un joven apuesto al que apenas se le adivinaban ya los estragos causados poco antes por las llamas y la luz del sol. Asintiendo pausadamente, atravesó caminando el salón y la sala de estar hasta la chimenea. Al entrar en la sala, sus ojos se posaron en la pared, sobre un tapiz. Allí, colgadas con los mangos formando una cruz, descansaban una maza de guerra y un hacha. La luz vacilante despedida por el fuego relucía intensamente sobre la hoja.

Antonio se acercó a la pared y liberó el hacha de su engarce. Su peso le sorprendió, casi haciéndole perder el equilibrio. Soltó el arma, que fue a rebotar sobre el suelo de piedra. La tomó de nuevo, y la sopesó. Podía levantarla, pero le haría falta una mano muy diestra

para golpear con ella las cuerdas metálicas que aprisionaban a Abraham.

La arrastró a lo largo del salón y a través de la puerta hasta la bodega.

Abraham contempló la rechoncha figura del obispo, la imponente arma entre sus manos, y su mirada se oscureció.

—¿Podéis siquiera levantar esa arma, hombre de Dios? ¿Es que acaso me habéis salvado la vida sólo para acabar separándome la cabeza de los hombros de un fallido hachazo?

—No sé que otra cosa puedo intentar --farfulló Antonio sofocadamente—. No soy un herrero.

El obispo se sintió de pronto muy fatigado, pese a que cargar con el hacha todo a lo largo del salón no hubiera debido cansarlo tanto. Comenzó a sentarse en el suelo, tratando de relajarse durante unos momentos.

La mirada de Abraham estaba prendida en la suya. Tuvo por un instante la impresión de que la intensidad que palpitaba en aquellos ojos escondía algo extraño. Quería levantarse y volver al salón en busca de alguna otra herramienta, algo con lo que poder cortar aquel acero, pero su cuerpo se negaba a obedecer sus órdenes.

—Yo...

Sus palabras se desvanecieron y se sumió en la oscuridad, mientras sentía el suelo agitarse, acercándose a él en ángulos extraños, el hacha se escurría de entre sus manos y caía rebotando contra el suelo. Con su último pensamiento consciente trató de protegerse de la caída con las manos, pero no respondieron a sus órdenes. No hubo nada más.

* * *

Abraham se concentraba. Todavía estaba muy débil e ignoraba por cuanto tiempo podría mantener su control sobre el cuerpo del obispo, o en que medida ese control le permitiría manipular los movimientos del otro con precisión. Lo que sí sabía era que si permitía que el necio clérigo manejara el arma, sus posibilidades de supervivencia eran mínimas.

Con los ojos cerrados, trató de hacerse impermeable al castigo que los cables estaban infligiéndole a su carne. En cuanto había comenzado a recuperar sus fuerzas y la sangre había restañado el vigor de sus músculos, el dolor había vuelto, renovado. Sabía que los

cables permanecían sujetos por un único y grueso candado. Era allí donde debía descargarse el golpe. Y debía ser un único y contundente golpe... contra la piedra, o sería inútil.

Dejó que su mente se expandiera... hasta alcanzar las hebras que enlazaban el inconsciente cuerpo del obispo con su mente, y sometiéndolas a sus propios pensamientos. Hubiera debido rodar hasta colocarse en una posición más adecuada, pero no podía. Mientras controlaba el cuerpo del obispo, el suyo permanecía inerte. No podía verlo, pero sentía el tosco cierre metálico descansando sobre el frío suelo de piedra.

El cuerpo del obispo se estremeció... y comenzó a girar lentamente. En completo silencio, Antonio Santorini, los ojos vacíos y oscuros, se alzó del suelo. Abraham se concentraba con todas sus fuerzas... y como una enorme marioneta. Antonio volvía a tomar el hacha del suelo. Pero ahora había una diferencia. Sin el estorbo de sus propios pensamientos parecía gobernarla con mucha mayor facilidad, apoyándola sobre los hombros.

Un golpe. Se dijo Abraham. Sólo tienes un golpe. Y debe bastar.

Comenzó a transmitir las imágenes, sencillas y precisas, desde su mente hasta los miembros del obispo. El hacha se levantó con facilidad sobre la cabeza del sacerdote. Un paso, luego otro, concentración, el candado, el hacha, hacer de todo ello una imagen... y... ¡Ahora!

El hacha mordió el aire, describiendo un preciso arco hacia abajo. Abraham cerró los ojos... y en su mente pudo ver el golpe descargarse sobre el cerrojo. El tiempo se detuvo en aquel instante, mientras su vida, y luego una segunda vida, acudían a su mente en un destello, como una confusa pesadilla de emoción y remordimiento.

Se produjo un agudísimo tintineo, el choque del metal contra la piedra. Inmediatamente liberó al obispo y se apartó rodando, mientras una atroz punzada de dolor le atravesaba el cuerpo de parte a parte. El hacha cayó al suelo con gran estrépito y el cuerpo del obispo se derrumbó tras ella.

Abraham abrió los ojos. El dolor lo enloquecía, pero estaba libre. Trajo sus brazos frente a sus ojos y los examinó. Profundas líneas marcaban los lugares donde el metal había mordido la carne, y la piel en el revés de una de sus manos había sido cruelmente arrancada por el golpe del hacha hasta dejar el hueso al descubierto. Maldiciendo en voz baja, buscó a tientas el candado que todavía sujetaba los cables de sus piernas. Sabía que era el único punto débil de su prisión.

Tomándolo firmemente en su mano, comenzó a retorcerlo con fuerza.

Nada ocurrió al primer intento. Entonces el recuerdo de la burlona risa de Montrovant acudió de pronto a su memoria, y volvió a intentarlo. El candado se rompió, liberando súbitamente los cables, y Abraham se desplomó contra la pared.

Al aclararse sus pensamientos, recordó las botellas de sangre. Con un gruñido sordo comenzó a arrastrarse lenta y penosamente por el suelo, espoleado cada vez con más fuerza por la urgencia de su hambre. Sabiendo que su voluntad estaba en ese momento debilitada, se mantuvo cuidadosamente aparte del cuerpo del obispo. No tenía otro aliado en el mundo y se haría un flaco favor a sí mismo convirtiendo a ese aliado en su comida.

Engulló el contenido de la primera botella de un solo y largo trago, y lo mismo hizo con la segunda. Lo hizo sin un pensamiento. Su mano comenzaba a curarse, y asimismo las líneas que habían dejado los cables de metal iban desapareciendo, pero tampoco a esto prestó atención. Había pasado tanto, tantísimo tiempo desde la última vez que se sintiera repleto que aunque la sangre de animal fuera un débil sucedáneo que no terminaría por restañar sus fuerzas al completo, le supo como un dulcísimo néctar. Había pasado tanto tiempo desde que pudiera moverse libremente, y no solo para debatirse y arañar fútilmente con las manos atadas la caja que había sido su prisión, que la libertad le resultaba embriagadora.

Los estragos causados por el sol nunca desaparecerían del todo. Había una larga cicatriz cruzando uno de los lados de su cara que lo acompañaría el resto de sus noches. Pero no fue consciente de nada de todo ello hasta que el último trago de la última de las botellas hubo descendido por su garganta.

Lentamente, sus ojos volvieron a ser conscientes de cuanto le rodeaba. Recordó al obispo. No sería adecuado que su nuevo aliado despertara para encontrarse tendido como un fardo sobre el suelo. Levantándose por vez primera desde que el Oscuro lo hubiera capturado y lo hubiera apartado del mundo de los vivos, estiró los miembros. Entonces se agachó y levantó el cuerpo inconsciente de Santorini con facilidad, llevándolo a través del gran salón hasta la sala de estar, donde el fuego aún ardía en la chimenea. La calidez que despedía el fuego no significaba nada para Abraham, pero sabía que resultaría benéfica para su compañero. Después de lo que acababa de hacerle, pasaría mucho tiempo y haría falta considerable esfuerzo para que se recuperase. Y para que volviera a confiar en él. El único

hecho que hablaba en favor de Abraham era que no le había quitado la vida al pobre necio.

Con cuidado para no causarle cardenales o contusiones ni agravar los que ya comenzaban a aparecer en su carne, depositó al obispo sobre un pequeño asiento acolchado. Después se sentó él mismo en una silla, entre las sombras, y se dispuso a esperar. Si había aprendido alguna cosa de la ordalía que acababa de afrontar, era precisamente la capacidad de enfrentarse a solas con sus propios pensamientos.

* * *

Antonio fue arrancado de los brazos de la oscuridad por un vibrante retumbar que se hacía más y más intenso a medida que iban despertando sus pensamientos conscientes. Pero hasta que no hubo abierto del todo los ojos, dejando que la vibrante luz del fuego disipara las sombras, no advirtió que el retumbar no era otra cosa que los propios de su corazón, restallando contra una cabeza que parecía haber sido convertida en pulpa.

Trató de levantarse, pero le falló el equilibrio y cayó hacia atrás. El brusco movimiento y el impacto contra el asiento redoblaron la intensidad de su dolor de cabeza, y le obligaron a cerrar los ojos durante un largo instante, mientras trataba de reordenar sus pensamientos. Entonces los recuerdos acudieron súbitos y sus ojos volvieron abrirse. Con un acceso brusco de energía, notable para alguien que acababa de despertar de la inconsciencia, Antonio incorporó el torso, escudriñando la oscuridad con los ojos inflamados de un repentino terror.

—Calmaos, amigo mío —la voz de Abraham se deslizó como un paño de seda desde las sombras—. Si os quisiera muerto, podéis estar seguro de que lo estaríais hace rato.

Antonio se giró hacia el sonido... apenas capaz de adivinar entre las sombras la silueta del vampiro, apartado en una pequeña alcoba a un lado de la chimenea. El impulso de levantarse y correr sin mirar hacia atrás hasta alcanzar el patio exterior y su montura, fue muy intenso, pero finalmente se impuso el sentido común. Antonio se recostó sobre el asiento.

—Para alguien que había mostrado tanto entusiasmo por verme libre, no parecéis demasiado emocionado por el éxito alcanzado —dijo Abraham dejando escapar una risita.

Antonio se llevó una mano al chichón de su cabeza y lo palpó cuidadosamente. Su mirada recorrió la habitación. Una expresión confusa adornaba su cara.

–¿Cómo...?

–Debéis perdonarme, pero no podía confiar mi vida a vuestra pericia con el hacha. Tuve que tomar... ciertas medidas... para asegurarme de que perdía la menor carne posible en el proceso de mi liberación. A pesar de ello no estuvo falto de peligros... o de dolor. Creo que me habéis salvado la vida dos veces... la primera rescatando mi cuerpo del muro, y la segunda permitiéndome utilizar el vuestro. Os lo agradezco sinceramente, amigo mío... pero al mismo tiempo me pregunto, ¿qué es lo que creéis conseguir manteniéndome con vida? Ya habéis visto el resultado de mi primer encuentro con el Oscuro... ¿Qué os hace pensar que el segundo tendrá un distinto desenlace?

Antonio tuvo que esforzarse para ordenar sus pensamientos. Sabía que sólo seguía vivo porque el otro lo permitía, y no deseaba de ninguna manera que aquella situación cambiase.

–Por mis propios medios, no tengo ninguna posibilidad de volver a ver a Montrovant –dijo al fin–. No a menos que él lo desee. Y en todo caso, cuando ese encuentro finalmente se produzca, él será el que venza. La Iglesia posee los recursos necesarios como para enfrentarse a él con más esperanzas de éxito, pero reclamar su ayuda significaría llamar su atención sobre mi propio fracaso y mis limitaciones. Quiero que sigáis su rastro. Por mí, pero también por vos. Quiero que trabajéis conmigo para que juntos podamos encontrar la manera de devolverlo, a él y a lo que él busca, a la influencia de la Santa Madre Iglesia... y si no es posible, entonces lo quiero muerto. Vos podréis entonces ser el nuevo guardián. Poco me importa que acabe por ocurrir una cosa o la otra.

Abraham guardó silencio por unos instantes. El obispo, creyendo no haber expuesto suficientemente sus argumentos, se dispuso a hablar de nuevo.

–Sois un necio –se le adelantó Abraham, hablando al fin–. Creísteis que Montrovant trabajaba con vos, que teníais un pacto. El Oscuro es bien conocido en la Orden a la que yo servía, y he llegado a conocer buena parte de su historia. Jamás ha sellado un verdadero "pacto" salvo con sus propios designios. Y si le sirviera a estos designios el haceros creer a vos o a vuestra Iglesia que erais aliados, no vacilaría un instante. Como no vacilaría en llevar la ruina al Vaticano o en colgar vuestra rechoncha carcasa de un árbol y esperar

debajo, dándose un festín con el goteo de vuestra sangre. Así que --continuó Abraham--, lo que pretendéis que lleve a cabo en vuestro favor, o en favor de esa Iglesia que ni siquiera debe conocer mi existencia para no hacer peligrar vuestra débil posición, es el desvarío de un necio. Vos lo ignoráis, pero hay algunos en el Vaticano que conocen la existencia de los de mi raza, e incluso la existencia de Montrovant. ¿Cómo me protegeréis de ellos? ¿Y cómo sugerís que lleve adelante lo que me pedís? Lo único que conseguiríais sería una peculiar caza, en la que la presa persiguiera al cazador a través de la tierra, con la ayuda indirecta de aquellos que ni siquiera reconocen su existencia. Y lo que yo conseguiría sería la certeza de una segunda muerte a manos de aquel de quien por tan poco margen he logrado escapar. Lo que os pregunto ahora es. ¿por qué debería hacerlo? Para alguien de mi naturaleza, una alianza con la Iglesia resultaría una situación peligrosa en el mejor de los casos, y difícilmente merecedora de poner en riesgo la existencia.

Antonio cavilaba rápidamente. El hilo de sus pensamientos lo condujo hasta Montrovant, y lo poco que de él conocía.

--Si Montrovant aspira a ser el guardián del Grial --dijo, entonando cuidadosamente cada una de las palabras--, entonces la posesión de la reliquia debe sin duda otorgar alguna clase de poder personal... algo que no está dispuesto a compartir con nadie. Si devolvéis el tesoro a la Iglesia, tal vez se os encomendara su custodia. Podríais fundar vuestra propia orden, reunir vuestra propia mesnada de caballeros oscuros. Podría también ofreceros una fabulosa recompensa en oro y joyas, pero algo me dice que si vuestro deseo fuera acumular riquezas podríais hacerlo mucho más fácilmente por vuestros propios medios. O podría ofreceros sangre, un suministro inmediato e inagotable de ella, pero también para esto dudo que requiráis mi ayuda. De otro modo no hubierais vivido lo suficiente como para necesitar que os salvase esta vez. No. La más dulce recompensa que puedo ofreceros es la venganza misma. No llegaré tan lejos como para decir que me lo debéis, aunque es cierto que allá en el muro os rescaté del ardiente tacto del sol. Lo que sí diré es que os lo debéis a vos mismo. Os debéis la oportunidad de la venganza. En más de una ocasión he oído al Oscuro decir que a cada día que pasa las diversiones escasean más en su existencia. ¿Os negareis a proporcionárselas? ¿Podéis permitiros hacerlo?

Abraham volvió a reír, suavemente. Levantándose con lentitud, surgió de entre las sombras a la vacilante luz del fuego. Su piel había

sanado por completo, salvo la gran cicatriz que cruzaba su rostro, su pelo volvía a estar limpio y bien arreglado... sus ojos resplandecían, reflejando la sincera alegría que brotaba de sus labios de una manera impensable para el propio Montrovant.

Sus cabellos, hasta hacía poco débiles y cenicientos, habían recuperado su tono rubio, y descendían suavemente sobre los hombros. Era media cabeza más alto que el obispo, y bastante más delgado. Su cuerpo estaba modelado con la lozana fortaleza de la juventud, pero a sus ojos se asomaba una insinuación de experiencia y madurez que disipaba rápidamente esta impresión.

–Habláis bien, como corresponde a un hombre de vuestra profesión, pero vuestras palabras son innecesarias. El propio Montrovant se aseguró de que lo perseguiría si lograba sobrevivir... en realidad me retó a hacerlo, por las mismas y locas razones que habéis expuesto. Está hastiado. Me invitó a reclamar mi venganza, aunque sospecho que no creía que llegara a tener la oportunidad, o siquiera los medios, para llevarla a cabo. Está persiguiendo a la Orden, y yo mismo debo encontrarlos de nuevo. Él tiene su búsqueda y yo tengo la mía. Solo que ahora la mía se ha endulzado con la promesa de que podré cobrarme mi venganza en el preciso instante en que encuentre aquello que he estado buscando. Y puesto a que ya estaba determinado a llevar adelante esta aventura --los ojos del vampiro se encendieron con un destello, como si estuviera complacido--, sería estúpido por mi parte rechazar la ayuda de alguien que podría suponer un serio obstáculo de estar en mi contra.

–En ningún caso me opondría a vos --balbució Antonio rápidamente. Hubiera continuado hablando, pero Abraham lo detuvo con un gesto.

–Sé que pensáis que eso es cierto, pero no lo es. Si rechazase vuestra alianza y me marchara, buscaríais a otro para reemplazarme, o recurriríais a otros medios para llevar adelante vuestros propósitos sin mi ayuda. Ese otro sería un obstáculo, quizá incluso un serio peligro, para mis planes. Lo cierto, amigo mío, es que me interesa enormemente ser vuestro aliado. Y tampoco carezco de gratitud por vuestro rescate.

Antonio se levantó entonces y Abraham se le acercó con la mano extendida. Tras un instante de indecisión, el obispo la estrechó.

–Está sellado, entonces --concluyó el vampiro con una sonrisa--. Hay algunas cosas que necesitaré antes de partir, y todavía debo recuperar parte de mis fuerza... pero apenas tenemos tiempo que

perder.

–Lo que quiera que necesitéis, si está en mi mano conseguirlo, lo tendréis --respondió Antonio con entusiasmo.

–En ese caso tengo una petición, amigo mío, una que pondrá a prueba la sinceridad de vuestro compromiso. No sería una buena idea que me dedicase ahora a cazar por los alrededores. Podría ser visto. Y en su momento, en caso de regresar de mi misión, no me gustaría ser señalado por el odio o el miedo de los habitantes de la zona.

Antonio se estremeció, consciente de lo que se le pediría y atemorizado por ello.

Abraham lo observó fijamente y desde muy cerca, una siniestra sonrisa coloreando sus labios.

–No me contrariéis en esto, Antonio. Lo consideraría una prueba de cuan estrecha se ha vuelto nuestra... amistad. Haced que sea joven... hermosa... dulce. Traedme algo que me compense por tantos días y tantas horas consumidas entre gritos desesperados en la oscuridad de aquella caja. Estoy terriblemente hambriento, Antonio --los ojos de Abraham centellearon repentinamente, abriéndose ante el obispo para mostrar una caverna poblada de infinitas tinieblas que parecían reclamarle--. Me *consume* el hambre.

Antonio se volvió y huyó. Podía sentir los ojos de Abraham clavados en su espalda, podía oír la burlona risa del vampiro persiguiéndolo a través del salón. En ese instante supo que había cambiado un oscuro señor por otro, sin ganar con ello poco más que su cordura. Su corazón le suplicaba que escapase, pero mientras tanto su mente ya estaba maquinando la manera de conseguir una muchacha.

La risa flotaba a su alrededor, envolviéndolo como una niebla, deslizándose desde su mente para martirizarlo mientras cabalgaba a toda prisa en dirección a Roma. Sin que se diera cuenta, como un simple hábito, las palabras de una oración comenzaron a acudir a sus labios. Pero inmediatamente, abrumado al mismo tiempo por la vergüenza y el miedo, las reprimió. Cabalgaba, y mientras lo hacía la oscuridad pareció engullirlo.

que la cercanía del amanecer los obligase a detenerse. Familiarizados ya con sus extrañas rutinas, sus hombres no cuestionaban sus órdenes. Conocidos por todos ellos, existían a lo largo de los caminos santuarios secretos, lugares en los que encontrar descanso, discreción y secreto. Montrovant quería encontrarse cuanto antes fuera del alcance del molesto obispo, y del mucho más amenazante y peligroso de la propia Iglesia. Ciertamente podría haber pasado la noche en su propia fortaleza, preparado el viaje durante el día, y emprendido la marcha al caer la noche siguiente, pero una vez situado tras el rastro, la impaciencia lo compelió a actuar. Incluso las escasas millas ganadas aquella primera noche representaban un premio demasiado succulento como para ser ignorado.

Despertando a una nueva noche, con el día y la miserable existencia del débil Abraham abandonados tras de sí, sintió una libertad que no había experimentado en mucho tiempo: la libertad del viajero. Hacía ya demasiado desde la última vez que compartiera el tiempo y el camino con aquellos, los suyos, los mejores compañeros. Por momentos le ganaba la excitación por estar en marcha, alejándose de Roma, alejándose de aquellos que sabían de su existencia. Su viejo apetito volvía a colmar sus sentidos.

Más de una vez había estado a punto de alcanzar el tesoro que perseguía, pero el sutil aroma que para él despedía había acabado por fermentar a lo largo de los años. Ahora podía sentirlo de nuevo, creciendo con fuerza una vez más. Demasiado tiempo había consumido esperando de brazos cruzados en la fortaleza, dejando que las vacías palabras de la Orden y la "alianza" con la Iglesia adormecieran sus sentidos y su inteligencia. No había perseguido el Grial durante tantos años para sentarse a esperar sabiéndolo en manos de otros: el tiempo de tales necedades había pasado.

Sus seguidores experimentaban con codicioso deleite la misma libertad. Le Duc en particular parecía resplandecer con renovada fortaleza. Sus ojos chispeaban, y su ingenio recuperaba por momentos aquella agudeza, aquella mordacidad que tan bien recordaba Montrovant desde sus pasadas aventuras. Los dos se comprendían de una manera y a unos niveles que el resto jamás comprenderían. Hombres tenebrosos, todos ellos, cargados de secretos y ansias que sólo concernían a ellos mismos, y con un pasado a sus espaldas que les hubiera hecho merecedores de una docena de cadalsos.

Consumieron el primer día resguardados en las ruinas de una antigua abadía, Montrovant y Le Duc instalados en las celdas del

subsuelo, y el resto acomodándose como podían entre bancos de madera podrida y fragmentos del cristal tintado de las vidrieras. Muchos años habían transcurrido desde la última vez que alguien celebrase una misa entre aquellos muros. Los únicos fieles que permanecían allí yacían enterrados bajo monumentos de piedra en el cementerio que había bajo el edificio, cubiertos los sepulcros por malezas y hierbajos, y los cuerpos desmoronándose en el mismo polvo del que un día nacieran.

Al caer la noche Montrovant ordenó que reanudaran la marcha. Seguían a cierta distancia las antiguas vías que se alejaban serpenteando de Roma, guiados en todo momento por las hileras de palmeras que marcaban su trayectoria.

Sin demasiados indicios que lo guiaran, Montrovant había decidido dirigirse a Francia. Allí había encontrado por última vez a la Orden, allí se les había enfrentado. Allí había visto cómo Santos, la anciana criatura, se desmoronaba en el polvo, y asimismo había asistido al duelo entre su propio *sire*, Eugenio, y un ser que había conocido varias edades del mundo, Kli Kodesh. Puede que en Francia no encontrase las respuestas que andaba buscando, pero al menos era su hogar, y allí contaba con aliados que poseían la sabiduría, la influencia y los contactos necesarios para proveerle de consejo y guía en su búsqueda.

Ya no mostraban abiertamente los colores y enseñas de los Templarios. Tiempo atrás, el rey Felipe el Hermoso había disuelto la orden. Su Gran Maestre, Jacques de Molay, había ardido en la hoguera ante los ojos del propio Montrovant. Desde entonces la existencia de los Templarios se mantenía en la clandestinidad, los encuentros de los supervivientes tenían lugar en secreto y los ritos se mantenían celosamente ocultos a los ojos de los extraños. Pero a pesar de ello su influencia apenas se había debilitado, y por eso Montrovant había mantenido con ellos sus lazos tan fuertes como le era posible, aunque sin llegar a comprometerse por completo en sus asuntos.

Se le tenía por el descendiente de un Montrovant anterior, uno que había contribuido poderosamente a la fundación de la Orden del Temple, y que la había salvado en más de una ocasión de una segura destrucción a manos de poderes míticos y malvados. Sólo unos pocos sospechaban la verdad, que él y aquel otro Montrovant eran el mismo, y que aquel caballero que luchaba a su lado, aquel que le era más cercano, Jeanne le Duc, había sido uno de los primeros Templarios en

llevar la cruz sobre su pecho.

Al cabo de poco tiempo su camino viró y se apartó de las antiguas vías construidas por los Romanos, dirigiéndose hacia unas estribaciones montañosas. Aunque sería más difícil y fatigoso, este camino les supondría una considerable ganancia de tiempo. Montrovant no se preocupaba por las dificultades. Cualquier camino era igualmente bueno para él, y el de las montañas lo llevaría más rápidamente hasta su destino.

La segunda noche de su viaje encontraron el camino que se adentraba en el paso montañoso y comenzaron su ascenso, en fila india y cada vez con mayor lentitud a medida que aquel se volvía más abrupto.

–Es un camino solitario –comentó Le Duc, cabalgando junto a Montrovant. La luz de la luna proyectaba largas sombras sobre el camino, frente a ellos. El cielo era una sombra gris de oscura severidad. Y la amenazadora silueta de las montañas, alineada bajo él, brillaba con un resplandor plateado.

–Como ha sido siempre el nuestro –replicó Montrovant escuetamente–. Que haya o no otros en mi camino, poco me importa, salvo cuando estoy hambriento.

Le Duc sonrió abiertamente, pero negó con un gesto de la cabeza.

–Te conozco lo suficiente, hermano oscuro, como para poner eso en duda. Te aburrirías demasiado como para soportar la soledad mucho tiempo.

Montrovant sonrió.

–Tienes razón, como de costumbre. Me parece que hace una eternidad que abandoné aquel mohoso castillo para ponerme en camino. Una cosa es anhelar el mundo del hombre y sus intrigas, y otra muy distinta consumir interminables y monótonas noches en compañía de los mismos hombres.

Continuaron en silencio durante un largo trecho, con una fila de hombres mudos siguiendo sus pasos. Nadie parecía tener el ánimo suficiente para romper aquel aletargado silencio. La larga jornada que se avecinaba pesaba poderosamente sobre sus hombros. Todo les esperaba delante, nada quedaba a sus espaldas, y esto los sumía en la introspección y les provocaba pensamientos solitarios.

Al fin, Le Duc volvió a hablar.

–¿Conoces el camino? Yo nunca había viajado por aquí antes. Me estaba preguntando si podremos encontrar refugio antes del

amanecer, o si tienes idea de donde pararemos.

–No. De hecho nunca había seguido este camino antes de ahora. Lo elegí porque era la ruta más corta. He oído rumores sobre un monasterio en lo alto de las montañas. Extraños rumores, para ser sincero. Ese es el refugio que andamos buscando, y si no lo encontramos, cualquier otro tendrá que valer. Quiero encontrarme al otro lado de las montañas, y de camino a Francia, para mañana por la noche.

Le Duc asintió.

–Enviaré dos hombres por delante a reconocer el terreno –susurró. Se hizo a un lado, frenando su montura y dejó que Montrovant continuara. Guiaba a su montura con mano firme aunque sin azuzarla, pero no hubiera dudado en hacerlo de ser necesario.

Los adornos de la humanidad estaban bien repartidos en Montrovant. Era un hombre grande, poderoso, de impresionante porte... alto, delgado e imponente. Un cabello oscuro y crecido caía en cascada sobre su espalda, cubriéndola como una capa. Cabalgaba con la experta pericia de un guerrero veterano, pero no necesitaba al caballo para llevarlo allá donde se dirigía... de hecho, le retrasaba. Como le retrasaban sus compañeros, pero en un mundo que cada día se tornaba más peligroso para los de su especie, era más sabio aparentar ser tan "humano" como fuera posible.

Dos formas oscuras se adelantaron trotando y desaparecieron al galope más allá del camino. Los exploradores. Los observó mientras pasaban a su lado... sintió el firme latido de sus corazones... familiar, confortante. Sus hombres trabajaban como una unidad, tal y como él requería de ellos. De entre los hombres, nadie estaba más a salvo que ellos de su hambre. No los necesitaba para proveerle su sustento, sino por su fuerza, por su obediencia, y por la fe a toda prueba que mostraban ante su criterio. Vagando por las calles de las ciudades, o cultivando los campos ajenos a todo, existía ganado más que suficiente para él.

El camino culebreaba hacia lo alto, discurriendo entre dos imponentes riscos. Aunque era muy tosco y estaba mal cuidado, había indicios de que otra comitiva lo había atravesado recientemente: surcos dejados por ruedas de carromato, las frías cenizas de algún fuego de campamento, y algunos excrementos de animal que aparecían ocasionalmente aquí y allá. Ninguno de los rastros era de aquella misma noche.

Al cabo de casi una hora los exploradores regresaron. La luna

comenzaba a descender desde su trono del cielo. Venían galopando velozmente, más confiados ahora que sabían que el camino era transitable. Se detuvieron junto a Montrovant.

Du Puy, que era uno de ellos, habló.

–Hemos encontrado el monasterio. No se encuentra junto al camino principal, sino al final de un sendero que se separa de éste unas dos millas más hacia delante. Nos acercamos hasta llegar junto a los muros. No parecía haber guardias.

Los ojos de Montrovant dejaron escapar un destello. Dos millas. Entonces tenían tiempo suficiente como para llegar y preparar un campamento para el día siguiente antes de que la noche estuviera demasiado avanzada y se viera obligado a ser más... directo.

Asintiendo a las palabras de du Puy, llamó a Le Duc para que se le uniese, repitiéndole lo que el explorador acababa de decirle.

–Debemos cabalgar ahora a toda prisa para alcanzar el monasterio. Allí nos refugiaremos. Recuerda que existen rumores, rumores sobre cosas extrañas relacionadas con ese lugar. Ni tú ni yo somos ajenos a lo extraño o lo espeluznante –dijo con una sonrisa siniestra–, así que nos concierne a nosotros cuidar a los demás.

Le Duc asintió.

–Quizá su reputación se deba a lo apartado del emplazamiento.

–Podría ser –replicó Montrovant–. Pero sería demasiado arriesgado confiar en ello.

Le Duc se retrasó en silencio una vez más. Mientras Montrovant se adelantaba siguiendo a du Puy y al otro explorador, transmitió las órdenes a lo largo de la fila.

Parecían haber pasado apenas unos instantes cuando la vereda apareció delante de ellos y du Puy se internó por ella sin vacilación. Montrovant suponía que los frailes del monasterio traerían sus carretas hasta aquí, hasta la bifurcación, para encontrarse con mercaderes y viajeros con los que comerciar, en vez de tratar de alcanzar las llanuras más allá a través del peligroso y traicionero paso que acababan de atravesar.

Por un instante se asombró por lo apartado del lugar. No le había contado a Le Duc todo cuanto los rumores le habían dado a conocer. Se hablaba de viajeros que desaparecían, de emisarios de la Iglesia que seguían este camino y que no eran vistos nunca más, o que regresaban contando historias que hacían que se les tomara por locos. Algo en aquellas historias agitaba los pensamientos y los recuerdos de Montrovant. Algo familiar y al mismo tiempo extraño.

En cualquier caso, había pocas cosas a las que él temiera, y ciertamente no era una de ellas una comunidad de monjes recluidos en las montañas. Tendría su refugio, tendría su alimento, y seguiría su camino. No había tiempo que perder si no quería que el rastro de la Orden terminase de desvanecerse. En esta ocasión, de una vez y para siempre, descubriría qué clase de tesoros poseían y guardaban. Y también tendría su sangre.

Al doblar un último recodo de la vereda el monasterio apareció ante ellos, erguido sobre la falda de la más alta de las montañas. No era un edificio alto, pero se extendía en anchura mucho más de lo que Montrovant hubiera supuesto, cubriendo un área considerable. Mucho más de lo que correspondería a una pequeña congregación monástica.

Atrevidamente, se adelantó hasta la puerta principal, ignorando la amenaza de una posible emboscada. Desmontó, llevando a su caballo de las riendas a un lado del camino. No parecía que su llegada hubiese sido advertida. Los muros aparecían oscuros y en silencio, ocultos incluso a los suaves rayos de la luna por la montaña misma. Resultaba inquietante que no hubiera guardias... ni el menor signo de una vigilancia. Incluso un lugar tan remoto como este no estaba a salvo de los bandidos. Y la Iglesia también tenía sus particulares enemigos.

Sobre el portón reposaba una enorme y vistosa aldaba de hierro. La levantó y, con un rápido giro de su muñeca, la golpeó contra la sólida madera, provocando un retumbar sordo. Esperó con impaciencia y, al cabo de unos momentos, volvió a golpear la puerta. Había levantado la aldaba una tercera vez y se disponía a dejarla caer de nuevo cuando, desde el interior, se alzó un estrepitoso chirrido que le hizo detenerse. Instantes más tarde la puerta comenzó a abrirse.

Estaban preparados para enfrentarse con problemas, pero no para la visión que se encontraba ante sus ojos. El hombre era de muy baja estatura, apenas cuatro pies, y se cubría con una capucha que sólo revelaba sus ojos iluminados bajo la luz de la luna. Uno de ellos parecía anormalmente grande. Pero lo que ocurría era que el otro, pudo advertir Montrovant tras un detenido examen, estaba prácticamente cerrado. Su espalda estaba desigualmente doblada, lo que le otorgaba más el aspecto de un gnomo que el de un hombre.

—Saludos —dijo el pequeño monje—. Soy Maison —su voz era resonante y profunda, rica en matices.

Montrovant se adelantó un paso sin vacilar.

–Somos viajeros de camino a Francia en misión para la Iglesia. Busco un lugar en que mis hombres y yo podamos descansar. Viajamos de noche para evitar ser detectados.

Maison miró a Montrovant con su ojo sano completamente abierto, inclinando la cabeza de una manera casi cómica para abarcar con su mirada toda la alta y enjuta figura del Oscuro. Entonces echó una ojeada al resto, contándolos uno a uno con un balanceo de cabeza. Finalmente se volvió de nuevo a él con una sonrisa en los labios.

–Estaremos encantados de proporcionaros acomodo y comida. No recibimos visitantes demasiado a menudo, y mucho menos visitantes tan distinguidos como vos... en tan oscuras y misteriosas misiones...

El hombrecillo volvió a sonreír, su ojo sano centelleando de forma extraña bajo la luz de la luna.

–Los otros monjes están ocupados en sus rezos nocturnos –continuó, volviéndose e invitando con un gesto a Montrovant a que lo siguiera al interior.

–En tal caso –replicó Montrovant–, será mejor que mis hombres se ocupen de los caballos antes de venir con nosotros.

Maison asintió.

–Enviaré inmediatamente a un hermano para que vaya a buscarlos. Los establos están al otro lado, junto a la falda de la montaña. Encontrarán todo lo que necesiten. La comunidad posee pocos animales, pero mantenemos instalaciones adecuadas para un caso como éste.

Du Puy y otro, St. Fond, se dirigieron hacia el lugar que el monje les había señalado, conduciendo a las monturas por las riendas, mientras Montrovant y el resto se encaminaban lentamente hacia el interior. Su anfitrión se había se había escabullido por un largo pasadizo de piedra que se internaba en las sombras.

Le Duc se mantenía junto a Montrovant. Éste sabía que su Progenie estaba sintiendo, tan bien como él mismo, algo extraño. No era nada a lo que pudiera dar nombre, o siquiera describir, sino la sensación de que un peligro inminente se cernía sobre ellos. Un punzante recuerdo pugnaba por salir a la superficie de sus pensamientos, sin que llegara a apresarlos del todo. Pero ciertamente había en ese lugar algo más que un simple monasterio, al igual que había algo más en el propio Maison de lo que su absurda forma revelaba. Aunque sin duda, el hombre no era uno de los Condenados.

Esa había sido la primera posibilidad barajada por Montrovant cuando los rumores sobre el monasterio llegaron a sus oídos. Su propio *sire*, Euginio, había vivido durante muchos años en un monasterio, bajo las mismas narices de la Iglesia. Un lugar como este habría sido muy seguro para los de su especie. El único problema hubiera sido la falta de... sustento.

El pasadizo se adentraba profundamente en el edificio, yendo a desembocar frente a un portón de doble hoja casi tan grande como el de la fachada. Maison se detuvo frente a él, volviéndose a ellos con una amplia sonrisa.

—Me temo que tendréis que encender vuestro propio fuego en el salón. Hace ya mucho rato que nosotros cenamos, y todo ha quedado limpio y dispuesto para mañana.

Montrovant asintió con impaciencia. La noche todavía era joven, pero no duraría para siempre, y él necesitaba estar seguro de que podrían dedicarse a sus propios asuntos de una manera segura y en privado.

Maison no parecía representar ninguna amenaza, y si el resto de los miembros de la congregación se le asemejaban de alguna manera, no resultaría una tarea demasiado ardua el esconderse, infiltrarse entre ellos, alimentarse y desaparecer. Pero por ahora su existencia escondía numerosos enigmas. ¿Cuántos eran? ¿Cuan poderosos? Y lo más importante de todo... ¿qué era esa insidiosa y preocupante alarma que resonaba como un repicar de campanas en el interior de su cabeza?

Maison empujó las puertas que daban al refectorio y todos ellos penetraron en su interior. Era una habitación muy amplia, con el techo un poco más elevado, aunque no demasiado, que el del salón. La bóveda estaba formada por pesadas nervaduras de madera soportadas a su vez por varias filas de gruesas columnas de piedra alineadas a lo largo de la habitación.

Entre las columnas se disponían varias mesas alargadas, y junto a ellas, sillas y más sillas. Más allá de las mesas, junto a una puerta que se abría al otro extremo de la habitación, había una enorme chimenea. En su interior descansaba una gran olla, un armazón metálico que sostenía un espetón y otros utensilios, así como una plancha plana de metal que antaño acaso fuera un escudo y hoy era obviamente utilizada para hervir el agua o mantener la comida caliente.

Era una habitación un tanto tosca, pero funcional, y nada en la

disposición del mobiliario proporcionaba pista alguna sobre la naturaleza de la amenaza que Montrovant sentía por todas partes. Todo era tal y como podría esperarse en la casa de Dios... simple y ordenado.

Le Duc comenzó inmediatamente a vagar por la habitación, mientras otros dos caballeros se dirigían al hogar, cogían troncos de la pila que había junto a la puerta y los iban colocando cuidadosamente en el hogar de la chimenea. Maison observaba sus actividades con moderado interés, su ojo sano saltando curiosamente de uno a otro lado de la habitación. Finalmente se volvió hacia Montrovant y dijo:

–Sentios como si estuvierais en vuestra casa, señor. Ahora debo regresar con mis hermanos, pero cuando hayan concluido nuestras oraciones –que, tened por seguro, serán entonadas por la seguridad y el éxito de vuestra misión, y por la felicidad de vuestra estancia entre nosotros– regresaremos.

Montrovant asintió.

–Creo que podremos arreglárnoslas solos. Si podéis encargarnos de que mis hombres sean conducidos desde los establos hasta aquí, todo estará perfecto.

Maison se inclinó.

–Por supuesto. Haré que los traigan directamente y cuanto antes, y en cuanto hayáis tomado vuestra cena, me encargaré personalmente de mostraros vuestros aposentos. Supongo que si, como decís, habéis estado viajando durante la noche, querréis descansar lo antes posible.

–Gracias –respondió Montrovant. Afinó ligeramente la mirada y observó detenidamente al pequeño hombrecillo. Su aparente facilidad para moverse por los pasillos en la oscuridad lo inquietaba. Entonces, su mirada fue a posarse sobre la puerta en el lado opuesto a aquel por el que habían entrado. La mayor parte de las dependencias del monasterio se encontraban más allá de aquella puerta. Y con ellas las respuestas a todas sus preguntas.

Maison, pasando rápidamente junto a él, se dirigió hacia aquella puerta, y Montrovant lo siguió con la mirada mientras la abría, la atravesaba, y volvía a cerrarla tras de sí. Más allá del portal, por un breve instante, creyó adivinar el titilar de la llama de una candela, y al mismo tiempo le pareció distinguir el lejano eco de un coro de voces cantando... pero inmediatamente la puerta se cerró y volvió a encontrarse solo con sus hombres y sus pensamientos, en silencio.

El fuego ya estaba en marcha, las llamas crepitando y agitándose

vigorosamente, y sus hombres se movían por la pequeña cocina, tratando de organizar una comida con lo que traían en sus propias mochilas y lo que había en una pequeña despensa que acababan de encontrar. Sorprendentemente, las raciones que contenía eran escasísimas para un lugar de tales dimensiones y tan alejado de la civilización.

De nuevo la persistente amenaza. Montrovant caminó hasta el lugar por el que Le Duc paseaba, junto aun muro de piedra oscura. Su mirada recorría nerviosamente el techo, luego descendía hasta el suelo, seguía el muro en toda su longitud, y así una vez tras otra. Se adelantó para tocar el hombro de Jeanne, pero antes de que pudiera hacerlo la puerta se abrió de nuevo, y el se volvió.

Todos los presentes se detuvieron, sumidos en el silencio por la sorpresa, mientras una mujer penetraba en la habitación. De cabello oscuro, su rostro tenía la lozanía de la juventud, pero algo en su porte contradecía aquella apariencia. El profundo brillo de sus ojos, y sus andares, suaves, rápidos y confiados parecían hablar de edad, poder, y sabiduría. Como Maison, venía envuelta en un hábito con capucha, aunque el suyo era de muy superior factura, y resplandecía con el destello de hilos de muchos colores, cuidadosamente entrelazados. Era más alta que Maison, pero no demasiado. Por debajo de la túnica podía adivinarse la firmeza de los muslos y la curva del bien formado pecho, de una manera pecaminosamente fuera de lugar en un monasterio.

Montrovant se adelantó, se dispuso a hablar, e inmediatamente se detuvo.

Con los ojos encendidos, la mujer había comenzado a hablar, rompiendo el silencio por él.

—Saludos —dijo con una voz delicada y melodiosa—. Soy Rachel. Creo que ya habéis conocido a mi hermano.

Montrovant y Le Duc intercambiaron una mirada inquieta, y de nuevo se volvieron, como si sus cabezas fuesen impulsadas por un resorte, cuando la puerta volvió a abrirse. Una comitiva de encapuchados penetraba en la habitación. Figura tras figura, se iban alineando formando filas detrás y a los lados de la frágil silueta de la mujer. Maison se había situado a su lado, con una amplia sonrisa en los labios. Ninguno de los otros alzaba lo suficiente la cabeza como para que sus ojos resultaran visibles.

La sensación que Montrovant había sentido desde que se aproximasen al monasterio se había intensificado en el preciso

instante en que la voz de la mujer rompiera el silencio, pero aún no resultaba completamente clara... no se parecía a nada que él pudiera recordar.

–¿Quién sois? –Preguntó en voz baja.

Las cejas de la mujer se alzaron y su sonrisa se hizo más intensa.

–Soy vuestra anfitriona, podría decirse. ¿Tan extraño os resulta? Mi hermano ha servido en este monasterio durante años. Y yo estoy de visita.

Montrovant observó las densas filas que formaban los monjes. Sus ojos volvieron a ella.

–Tendréis que perdonarme si no termino de creerlo. El nuestro ha sido un largo y fatigoso viaje, y tal vez mis sentidos estén aturdidos, pero he pasado muchas noches como esta en las moradas de los servidores de Dios... y, en todos estos años, vos sois la primera mujer que me encuentro en una de ellas.

–Os aseguro, caballero, que hay gran número de cosas en mí que difieren de vuestras pasadas experiencias –replicó ella con suavidad–. Podéis estar seguro de que me encuentro tan segura y tan a gusto aquí como lo estaría en la casa de mi propia familia.

Le Duc pareció ir a moverse en dirección a la mujer... y entonces se detuvo, ensimismado, agitando lentamente la cabeza adelante y atrás.

–Jeanne –musitó Montrovant–. ¿Qué te ocurre?

–Santos –Le Duc retrocedió con cautela hacia su *sire*, sus ojos prendidos en la mujer llamada Rachel–. Puedo sentir a Santos.

Los pensamientos de Montrovant revolotearon confusos por un instante y entonces supo que las palabras de Le Duc eran ciertas... y a la vez no del todo ciertas. Santos, sí, pero no del todo. Pero entonces... ¿qué?

Enfrentándose a la mujer una vez más, volvió a preguntar.

–¿Quién... o *qué*... eres tú?

Los monjes comenzaron a avanzar, lenta pero resueltamente. Le Duc se colocó junto a Montrovant. El resto de los caballeros se apresuraron desde la cocina y la despensa, las miradas llenas de alarma.

La mujer no contestó, pero su risa se alzó poderosa, prolongada, y carente de toda emoción. Entonces, inesperadamente, du Puy y St. Fond cayeron sobre los monjes por detrás y el caos se hizo dueño de la habitación.

Varias cosas ocurrieron simultáneamente cuando du Puy y St. Fond irrumpieron en el refectorio. Ambos cayeron sobre las filas traseras de la formación de monjes, maldiciendo, rugiendo, y profiriendo gritos. Montrovant no esperó a que sus atacantes reaccionaran, optando como siempre por la acción directa. Se abalanzó sobre la primera fila de monjes, dispersándolos como si fueran hojas en medio de una tormenta. Sólo la mujer, Rachel, se mantuvo impasible y en su lugar... los ojos resplandeciendo con una luz airada, pero sin miedo. Las campanas repicaban intensamente, pero no había nada que Montrovant pudiera hacer al respecto. Aunque en ningún caso se sentaría a esperar permitiendo que otro asumiera el control de sus hombres o de su destino.

No vacilaba en matar. Los dos primeros desgraciados que se cruzaron en su camino, cayeron fulminados al instante con el cuello roto. El tercero fue arrojado contra uno de los muros, destrozándose la cabeza por el impacto. Entonces, cuando se encontró frente al cuarto, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. La primera fila de monjes no era más que un señuelo. La segunda, en cambio, estaba formada por Condenados, y no jóvenes, por añadidura. Las capas que les habían envuelto fueron arrojadas al suelo, revelando los oscuros y retorcidos rostros, las uñas largas, afiladas, cómo garras, los alargados y relucientes colmillos.

Con un grito, Montrovant lanzó el aviso a sus compañeros:

—¡Nosferatu!

La sorpresa experimentada ante su descubrimiento estuvo a punto de ser la última emoción de su existencia, pues el "monje" que tenía enfrente lanzó con un ademán semejante a un latigazo la garra de larguísimas uñas en busca de su garganta. Arrojándose hacia atrás, a duras penas evitando el golpe, barrió el suelo con un largo movimiento de su pierna. Su enemigo trastabilló y se derrumbó sobre el suelo con estrépito. Montrovant se arrojó sobre el cuello de la siseante criatura, colocándole su rodilla encima y rompiéndole los huesos de un brusco y poderoso movimiento... e inmediatamente volvía a estar de pie, esquivando las acometidas mientras intentaba llegar al lugar en que Le Duc se las veía con dos oponentes.

Jeanne había logrado desenvainar su espada justo a tiempo para utilizarla, y no había nada siquiera semejante a la duda en los ademanes de su poderoso brazo. Montrovant se situó rápidamente a un lado de su Progenie, llamando al resto de los caballeros para que se les unieran. Sus enemigos eran muy superiores en número. Y ahora que su naturaleza o la amenaza que representaban no estaban todavía claras, quería a sus tropas agrupadas y concentradas.

Retrocediendo, acabaron acorralados contra la pared junto a la puerta por la que habían entrado en la sala. Sólo uno de los caballeros, un joven llamado Louis, había caído frente a la segunda oleada de los Cainitas. El resto, a pesar de todo, se defendía bien. Habían recorrido largos y tenebrosos caminos junto a Montrovant, y el hecho de que la muerte que estaban administrando a sus enemigos fuera la segunda, no resultaba algo novedoso, o siquiera aterrador para ellos.

Se detuvieron, formando un tosco semicírculo, todos ellos con las espadas desenvainadas y dispuestas salvo Montrovant, cuyos ojos lanzaban sombríos destellos. Se movió para enfrentarse a la mirada de la mujer y, por tercera vez, preguntó:

—¿Quién sois?

Ninguna risa le respondió esta vez. Rachel le miraba intensamente, pero sin revelar ninguna emoción. Se volvió hacia Maison y golpeó fuertemente al hombrecillo, haciéndolo volar a lo largo de la habitación. Tal demostración de fuerza dejó a Montrovant asombrado. Sabía que ella no era una Condenada, pero también que un golpe como ese no estaba al alcance de una simple mujer de apariencia tan frágil. Su voz resonó poderosamente y todo movimiento en la habitación cesó.

—¡Necios! —gritó, una ira desatada recorriendo todo su rostro. Su voz, tan dulce apenas unos instantes atrás, se había convertido en un estrepitoso chillido—. Dijisteis que no eran más que unos simples caballeros. Sólo eso. Dijisteis que eran *mortales*... —su voz estaba teñida por la ira.

Maison se levantó del lugar en el que había ido a caer, sacudiendo la cabeza, aturdido. No podía responder, pero tampoco ella esperaba una respuesta. Volviéndose para enfrentar a Montrovant, se calmó al instante.

—Según parece, caballero, yo podría haceros la misma pregunta. Parece haberse producido alguna especie de malentendido.

—¿Malentendido? —Jeanne escupió la palabra, combatiendo a

duras penas la enrojecida furia que, como siempre le ocurría durante la batalla, se había apoderado de sus sentidos y de su mente--.

¿*Malentendido*? --su mirada fue a posarse sobre el cuerpo del joven Louis, que yacía muerto, envuelto en sangre sobre el suelo, y en el montón de cadáveres de monjes que había diseminados por todas partes. Mantuvo su arma en alto.

Montrovant parecía más calmado, pero igualmente la ira resplandecía furiosa en sus ojos.

--Creo que la palabra adecuada es *error*. Creo que habéis cometido un muy grave error de juicio. Eso es lo que creo.

--Estoy de acuerdo --concedió ella, volviéndose hacia Maison--. Pero la culpa no es más que de éste, mi muy estúpido "hermano", cuya *complicada* tarea era daros la bienvenida. Él no es uno de los Condenados, como tampoco lo soy yo --su mirada, llena de frialdad, lo atravesó--. Pero posee habilidades que le debieran haberle permitido discernir vuestra naturaleza. Habilidades que, por alguna razón, decidió no utilizar.

Maison agachó la cabeza y tembló, demostrando saber que el castigo por su trasgresión no tardaría en llegar. Mientras tanto Rachel había vuelto su atención hacia Montrovant, reparando esta vez en su alta y musculosa figura. Al cabo de un instante, poco a poco, comenzó a sonreír.

--Si ello fuera posible, creo que sería de nuestro mutuo interés que intentásemos empezar de nuevo.

Montrovant vaciló. Todavía les superaban ampliamente en número, pero ahora se daba cuenta de que no todos los que se les enfrentaban eran Condenados. Había mortales entre ellos, lo que mejoraba notablemente las posibilidades de su bando. Y todavía estaba furioso. Sólo la mirada de Rachel, suavemente posada sobre la suya, sólo sus ojos, a la vez jóvenes y antiguos, hermosos y al mismo tiempo envueltos en un halo de podredumbre, refrenaban sus ansias de rechazar con una burla sus conciliadoras palabras y lanzar a sus hombres al ataque.

--Me temo que no es tan sencillo, mi señora. No ahora que vuestro primer acto de hospitalidad ha sido un asesinato.

Ella volvió a sonreír, obviamente poco preocupada por la gravedad de la situación.

--Puedo entender vuestros sentimientos, amigo mío, pero también vos debéis comprender lo difícil que resulta encontrar... sustento... para mis seguidores. Si no les permitiera alimentarse en situaciones

como esta, deberían ir a cazar a los pueblos de las llanuras, y no deseo de ninguna manera atraer más atención hacia este lugar de la que ya nos hemos ganado.

—¿Matáis a cualquiera que tenga la desventura de acercarse a vuestra morada, y aun así creéis que no vais a llamar la atención? —a duras penas Le Duc alcanzaba a contenerse—. ¿Acaso nos tomáis por idiotas?

—No —replicó ella con calma—. Pero sí os tomé por mortales. Y no, no les dejo asesinar a todo aquel que llegue hasta este lugar, pero es que había pasado demasiado tiempo desde la última *visita*, y la estupidez de Maison me llevó a creer que no erais más que un grupo solitario de caballeros en misión para la Iglesia, en alguna clase de misión secreta. Supuse que vuestros señores no esperarían saber de vosotros hasta que arribaseis al lugar al que se os había enviado, o hasta que regresaseis. Para entonces toda pista de vuestro paso se habría esfumado y este lugar no sería relacionado con vuestra desaparición, salvo acaso, y sólo durante algún tiempo, por alguno de los que viven por los alrededores.

Montrovant rió de pronto.

—Mucho me temo que, de llegar a ocurrir cuanto habéis dicho, la Iglesia no nos hubiera echado demasiado de menos. Nuestras relaciones con Su Eminencia han pasado por momentos mucho más felices en el pasado.

Entonces sus ojos se oscurecieron de nuevo.

»Pero todavía no me habéis contado quién sois realmente, señora, y si vamos a continuar mucho más tiempo esta agradable conversación, tendré que insistir en saberlo. No sois una hija de Caín, pero en cambio podéis reconocerme a mí como uno. Humanos y Nosferatu os sirven por igual. Moráis sola en una montaña, rodeada de piedra, como enterrada en una inmensa tumba, pero en verdad estáis viva. Lo noto.

La delicada risa de la mujer volvió a alzarse, envolviéndolos a todos.

—Dejémoslo en que no estoy más viva, ni soy más mortal de lo que sois vos mismo, y en que no soy tan joven como aparento. Por favor —dio un paso en dirección a Montrovant, los ojos iluminados—. Aceptad mis explicaciones, y junto a ellas, mis disculpas.

Montrovant la observó aproximarse con suma cautela, mientras Le Duc la seguía con una mirada que apenas podía disimular la ira. Ninguno de los dos la miraba a los ojos, pero cuando ella estuvo

apenas a un paso, Jeanne escupió en un susurro el nombre que ambos conocían y habían llegado a odiar por completo.

–Santos.

Ella se detuvo, inmóvil por completo un instante. Los ojos se le oscurecieron, y luego asomó a ellos la sombra de una sospecha.

–¿Qué es lo que sabéis de Santos? –preguntó rápidamente.

–No tenemos el placer de "conocer" a Santos –replicó

Montrovant–, aunque yo estuve presente cuando su cabeza fue cortada y separada de sus hombros, y pude verlo convirtiéndose en el mismo polvo que lo había engendrado.

Ella retrocedió un paso.

–Santos ha muerto...

–A menos que pueda rehacer su cuerpo a partir de una montaña de polvo –replicó Montrovant, observando su reacción con una mezcla de precaución y curiosidad–, así es, en efecto. Pero puedo aseguraros que él pretendía depararnos el mismo trato.

Ella los miraba ahora con muchísima atención, y la amenaza que él había experimentado a medida que la sentía acercarse se había trocado en sorpresa, e incluso una cierta aprensión. Ella negó en silencio con la cabeza, y volvió a preguntar.

–Contadme cómo ocurrió. Debéis disculpar mi reacción, pero es que conocía a Santos desde hace... muchísimo tiempo. O al menos había oído hablar de él. Sé que le fue encomendada la custodia de ciertos objetos sagrados de los que no he vuelto a tener noticias desde hace muchos años. ¿Sabéis si tales objetos han sido recuperados entonces por los mortales, o acaso han sido destruidos?

–Me parece que tendremos muchas más cosas que discutir largo y tendido –dijo Montrovant con calma– antes de que me avenga a compartir cualquier conocimiento o cualquier secreto con vos. El saber que sois de la misma naturaleza que él me agrada bien poco, porque jamás llegué a comprender completamente quién, o qué, era Santos realmente. De nuevo me encuentro en la misma situación que entonces y, debo decíroslo, él no fue nunca un... hombre... digno de confianza.

–Dejad que mis seguidores limpien todo este desorden –echó su brazo hacia atrás, señalando los cadáveres que había a su espalda con un ademán impaciente–, y podremos sentarnos y hablar. Puedo hacer que nos dejen solos, si tal cosa os place, y puedo hacer que os conduzcan hasta aposentos adecuados y os acomoden en ellos.

–Me perdonaréis –la interrumpió Le Duc– si no me embarga el

entusiasmo ante la perspectiva de descansar en aposentos preparados por aquellos que hace apenas un instante querían verme muerto.

Ella volvió su mirada hacia Jeanne y la mantuvo sobre su rostro durante un largo instante. Al cabo, volvió a Montrovant, expectante. Parecía haberse puesto tensa ante el tono sarcástico de Le Duc. Montrovant la observó con mucha atención, esperando alguna reacción que pudiera revelar sus intenciones. Si todavía los quería muertos, tenía dos opciones, dos opciones que el propio Montrovant estaba evaluando cuidadosamente en su propia mente.

Todavía recordaba demasiado bien los asombrosos poderes que Santos había mostrado, pero tales poderes parecían requerir mucho tiempo y concentración para ser utilizados. Ahora mismo no se percibía en el ambiente nada que recordase a la oscura y densa aura de peligro que había acompañado los cánticos rituales de Santos, y la mujer, o lo que quiera que fuese, no había tenido todavía el tiempo o la oportunidad de convocar esos mismos poderes. Pero esta certeza no bastó para convencerlo de que ella no poseía otras armas igualmente poderosas a su disposición, así que la posibilidad de un ataque frontal, lanzado por sorpresa, estaba todavía muy presente.

La segunda posibilidad era que ella fingiera ofrecerles su "hospitalidad" y tratase de asesinarlos o capturarlos durante su descanso. Montrovant no temía a nadie, pero era consciente de que las horas hasta el amanecer se iban consumiendo sin descanso, y junto con ellas se esfumaban las opciones con que contaba.

–Hablares, vos y yo, y permaneceremos en este lugar, por esta noche --dijo al fin. Volviéndose hacia sus hombres, hizo un gesto con la cabeza dirigido a St. Fond y du Puy. Los caballeros mortales que se habían consagrado a su servicio, aunque acostumbrados a extraños acontecimientos y aún más extraños encuentros, miraban fijamente a la mujer sin ocultar su disgusto, agrupados en torno a Le Duc.

»Naturalmente --continuó-- mis caballeros se encargarán de inspeccionar y asegurar cualquier aposento que nos proporcionéis. No porque no me fíe de vos, que de hecho no lo hago, sino porque jamás confío mi seguridad a nadie más que a mí y a los míos.

–Por supuesto --respondió ella con voz amable--. No le tengo mayor afecto a la luz del día que el que podáis tener vos, aunque es cierto que me afecta de una manera diferente. Los más... poderosos de entre mis seguidores habrán de retirarse al igual que vos mismo y

sólo aquellos completamente mortales podrán moverse entonces de acá para allá. Os proporcionaré una cámara a la que no llegue la luz y fácil de defender frente a un ataque. Es lo menos que puedo hacer para convencerlos de mis buenas intenciones.

–No estamos en situación de discutir con vos, mi dama –replicó Montrovant con voz seca–. Ahora mismo sólo tenemos dos posibilidades: confiar en vos, o mataros. Y esto último tal vez no fuera posible antes de la llegada de la mañana. Además, ahora que se me presenta la oportunidad, me complacería mucho que me respondieseis a algunas preguntas. Por ejemplo, la naturaleza del ser llamado Santos, que es algo que me ha intrigado durante mucho tiempo.

Ella asintió una vez más, se volvió hacia sus seguidores, y comenzó a impartir instrucciones tajantes. Los cadáveres ya estaban siendo arrastrados fuera de la sala. De hecho, la eficacia con que la sangre había sido recogida indicaba que esta misma escena se había desarrollado muy a menudo, aunque probablemente con mucha menos resistencia por parte de los "huéspedes".

–Puesto que uno de los muertos era uno de mis hombres –dijo Montrovant en voz baja– espero que vuestros seguidores compartirán su sangre con nosotros.

–Naturalmente –dijo ella sonriendo. Chasqueó los dedos sin mirar atrás, y Maison apareció inmediatamente a su lado–. Encárgate de que se proporcione a nuestros huéspedes comida y bebida. Y para ellos dos –señaló a Montrovant y Le Duc– trae algo más... succulento.

El grotesco hombrecillo se inclinó, mientras se llevaba una mano a la parte de atrás de su cabeza y se rascaba un pequeño cardenal que se había hecho al impactar contra la pared. No dijo nada, tal vez por respeto o tal vez porque la rojiza e hinchada herida de su labio convertía tal acto en algo doloroso. Entre los otros parecía gozar del mismo respeto que él mostraba hacia Rachel y así, al cabo de unos instantes, con notable diligencia y silencio, la comida, la bebida, y la untuosa y todavía caliente sangre depositada en cálices de plata les fueron servidas.

St. Fond, du Puy y el resto de los caballeros contemplaban la escena en silencio. Cosas de las que no se había hablado durante mucho tiempo, cosas que habían permanecido en un tácito secreto, salían ahora al descubierto. Todos los ojos estaban fijos en Montrovant mientras éste levantaba el cáliz, paladeaba el denso aroma de la sangre fresca, lo llevaba a sus labios, y lo vaciaba de un único trago. Mientras lo hacía, Montrovant sentía perfectamente el

peso de todas aquellas miradas sobre él, pero eso no le hizo vacilar un solo instante. El tiempo de la necia comedia había pasado. Este viaje, esta búsqueda, sería el que finalmente le conduciría hasta su objetivo final, hasta el Grial, y eso era todo lo que le importaba. Podían seguirlo y compartir con él su momento de triunfo y magia, o podía simplemente matarlos, alimentarse de ellos, y seguir su camino. Sabía que quienes entendieran esa simple verdad le servirían mejor en su misión.

Nadie se atrevió a susurrar siquiera una palabra, pero cuando Montrovant depositó suavemente el cáliz sobre una de las mesas, lamiendo de sus labios el último resto de sangre, todos ellos levantaron sus propios vasos en un saludo silencioso. Ni uno solo de ellos apartó la mirada, y Montrovant dejó escapar una sonrisa.

Sentado en el extremo de una de las mesas, intentando que su rostro quedase al mismo nivel, o más alto, que el de su anfitriona, comenzó a hablar calmadamente.

–Me topé con Santos por primera vez en Jerusalén, mientras me hallaba en mi búsqueda del Santo Grial. Había excavado un laberinto de cavernas y túneles bajo la ciudad, o bien utilizaba el que otros construyeran antes de él, y de algún modo parecía contar con la sanción de la Iglesia de Roma.

»Yo sabía que allí se guardaba algo de enorme importancia. Sólo la magnitud de aquellas construcciones lo hacían evidente, y mis propias investigaciones me habían llevado a concluir que bien podía ser el Grial uno de los objetos que él custodiaba. Desgraciadamente, en aquella ocasión Santos pudo escapar de mí, y hube de seguir su rastro. Pero acabó por desaparecer, llevándose una extraña "cabeza" consigo mientras otro, más viejo y mucho más taimado, escapaba en dirección opuesta tras de haberse hecho con todos los tesoros y artefactos que yo había estado buscando.

»Volví a encontrarme con Santos una segunda vez, en los subterráneos bajo la fortaleza de Jacques de Molay, Gran Maestre de la ahora clandestina orden de los Caballeros Templarios. Fue allí donde, como os he referido, su cabeza fue segada del tronco y acallada para siempre. Pero desgraciadamente, eso no me acercaba un ápice al objetivo que había estado persiguiendo.

Rachel había estado escuchando en completo silencio, con los ojos resplandecientes. Abrió la boca varias veces como si estuviera a punto de formular alguna pregunta o hacer un comentario, pero al final mantuvo su silencio hasta que Montrovant hubo acabado.

–Es posible, entonces –susurró–. Es posible que, en verdad, hayáis acabado con esa antiquísima existencia. Aunque resulta difícil de imaginar.

Apartó la mirada un momento, y entonces continuó en voz más baja.

–Ya habéis supuesto, sin duda, que Santos y yo teníamos ciertas cosas en común –su mirada se alzó para encontrarse con la de Montrovant–. Hay una semejanza, es cierto, pero es puramente superficial. Sería como si yo odiase a alguien con vuestras mismas... inclinaciones... y al miraros os transmitiese ese mismo odio. Sería algo injusto. Tanto Santos como yo misma fuimos creados, sí, pero por poderes diferentes y muy distintas razones. Él existía porque hay algunas cosas, talismanes y artefactos, creados por los hombres o por las circunstancias a lo largo de los tiempos, que no están destinados a ser poseídos o manejados por los mortales. Algunos creen que tales objetos debieran ser destruidos, eliminados de faz de la Tierra antes de que la amenaza que representan se enraice con mayor fuerza. Los creadores de Santos no pensaban de esta manera. Ellos creían que llegaría un tiempo en que podrían usar estos objetos, o que el hombre estaría al fin preparado para entenderlos y manejarlos sabiamente. Por esa razón dieron vida a Santos. Lo que no predijeron fue su fanatismo. Ni la sed de conocimientos... y de poder, que acabaría por desarrollar. Fue creado con una serie de grandes poderes y habilidades, pero desde los primeros años de su tarea como guardián comenzó a aprender y a crecer. Vos sabéis mejor que nadie lo que el paso de los siglos puede significar para un hombre... o una mujer.

Montrovant hizo un gesto afirmativo, mientras una pequeña sonrisa afloraba al borde de sus labios. Sus ojos permanecían oscuros e ignotos.

–Queréis saber qué artefactos eran los que custodiaba. Lo sé –continuó–. Muchos han deseado ese conocimiento... a lo largo de los años muchos hombres han perdido la vida persiguiéndolo. Ojalá pudiera contaros sus historias. Algunos de los objetos venían de la tierra en la que Santos había nacido, Egipto. Eran talismanes creados por poderosos magos con los huesos de los faraones y los reyes. Eran cetros y joyas benditos con el poder de la curación y malditos al mismo tiempo con la promesa de la muerte. Ya eran muy conocidos por los sabios mucho antes de que él fuera creado ¿Y el resto, aquellos tesoros que interesaban a los seguidores de la Iglesia? Fueron reunidos muchos siglos más tarde, y aunque aquel a quien conocisteis

como Santos los guardó con el mismo celo y la misma avaricia que aquellos primeros puestos bajo su custodia, su existencia no fue dada a conocer al mundo.

Se volvió hacia él una última vez.

»Él ya estaba allí cuando los túneles fueron excavados, amigo mío; cuando Jerusalén todavía era joven, él ya era el guardián. Cuando la ciudad fue conquistada, y las mezquitas musulmanas fueron levantadas donde una vez había habido iglesias, él estaba todavía allí. Los tesoros del Dios de los hebreos y el de los musulmanes fueron a parar a sus cámaras. No tengo las respuestas que andáis buscando, pero hay algo que sí pudo deciros. Si existía alguien sobre la faz de la Tierra que pudiera saber donde se esconde vuestro Grial, ese era sin duda Santos. Si no lo poseía, al menos lo codiciaba. Si existía, él lo estuvo buscando desde el mismo instante que abandonó las manos de la Iglesia. Yo tengo mi propia misión... mi propia búsqueda, y las nuevas que me traéis sólo me causan frustración. Tengo un compañero, Owain ap Ieuan... tal vez hayáis oído su nombre. Busca lo mismo que vos buscáis, aunque por diferentes razones. Diversos objetos y poderes. Pero en el fondo el fin es el mismo... busca porque le impulsa a ello la llama del deseo, del deseo de conocer, de poseer. Porque de otra manera moriría de inactividad y hastío. Y esa llama no lo dejará nunca libre.

Montrovant escuchaba cada una de sus palabras, examinándolas en su mente en busca de alguna debilidad, de algún indicio que le indicase que ella estaba mintiendo o escondiéndole la información que necesitaba. El silencio que siguió entonces fue alargado, denso con el grave peso de la tensión, pero lentamente, la sospecha se fue disipando.

–Vuestras palabras tienen sentido –dijo Montrovant al fin–. No hay nada en ellas que contradiga lo que yo sé, o lo que he oído –se volvió hacia Jeanne, pero Le Duc guardaba silencio. Resultaba claro que el caballero también creía lo que ella acababa de relatar.

»Santos fue al mismo tiempo el principio de mi búsqueda, y su condenación. Cuando tuve noticias de sus actividades bajo la mezquita de Al Aqsa, comencé a sospechar que debía guardar algo muy importante. Y cuando advertí que la Iglesia parecía tolerar su existencia y le permitía continuar sus oscuras prácticas, mis sospechas se confirmaron. Pero, como os he dicho, logró escapar de mí la primera vez que nos encontramos y otro, un vampiro muy anciano, Kli Kodesh, se hizo con los tesoros por los que el propio

Santos y yo mismo habíamos estado luchando. Nos enfrentamos, y más de una vez estuvimos a punto de acabar el uno con la existencia del otro. Huyó de mí, pero mientras estuvo vivo dejaba tras de sí un rastro que seguir. Un rastro que, desde su destrucción, se ha ido desvaneciendo. Kli Kodesh confió los tesoros a la salvaguardia de una orden que él mismo había fundado. Su líder era un antiguo Nosferatu, pero uno transformado de alguna manera, quizá por haber probado la sangre del propio Kodesh. Muchos la conocían como la Orden de las Cenizas Amargas. Poseían algunos poderes y habilidades asombrosas, incluso para los no muertos, pero no eran invencibles. Conseguí que la Iglesia me encomendara su vigilancia. Roma sabía que poseían valiosísimos tesoros. También lo habían sabido de Santos, pero en aquel caso les complacía que obrasen en su poder, a salvo de las manos de otros. Quizá existían secretos escondidos en aquellos objetos que hubiesen desacreditado la veracidad de su fe. Esto no lo sé. Lo que sí sé es que repentinamente, y por completo, la Orden desapareció. Yo había esperado demasiado. Guardaban los artefactos, entre los que se rumoreaba que se encontraba el Grial, en una cámara secreta bajo una montaña, cerca de Roma. Pero para cuando hube comprendido lo que estaba ocurriendo, ya se habían marchado. Sin un aviso. Sin dejar un solo rastro tras de sí. Simplemente se habían ido. Conseguí capturar a uno que los había servido, un Condenado, pero no un miembro de la Orden, mas el desgraciado no sabía nada más que lo que acabo de contaros. Ellos lo abandonaron.

—¿Dónde se encuentra ahora ese hombre? --inquirió Rachel de pronto... con un brillo en los ojos.

—A menos que su Dios posea sentido del humor --contestó Montrovant suavemente--, ahora mismo no será más que una pequeña pila de cenizas que el viento arrojará lejos de los muros de mi castillo. Cortesía del Padre Sol.

—Un sacrificio a Ra --murmuró ella con voz reverente.

Montrovant la miró.

—Más bien un sacrificio a mi frustración. De dejarlo con vida, hubiera acabado por reunirse con la Orden. Y ellos son mis enemigos. Eliminé un obstáculo, eso es todo.

—Rezaré por no convertirme en un obstáculo como ese --replicó ella, una sombra sobre los ojos, pero sin miedo—. No tengo el tiempo, ni la energía necesarias para embarcarme en un conflicto como ese.

Montrovant la miró una última vez, y súbitamente se echó a reír.

Una risa profunda que llenaba la habitación y resonaba como un eco contra los muros de piedra.

–Tampoco yo, mi dama. Tampoco yo.

En aquel momento Maison volvió a aparecer. Se inclinó lentamente frente a Rachel, aunque más allá de su alcance.

–Los aposentos ya están preparados –dijo con voz respetuosa–. Son muy seguros... y muy sombríos.

Rachel asintió en su dirección, pero sin dejar de mirar a Montrovant, como si su "hermano" no le mereciera demasiada atención.

–Estaréis a salvo entre nosotros –dijo–. Sé que no tenéis razones para creerme, pero esa es la verdad. He ganado más por no administraros la segunda muerte que lo que hubiera significado para mí el haberlo hecho. Sería más que absurdo arriesgar las vidas de mis seguidores por la magra recompensa del poco sustento que podríais proporcionarnos.

–Eso resulta razonable, pero a pesar de todo mantendremos la vigilancia. Y cuando el sol se ponga, nos marcharemos de este lugar.

Montrovant se levantó y Rachel siguió su ejemplo.

–Maison os guiará a vuestros aposentos –dijo ella, tendiéndole su mano delgada y de hermosa hechura.

Montrovant tomó la mano, sosteniéndola un largo rato entre las suyas mientras estudiaba sus ojos. Entonces, sin otro pensamiento, se marchó, siguiendo en silencio a Maison a través del pasadizo, hacia el interior del monasterio.

Rachel lo observó mientras abandonaba la habitación. Sus hombres, alineados detrás y alrededor de él, lanzaban miradas a la vez inquietas y cautelosas en todas direcciones. Las sombras se los tragaron y todavía durante un rato se mantuvo ella contemplando el pasadizo por el que el que acababan de desaparecer. Pero no hizo ademán alguno de seguirlos, o de hablar a sus propios seguidores. Sus ojos parecían vacíos, y su mirada, perdida en la distancia.

* * *

Más allá de los gruesos muros del exterior, una silenciosa y solitaria figura ascendía montaña arriba, guiando lentamente a su montura. La amenazante estructura apareció delante de sí, y sus ojos escudriñaron las paredes. Observó una tras otra cada ventana, todas ellas en sombras, y no encontró nada. El amanecer no estaba ya lejos.

Pasó junto a la fachada del monasterio tan deprisa como pudo, dirigiéndose hacia una pequeña arboleda que había junto a la base de la montaña. Atravesó un claro hasta llegar a un pequeño cementerio que había más allá. Una breve sonrisa se dibujó un instante en su rostro... y al instante se apagó.

Abraham desmontó y ató su caballo a un árbol. Dejándolo pastar, se encaminó hacia una vieja tumba, levantó la lápida, y penetró en su interior. Sabía que corría el riesgo de que el caballo fuera descubierto, pero eso no significaría necesariamente que se le asociara con la tumba en la que se había refugiado. Había descargado todo su equipaje y lo llevaba consigo. La siguiente noche sería aún demasiado pronto como para dar su presencia a conocer. Llevaba consigo los salvoconductos que le había dado el obispo Santorini, pero ellos no lo protegerían de la luz del sol.

Volvió a colocar la lápida sobre la tumba y se acomodó sobre la fría tierra, rodeado por huesos muertos mucho tiempo atrás. En el exterior, el viento parecía dirigirse a él con la voz de Dios... riendo suavemente.

6

Pese a la evidente amenaza de traición que se cernía sobre ellos, Montrovant y Le Duc sobrevivieron a la llegada y el paso del día sin incidentes. El resto se había encargado de la vigilancia, tres durmiendo mientras otros dos hacían la guardia, durante todas aquellas horas. Cuando Montrovant despertó, resultaba claro que nadie había logrado descansar demasiado. Las palabras de Rachel le habían convencido de su honestidad, pero parecía que el resto se había sentido menos impresionado.

Sea como fuere, tras levantarse se encaminaron hacia el refectorio en silencio. El lejano canto de una coro de muchas voces les llegaba desde lo más profundo del monasterio, tan pronto desde un pasaje secreto, como alzándose desde unas escaleras ocultas en las sombras. La cadencia era reposada y rítmica, y seducía la concentración por completo. Montrovant reconoció su esencia inmediatamente. Pero ésta, cuya energía parecía mucho menos malvada, no lo arrastró hacia ella como aquella otra había hecho en el pasado.

Esto no evitó la súbita y excitada mirada de Le Duc, ni las ahogadas y silbantes maldiciones proferidas por sus hombres. La muerte del joven Louis no había sido todavía olvidada. Más de una vez se arrastraron hasta él comentarios de venganza, o juramentos entonados a modo de protección. Frunciendo el ceño, apresuró el paso hasta llegar frente a las puertas de refectorio, y las abrió. Un pequeño fuego ardía en la chimenea, y sobre la mesa principal, la más cercana al mismo, se habían dispuesto viandas y vino. La habitación estaba completamente vacía. Montrovant indicó con un gesto a sus hombres que entrasen. Sabía que necesitaban la comida, al menos tanto como él necesitaba un momento para considerar su próximo movimiento.

–Comed rápidamente –dijo caminando entre ellos hasta ir a apoyarse contra una pared–. Tenemos que marcharnos rápidamente de aquí. A cada momento que pasa el rastro se vuelve más tenue, y nuestra búsqueda más y más difícil.

Le Duc se le acercó aunque, por respeto al silencio de su *sire*, se mantuvo a cierta distancia. Ambos sabían que pronto iban a necesitar un sustento de una naturaleza diferente, y esta era otra razón para la premura de Montrovant por ponerse en camino.

Rachel les había desvelado algunas cosas, era cierto, pero nada que les fuera de verdadera utilidad en su búsqueda. Un puzzle con la antigüedad de varias edades del mundo comenzaba a cobrar forma definida ante sus ojos, pero la persecución, la caza, no resultaba por ello diferente. La Orden no había seguido este camino, ni había pasado junto al monasterio. Lo cual podía significar que habían permanecido en la vía principal, dando un rodeo alrededor de las montañas, o que ni siquiera se habían dirigido hacia Francia. Ninguna de ambas posibilidades tranquilizaba la mente de Montrovant.

–Lo habrían sabido –la voz de Jeanne se arrastró hasta él desde detrás. Montrovant se giró, mirándolo a los ojos.– Los de la Orden eran Nosferatu antes de que se unieran a Kodesh. Y ahora siguen siéndolo en su mayor parte, aunque cambiados. Habrían detectado a los que viven en el interior de estos muros... puede incluso que ya estuvieran informados de su existencia. También sabrían que nosotros podríamos detenernos aquí. El que no hayan sido vistos no significa que no hayan seguido este camino. Si acaso, que suponían que seguiríamos sus pasos.

Montrovant consideró cuidadosamente las palabras de su Progenie. Podía ser que, por alguna razón, la Orden se estuviese

dejando seguir por él, atrayéndolo hacia Francia. Pero lo cierto era que sólo su instinto lo había guiado en aquella dirección. Cada vez que se había acercado al objetivo final de su búsqueda, la carretera le había encaminado hacia su patria. Hacia Francia.

–Puedes estar en lo cierto, amigo mío –dijo con voz tranquila–. Pero no dejo de preguntarme si en realidad resulto de tanta importancia para ellos. No veo por qué podrían querer tenerme tras de sí. Kli Kodesh me encontraba divertido, pero él es un demente anciano. La Orden no es tan antigua, ni tan poderosa. Para ellos soy como una espina clavada en sus espaldas. Y si esto es cierto, ¿para qué podrían querer que los siguiera, salvo para conducirme a una trampa?

Le Duc sonrió.

–Sospecho que será una trampa en la que caeremos...

–Naturalmente –la sonrisa de Montrovant se ensanchó, mientras un destello de luz asomaba a sus ojos–. ¿Cómo podría resistirme a la tentación?

Se encaminaron hacia las mesas. Sus compañeros ya habían dado buena cuenta de la comida y el vino, y estaban empaquetando lo que había quedado para el camino. Parecía que Rachel y sus seguidores habían decidido no presentarse para desearles un buen viaje, lo cual complacía a Montrovant. Envío a du Puy y St. Fond a por los caballos y guió al resto hasta el exterior, cerrando tras de sí las pesadas puertas de madera. Sin los muros a su alrededor, se deleitó en la libertad que le ofrecían la noche y el camino.

Montaron y, dejando el monasterio y la montaña a sus espaldas, se alejaron, los dos exploradores adelantados unos metros, y el resto formados alrededor de Montrovant. Habían perdido un hombre, y el que hubiera ocurrido tan pronto resultaba un mal presagio. Pero Montrovant no se dejaba guiar por los presagios. Demasiados cadáveres yacían abandonados detrás de él, dejándolo libre y poderoso, como para que uno más supusiera alguna diferencia.

Si al alcanzar finalmente su meta, no quedara de todos ellos más que él mismo, el precio pagado habría sido muy pequeño.

Espoleó al caballo por el serpenteante camino hacia la carretera principal, acercándose a lo alto del paso de montaña.

* * *

En cuanto abandonaron la explanada frente al monasterio, una

figura surgió de la pequeña arboleda que había un poco más allá. Abraham permaneció inmóvil y en pie durante un largo rato, observando al grupo desaparecer camino adelante. En su mente bullía una confusa mezcla de pensamientos de venganza, cólera y dolor. Su primer instinto fue el de ir tras ellos inmediatamente.

Su caballo había estado pastando como si nada en el lugar en el que lo dejara la noche anterior. Nadie se había acercado al lugar de su descanso, y su presencia parecía haber pasado inadvertida para Montrovant o para quienquiera que viviese todavía entre los muros del monasterio. Abraham vaciló. Necesitaba alimentarse, y pronto, pero si el Oscuro había entrado y había descansado en la estructura de piedra que se levantaba ante él, las posibilidades de que quedase allí algo con vida suficiente para maldecirlo en sus pesadillas resultaban más que remotas. También existía otra posibilidad, la de que Montrovant tuviera allí aliados. Y en ese caso, penetrar en el edificio resultaría una temeridad.

Abrió su mochila, y echó una ojeada al salvoconducto y el resto de los documentos que el obispo Santorini le había entregado, volvió a guardarlos, cerró la mochila y se aproximó a su montura. Sin duda encontraría a alguien en la montaña, e incluso de no ser así, no sería la primera vez que se enfrentara a la posibilidad de tener en los animales su única fuente de sustento. Seguiría a los caballeros, permaneciendo tan pegado a su rastro como le fuera posible sin arriesgarse a ser descubierto.

Mientras comenzaba a alejarse montaña abajo, se volvió para mirar atrás y entonces pudo ver una suerte de figuras sombrías deslizándose a lo largo de uno de los muros. El movimiento suave y sinuoso y la velocidad de las sombras escurriéndose a lomos del viento marcaron el paso de aquellas apariciones. Los ojos de Abraham permanecieron clavados sobre el lugar mientras se confundían con las aún más oscuras sombras de la noche y desaparecía.

—Condenados --musitó.

Volviéndose de nuevo, se alejó del lugar. No había manera de saber qué clase de tratos había tenido Montrovant con los moradores del monasterio. Pero incluso si existía sangre allí, estaña celosamente guardada. Para Abraham había bien poco que ganar y mucho que perder en tratar de investigar aquel lugar.

Desde el principio sus planes habían sido confusos e incompletos. Santorini lo había enviado en su "misión" sin siquiera darle tiempo a considerar qué era exactamente lo que pretendía hacer. Montrovant

era muy viejo y poderoso, y todo lo que Abraham tenía para enfrentársele era el fuego de su ansia de venganza y un devorador afán por volver a encontrar a la Orden de las Cenizas Amargas y pedirles cuentas por haberlo abandonado.

Durante mucho tiempo y con total lealtad los había servido, espoleado por la esperanza de ser invitado a unirse a ellos. Invitado a conocer ciertos secretos que sólo había podido vislumbrar.

Su propio Abraso le había arrebatado de los brazos de una familia guiada por un padre con una visión, una visión de fervor religioso. Durante sus cenas, los temas de conversación más comunes eran las sacras reliquias y aquella Iglesia que se había vuelto muda, sorda y ciega a su propia herencia. Los innumerables y preciosos códices y rollos de pergamino, los trabajos de hombres sabios de otras naciones y otras épocas, los mapas, tanto los fraudulentos como los verdaderos, todo ello alimentaba la misma obsesión.

El padre de Abraham habría comprendido la pulsión que consumía a Montrovant, pero al mismo tiempo hubiera insistido en que el foco era equivocado. Claro que, naturalmente, no había sentido la llamada de la sangre, ni había conocido aquellos caminos y aquellas épocas por las que el Oscuro había transitado y que había conocido. Pero allá en su mente, en sus pensamientos, en la convicción de sus palabras cuando trataba de enseñarle algo a su adorado hijo, aquel había sido un hombre grande.

—Existen poderes, Abraham —le había dicho su padre, Joseph, más de una vez, a última hora de la noche, con una jarra de cerveza en una mano, y un antiguo tomo de una u otra materia abierto sobre la otra—. Poderes que no alcanzamos a comprender. La Iglesia no es el único poder en el mundo, ni el más antiguo. Pero a diferencia de aquellos otros, ha reunido toda su fuerza y su fortaleza en un foco. Su poder ha sido reunido y escondido, con mayor sigilo y secreto cada vez que ha sido descubierto, y su conocimiento se ha mantenido también en secreto salvo para unos pocos elegidos... tan pocos y tan elegidos que incluso los sacerdotes de la fe no conocen la verdad por completo. Entre los Santos Padres de Roma, han existido quienes conocían esta verdad, quienes meramente la sospechaban, y quienes simplemente no tenían idea alguna de lo que ocurría bajo los muros de sus mismos palacios. Pergaminos, artefactos, pedazos y fragmentos del pasado, incluso restos de los mismos santos, la Vera Cruz, el Arca de la Alianza... estas cosas, Abraham, son la llave del poder. Las palabras de la Biblia son criptogramas, cuyo significado permanece

incierto incluso para aquellos que crearon el código. Es una guía equívoca, que se interna por caminos retorcidos que conducen a interminables círculos.

En aquellos momentos, normalmente tras más de una jarra de cerveza, la vida se tornaba para Abraham de una claridad pasmosa. Las cosas que su padre le había contado, los antiguos textos que había compartido con él, lo habían enviado en una misión, en una búsqueda, le habían mostrado cosas que otros no habían visto, o que ignoraban, le habían revelado la magia que se arremolinaba en cada una de sus palabras.

Para Joseph, los secretos habían sido una obsesión que perseguir en los libros, y en un apacible escudriñar en las palabras y los conocimientos de otros. Estaba satisfecho con lo que allí podía encontrar, y cuando el impulso de ir más allá de esto resultaba demasiado fuerte, se entregaba a la cerveza. Pero la cerveza no impedía que los fuegos se escapasen de sus ojos y fuesen a aposentarse a sus anchas en el corazón de su hijo.

A los veinte años, con el corazón inflamado por el impulso de aquellos sueños, Abraham se puso en camino. Tierra Santa, las mezquitas de los musulmanes, las mazmorras del Vaticano. Todas ellas las recorrió sin encontrar nada. Pero un mal día llegó hasta sus oídos un rumor, una palabra perdida en una conversación de taberna, y en aquel preciso instante, el destino de su vida, y de su muerte, quedó sellado.

Había estado buscando alguna pista que le condujese hasta aquellos poderes y secretos conocimientos sobre los que su padre le había hablado. Su destino lo había encaminado hacia un valle. Un lugar temido y evitado por todos, una oscura y tenebrosa historia usada para asustar a los niños por la noche y que por la misma razón lo había atraído como el canto de las sirenas a los náufragos.

Se adentró en el valle la misma noche de su llegada, sin concederse siquiera un descanso, ignorando las protestas de su sentido común que le advertía de que tales historias no suelen crecer de la nada. Se decía que en aquel valle existía un lugar habitado por hombres extraños, una pequeña fortaleza excavada directamente sobre la roca desnuda. Sus moradores no eran conocidos por nadie del exterior, y muy raramente eran vistos, siempre de noche, y en la distancia.

Quienes habían penetrado en el valle en su busca nunca volvieron. Tan sencillo como esto. Nadie vio sus cuerpos, ni asistió a

horribles escenas de muerte o destrucción, simplemente desaparecieron. Era como si aquellos lo suficientemente estúpidos como para adentrarse más allá de los lindes de aquel valle se hubieran desvanecido de la faz de la Tierra.

Abraham encontró un viejo camino que descendía por la ladera. Estaba cubierto por la maleza, como si no hubiera sido utilizado en mucho tiempo. No había señales de ruedas de carro, ni marcas dejadas por cascos de caballo. Pese a que el valle era la vía de paso natural entre dos pueblos, el camino que todo el mundo utilizaba describía un largo giro a su alrededor, esquivando el lugar cuidadosamente.

Nada de esto le importaba. Con los sueños de su padre cuidadosamente atesorados en lo más hondo de su corazón, Abraham penetró en el valle. Descendió hasta el fondo sin encontrar dificultades, y atravesando unas arboledas llegó al interior, donde se topó con un arroyo de agua burbujeante y clara que se perdía en la distancia. Lo siguió.

A lo largo del arroyo discurría un segundo camino, éste en mejor estado. Al descubrirlo, su corazón se aceleró. Era cierto, al fin y a la postre, que alguien habitaba aquel valle y que se movía por aquel camino con cierta regularidad. Intrigado, siguió el camino sin preocuparse por los posibles peligros, hasta que fue a encontrarse con la estructura de la que había oído hablar.

Apenas había podido vislumbrar la fachada, un instante para grabar la imagen en su mente, cuando fue agarrado sin contemplaciones desde atrás, levantado del suelo como si fuera un niño, y arrastrado entre gritos hacia los árboles. Al cabo de un instante una poderosa mano descargó un golpe sobre su cabeza, silenciándolo. Después vino un dolor al mismo tiempo intenso y exquisito.

Se encontró agitándose débilmente en un abrazo que le sostenía con fuerza... su garganta atravesada por dos cuchillas, paralizado por el miedo, los ojos cediendo a la oscuridad, y la mente luchando por recuperar el control y comprender. Repentinamente, una idea se hizo dueña de sus pensamientos: había estado buscando poderes más allá de su entendimiento y, finalmente, ellos lo habían encontrado.

--Por favor --alcanzó a suplicar, su aliento huyendo moribundo de sus labios--. Por favor... quiero saber...

Y, por razones que todavía perturbaban su mente, que todavía desgarraban su corazón y apesadumbraban los últimos jirones de su

alma, su petición le había sido concedida. Mientras caía, la vida abandonando apresuradamente su cuerpo, arrebatada la sangre de las venas, y los ojos perdiendo su azul intenso y brillante en favor de un gris moribundo, una gota de algo había caído sobre sus labios, resplandeciendo hipnóticamente por influjo de los rayos de la luna que se colaban entre los árboles, y se había deslizado hacia el interior de su boca, descendiendo por su herida garganta como plomo fundido... y luego una segunda... y por fin un pequeño chorrito.

Sin advertir que se trataba de sangre, se había aferrado a una delgada muñeca, cruzada por un corte, y había comenzado a alimentarse violentamente, succionando aquella sustancia y el poder, la visión, y la asombrosa sensación de plenitud que la acompañaban. Transcurrió una eternidad y entonces, de nuevo, lo zarandearon y se vio liberado. La mujer que acababa de alimentarlo se había apartado de un salto y permanecía acurrucada, observándolo con ojos oscuros y salvajes.

Su oscuro cabello, agitado por el viento, caía en desorden sobre los hombros. Su vestido estaba reducido a jirones, mostrando la piel suave y blanca. Lo observó, sin decir una palabra, durante largo rato.

Él todavía no podía moverse, aunque por momentos sentía su fuerza renovándose, como una oleada palpitante a través de sus venas... algo estaba cambiando, su visión se oscurecía y al momento siguiente se aclaraba, y los pensamientos pasaban de la lucidez a la incoherencia en breves e intensas oleadas.

—¿Por qué? —preguntó a la mujer—. ¿Por qué?

—Porque lo pediste —replicó ella, con un suave deje en su evocadora voz—. Nadie me lo había pedido antes.

Y así había comenzado. Lori, que así se llamaba ella, lo había llevado consigo, levantándolo en volandas tan fácilmente como lo habría hecho con un pequeño saco de grano, hasta una estrecha grieta que se abría en el acantilado de piedra del valle. Más allá de aquella entrada existía una caverna, e incluso más al interior todavía otra, fría y húmeda. El eco de los pasos de la mujer al internarse allí resonaba en su mente como el latido de un inmenso tambor. Ella lo había llevado hasta lo más profundo de la caverna, lo había arrojado sobre el suelo, y lo había abandonado allí. No volvió hasta que él se hubo sumido en una honda oscuridad.

Cuando abrió los ojos ella estaba de nuevo frente a él. No habló inmediatamente. Le tomó de la mano y lo condujo hacia el exterior, hacia el valle, y más allá, hasta el pueblo del que él había partido. Se

movían silenciosamente, la agilidad y velocidad de él casi rivalizando con las de ella a pesar de que había estado al borde de la muerte tan solo una noche antes.

Aquella noche él se alimentó por primera vez. Su presa era un hombre joven que se había aventurado de caza demasiado tarde y demasiado cerca de los lindes del valle. Ella había caído sobre el desgraciado en apenas unos instantes, y el hambre de Abraham lo había empujado a unirse al festín antes de que su mente pudiera asociar el movimiento y la naturaleza del acto. Perforó la garganta del muchacho y comenzó a drenar la dulce sangre, aferrando los cabellos y la ropa, atrayendo el joven y cálido cuerpo contra sí mucho antes de que la realidad de sus acciones se hicieran evidentes ante sus ojos.

Sin siquiera una mirada atrás, ella se había vuelto y lo había abandonado allí, sobre el camino, con el cuerpo agonizante del muchacho en sus brazos, y había desaparecido en dirección al pueblo. Su hambre todavía esperaba ser satisfecha. Mientras lo hacía, repentinamente consciente, Abraham la había contemplado, queriendo gritar, queriendo liberarse, queriendo escapar, correr y correr hasta que sus pasos lo hubiesen llevado mucho más allá del valle, mucho más allá del pueblo, mucho más allá... de vuelta a la cordura, junto a su padre, al mundo que había abandonado tras de sí. No hizo nada de esto. Se quedó allí y siguió alimentándose, esperando la llegada de las lágrimas. Pero las lágrimas, elocuente recuerdo de su humanidad, no acudieron.

Aquel fue el comienzo. Se quedó junto a Lori varios años, alimentándose en las cercanías del valle, vigilando a sus moradores, pero nunca los vio moverse, o abandonar el lugar. El ansia de conocimiento que atesoraba no había sido desterrada de su corazón. Antes al contrario, le impulsaba con mayor fuerza hacia aquello que acababa de colocarse a su alcance. Aquellos fueron años de aprendizaje. Lori no era una profesora paciente, pero en cambio era feroz y leal. Demasiado tiempo había pasado sola entre aquellos árboles y aquellas rocas.

A veces conversaban, a poco del alba, justo antes de que el sol se levantara y les forzase a buscar refugio bajo tierra, en las cavernas, con su amenaza de una destrucción segura. Ella le habló de los moradores de la pequeña fortaleza que él descubriera, llamándolos la Orden de las Cenizas Amargas. Llegados a su valle muchos años antes, le contaba, guardaban celosos e infatigables, grandes y ocultos secretos de poder.

Tiempo atrás, la estructura había permanecido vacía. Ella podía recordar un tiempo en que el valle entero era gobernado por su propio padre y el castillo, entonces no tan fuerte ni tan secreto, era un lugar cuya hospitalidad los viajeros cansados recababan en busca de descanso. En aquellos tiempos Francia se debatía en violentas disputas feudales pero aquel lugar, permanentemente custodiado y fácilmente defendible, había sido respetado. Pero precisamente aquel retiro había atraído al que sería su *sire*, en busca de un lugar escondido del mundo y al mismo tiempo activo.

Aquel "hombre" los había matado a todos, a su familia entera. Lentamente, primero a su padre, dejando a una viuda y una hija para gobernar en su lugar, y su oscura presencia filtrándose entre ambas, reclamándolas a ambas y enfrentando la una contra la otra. Los relatos que ella le refirió rebotaban de una terrible oscuridad, y las imágenes que los acompañaban sirvieron para dulcificar la imagen que de ella se había formado en el pensamiento de Abraham. También él había conocido la soledad, aunque siempre había tenido a su padre a su lado. Su madre había muerto siendo él muy niño, dando a luz a un hermano que él nunca conocería. Ambos, madre e hijo, habían abandonado juntos el mundo, dejando tras de ellos a Abraham y a su padre para compartir la compañía, la vida y el afecto.

El castillo había sido abandonado cuando su *sire* se marchó. Él no había querido llevarse a Lori consigo, pese a que la otorgara su Abrazo por el simple placer de verla asesinar y alimentarse de su madre, a la que ella había llegado a odiar por celos. Placeres y juegos sin fin, preñados de muerte, que habían devorado la herencia de su señorío y habían arrastrado consigo una vida que no regresaría, y que ella jamás podría olvidar.

La Orden había llegado mucho más tarde. Primero arribaron los hombres, hombres pequeños y oscuros de los que se había alimentado, pero que se habían obstinado en permanecer allí a pesar de su miedo, y a pesar del evidente conocimiento de quién y el qué era ella. Llevaban consigo grandes cargamentos de piedras y herramientas, transportadas de noche hasta el interior del valle por caminos que evitaban los pueblos y a sus habitantes siempre que fuera posible. El castillo fue reconstruido, pero no como ella lo recordaba de su juventud. Ahora se alzaba achatado y poderoso, con muros lo suficientemente gruesos como para soportar prácticamente cualquier ataque, y todavía vacío.

Cuando hubieron terminado su reconstrucción, aquellos extraños

hombrecillos lo habían cerrado y habían marchado, dejando tras de sí apenas unos pocos indicios de su paso. La espeluznante estructura estaba sellada y todavía sin habitar. Durante algún tiempo Lori consideró la posibilidad de forzar las puertas e irrumpir en los salones, en busca de los fantasmas que todavía la obsesionaban. Pero se había resistido a tales impulsos, mientras hacía extenderse la leyenda de que defendería aquel valle hasta la eventual llegada de sus dueños.

La Orden llegó de día. Una noche el castillo permanecía vacío, deshabitado y solitario; a la noche siguiente había guardias apostados sobre sus murallas, marcas de carromatos sobre los caminos, el sonido de los animales y voces ocasionales arrastrándose hasta la arboleda en la que ella permanecía escondida, observando, escuchando y haciéndose preguntas.

Lori nunca se presentó ante ellos. Su vida continuó como hasta entonces, alimentándose y viviendo sola en el valle, observando y esperando. Ya no quedaba nada de su anterior vida que la reclamase hacia el castillo, y algo en el aspecto de aquellos pocos de entre sus moradores a los que alcanzó alguna vez a vislumbrar le dijo que no había sangre que conseguir entre ellos. No sabía con exactitud quienes o qué eran, pero había visto lo suficiente como para saber que su poder estaba mucho más allá del de ella.

También sospechaba que ellos conocían su existencia, y que la toleraban sin intrusiones, y no encontró ninguna razón para interrumpir esa tácita asociación.

Para Abraham, en cambio, las cosas eran muy diferentes y así, al cabo de un tiempo, se dirigió a las puertas del castillo. Lori le dejó marchar. Dijo que lo hacía porque la caza se había vuelto mucho más difícil con él allí, que los aldeanos se habían vuelto demasiado inquietos y desconfiados desde que ambos se alimentaban de ellos. Pero se adivinaba en la tenue luz que emanaba de sus ojos al despedirse de él que había anticipado aquel desenlace.

Desde el principio había comprendido la verdad que gobernaba la existencia de Abraham. Había sabido que, más tarde o más temprano, él acabaría por presentarse ante ellos. Había visto que la sangre no era el único principio de su ansia y que, al final, incluso su propio y poderoso ascendiente sobre él sería desafiado y derrotado.

Un atardecer, muy temprano, él había llegado hasta las puertas del castillo, y había llamado, como si aquella visita fuese la cosa más natural del mundo. Tras un instante la puerta se había abierto

perezosamente, y Abraham se había encontrado, por vez primera, con Gustav. Era muy viejo, y muy poderoso. Sus rasgos mostraban la deformidad y la decadencia que distinguía a los Nosferatu, pero había algo más a la vista. Más allá de aquel retorcido rostro, resplandeciendo desde el interior, y dulcificando el efecto y la impresión que la perversión de aquella carne antaño mortal causaban, ardía una luz poderosa. Había algo mágico en los movimientos de aquel hombre, y en sus palabras.

Abraham comprendió inmediatamente que todos sus secretos no eran tales en la presencia de aquel hombre y así, sin saber muy bien por qué, le relató toda su historia. Su padre, sus sueños, su llegada al valle. Por un momento consideró la posibilidad de omitir la existencia de Lori en su narración, pero Gustav lo advirtió de inmediato. Sonrió ante aquella mentira que suponía poco menos que un insulto y contó a Abraham que la Orden conocía la existencia de ambos desde hacía bastante tiempo, que las correrías de ella y su misma presencia en la zona les proporcionaba el medio de salvaguardar su privacidad sin tener que intervenir personalmente, y que por tanto la aprobaban.

Abraham no volvió a abandonar aquellos muros para cazar con Lori. La Orden le aceptó como un huésped, le proporcionó sustento y estudio, y se dedicó a instruirlo refiriéndole historias de otros lugares y otras épocas, cosas de las que él había oído hablar o había leído pero de las que jamás había soñado siquiera con estar cerca o formar parte. Durante todo aquel tiempo, les suplicó que compartieran con él sus secretos, el poder que les hacía ser lo que eran, y más. El poder que les permitía tolerar la mordedura del sol sobre la carne y que adormecía de tal manera el impulso de su hambre que les permitía sobrevivir sin apenas alimentarse, o sin hacerlo en absoluto.

Ellos habían sonreído ante sus preguntas, alimentándolo lentamente con su conocimiento, con leyendas de poder, corrupción y sabiduría y convirtiéndolo poco a poco en una leal herramienta en sus manos. Las cámaras secretas permanecían cerradas para él, pero se le hacía saber que aquellas cámaras contenían aquel tipo de secretos de los que su padre siempre había hablado. El deseo por conocerlos, por conocerlos y experimentarlos, lo arrastró casi hasta la locura. Comenzó a vivir y a respirar por el afán de convertirse en uno como ellos, en uno de ellos, y ellos se aprovecharon.

Lo utilizaron como espía. Fue enviado como mensajero ante otros ancianos, en otras tierras. Con cada nueva misión prometiendo una nueva recompensa, cada vez fingiendo estar dispuestos a conceder su

deseo. Hasta aquel aciago día en las cercanías de Roma en que volvió junto a ellos, dispuesto a suplicar como nunca, a postrarse frente a Gustav y rogar por una simple gota de su sangre, solo para descubrir que se habían marchado y lo habían abandonado. Desaparecidos de la faz de la Tierra.

El camino delante de él comenzaba lentamente a ascender la montaña. Y más adelante, siguiendo ese mismo camino, estaba el único hombre, vivo, muerto, o cualquier otra cosa, al que Abraham odiaba más que al propio Gustav. Todos ellos parecían arrastrados por el destino hacía un mismo punto en el horizonte, y aunque el hambre comenzaba a sublevarse en su mente y en sus pensamientos, mantuvo el trote de su montura lento y parsimonioso, internándose entre las sombras de la montaña, despacio y lleno de paciencia.

Unas suaves pisadas se arrastraron hasta sus oídos, desde algún punto no muy lejano montaña abajo, a un lado del camino. Torpemente, alguien lo estaba siguiendo, y el aroma de su sangre llenaba el aire nocturno. Volviéndose con una apacible sonrisa, detuvo su montura. Era una hermosa noche para una emboscada.

7

Las pisadas que Abraham había escuchado eran apresuradas y desiguales, nada sigilosas. La posibilidad de una emboscada se trocó inmediatamente en sus pensamientos por la de una huida. Quizá fuera mejor abandonar el camino. Condujo al caballo fuera de la carretera, hacia la vertiente de la montaña, y se ocultó entre unos árboles. Manteniéndose a una corta distancia y con la senda a la vista, comenzó a avanzar, tan pronto deteniéndose a escuchar, como acelerando o enlenteciendo el paso en la misma medida en que lo hacía quien le estaba siguiendo. Reparó en que más sonidos parecían venir desde atrás. Otras pisadas y otras voces. Quienquiera que se encontrase tras él estaba siendo seguido, y parecía desesperado por escapar.

Algo en aquella persecución heló la temperatura de aquel silencioso e inmóvil órgano que era el corazón de Abraham. Era una persecución implacable, pero en la que no se ganaba ni perdía terreno. Quienquiera que estuviese huyendo se estaba cansando

rápidamente, pero a pesar de ello sus perseguidores no se le acercaban. No parecían tratar de capturarlo, sino simplemente de jugar con él, de aterrorizarlo.

Incluso los mismos sonidos que provocaba la persecución parecían calculados para confundir. Cada uno sugería una nueva dirección, una diferente distancia entre perseguidores y presa. No había forma de discernir cuan cerca se encontraban realmente de él. Abraham detuvo su caballo, se concentró y expandió su mente, sus sentidos, en busca de los perseguidores.

* * *

Sólo le llevó un instante el descubrir que uno de los miembros de la partida era un vampiro. Sentía el latir de dos corazones, uno retumbante, el otro suave y apacible, relajado, el eco de las pisadas de un hombre, y las de dos caballos. El Cainita viajaba con un compañero humano, y esta podía resultar una información de utilidad. Quizá el humano conocía la naturaleza de su acompañante, quizá no. Por su parte, del terror en el corazón y el frenético ritmo de la carrera de su presa podía adivinarse que, si bien tal vez no fuera consciente de a que se enfrentaba *exactamente*, sí que lo era de la gravedad e inminencia del peligro.

Súbitamente, una figura apareció desde unos árboles que había camino abajo. Lanzaba miradas de terror en todas direcciones. Sus ropas estaban hechas jirones, los cabellos enmarañados, cubiertos de sudor y suciedad, pero a pesar de ello se veía bien a las claras que se trataba de un noble. La desgarrada ropa era de buena factura y las finas botas de cuero blando, aunque hechas pedazos por un uso para el que no habían sido concebidas, eran aun de mejor calidad. Sus ojos, abiertos como platos, parecían enloquecidos por el terror. Sin un pensamiento, el hombre atravesó el camino a la carrera, dirigiéndose al lugar en el que Abraham se escondía. Al hacerlo, su figura desapareció de la vista tras un afloramiento de roca que se erguía entre ambos.

Abraham se mantuvo donde estaba. Cualquier movimiento repentino podía convertirle a él también en presa, y aunque no temía demasiado a aquellos perseguidores, tampoco era ningún necio. Su libertad le había sido arrebatada ya una vez, y el recuerdo de su experiencia estaba grabado a fuego en lo más profundo de sus recuerdos. No quería experimentar de nuevo aquella sensación de

impotencia, aquella hambre abrasadora que le devoraba desde las entrañas.

El hombre reapareció al otro lado del afloramiento, ajeno por completo a los ojos que seguían su trayectoria. El tiempo se estiró hasta extenderse una eternidad, y entonces se levantó el sonido de los cascos tras de él.

Los dos caballeros surgieron de pronto de entre las sombras, las largas capas ondeando al viento nocturno como alas de murciélagos gigantes. Cabalgaban suavemente y con facilidad, inclinados sobre los cuellos de sus monturas. Vestían de negro, de la cabeza a los pies, con largos y oscuros sombreros de ala ancha que ocultaban las facciones de la vista. Un destello plateado se elevaba desde el pecho de cada uno de ellos y, mientras pasaban cerca de él, Abraham observó con más atención.

Eran cruces. Cruces de plata labrada, como las que llevaban los clérigos de Roma. Sacerdotes. Los perseguidores eran sacerdotes, o tal vez agentes de Roma. ¿Y su presa? Abraham había resuelto dejarlos pasar, esperando escondido hasta que se hubiesen alejado de su vista, antes de retornar al camino y a su misión, pero ahora su curiosidad estaba excitada. No era extraño encontrar a alguno de los Condenados entre la clerecía. Para los agentes de la Iglesia, la caza y el terror nocturno eran casi una costumbre secular. Pero el encontrar a estos dos marchando juntos era una situación diferente y al mismo tiempo mucho más extraña.

Moviéndose con muchísima cautela, rodeando por el otro lado el afloramiento de roca junto al que los jinetes acababan de pasar, Abraham comenzó a caminar siguiendo una trayectoria paralela a la de ellos. Podía permitirse una pequeña demora en su misión. No pasaría mucho tiempo, en todo caso, antes de que su presa se rindiera a la fatiga y la caza llegase a su fin. No había nada que ganar manteniéndose demasiado pegado al rastro de Montrovant, salvo el ser descubierto, y esta era una posibilidad que Abraham todavía no estaba dispuesto a afrontar.

Los dos perseguidores cabalgaron montaña arriba un par de cientos de pies hasta que, repentinamente, la suave ladera se transformó en un empinado acantilado, casi una pared vertical de piedra pura. En aquel lugar la persecución tocaba a su fin. Su presa intentó infructuosamente escalar la pared, se volvió con ademanes desesperados a derecha e izquierda y finalmente hacia atrás, hacia el camino por el que había llegado. Demasiado tarde.

Los dos jinetes habían aparecido ante su vista, uno a su derecha, el otro a su izquierda, y se le acercaban inexorablemente. La sonrisa del que venía por la derecha, de un blanco brillante bajo la luz de la luna, parecía competir en la atención de Abraham con el resplandor plateado de su cruz, y casi hacía pasar desapercibida a la visión de sus ojos. Profundos ojos... oscuros pero al mismo tiempo iluminados por los destellos de algo que latía en su interior, no exactamente luz, sino más bien llamas. Unos destellos que, sin embargo, no alcanzaban a disipar la oscuridad del rostro.

Acomodándose junto a la piedra que lo ocultaba, Abraham observó la escena. El primer jinete desmontaba parsimoniosamente. Su mirada estaba fija sobre el aterrorizado noble que se apretaba contra la piedra. Sus profundos y fríos ojos, clavados sobre los de éste, no flaqueaban un solo instante. Dejó el caballo tras de sí y se aproximó a su presa con espeluznante precisión. Giró la cabeza, levantó el rostro, y su nariz comenzó a olfatear el aire como si se tratara de un animal buscando un rastro.

–Puedo olerlo –dijo al fin, volviendo la mirada hacia la de su silencioso compañero–. Lleva el olor consigo. La mácula de otros mundos es fuerte en él. El azufre y el sulfuro se mezclan con su sangre.

Girándose con rapidez, el rostro inclinado y la espalda doblada, se aproximó hasta encontrarse a escasas pulgadas de la cara del noble.

–Has tenido tratos con ellos, ¿no es cierto? –siseó con voz aguda–. Los has seguido hasta sus sombrías guaridas, observándolos mientras se alimentaban con la sangre del rebaño de Dios. Has guiado sus corderos al matadero, y todo ello con el pretexto de ser un hombre *devoto*.

Atrapado, el hombre pudo al fin articular palabra. Agitaba la cabeza de un lado a otro, buscando alguna salida con los ojos llenos de súplica.

–No, no. Os lo juro. No tengo idea... no tengo la menor idea de lo que queréis... no sé quiénes sois... por favor...

–Puedes ahorrarte tus súplicas –dijo el segundo jinete con voz calmada–. Noirceuil no es de los que cometen errores, o de los que los toleran en aquellos que quebrantan los Mandamientos. Conocemos perfectamente tus asuntos. Sabemos quienes se ocultan bajo tu castillo durante el día, y cazan a nuestra gente durante la noche. De hecho, lo sabemos todo sobre ti, y a ellos los encontraremos con o sin tu colaboración. Dada la enormidad de tu

pecado, deberías entregarte al arrepentimiento. Tu alma yace ya más allá de toda posibilidad de perdón, pero debe existir un Infierno menor para aquellos que suplican la Divina misericordia.

–Pero es que yo no he hecho nada –el hombre enterró la cabeza entre las manos, sollozando–. Os lo juro por todo lo que es sagrado. Por el amor de Dios, si hasta mi propia hija ha sido asesinada y arrastrada a la oscuridad. ¿Cómo podéis siquiera creer que habría tomado parte en una monstruosidad como esa?

El llamado Noirceuil se mantuvo en silencio durante unos instantes, observando al hombre estremecerse y lloriquear, sus ojos oscureciéndose más y más con cada áspero suspiro que brotaba de su víctima.

–Cometes un terrible error si me tomas por idiota, amigo mío –siseó–. Puedo oler su presencia en ti, puedo sentir su impío contacto sobre tu piel. ¿De veras crees que si los proteges acudirán a ayudarte? Te aseguré que no lo harán. Y si lo hacen... será el último error que cometan en su existencia.

Con un súbito ademán, Noirceuil lo agarró por sus desarreglados cabellos, y empujó su cabeza contra la piedra, dejando al descubierto el cuello desnudo. Incluso desde la distancia a la que Abraham se encontraba, las señales de los colmillos resultaban evidentes.

–Se han alimentado de ti, y a pesar de ello todavía caminas entre los vivos. No insultes a mi inteligencia pretendiendo que no sé lo que eso significa. Puedes creerme cuando te digo que hay muy poco en el interior de sus perversos, condenados corazones que yo no conozca. He consagrado mi vida a ese conocimiento, y a acabar con su locura allá donde la encontrase. Como esta noche. No volverás a su oscuridad, Dorval. No completarás el viaje que has iniciado. –En aquel momento, Noirceuil abofeteó con fuerza el cuello del hombre, impactando con la mano abierta sobre las heridas gemelas que revelaban la verdad.

Dorval se sacudió entonces y se arrojó hacia delante, impulsado por un último jirón de coraje o por la huida definitiva de su cordura. Sus manos, transformadas repentinamente en garras, buscaron la garganta del clérigo. Noirceuil aguardó un momento infinitamente extendido y, por fin, se hizo a un lado justo en el momento preciso para evitar el enloquecido ataque de Dorval. Éste vaciló, su ataque esquivado apenas por el ancho de un puño, y en ese instante Noirceuil asestó su golpe con terrorífica fuerza sobre la parte trasera del cráneo de Dorval, haciéndolo desplomarse de inmediato sobre el suelo de

piedra, a sus pies.

Un repulsivo golpe seco anunció el definitivo encuentro de Dorval con la tierra. Noirceuil se alzó sobre el cuerpo ahora inerte, contemplándolo en silencio. Mientras se daba la vuelta para alejarse del cadáver de Dorval, su bota lanzó repentinamente un último golpe que fue a enterrar aún más la cabeza del hombre en la tierra.

--Cenizas a las cenizas --dijo, las palabras susurradas en un suspiro--. Polvo al polvo.

--Podías haberle dejado vivir hasta que nos dijera por qué camino huyeron --se alzó la voz del segundo hombre--. Podías, sólo por una vez, haber controlado ese afán tuyo por erigirte en la voz de Dios. Estamos aquí para servir al Señor en toda Su gloria --su voz se había tornado un zumbido lleno de sarcasmo--, no para alimentar de almas los fuegos del Infierno. Esta montaña ya está suficientemente caliente sin nuestra ayuda.

La mirada de Noirceuil se levantó para enfrentarse a la de su compañero, y su voz atravesó como un latigazo el espacio entre ambos.

--Te haría mejor servicio dedicarte a la oración y la vigilancia que al sarcasmo, Lacroix. Él estaba marcado por el mal y no nos hubiera dicho nada que nos fuera de utilidad, o que yo no pueda averiguar sin su ayuda. Le seguí la pista hasta aquí para salvar su alma, y para librar al mundo de un futuro mal. Encontraremos a los que estamos buscando, no te quepa la menor duda. No estoy acostumbrado al fracaso.

Las palabras de Noirceuil sumieron a Lacroix en el silencio, pero sus ojos no vacilaron. El fuego del fanatismo brillaba en ellos, y de nuevo Abraham se apretó contra su refugio de piedra, empujando delicadamente hacia abajo la cabeza de su caballo. Durante un instante estuvo a punto de entonar una plegaria por el silencio del caballo y su propia seguridad, pero al cabo tal cosa no resultó necesaria.

Noirceuil examinó los alrededores durante unos instantes, agitando ligeramente la cabeza, y su mirada fue a posarse sobre la piedra que escondía a Abraham. En sus ojos latía un destello de curiosidad. Pero al cabo de unos segundos regresó junto su montura, puso el pie sobre el estribo, y se encaramó a la silla de un salto.

--El rastro se enfría --dijo simplemente--. Cabalguemos, amigo mío.

Los dos volvieron grupas, encaminándose hacia la senda, y se

alejaron por ella. Abraham se dejó caer sobre el suelo en el mismo lugar en que se encontraba y comenzó a reflexionar sobre lo que acababa de ver. Noirceuil era un Condenado. No podía haber duda alguna al respecto, no había manera de rebatir tan evidente verdad. Y, a pesar de ello, ahí mismo yacía un cuerpo muerto, lleno de pura y cálida sangre, y Noirceuil lo había dejado atrás, sin dedicarle siquiera una mirada, y se había marchado.

Una cosa era segura. Lacroix podía saber muchas cosas acerca de su compañero, pero resultaba manifiestamente obvio que ignoraba precisamente aquello que hubiera debido hacer saltar todas las alarmas de su cerebro: que Noirceuil, que estaba cazando a los Cainitas en nombre y al servicio de la Iglesia, era uno de ellos. Que estaba exterminando a los de su propia especie, y a quienes los servían, sin un solo remordimiento.

Después de esperar lo que consideró un razonable período de tiempo y aun un poco más, Abraham salió de entre las sombras y desmontó lentamente. Se acercó al cadáver de Dorval y lo tomó por el cabello, arrancando la destrozada cara de la piedra y levantándolo limpiamente en sus brazos.

Sin vacilación, acercó la muerta garganta a sus labios, y se alimentó de aquella sangre que comenzaba a enfriarse, apagando el hambre que lo había asaltado desde el preciso instante en que sintiera el apresurado latir de su corazón mientras huía de los dos sacerdotes camino arriba. Su apetito no había recibido recompensa alguna durante dos días completos, y comenzaba a resonar fuertemente en sus entrañas, presente tras cada pensamiento y cada imagen que pasaban por su mente como una insidiosa neblina escarlata.

Eso hizo que el enigma de Noirceuil se hiciera aún más presente en su mente. ¿Quién era aquel hombre y qué era lo que lo motivaba? ¿Cómo podía ignorar tan impasible la maldición que recorría las venas del propio Abraham? ¿Y por qué estaba cazando a los suyos?

Pero lo peor de todo era la conexión que lo unía con la Iglesia. Si en verdad existían cazadores de vampiros al servicio de la Iglesia de Roma, y si se encontraban en los caminos en el mismo momento y en la misma área que él. Abraham se preguntaba por qué razón no lo había mencionado el obispo Santorini. Existían dos posibilidades y ambas aguijoneaban por igual sus pensamientos.

Podía ser que, la Iglesia hubiese retirado su confianza a Santorini. El obispo había sido el enlace entre Montrovant y Roma, y Montrovant había desaparecido, al igual que la Orden cuya "custodia" le había

sido encomendada. Nada de esto debía haber mejorado la reputación y la posición de Santorini en el Vaticano.

La otra posibilidad era que fuese el propio Santorini el que no confiaba en su enviado, y que pretendiera utilizarlo a él, a Abraham, al mismo tiempo que a otros agentes de la Iglesia. Ciertamente, la solución a un problema estaba más próxima si uno se aproximaba a ella por varios caminos simultáneamente. ¿Y si Santorini estaba también detrás de estos otros, y ellos seguían también la pista de Montrovant, o la del propio Abraham? Demasiadas preguntas carecían de contestación, y éstas no podían encontrarse más que allá adelante, en el camino.

Si se encontrase a Montrovant, bien lo sabía, las cosas estarían en su lugar, de una manera u otra. Si esos otros perseguían también al Oscuro, encontrarían en él más desafío que en el desgraciado Dorval, cuya carcasa vacía y sin valor yacía abandonada sobre la tierra. Abraham se pasó una manga por los labios, limpiándose los últimos restos de sangre, con la mente perdida en aquellos pensamientos.

Pese a todo lo que había transcurrido, la noche no estaba todavía demasiado avanzada, y Abraham sabía que pronto tendría que volver a la carretera, pero aún se demoró unos momentos, sentado, con la espalda apoyada contra la piedra, y pensando. Montrovant no se demoraría un solo instante en su marcha hacia Francia, pero ese mismo apresuramiento haría su rastro más fácil de seguir. Como siempre, el Oscuro viajaría hasta su destino sin desviarse, en línea recta, y esa era la misma recta que Abraham estaba resuelto a seguir.

Volvió a preguntarse sobre aquellos otros. Le preocupaba saber si el tal Noirceuil sabría realmente tanto sobre aquellos a los que andaba buscando como había presumido, y asimismo le intrigaban las razones que lo habían vuelto contra los de su especie, impulsándolo a cazarlos como si fueran animales. Por encima de todo, se preguntaba por qué no había escuchado los nombres de Noirceuil o Lacroix antes de aquel momento, y qué papel jugarían, si es que iban a jugar alguno, en su propio futuro.

Montando por fin, regresó sin apresurarse a la carretera. Ascendió por el camino hacia lo alto de las montañas con paso cauteloso. No deseaba encontrarse con Montrovant o Noirceuil hasta llegado el momento preciso, y aun entonces sólo en circunstancias de su propia elección.

Ya habría tiempo de recuperar el rastro de Montrovant una vez

que todos ellos estuviesen a salvo junto a la frontera de Francia. Hasta entonces contaba con un preciso tiempo, que le permitiría hacer algunos contactos y comunicarse con Santorini. Tenía ahora algunas preguntas que necesitaban una respuesta, y que la necesitaban cuanto antes. De pronto le parecía encontrarse tan amenazado como el propio Montrovant, y por la misma Iglesia que lo había enviado en aquella misión de locos. E incluso más, considerando la edad y el poder del Oscuro. De ninguna manera pensaba precipitarse hasta que supiera al menos la profundidad del agujero en el que se estaba adentrando.

Seguía el camino lentamente, entregado a sus pensamientos, mientras aquellos que lo precedían se alejaban a toda velocidad, arrastrados por sus propios designios.

* * *

Noirceuil y Lacroix viajaban a buen ritmo, sin saber que ahora que la cacería se desarrollaba delante y detrás de ellos. Ninguno hablaba, pero ambos se encontraban a gusto en la compañía del otro. Habían compartido largos viajes y muchos caminos, y pese a que ninguno de los dos podía ser considerado como *normal* de acuerdo a los cánones establecidos, estaban ya perfectamente acoplados a sus mutuas idiosincrasias.

Lacroix toleraba la jornada y los extraños hábitos de su compañero porque, cualquiera que fuese la oscura obsesión que gobernaba sus actos, lo cierto era que los métodos de Noirceuil resultaban los más eficaces que hubiera visto nunca. Para él sólo existía el vivir como vivían, cazando de noche y descansando a la luz del día, dejando tras de sí cuanto lo significaba todo para la mayoría de los hombres, todo por el sueño de un servicio a Dios. Todo por el bien de Roma.

La mente de Noirceuil estaba tan en conexión con los Condenados a los que cazaban que remedaba a menudo muchos de sus hábitos. Con cada caza su violencia iba en aumento, así como su habilidad para ver por intuición más allá de los inteligentes disfraces y las muchas máscaras tras las que aquellos se ocultaban. En esto no tenía rival. Gran parte de aquella habilidad se había acabado transmitiendo al propio Lacroix, pero la mayor parte de su éxito se debía a Noirceuil. De no ser Lacroix, habría habido otros muchos dispuestos a seguir el camino del siniestro cazador.

Las habilidades del propio Lacroix eran más bien de naturaleza mundana. Tenía buenas conexiones y contactos en la Iglesia. De hecho, sus propios esfuerzos eran en buena medida los responsables del reconocimiento de la existencia de los Condenados y de la amenaza que representaban para Roma. Los continuados y apacibles elogios que prodigaba sobre la figura de Noirceuil, su nombre susurrado, siempre que se le presentaba la oportunidad, a muchos y poderosos oídos, habían conducido a la fundación de su propia facción dentro del naciente poder de la Santa Inquisición.

Sabía que el Papa no acudiría en su ayuda si se encontraban con dificultades. No había podido conseguir tanto como eso. Pero al menos contaban con soporte y apoyo con alguna frecuencia, y paso franco por todos los caminos de la Cristiandad. Era un comienzo. Cuantos más de aquellos monstruos malvados y sedientos de sangre pudiesen cazar, mayor fuerza cobrarían su causa, y su reputación.

Lacroix aspiraba a alcanzar el obispado algún día. Para entonces, él lo sabía, Noirceuil seguiría cazando. Ningún grado de éxito en su misión bastaría para aplacar su odio. Ninguna venganza, por grande que llegara a ser, pondría fin a su dolor, cualquiera que éste fuese.

Lacroix había intentado en alguna ocasión hurgar en el pasado de Noirceuil. Una noche solitaria, con tres cadáveres de Condenados convirtiéndose en polvo a su alrededor como mudos testigos de su paso, había sacado a colación aquel asunto. De hecho había llegado tan lejos como para preguntarle al cazador el porqué, el porqué de su dolor... de su fuego... de sus tinieblas.

Fue un error que nunca volvería a repetir. Una simple mirada al interior de aquellos helados, profundos y vacíos ojos había sido respuesta más que suficiente para toda una vida. Noirceuil no había pronunciado una sola palabra. Nada. Simplemente se había alejado de la hoguera, encaminándose a las sombras, y había desaparecido hasta casi la llegada del alba. El fuego casi se había apagado, pero Lacroix no había dormido. Algo en la reacción de su compañero lo había congelado de una manera tal, que un simple fuego no habría bastado para calentarlo.

Ninguno de los dos había pronunciado palabra. Noirceuil, fiel a sus costumbres, a sus rituales, había caminado hasta su caballo, había recogido su equipaje, y se había escondido más allá del alcance de la luz del sol, dejando a Lacroix solo para enfrentarse al día. La cuestión se había planteado, y permanecía siendo un misterio que Lacroix no volvería a intentar desentrañar.

Ahora, una vez más en el camino, comenzaba a preguntarse sobre la estabilidad mental de su compañero, y sobre lo que el futuro le deparaba a su asociación. La caza de Dorval había resultado muy larga. Meses de vigilancia y espionaje, de informes e intrigas, habían acabado por conducir a ese único personaje entre cientos de otros y habían revelado su papel como informador y sirviente de aquel a quien realmente perseguían: Montrovant.

Después habían consumido otra semana alejando sutilmente al hombre de los suyos, hasta dejarlo solo, de manera que fuese fácilmente perseguido y cazado. La caza, como siempre ocurría, había supuesto un reto, un momento glorioso de sangre caliente y oscura emoción. Eso no había cambiado. El que había cambiado era Noirceuil.

El hombre no debiera haber sido ejecutado antes de ser interrogado. Gran parte del intrincado círculo de intrigas que trabajosamente habían construido a su alrededor se había venido abajo en un sencillo momento, y Noirceuil no parecía siquiera haberlo advertido. De pronto parecía cegado por la furia. A medida que se iban acercando a Montrovant, más enloquecido parecía volverse Noirceuil.

Tras esta última caza Lacroix resolvió que se vería obligado a ofrecerle a su compañero una elección: tomarse un descanso, recuperar el control de sus emociones y pensamientos y con ellos del objetivo que le había convertido en mensajero de la justicia de Dios... o ver terminada su asociación con Lacroix y Roma, junto a la protección y soporte que las acompañaba. Lacroix no tenía la menor intención de que sus proyectos se derrumbaban por culpa de un acceso de insensata furia.

La única cuestión, era consciente de ello mientras observaba de soslayo la montura de Noirceuil recortándose contra la noche, su jinete inclinado sobre ella para protegerse del azote del viento, era cómo plantearle tal dilema y al mismo tiempo conservar la vida.

Las montañas no retuvieron a Montrovant y sus seguidores demasiado tiempo, aunque el frío y la falta de suministros habían provocado que la inquietud y el nerviosismo cundieran entre ellos poco

ante de que coronaran el paso. Al otro lado de la montaña se distinguían columnas de humo provenientes de asentamientos dispersos, granjas y campos de labranza, y claros signos de actividad en los caminos y carreteras. Aquella tierra no parecía tan desolada.

Montrovant comenzó entonces a abandonar el grupo cada atardecer, cuando iniciaban la marcha, para no regresar hasta poco antes del alba, justo a tiempo para acampar. En dos ocasiones se llevó a Le Duc consigo... y en otras dos se marchó solo. No dijo una sola palabra a sus hombres sobre donde había marchado, o porqué. Desde los acontecimientos del monasterio, y el "festín" ofrecido por Rachel, todos ellos se mostraban silenciosos y distantes en su presencia. Su lealtad permanecía siendo firme, pero el destino les había arrojado las respuestas a ciertas preguntas que hubieran preferido que continuaran envueltas en el misterio. Y asimismo, la historia relatada por ella era un bocado difícil de tragar de una sola vez.

Al Oscuro le complacía observarlos tratando de digerir todo aquello. Todos lo conocían, y conocían su forma de actuar. Sabían que no vivirían mucho si decidían interponerse en su camino. Lo cual no dejaba sino dos opciones: aceptarlo, o morir. No podían haber muchas dudas sobre cual de ellas elegirían. Lo único que estaba realmente en cuestión era cómo lograrían acomodar en sus mentes y en sus corazones cuanto estaban aprendiendo.

Montrovant vivía en un mundo propio. Desaparecía como una sombra y retornaba igual de silencioso. Hablaba sólo cuando alguien se dirigía a él, y sus breves réplicas expresaban a las claras que su silencio no debía ser perturbado. Así que ellos cabalgaban, y esperaban. Los días se fueron escurriendo lentamente tras sus pasos y finalmente alcanzaron la frontera de Francia. Ahora se encontraban en su camino pequeñas aldeas con cierta frecuencia. Se alojaban en las posadas o despertaban a los mercaderes en plena noche para reponer los suministros. Y mientras tanto Montrovant vagaba por las calles y los callejones, haciendo preguntas y deslizando monedas de oro en las manos de los que poseían aquello que él buscaba: conocimiento.

Le Duc asistía a todo aquello también en silencio. No era la primera vez que se quedaba atrás para esperar y para vigilar, guardando las espaldas de su *sire*. Él mantenía a los hombres juntos, escuchaba sus historias, sus chistes, y aquellas preguntas, murmuradas entre dientes, que desaparecían en cuanto Montrovant

hacía acto de aparición. Aunque temían también a Jeanne, cada uno de ellos sabía que el propio Le Duc tenía miedo de Montrovant., Él era su contacto, el enlace con su líder, y él se esforzaba por cumplir con este papel sin traicionar la confianza de ninguno de los dos bandos.

Una de las primeras y más certeras reglas que había llegado a aprender desde su Abrazo era que frente a los mortales sólo cabía la más honda desconfianza. Podían servir muy bien a sus propósitos y eran excelentes sirvientes y esclavos, pero confiarles la vida de uno era el error propio de un necio. Aquella era la posición en la que Montrovant los había colocado a todos ellos. Era un indicio de que el Oscuro sentía que sus andanzas se acercaban a alguna clase de culminación. Habían perseguido el Grial durante tantos años que Le Duc no alcanzaba a recordar un tiempo en el que aquel no fuera el foco de su existencia, o al menos un foco secundario.

Durante todo aquel tiempo Montrovant había pasado del entusiasmo a la desesperación. Habían llegado a estar tan cerca de su objetivo que parecía que bastaría con alargar la mano para tocarlo, y en otras ocasiones habían estado tan lejos que todo ello no parecía sino un estúpido sueño. Pero nunca se habían sentido como ahora. Algo impulsaba a Montrovant hacia delante, concentrado y con su voluntad completamente enfocada, y el ritmo al que viajaban les indicaba que el Oscuro sabía a donde se estaban encaminando.

Cada vez que Montrovant desaparecía y regresaba, cambiaban ligeramente su curso. Estaba de caza, y había localizado el aroma de su presa; no quedaba nada salvo la persecución. Dormían durante el día en cualquier refugio que pudieran encontrar que les ofreciese una protección adecuada: cementerios, iglesias y castillos viejos y abandonados... Pasaron un día entero en el podrido almacén de una granja. La familia, un hombre, su mujer y su hija, habían servido de alimento a Montrovant y Le Duc, y el resto se había encargado de los cadáveres cuando ambos vampiros habían vuelto al almacén, cerrando las gruesas puertas de madera tras de sí. Después habían saqueado el lugar, tomando consigo cualquier cosa útil que pudieran encontrar. Abandonaron el lugar con las mochilas llenas, y sin dejar un rastro de lucha o, siquiera, de su paso. Otro misterio para ser discutido acaloradamente en las posadas por los borrachos. Un paso más en dirección a su objetivo.

Eventualmente, su camino los condujo hacia la ciudad de Grenoble. Las últimas estribaciones montañosas ya habían quedado atrás, y las granjas se apelotonaban por todas partes a ambos lados

del camino. Las viviendas de los granjeros y unas pocas casas de mayores dimensiones comenzaron a aparecer, lo suficientemente cerca de la carretera como para resultar visibles en las horas nocturnas, los fuegos encendidos, y el humo elevándose desde las chimeneas. Montrovant las ignoró. A medida que se acercaba a la ciudad se volvía más y más cauteloso.

Era necesario que su presencia pasase lo más desapercibida posible. Había poco que temer de los habitantes de Grenoble a menos que fuera realmente descuidado, pero tampoco había razón para contribuir a que se extendieran rumores sobre extraños acontecimientos incluso antes de haber atravesado los límites de la ciudad. Grenoble no era una ciudad pequeña y, sin duda, habría de ostentar su propia corte de Cainitas. Le Duc no sabía nada sobre ellos, pero Montrovant mostraba al respecto notable cautela. Desde hacía mucho tiempo Le Duc había aprendido a comprender que cualquier cosa capaz de volver a su *sire* receloso era algo digno de ser temido, incluso si uno no sabía exactamente lo que era.

Mientras tanto, la proximidad de las tabernas, las mujeres y la promesa de la cerveza comenzaba a levantar los ánimos del resto de la comitiva. Nada había cambiado entre ellos y su señor. Él los trataba como siempre lo había hecho, tal vez un poco más silenciosamente de lo normal, y esto también resultaba alentador. Les había confiado su misma existencia, y no parecía estarse arrepintiendo de aquella decisión. Esto los llenaba de orgullo, uniéndolos entre sí mucho más estrechamente de lo que nunca hubieran estado antes.

Un rumor se había extendido entre sus filas, con gran regocijo de Le Duc: que Montrovant perseguía el Grial porque su poder podía transformarlo de nuevo en un ser humano y así podría compartir con ellos, como uno de ellos, risas y diversiones, yendo al fin a morir de una muerte natural.

Era una saludable creencia, una que no suponía peligro alguno que Le Duc pudiese vislumbrar, así que la ignoró. Cuando era preguntado al respecto no negaba ni confirmaba la teoría. Se limitaba a mirar fijamente a los ojos de quien le hubiese interrogado hasta obligarlo a apartar la mirada y marcharse. Aunque se cuidaba mucho de no alentar directamente sus creencias, sabía que su silencio era para ellos equivalente a una afirmación. Podía acabar por convertirse en una creencia útil si alguna vez necesitaba algo con lo que inflamar el coraje de sus hombres, un estandarte en torno al que invocar una lealtad aún mayor que la que los impulsaba. Salvad el alma de

Montrovant. Encontrad el Grial y haced de él de nuevo un hombre entre los hombres... devolvedlo a la luz.

En otras circunstancias podía incluso haber resultado divertido. En verdad Montrovant buscaba muchas cosas, pero el recuperar su humanidad no era una de ellas. El propio Jeanne había considerado tal posibilidad más de una vez. Se recordaba cabalgando a la batalla bajo la luz del día, con el sol reflejándose sobre la armadura y sobre las armas de un millar de hombres. Recordaba asimismo los sutiles placeres de la carne, el dulce y cálido beso del vino y la caricia templada, cada vez más caliente, de la carne de una mujer. Nada en todos los años transcurridos desde su Abrazo había podido disipar los recuerdos de tales sensaciones.

Pero a pesar de todo no significaban nada. Cuando se los comparaba con la caza, y la sensación de la cálida y roja sangre corriendo por su garganta, empalidecían sin remedio. Cuando el resplandor del día, emparejado al cansancio, el sudor y el esfuerzo era puesto en el fiel de la balanza contra las frescas noches, la brillante luz de la luna y una fuerza y resistencia más allá de cualquier posibilidad humana, tenían muy poco peso. Aunque en ocasiones las imágenes de su vida pasada y de aquellas cosas y personas que había abandonado se arrastraban silenciosamente hasta invadir sus sueños, no sentía una auténtica añoranza. No había nada que lo impulsase de vuelta al mundo de la humanidad y la mortalidad, salvo la vaga promesa de una salvación y una redención en las que resultaba muy difícil creer en el mejor de los casos. Y ciertamente no había nada por lo que entregarse a la muerte. Ya no.

No, Montrovant no perseguía tal sueño. Aspiraba a gobernar, a crecer en poder, a encaramarse por encima de sus pares y de todos los demás, y ser reconocido por todos como su superior. En su momento le había dicho a su *sire* Euginio, que todo esto lo hacía por el honor de su "familia", el clan de los Lasombra. Le Duc conocía la verdad. Abandonado a sus propios recursos durante tantísimo tiempo, el Oscuro se había vuelto una especie de renegado, sometiendo su voluntad y su energía a habilidades que no eran las propias de su linaje. Traficando conocimientos al mismo tiempo con los Nosferatu y los Ventrue, compartiendo noches bajo la luz de la luna con los Gangrel de la sangre gitana. No conocía lealtad ni límites de estirpe, y de no ser por el Juramento de Sangre ni siquiera hubiera mostrado respeto por Euginio. Con el Grial en sus manos, Le Duc dudaba que ni tan siquiera este vínculo tuviera algún valor para él.

Ahora se estaban acercando a una ciudad que ninguno de ellos había visitado en algo más de un siglo. Demasiadas cosas podían haber cambiado en tan prolongado lapso de tiempo. Los que ostentaban el poder, incluso entre los Condenados, no serían probablemente los mismos. Y existía una tácita ley que todos los bebedores de sangre conocían: que aquellos poderes que los gobernaban en las ciudades no aceptaban fácilmente a los extraños. Cuanto más antigua fuese la sangre de uno, más valiosa resultaba para los que viniesen tras él. Y Montrovant era ciertamente muy antiguo. Francia era la patria de Montrovant y Le Duc, pero ambos habían estado demasiado tiempo lejos de ella como para esperar una bienvenida cordial.

Se adentraron por las estrechas calles de la ciudad apenas una hora después de la caída de la noche, guiando a sus caballos con lentitud, con los ojos volviéndose a derecha e izquierda, examinando las casas y los negocios, los mercados y a los atareados lugareños. Nadie se les acercaba, pero todos parecían vigilarlos. Caminaron en silencio hasta que al fin Montrovant se adentró en un estrecho callejón y los guió hasta el fondo. El camino desembocaba frente a un muro de ladrillos. Había una callejuela a la derecha, y otra a la izquierda. Montrovant condujo su montura por la de la izquierda, internándose entre profundas sombras hasta alcanzar la parte de atrás de unas casuchas desvencijadas.

Montrovant desmontó, tomó su caballo de las riendas y lo sujetó a una barandilla. Los otros siguieron con lentitud al Oscuro mientras éste extraía una llave de algún oscuro pliegue de su capa, abría con ella una puerta, y desaparecía en su interior.

Fueron tras él intercambiando miradas de consternación. Hasta este momento les había impulsado la esperanza de disfrutar de una noche o dos de descanso en alguna de las muchas posadas que Grenoble poseía. Habían soñado con las mujeres, la carne asada y el vino. Pero él los conducía entre telas de araña y polvo. El edificio no parecía haber sido habitado en muchos años.

—Haremos de este lugar nuestra base —dijo Montrovant cuando todos se hubieron reunido en el interior—. Podéis visitar la ciudad durante el día y comprar todas las provisiones que necesitéis. Pero debéis manteneros a toda costa un silencio absoluto sobre nuestra misión. Dejad que Jeanne y yo hagamos las preguntas. No quiero que aparentemos ser otra cosa que un grupo de caballeros, fatigados tras un largo viaje, que piensan instalarse aquí por un período indefinido de

tiempo. Cuando tengamos todo lo que necesitamos, desapareceremos de la misma manera que hemos llegado hasta aquí. Si las cosas transcurren como he planeado, eso ocurrirá mañana por la noche. Rápidamente y discretamente.

Sobrevino un momento de silencio, pero no hubo una sola protesta. Después de todo, no les había prohibido acercarse a las tabernas. El silencio era un humilde precio a pagar. Una vez que la desilusión inicial se disipó, la sabiduría de su elección se hizo evidente. Si aquel apartado barrio tenía otros habitantes, no eran de los que se mostraban ni se metían en los asuntos de sus vecinos.

Se diseminaron por la gran casa, hurgando entre los armarios y los oscuros rincones. Había alguna madera todavía apilada junto a una chimenea que no había sido limpiada en los últimos años. Con todo lo encontrado comenzaron a organizar un improvisado campamento. Sabían que lo mejor era no cambiar demasiado cuanto podía resultar visible desde el exterior. Incluso el simple humo atraería probablemente la atención y si se encontraban en aquel deshabitado rincón de la ciudad era precisamente para evitar esto. A pesar de todo, cuando St. Fond extrajo del equipaje un pedazo de yesca y se inclinó sobre la chimenea para encender un fuego, Montrovant se mantuvo en silencio. Se encaminó hacia la puerta, seguido de cerca por Le Duc, y se perdió en las calles.

* * *

Una vez que hubieron dejado a los otros en la casa, Montrovant y Jeanne se movieron muy deprisa. Le Duc vigilaba sus espaldas, escudriñando cuidadosamente las calles en busca de alguien que prestara demasiada atención a su presencia. Montrovant se movía entre aquellas calles y callejuelas con la misma familiaridad que mostraría en el patio de su propia casa. Habían atravesado la ciudad hasta su extremo más alejado cuando finalmente redujo la marcha y vino a detenerse frente a las puertas de un inmenso y antiguo edificio. Parecía haber sido en tiempos un lugar magnífico. Abarcaba varias manzanas. Pero los últimos tiempos parecían haberle hurtado buena parte de su gloria. Los pisos bajos se habían convertido en una confusa conglomeración de tabernas, comercios, y sórdidas alcobas.

Montrovant examinó con la mirada toda la fachada del edificio durante un rato, y cruzó una puerta. Una luz macilenta, proveniente de alguna hoguera, se filtraba desde el interior. Sobre la puerta, en una

pequeña placa que pendía triste y desvencijada de un clavo doblado, podían leerse las palabras "La Flambeau" acompañadas de un símbolo. El sordo rumor de voces humanas junto a los apagados latidos de muchos corazones impulsaron a Jeanne tras la estela de su amo.

El aroma de la carne asada y del dulce vino tinto se arrastró hasta los sentidos de Jeanne, pero por encima de él persistía el mucho más intenso de la sangre, reduciéndolo apenas a un vago fondo. Escuchaba las voces e incluso alcanzaba a comprender algunas de las palabras pero, como siempre le ocurría, aquel primer instante, al internarse en aquella pulsante masa de calor y vida le provocaba una sensación de vertiginoso arrebató. Jeanne había consumido los años desde que Montrovant le otorgara su Abrazo viajando, en secreto y alejado del mundo. Todavía no había podido acostumbrarse a las multitudes.

Delante de él, Montrovant se movía rápidamente, y Jeanne tuvo que concentrarse, siguiendo a su *sire* hasta una taberna. Entraron y se acomodaron en una mesa junto a una esquina cubierta de sombras. Sentados en bancos de madera uno enfrente del otro, volvieron su atención a la actividad que bullía en la habitación.

Jeanne ignoraba lo que estaban buscando, así que dejó que sus sentidos se extendieran en todas direcciones y por todas partes, pensando que haría un mejor servicio a su *sire* si no dejaba que nada le pasara desapercibido. Mentalmente anotó cada cara y trató de hacerse con el tono y la inflexión de cada voz. Esto lo distrajo de su insistente hambre. Montrovant, en cambio, no mostraba señales de experimentar una lucha interna como la suya. Sus ojos, claros, tranquilos y profundos, flotaban sobre la habitación con algún propósito bien definido.

El techo de la taberna era elevado, y estaba decorado con redes, del tipo de las que podrían encontrarse en un barco de pesca. Había lámparas sobre las pareces, que derramaban sobre la habitación una luz apacible y dorada. Para ser tan tarde, el lugar estaba sorprendentemente concurrido. No era aquel uno de los barrios más prósperos de la ciudad, y ninguno de los edificios cercanos habían mostrado señales de una actividad ni remotamente similar.

--¿Por qué hemos venido aquí? --preguntó Jeanne en voz baja--.
¿Qué lugar es este?

Montrovant se volvió lentamente hacia él, con la mirada todavía fija en la taberna y en la concurrencia.

–Este es un lugar muy antiguo, Jeanne. El resto de la antigua ciudad ha desaparecido, pero este lugar persiste. Cuando los Cruzados pasaron por Grenoble, bebieron entre estos muros. Los Templarios se escondieron en sus sótanos y fueron conducidos a salvo, al exterior, cuando Felipe el Hermoso decretó la disolución de su orden. Tengo la impresión de que incluso si el resto de la ciudad se derrumbase en pedazos a su alrededor, este lugar permanecería, con su luz y con su música.

Jeanne observaba a Montrovant con asombro mientras éste hablaba. Un discurso nostálgico como aquel no parecía propio en boca del Oscuro.

–Entonces lo conocíais –se aventuró.

–He estado aquí muchas veces en el pasado. Es un buen lugar para encontrar respuestas y secretos, amigo mío. A menudo se topa uno con secretos que no son tales para otros. Muchísima gente pasa por aquí, y resulta fácil olvidarse de los rostros de aquellos que permanecen. Los que tienen ojos para ver, y un ingenio veloz. A estos son a los que busco. Si la Orden ha pasado por Grenoble, o por sus cercanías, entonces los rumores de su paso habrán llegado hasta aquí. Puedes apostar por ello.

Jeanne volvió su atención de nuevo hacia el lugar, pero esta vez tratando de fijarse en aquellos que pareciesen estar a sus anchas... grupos grandes que no mostrasen la fatiga de los viajeros, ni la timidez de los extraños. Al cabo de un rato, una de las muchachas que servían las mesas se acercó hasta ellos. Montrovant pidió vino caliente para ambos. El cálido y especiado, aroma de las bebidas, su incitante calor, anegaban los sentidos, pero resultaba tan pobre en comparación con el de la sangre, que Jeanne, menos acostumbrado a tales mascaradas, se vio asaltado por una acceso de náusea.

–Allí –dijo por fin Montrovant. Apuntó con un gesto de la cabeza en dirección a un hombre que se apoyaba contra la pared del lado opuesto. Su mano sostenía una jarra grande de cerveza. Sus ojos no paraban quietos un solo instante, y cada vez que su mirada se volvía hacia una nueva dirección, su cabeza se agitaba casi imperceptiblemente, como si estuviese tratando de escuchar los sonidos del viento—. Si alguien aquí puede saber lo que queremos, será él. Y si no, sabrá quién puede informarnos.

El Oscuro se levantó, seguido por Jeanne. Se movieron a lo largo de la pared, poniendo cuidado en apartar sus ojos del hombre al que se acercaban. Mientras pasaban junto al bar, dirigiéndose en línea

recta hacia el hombre, Montrovant levantó la mirada, atrayendo su atención. Durante un instante pareció que el hombre daría media vuelta y escaparía. Pero cometió el error de mirar a los ojos de Montrovant.

En un instante se encontraban a su lado, y Montrovant había rodeado sus hombros con el brazo en un gesto de vieja y amistosa camaradería.

–Vas a venir con nosotros –susurró el Oscuro.

El hombre no tenía alternativa. Lo apartaron del lugar que había estado ocupando junto al muro, lo condujeron entre la multitud y lo sacaron de la sala antes de que tuviera tiempo de acabar su cerveza o siquiera dejar sobre una mesa la jarra. Nadie les prestó atención mientras pasaban. Momentos más tarde se encontraban de nuevo en el callejón, su nuevo acompañante aferrado por unos brazos contra un muro de piedra.

–Sólo quiero información –dijo Montrovant en voz baja y pausada–. Nos la darás y podrás regresar a tu bebida siendo un hombre mucho más rico. La otra posibilidad es que trates de mentirme o te resistas, en cuyo caso no regresarás.

El hombre se agitó, tratando de liberarse, y Montrovant lo abofeteó con fuerza, volviendo a empujar su cabeza contra la piedra del muro. Temblando, su prisionero se detuvo, con los ojos muy abiertos.

–No... no he hecho nada. Sólo he venido a echar un trago... por favor...

–Sé muy bien, amigo mío, que muy a menudo vienes aquí "sólo a echar un trago" –dijo Montrovant, sonriendo de forma siniestra–. Pero ahora, basta de esta estupidez. Estoy buscando un grupo extraño de hombres. Han debido pasar por la ciudad, o por sus cercanías, en el último mes. Probablemente viajaban disfrazados de monjes, moviéndose sólo de noche y transportando su equipaje en una o dos carretas cubiertas.

Los ojos del hombre tremolaron. Jeanne advirtió que el miedo, que había gobernado sus facciones apenas un segundo antes, cedía el paso a la codicia, y luego inmediatamente a la prudencia, a una mirada de soslayo que trataba de evitar los ojos de Montrovant.

–Nunca he visto un grupo como el que decís, mi señor, pero podría ser que hubiera oído rumores de una cosa como esa.

El hombre se detuvo, como si esperase algo, y Montrovant se abalanzó sobre él, presionando con el antebrazo su garganta contra el

muro.

–No tengo tiempo para estos juegos. Dime lo que sabes. Si resulta ser lo que necesito, serás recompensado. Si no...

El hombre trataba de tragar, luchando con el pánico como si le faltase el aire. Entonces Montrovant relajó su presa y pudo tranquilizarse un poco. Tosió ásperamente varias veces, tratando de recuperar el resuello, mientras se frotaba la garganta, y entonces la historia brotó como un torrente de sus labios.

–Yo estaba en el bar, dedicado a mis asuntos como de costumbre, tomándome una cerveza con Jean Thomas, ya sabéis, el hijo del posadero, cuando tres hombres irrumpieron en el lugar como alma que lleva el diablo. Sí, parecía que el propio espíritu de Lucifer viniera pisándoles los talones. No parecían hombres tímidos, si entendéis lo que quiero decir –sus ojos se estrecharon en una fina línea, como si quisiera asegurarse de que Montrovant le comprendía–. De hecho tenían todo el aspecto de ser bandidos, y os aseguro que he visto unos cuantos en mi vida...

–Continúa –le espetó Montrovant.

–Bien –el hombre se aclaró la garganta, viendo que no era el momento de relatos demasiado alargados–. El caso es que decían formar parte de una comitiva más numerosa, y que estando allá en la carretera se habían topado con una pequeña caravana que parecía estar rodeando los lindes de la ciudad. Contaban que esto les había escamado, un grupo tan extraño escabullándose en medio de la noche, así que se habían decidido darles el alto.

El hombre se detuvo, volviéndose a mirar a Jeanne por un instante, y entonces reanudó su relato.

»Si me preguntáis mi opinión, os diré que supongo que este "dar el alto" incluiría un pequeño peaje, una pequeña petición de oro. Esos no eran trigo limpio, esto lo tengo claro. Para no alargarme demasiado, porque os aseguro que ellos sí que lo hicieron, balbuciendo toda clase de cosas sobre demonios y muerte, aquellos hombres contaron que la caravana estaba formada por un grupo de monjes, y que sus compañeros habían sido asesinados. Ellos habían logrado sobrevivir porque habían escapado a la carrera. Por lo que a mí respecta, creo que eran simplemente unos cobardes. En todo caso, nadie les prestó mucha atención, a excepción de mí. No sé exactamente porqué, pero simplemente no podía creer que alguien se inventase una historia tan absurda como aquella. Me escamó, esa es la verdad... y, ahora que lo habéis mencionado, me ha venido a la mente. Son muchas las

historias que uno escucha en esa taberna...

–¿Y donde podríamos encontrar a esos caballeros? –siseó Montrovant–. ¿A los que vieron la caravana?

La mirada del hombre se ensanchó de nuevo, volvió a encontrar los ojos del Oscuro sobre los suyos, y dijo:

–No estoy del todo seguro –volvió a toser, todavía luchando por recuperar el aliento–, pero hay un bosque en las afueras de la ciudad donde se dice que la gente de su calaña suele encontrarse. Ya sabéis, un lugar peligroso, un lugar que evitar...

Bruscamente, Montrovant lo liberó, dando un paso atrás con una sonrisa carente de toda alegría.

–Esto es exactamente lo que necesitaba oír –echó una mano al interior de la capa, extrajo la bolsa, contó varias monedas de oro y las depositó una por una sobre las manos del hombre, manteniendo la última de ellas entre los dedos por unos segundos–. Dices que oyes muchas cosas en la taberna –la voz de Montrovant se había tornado muy fría... muy distante–. Pero a mí no me has visto, ni tampoco a mi acompañante. Jamás. Nunca te hemos interrogado y nunca nos has contado esta historia. Créeme cuando te digo que si se te ocurre olvidar lo que acabo de decirte, encontrarás una muerte muy larga, muy lenta y muy dolorosa... entre mis manos. ¿Está claro?

El hombre afirmó con un gesto, atragantándose cuando Montrovant volvió a apretar su garganta. Entonces el oscuro soltó la última de las monedas, que se escurrió de entre las manos del tipo y fue a caer sobre el sucio suelo del callejón con un sonido apagado.

El confidente se arrojó al suelo detrás ella, removiendo entra la suciedad por un breve instante, y dejó escapar un grito de alivio cuando su mano se cerró sobre la suave y pulida superficie de la moneda.

Al levantarse se quedó boquiabierto, con la cara pálida. Estaba solo en el callejón. No había rastro de Montrovant o de Jeanne, ni sonido alguno que anunciase su marcha. Volvió a mirar la moneda, sopesándola. Era real, muy real. Las palabras de Montrovant volvieron a resonar en sus pensamientos mientras se encaminaba de vuelta a la taberna en busca de algo más fuerte que la cerveza.

* * *

Los dos jinetes se aproximaron al muro trasero de la catedral poco después de la media noche. Noirceuil permaneció montado,

mirando fijamente el inmenso edificio, pero Lacroix desmontó rápidamente de la silla y se aproximó. Había estado allí en muchas ocasiones en el pasado, y sabía que su viejo amigo, el cardenal du Pois, los estaría esperando. Si querían un recibimiento adecuado era importante que hicieran su aparición a una hora decente.

–Deberíamos estar buscando en la ciudad –dijo Noirceuil secamente–. Si perdemos más tiempo, volverán a dejarnos atrás.

–Tenemos órdenes, amigo mío –recordó Lacroix a su compañero con una mirada severa–. ¿Qué pueden importar unos días más de demora? Su Eminencia, el cardenal du Pois, nos está esperando. Quién sabe, puede incluso que sus hombres hayan averiguado algo que nos sea de utilidad. Sabes que está al tanto del objetivo de nuestra misión... si bien no de todos sus detalles.

Noirceuil asintió distraídamente, y volvió a hablar.

–No están preparados como nosotros para esta búsqueda. El Oscuro podría deslizarse por entre sus dedos sin que siquiera se dieran cuenta de su presencia. Lo sabes, Alexis. Lo único que deseo es completar nuestra misión, liberar al mundo de su maldad. El ansia me consume, y estas dilaciones no contribuyen a apagarla.

–Son dilaciones necesarias, Noirceuil –contestó Lacroix, mientras ataba su caballo junto al muro y ascendía las escaleras hasta la puerta trasera. Llamó–. Últimamente me pregunto qué es lo que te está pasando, amigo mío. Actúas como si el mismo infierno fuese a abrirse y tragársete en cuestión de horas, y cada uno de esos chupasangres tuviese que ser expulsado de la faz de la tierra antes de que eso ocurriera. Tenemos tiempo.

La puerta se abrió de inmediato, y tres monjes encapuchados aparecieron tras ella. Intercambiaron saludos amables con Lacroix. Noirceuil los observó durante otro largo momento y finalmente, renuente, desmontó, tendió las riendas a uno de ellos y siguió a Lacroix al interior de la catedral.

–Si llega a escaparse –dijo Noirceuil cuando se le unió tras la puerta, su voz apenas un murmullo–, será responsabilidad tuya.

El eco de aquellas palabras los envolvió mientras comenzaban a caminar por el abovedado corredor que se extendía más allá de las puertas. Sin responder, Lacroix dejó que se extinguieran en un silencio interrumpido sólo por el sonido de sus pasos. Podía sentir la deslumbrante intensidad de la mirada de su compañero clavándose en su espalda y, por primera vez desde que conociera a aquel hombre, sintió una ligera punzada de miedo hacia él. Con un escalofrío, se

internó en las sombras.

Abraham se aproximó a Grenoble con muchas precauciones. Sabía que sería muy difícil para una comitiva del tamaño de la de Montrovant esconderse en la ciudad, pero los dos agentes de la Iglesia eran una cuestión completamente diferente. Si venían de Roma podían estar al tanto de la existencia de Abraham. Por lo que había visto y lo que había oído del Condenado, el llamado Noirceuil, no tendría ninguna importancia para él el que Abraham estuviese cumpliendo una misión para la Iglesia. Si llegaban a encontrarse, uno de los dos moriría.

Se mantuvo escondido, viajando por carretera sólo cuando no le quedaba otro remedio, y finalmente penetró en la ciudad por uno de los caminos secundarios. Había visitado una vez Grenoble en el pasado, mucho años atrás. Conocía la localización de la catedral, e hizo su entrada por el extremo opuesto. También él contaba con cartas de presentación de Roma, pero la presencia de Noirceuil y Lacroix había cambiado su opinión sobre el valor que podían tener para él. Parecía que volvía a encontrarse solo, más solo de lo que hubiera deseado.

Incluso era posible que Santorini no continuase con vida. El obispo había perdido buena parte de su influencia tras la desaparición de Montrovant. Si los rumores de que había vuelto a hacer un trato con otro de los Condenados llegaban a oídos de la Iglesia podía resultar más de lo que los venerables cardenales estaban dispuestos a tolerar. No sería una novedad que ejecutasen a uno de los suyos para preservar sus secretos.

Santorini y él habían dispuesto que se mantendrían en contacto a lo largo de su misión, pero ahora Abraham había resuelto que tendría que seguir adelante sin ayuda, y el obispo tendría que pasar sin sus noticias. Encontraría a Montrovant por sí solo, y se enfrentaría a él como pudiese, pero en ningún caso se arriesgaría a ser destruido por aquellos que lo habían enviado en su busca.

Hasta aquella noche en la montaña, el único al que Abraham había tenido que temer era a Montrovant. Con la aparición de Noirceuil, el número se había doblado.

Se arrastró hasta la entrada de una avenida y anduvo a medio trote calle abajo. Estaba vacía. El atardecer apenas acababa de caer. Las familias permanecían en sus calles comiendo o descansando, y todavía era demasiado temprano como para que empezasen a salir los que acudían a las tabernas por las noches. Antes de comenzar su búsqueda tenía que asegurarse de encontrar una guarida segura. Como siempre, y particularmente en una ciudad importante como aquella, tal búsqueda resultaría un problema. Sabía que en última instancia podría abandonar la ciudad y hundirse en la misma tierra para descansar, pero de hacer esto perdería casi con absoluta seguridad su montura, a menos que pudiese encontrar un establo donde guardarla. La ciudad no era un buen lugar para que vagase un vampiro recién llegado y extraño. Debía extremar la prudencia, lo cual supondría también una demora.

Montrovant no era ningún necio. Si había venido a Grenoble era porque tenían un plan específico en su mente, y no perdería demasiado tiempo allí. Los actos del Oscuro eran gobernados con precisión por un orden del día previamente establecido, uno que no incluía demasiado tiempo para pasear por entre las calles de una ciudad. Sin poder recurrir al refugio de la Catedral, Abraham se vería obligado a perder un tiempo precioso. Rápidamente atravesó el centro de la ciudad, dirigiéndose hacia el barrio viejo. Allí, junto a los lindes de la ciudad, los edificios comenzaban a desplomarse por falta de cuidado. Había casas deshabitadas, otras reducidas a cenizas por el fuego, e incluso una vieja iglesia abandonada con las puertas completamente abiertas. El lugar había sido presa de vándalos y saqueadores y finalmente abandonado para pudrirse.

Más allá existía un pequeño cementerio. Abraham se acercó considerando la posibilidad... pero enseguida, reparando en varias sombras oscuras que revoloteaban justo en el extremo de la línea de su visión, decidió desecharla. Otros habitaban aquel lugar. Podía sentirlos, así como sabía que ellos lo habían sentido a su vez. Lo observaban, esperando a ver si se internaba en su territorio. No tenía tiempo para aquella lucha. Podía ser que le ofrecieran santuario, pero también que cayeran sobre él tratando de hacerse con su sangre y sus fuerzas. Se alejó aún más; hacia los lindes de la ciudad, hasta que encontró lo que andaba buscando.

Un viejo caserón se levantaba frente a él. Los postigos estaban podridos desde hacía mucho tiempo, y las ventanas abiertas y rotas, pero en la parte de atrás un cobertizo todavía se mantenía en buen

estado. El lugar no mostraba signo alguno de haber sido habitado durante los últimos años, pero a pesar de ello el cobertizo se mantenía en pie. Serviría para acomodar a su caballo. Mientras se aproximaba, se encontró con una segunda y aun más agradable sorpresa.

Había una puerta de madera podrida, en ángulo sobre el suelo, que parecía conducir bajo los cimientos de la casa. Una bodega. Sería perfecto, si la puerta no se desmoronaba entre sus manos. Tal vez no tuviera que enterrarse, después de todo.

Abrió la puerta del cobertizo, escudriñando el interior y examinando las puertas y el suelo en busca de algún signo de uso o habitación reciente. No había nada de ellos a la vista. El lugar estaba vacío, cubierto de moho, e impregnado con el olor almizclado de los excrementos de gato. Pero a pesar de ello, y para un día, bastaría para acoger a su caballo. Podía dejarle la comida y el agua. El animal estaba bien entrenado... no se marcharía. Y bien, incluso si llegaba a hacerlo, no habría razón alguna para que nadie buscara en la bodega.

Después pagó una pequeña visita a aquella. Era un lugar húmedo y malsano. En su interior descansaba una mesa baja, aparentemente todavía sólida que, aunque cubierta con una considerable capa de moho y muy vieja, soportaría perfectamente su peso. Un enjambre de ratas surgió de los pequeños armarios que antaño habían contenido las botellas. Las paredes estaban infestadas de insectos. La puerta de madera no tenía una sola grieta. No entraría por allí un solo rayo de luz, y si por algún desafortunado azar la puerta llegara a abrirse, él se encontraría lo suficientemente lejos y apartado como para que la luz del sol no llegara a alcanzarlo directamente.

Aquel lugar le serviría. Dejó la mayor parte de su equipaje en la bodega y regresó junto a su montura, dirigiéndose de vuelta a la ciudad. Ya era tarde, y las luces y rumores de voces comenzaban a levantarse desde las plazas y las tabernas. Dejó que el aroma de la fresca, roja sangre impregnara sus sentidos, repentinamente conscientes de cuánto tiempo había pasado sin alimentarse. Demasiado tiempo.

Ahora que volvía a caminar entre los mortales, demasiado cerca de ellos para controlarse, el hambre amenazaba con volverlo loco. Un repentino y cercano olor se arrastró hasta él, y enseguida lo siguieron unos sonidos. Una risa baja y apagada repicó en el aire. El sonido agudo de una hoja abandonando su funda... una daga. Gritos sofocados. Abraham desmontó silenciosamente, acercándose veloz a uno de los postes que marcaban las calles y se deslizó a lo largo de la

pared más cercana para asomarse a la desembocadura del callejón.

En su interior vio dos figuras, una alta, la otra pequeña y delgada. Alargó la cabeza para poder asistir mejor a la escena. Un hombre grande y barbudo se enfrentaba a una joven muchacha. La tenía acorralada contra una pared. Pero aunque el hombre era al menos dos cabezas más alto que ella, un fiero brillo resplandecía en los ojos de la muchacha. Una de sus manos sujetaba con firmeza una pequeña daga. Aunque se mofaba de ella, el asaltante permanecía apartado unos pasos, cauteloso, su propio y más grande cuchillo brillando con fuerza bajo los escasos rayos de la luna que lograban abrirse paso entre los edificios hasta ellos.

Ninguno había reparado en la presencia de Abraham. Se acercó unos pasos, sintiendo cómo el aroma de sus sangres lo atravesaba... incrustándose en sus pensamientos y obligándolo a luchar por cada instante de cordura.

–Vamos –la voz del hombretón chirrió con tono lujurioso–. Pierre te gustará.

La chica no dijo nada, pero la expresión de su rostro resultó más que elocuente. En la suave belleza de sus rasgos no parecía adivinarse la certidumbre de una derrota, y sus tensos músculos estaban dispuestos para un salto. Lanzó una ojeada hacia el extremo del callejón y el hombretón siguió estúpidamente la dirección de su mirada. En ese momento ella actuó. Su hoja atravesó el aire en un rápido y preciso arco, rebanando la parte de atrás de la rodilla. El hombre se echó atrás de un salto, mientras un rugido de furia se escapaba de su garganta. Pero estaba borracho, y la insensibilidad provocada por el alcohol le permitió ignorar el dolor y reaccionar.

Su inmenso brazo se desplomó sobre ella, aferrándola por un tobillo y haciéndola caer de bruces. La tomó por el muslo con la inmensa manaza, casi una zarpa, y la atrajo hacia sí con un gruñido. Ella levantó la daga, pero él interceptó el brazo con facilidad.

Entonces Abraham se movió. Apareciendo de entre las sombras sin una duda, sujetó el brazo del hombre antes de que consiguiera partir el de la muchacha. Abraham se hizo a un lado con un giro, y el hombre la soltó, aullando por el inesperado dolor, y se volvió para enfrentar a su nuevo enemigo con rabia enloquecida.

–Te has inmiscuido en la lucha equivocada, amiguito –rugió Pierre–. Te voy a matar ahora mismo, y luego mataré a esta pequeña zorra por lo que acaba de hacerme.

Abraham lanzó una risotada, vacía, perdida, hambrienta, que se

alzó como un eco por todo el callejón. La muchacha se encogió aterrorizada contra el muro.

–No matarás a nadie, nunca más –dijo Abraham con un susurro—. Vas a suplicar, y luego morirás, y no será una muerte honorable, porque alguien que ataca a las mujeres jóvenes no se merece ningún honor.

Mientras hablaba Abraham retorció con lentitud el brazo que había aferrado, sintiendo cómo su fuerza se abría camino quebrando los huesos. El hombre comenzó a balbucir, y al instante a chillar de dolor. Abraham tapó su boca con su bota, haciéndolo caer y ahogándolo contra el suelo. El hambre borboteaba en su interior y ya no había manera de negarla. Con un rugido más animal que humano cayó sobre el indefenso Pierre, aferrándose a su garganta y clavando profundamente los colmillos en ella.

Sostenía al hombretón sin dificultad... levantándolo y arqueando su cuerpo con la furia que le prestaba el hambre... el placer... sintiendo su calor y su fuerza fluyendo hacia él. Se alimentó rápidamente, sin preocuparse de lo que lo rodeaba, ni de la chica. Ni siquiera fue consciente de su existencia hasta que se apartó tambaleante, arrojando el cuerpo ya casi sin vida de Pierre sobre el polvo que cubría el suelo del callejón. Y entonces sólo porque ella jadeó entrecortadamente.

Se giró. Ella permanecía completamente inmóvil, apoyada contra el muro de piedra como la primera vez que la viera. Pero ahora estaba aterrorizada, temblando como una hoja en la tormenta, intentando recuperar el control de sí misma y escapar corriendo callejón abajo para salvar la vida. Sólo la impresión del ataque de Pierre, combinada con el horror que acababa de presenciar la mantenían paralizada en su lugar. Algo dentro de Abraham devolvió un jirón de cordura a su mente, y logró pronunciar unas palabras.

–Espera... –dijo—. Espera, no te vayas.

En ese momento ella estuvo a punto de escapar, pero su mirada se había posado sobre la de él, y se mantuvo donde estaba, inmóvil e indefensa contra la pared.

–Por favor... –alcanzó a jadear—. Oh, por favor...

Él se le acercó, limpiándose los labios sobre la manga mientras trataba de recuperar el control de sus pensamientos y sus actos. Habló de nuevo, adoptando un tono calmado.

–Está bien, pequeña. Él se lo merecía. Siento que tuvieras que presenciarlo, pero seguro que no sientes lástima por Pierre, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro, sin que Abraham pudiera decir si se trataba de una respuesta a su pregunta, o la expresión del pánico por lo que acababa de suceder ante sus ojos. Se acercó aún más. Sabía que tenía que calmarla, o matarla. Si quería que su misión llegase a buen fin no podía permitir que rumores sobre su existencia comenzaran a extenderse.

Se detuvo al tenerla al alcance de su mano y la observó con tranquilidad.

–Siento haber tenido que asustarte. No tienes nada que temer de mí, te lo aseguro. ¿Cómo te llamas, pequeña?

Los ojos de la muchacha se abrieron por un momento un poco más, y entonces volvió a aflorar a ellos algo de la acerada resolución que habían mostrado cuando se enfrentó a Pierre. Se aclaró la garganta y logró decir:

–F-Fleurette, Monsieur.

Abraham le sonrió.

–Fleurette... pequeña flor... peligrosa y llena de espinas, se diría. Un momento más y te habrías escapado de tu amigo –señaló a lo que quedaba de Pierre– sin mi ayuda.

Ella no contestó. Se limitó a mirarlo, con miedo. Parecía como si en cualquier momento fuese a volverse y a escapar corriendo. Él decidió que un acercamiento directo era el único para el que tenía tiempo.

–No has visto lo que crees que has visto –no sugería. Relataba un hecho–. Si alguien pregunta, te viste envuelta en una pelea, y tuviste que matar a Pierre. Nunca me has visto.

Ella agitó la cabeza. Sus ojos despedían ahora una luz casi empecinada.

–¿Qué es lo que le hiciste? –preguntó súbitamente–. ¿Cómo has podido matarlo tan fácilmente? Rompiste su brazo, yo lo vi. Rompiste su brazo y bebiste su sangre. Eres un vampiro...

Él asintió.

–Así es... y tú nunca me has visto. Ni siquiera crees en mi existencia. Pierre estaba bebido, era lento, y escogió la chica equivocada a la que asaltar. No puedo dejar que te marches sencillamente y comiences a advertir a la ciudad de la amenaza del "vampiro", así que te lo advertiré una última vez. Nunca me has visto.

–Déjame ir contigo –dijo ella ansiosamente, en voz baja–. Si andas buscando algo en Grenoble, Fleurette podrá encontrarlo antes que tú –su mirada lo recorría de arriba abajo. Todavía lo temía, pero

aquel temor comenzaba a ceder rápidamente ante otra cosa...

¿Temeridad...? ¿Curiosidad...?

–Me retrasarías... –comenzó a decir él.

–Irías más lento sin mí –replicó ella antes de que él pudiera concluir la frase–. Fleurette conoce cada taberna, cada callejón de la ciudad. Dime qué es lo que andas buscando –se sumió en el silencio durante un largo momento, y entonces volvió a buscar su mirada–. Me has salvado la vida. Déjame que te ayude.

Él la contempló durante mucho rato antes de darse cuenta de que sólo tenía dos opciones: o la llevaba consigo, permitiéndole que lo guiara, o debía matarla. Y también de que, de alguna manera, ella tenía razón. No había estado en Grenoble durante muchos años. Con ella a su lado tendría más posibilidades de encontrar a Montrovant o a sus hombres.

–Muy bien, mi pequeña flor –dijo. Extendió su mano hacia el rostro femenino muy, muy velozmente, tan velozmente que ella ni siquiera pudo seguir el movimiento, ni tampoco evitarlo. Dejó que sus uñas descendieran con un ademán negligente por la mejilla de la muchacha–. No me decepciones. Tengo una misión de enorme importancia que llevar a cabo. Te prometo que si me ayudas, no tendrás nada que temer de mí.

–Te ayudaré porque te debo la vida –dijo ella apartándose de su contacto y volviendo a él casi inmediatamente. Parecía más tranquila, más calmada–. No te traicionaré. Fleurette es de buena ley, así como su palabra.

Él asintió una vez más. Entonces tan deprisa como le fue posible, le refirió una descripción de Montrovant. Recordaba sólo vagamente el aspecto de sus acompañantes, pero las facciones del Oscuro estaban grabadas a fuego en su memoria. Una visión que no lo abandonaba incluso cuando él lo deseaba.

Ella escuchó con suma atención y asintió.

–¿Él también anda buscando información? –preguntó. Su rostro se tornó pensativo por un instante y al cabo se volvió de nuevo hacia él, con una expresión muy seria–. ¿Es como tú, ese Montrovant? ¿Es él también un vampiro?

Abraham afirmó con la cabeza.

–Montrovant es viejo... mucho más viejo que yo.

Ella sonrió, una sonrisa franca.

–Entonces acudirá a los lugares que recuerde... a los viejos lugares... a la vieja ciudad.

Se volvió y desapareció en las calles, seguida de cerca por Abraham. Allá en el callejón un jadeo ahogado señaló el fin de Pierre, pero nadie advirtió su muerte. Al menos no inmediatamente.

* * *

Pese a que había accedido, ante la insistencia de Lacroix, a acudir a la catedral, Noirceuil no tenía la menor intención de permanecer entre sus muros hasta la llegada de la mañana. Entró, se mantuvo en silencio pacientemente, asintiendo y mostrando la debida deferencia frente al cardenal y se marchó tan pronto como le fue posible. Sus necesidades por lo que al alojamiento se refería habían quedado resueltas mucho antes de su llegada. Sólo le llevó unos momentos encontrar a un sirviente que le mostrara donde pasaría el día y aun menos tiempo dar con otro que le enseñara un camino hasta una puerta trasera que condujera a las calles.

No podía sacudirse de encima una sensación de inquietud. Allá afuera, en las calles de aquella ciudad, podía sentir la presencia cercana de su presa, el Oscuro, y de otros. Era intolerable que Lacroix le hiciera desperdiciar una noche entera de caza mientras su presa se escabullía a sus espaldas.

Sin una mirada atrás, Noirceuil se arrebujó en su capa, cubriendo sus oscuras facciones, y se deslizó por una calle lateral, encaminándose a paso firme en dirección al centro de la ciudad. No estaba muy seguro de donde ni cómo debía comenzar su búsqueda, pero sabía que no podía hacerlo en la catedral. Lacroix podría ocuparse por sí solo de las convenciones sociales. Noirceuil sentía tanto respeto como su compañero por la Iglesia, pero al mismo tiempo, en mucha mayor medida que el otro, por la fortaleza de sus enemigos.

El mal caminaba por la tierra. Él mismo había sido contaminado... manchado. Esta era su maldición, y sólo su misión, la incansable lucha para liberar la Tierra de los de su propia especie, le otorgaba algún momento de liberación de la tortura que para él significaba. El hambre le hervía en las venas, pero se esforzó en canalizar el dolor, enfocándolo hacia las entrañas. Se alimentaría. Era un hecho tan inevitable como la salida del sol. Sin importar sus oraciones o su fuerza de voluntad. Se alimentaría. Noirceuil servía a muchos señores, pero de entre todos ellos el apetito de la sangre era el supremo.

Este era el corazón de su dolor. Sabía que era uno de los Condenados. Nada que pudiese hacer borraría el daño que se veía

obligado a infligir a otros. Ningún acto de fe, remordimiento, o piedad podría redimir el asesinato y el robo de la sangre de un hombre. Poco importaba que eligiese a un mendigo o a un rey. Era una vida, y él se veía forzado a arrebatársela, una vez tras otra. Y cada vez que lo hacía, un pequeño pedazo de lo que un día había sido se marchaba con ella.

La ciudad comenzaba a mostrar su rostro nocturno. Aquellos que no estaban a gusto, o a salvo, caminando durante el día, salían de sus agujeros como cada noche. Se reunían en las calles, apoyados contra los severos portales envueltos en sombras, se encontraban a la entrada de las tabernas y otros lugares oscuros.

Los comercios ya estaban cerrados. Las familias, los niños y las bien vestidas damas, yacían ya todos en sus camas, o en las de otros. Noirceuil merodeó por las calles sin llamar la atención. No habló con nadie. La mayoría ni siquiera llegaba a reparar en su presencia, y si lo hacían, lo veían desaparecer por otros caminos a los que realmente tomaba. Su imagen era imprecisa, aquí un momento, allá al siguiente... y sin embargo seguía un camino muy claro y directo.

Caminaba lo suficientemente cerca de las calles principales como para que hubiera poca amenaza de ataque, pero lo suficientemente entre las sombras para evitar a la mayoría de los caminantes nocturnos. Evitaba la algarabía de los bares y se apartaba al escuchar la jarana de los burdeles. En ellos no encontraría lo que buscaba. Siguió adentrándose en los suburbios, rodeado por edificios cada vez más viejos, cada vez más destartados y degradados, mientras los sonidos propios de los despiertos y los vivos se hacían a su alrededor cada vez más escasos.

El aroma de la sangre lo golpeó repentinamente, y se detuvo, tambaleante, luchando contra una súbita oleada de hambre, maldiciéndose a sí mismo por su estupidez. Había esperado demasiado para alimentarse, había esperado y ahora se encontraba con tal abundancia de humanidad a su alrededor. Lentamente se calmó, combatiendo el acceso de locura... eliminándola. Él no sucumbiría.

Poco a poco la tranquilidad volvió a su mente. No se volvió hacia el aroma de la sangre, todavía no. Era una sangre vieja, casi fría, moribunda, y aunque hubiera probablemente bastado para calmarlo, no era lo que ahora necesitaba. Tal vez fuera una pista hacia el camino que andaba buscando, pero ahora mismo no podía seguirla. Antes necesitaba alimentarse. Con un súbito salto, se plantó en el primer rellano del edificio más cercano, sin preocuparse por que nadie

podiera verlo, y con un segundo y veloz movimiento se encaramó sobre la repisa del tejado. Se movió tan rápidamente que alguien que hubiese reparado en él lo habría tomado por una ilusión, aquí un segundo, desaparecido al siguiente, y de pronto sobre el tejado del edificio de enfrente.

No fue muy lejos. Se encontraba entre edificios viejos y decrepitos, pero todavía habitados, y no le llevó demasiado tiempo encontrar lo que andaba buscando: una balconada, justo bajo el nivel del tejado, y una anciana, sola, sentada allí en su silla con la mirada perdida en las calles debajo de ella. No miró hacia arriba mientras él se aproximaba, y pudo observarla durante unos segundos, mientras la vieja lucha se renovaba en su corazón, se arrastraba por entre sus venas y se derretía en el fuego de su hambre.

Escuchó cuidadosamente, aclarando sus sentidos. No captaba movimiento alguno debajo de sí, ningún signo que indicara que había alguien más en la pequeña habitación frente a la balconada. Ella estaba sola. Y si no lo estaba, los otros dormían.

No se demoró más. Era una vida, sí, pero si había sido una vida buena, cedería el paso a una gloria eterna. Un regalo que para él estaba vedado. Y si no lo había sido, entonces le quedaba ya poco tiempo para remediarlo. En todo caso, su trabajo debía continuar. No había ningún otro al que la Iglesia pudiera recurrir. Ningún otro sobreviviría para poder cazar a los demonios bebedores de sangre y conducirlos ante el juicio. No era más que una vida; una vieja vida que se aproximaba a su fin.

Noirceuil descendió sobre el balcón con la suavidad de una hoja al caer, y pese a que no hizo ningún ruido, vio que la mujer se ponía rígida. No se volvió, pero él pudo escuchar como su corazón se aceleraba, y supo al instante que ella había sentido su aproximación y su presencia. Pero no vacilaría. No había nada que ella pudiese hacer.

—Así que —dijo la mujer, todavía mirando hacia las calles, la voz temblorosa pero al mismo tiempo fuerte— es cierto. Vienes a por mí de noche, como una sombra, para arrancarme de este mundo de lágrimas. Te he esperado mucho tiempo, señora.

No comprendió inmediatamente las palabras, pero detuvo su paso, y escuchó.

—No voy a mirarte todavía —dijo ella, meciéndose tranquilamente sobre su silla—. Sé que mi momento ha llegado, y aunque estoy preparada para ello, no voy a arrojarme en tus brazos, ni siquiera por la promesa de una vida mejor. Quiero saborear estos últimos

momentos, señora, catarlos como un vaso de buen vino del mercado, suaves dulces, cálidos. Esperaré al frío contacto de tus manos sobre mi hombro.

Entonces lo comprendió. Lo había reconocido, después de todo, pero su imaginación le había asignado un papel más romántico que el que le deparaba la realidad: era la Muerte. Para ella era el ángel de la muerte, el ángel que le traía un agridulce presente. Un ángel... el único ángel que solo podría ser, la única gloria que alguna vez estaría a su alcance. Sólo en otorgar la muerte era él diligente y puro.

Se acercó otro paso, pero aún vaciló.

–Anciana madre –dijo, preguntándose de pronto si tendría hijos–. A todos nos es dado pasar un tiempo en el mundo. El tuyo ya se ha consumido, y has de acudir al servicio de tu Señor. Alégrate.

Ella estuvo a punto de volverse hacia el repentino sonido de su voz. Entonces se detuvo con un estremecimiento.

–Me he alegrado por los días soleados, y por el sonido de la voz de mi hija. Recordaré con orgullo las cosas buenas que he hecho, y la gente a la que he ayudado, e incluso tendré un recuerdo de misericordia para aquellos que me han hecho mal. Pero no me alegraré ante la muerte hasta que alcance el otro lado y pueda evaluar cuánta verdad hay en sus promesas.

Él la contempló durante unos instantes. Entonces el hambre lo asaltó con fuerza repentina, alimentada por el recuerdo de una promesa. La promesa que se le hiciera cuando era un niño, un niño que encendía las velas del altar de la iglesia cada Domingo y cantaba los himnos de alabanza con voz argentina. La promesa que le había sido arrebatada cruelmente, a favor de una eterna condena.

Cayó sobre ella, abrazándose a su arrugada carne, los colmillos mordiendo, abriéndose paso, las manos apretándola contra sí para mantenerla inmóvil. Ella dejó escapar un grito breve y ahogado, y entonces se sumió en el silencio, temblando contra su cuerpo, y después pareció alejarse, en dirección a aquella luz que tanto tiempo atrás hubiera descendido sobre él para reclamarlo. Creyó sentir como la llamaba, arrebatándola a su abrazo mientras él se llevaba la sangre sin alma de sus venas. Sollozó, liberándola, liberándose, dejando que el cuerpo se desplomara sobre la barandilla de la balconada. Con un rápido giro de sus muñecas la arrojó al vacío, y observó mientras el cuerpo caía sobre las calles y se desplomaba sobre el suelo, acabando lo que su hambre había empezado.

Nunca otorgaría a otro el Abrazo. Nunca extendería la maldición.

Nunca. En cambio, consagraría su vida a poner fin a su existencia. Se volvió, intentando expulsar los recuerdos de la extraña anciana y sus palabras fuera de su mente, mientras, limpiándose cuidadosamente la sangre de los labios, escalaba a toda prisa la pared de vuelta al tejado y se marchaba siguiendo el mismo camino por el que había llegado.

Volvió a la calle. Miró en todas direcciones y no vio un alma. El aroma de la sangre que había captado antes permanecía allí, pero mucho más débil. Se había enfriado casi por completo. Ya no quedaba vida ni consciencia alguna en ella.

Encontró rápidamente la boca del callejón y penetró en él. El montículo de carne que había sido Pierre atrajo inmediatamente su atención. Se acercó a él. Con la bota hizo girar al cuerpo para verlo de frente. No tenía marcas, pero él no las necesitaba. Ya había adivinado la verdad.

Volviéndose, dejó que sus ojos escudriñaran el callejón, pasando sobre los muros y la tierra, en busca de cualquier pista que pudiese guiarlo hasta aquel que había drenado la sangre de aquel cuerpo. No había nada; nada, salvo un sutil hormigueo estremeciéndose en lo más profundo de su mente. Volvió a la calle y se marchó, buscando de prisa la cercanía de las luces. Pero al doblar la primera esquina se detuvo repentinamente.

Una simple gota de sangre resplandecía sobre el polvo de la calle, a sus pies. Se inclinó, tomando la gota con la yema de uno de sus dedos, y se la llevó a los labios. La misma. Se apresuró a toda velocidad calle arriba, siguiendo un aroma y un rastro de muerte. Aún quedaban por delante varias horas de la noche, y la caza había dado comienzo.

_____ 10 _____

La puerta abierta de la taberna parecía casi una invitación, o un reclamo, y Fleurette arrastró a Abraham a través de ella sin vacilación, esquivando y abriéndose camino a codazos entre la multitud con la pericia de un veterano soldado borracho. Insólitamente, un camino se fue abriendo delante de ellos a medida que ella daba empujones y apartaba a los parroquianos. Abraham descubrió miradas divertidas y al mismo tiempo respetuosas en los rostros de muchos de aquellos a

los que ella había apartado a empujones. Aparentemente su "pequeña flor" poseía una reputación. Más de una vez descubrió sobre él una mirada teñida del verde de la envidia, y, a pesar de las circunstancias y de sí mismo, no pudo contener una sonrisa.

Cruzaron la taberna hasta la barra, y Fleurette pidió vino para ambos. Una vez servido le acercó a él un vaso, sin hacer gesto alguno de disponerse a pagar. El camarero se quedó mirándolos fijamente, y Abraham hubo de echar mano a su bolsa, sacando de ella una moneda y depositándola sobre la barra. Tomó el vino que ella le ofrecía, sosteniendo la copa con expresión ausente, mientras examinaba con curiosidad el interior de la taberna.

—¿Por qué aquí? —preguntó al fin—. Debe haber un millar de tabernas en esta ciudad. ¿Qué te ha hecho pensar que vendrían aquí?

—Si están buscando información —replicó ella—, este es el lugar adecuado. Si ese Montrovant tuyo ha estado alguna vez en Grenoble, sin duda lo sabrá.

Entonces ella pareció ver a alguien, y él noto que se ponía tensa y levantaba la cabeza. Se inclinó, acercándose a él, lo tomó del brazo y señaló, la mano muy cerca del cuerpo para que su gesto no fuera advertido. Estaba apuntando a un individuo siniestro, con aspecto de fullero, que se apoyaba contra una pared. El hombre sostenía una jarra de algún licor en la mano y observaba cuanto tenía lugar en la taberna en completo silencio. No hablaba con ninguno de los que le rodeaban, y parecía querer pasar desapercibido.

—Ese de ahí sabrá si tu amigo ha estado aquí —dijo en un susurro—. Pero no resultará barato.

Abraham examinó al hombre durante algunos instantes y por fin asintió.

—Esperaré fuera —dijo en voz baja—. No quisiera alarmar a nadie. Consigue que salga a la calle, y hablaremos. No quiero ser visto por aquí haciendo preguntas, si puedo evitarlo. Hay otros, aparte del propio Montrovant, que también están buscando. Preferiría pasar tan desapercibido como fuera posible.

Ella lo miró, apoyando una pequeña mano contra su pecho por unos instantes, y entonces hizo un gesto afirmativo y se marchó. Abraham reparó en la jarra de vino que llevaba en la mano y se adelantó para detenerla. Viendo que la de ella estaba llena sólo a medias, intercambió sus vasos con una sonrisa.

—No tiene sentido desperdiciarlo —dijo con voz suave. Los ojos de la muchacha se ensancharon por un instante y se volvió llevándose la

jarra. Abraham caminó hacia la puerta, dejando la jarra medio vacía sobre una mesa y salió al exterior. Nadie había reparado en su presencia.

Tras cruzar la puerta de la calle, miró a su derecha y a su izquierda. Media manzana hacia su derecha se abría un callejón, frente a cuya entrada se levantaban dos barracas de mercaderes abandonadas. Aquel parecía un lugar privado y seguro.

Esperó a la entrada del callejón observando la puerta. Unos momentos más tarde Fleurette salió con el hombre colgado de su brazo. Los vio inmediatamente. Ella todavía tenía la jarra de vino en su mano, otra señal que indicaba que debía ser mejor conocida de lo que él podría nunca haber supuesto. Al ver a Abraham, el hombre se detuvo, pero un codazo y unas palabras de Fleurette volvieron a ponerlo en marcha.

Abraham no perdió el tiempo.

–Busco un grupo de hombres. Caballeros, de hecho --dijo con voz tenue–. Están llevando a cabo una búsqueda que, creo, puede haberlos conducido hasta aquí, y es muy importante que los encuentre. Muy importante.

Los ojos del hombre se movieron, revelando malestar, pero no dijo nada.

–Estoy dispuesto a pagar por la información --dijo Abraham, ligeramente enojado.

Fleurette descargó un manotazo sobre el pecho del hombre.

–Raúl, me estás avergonzando. Le dije al caballero que hablar contigo merecería la pena.

Raúl miró al lugar en el que ella acababa de golpearlo con una expresión vidriosa. Abraham reparó entonces en el fuerte olor del alcohol. Adelantándose, agarró a Raúl por la camisa. Sin una palabra lo arrastró hasta el interior del callejón y lo empujó contra el muro, más allá de la vista de cualquiera que pasase por la calle.

–Esta noche no me queda paciencia --dijo-- para aquellos que tienen en más aprecio al licor que a su vida. Si no deseas que te tome por uno de ellos y te prive de ambas cosas, será mejor que contestes a mis preguntas, cojas el dinero que te ofrezco, y desaparezcas.

Algo en la prodigiosa fuerza del asalto de Abraham convocó una luz aterrorizada a los ojos del hombre.

–No --susurró–. No. Se han marchado.

Abraham miró fijamente al hombre, cerrando ligeramente los párpados.

–¿Quiénes se han marchado? Habla. Y hazlo rápido o no volverás a hablar nunca más.

–Era oscuro... muy oscuro, monsieur –balbució Raúl–. Sus ojos, como fosos profundos, y su compañero... me dijeron que si hablaba de ellos volverían a por mí.

Los pensamientos de Abraham se arremolinaban en su mente. Raúl no podía estar hablando de otro más que de Montrovant, pero sacar alguna información útil de aquel loco borracho iba a requerir otros medios diferentes a una simple amenaza de violencia.

–Si no me lo dices ahora mismo –dijo por fin–. No importará que regresen, porque no encontrarán más que un marchito y vacío despojo. No un hombre sino una cáscara, vacía... muerta... olvidada. Tus huesos serán todo lo que quedará de ti, tus huesos y un delgado saco de piel. ¿Es así como quieres acabar tus días, Raúl, o acaso prefieres vivir?

Lentamente, las palabras comenzaban a abrirse paso hasta su consciencia. Quizá fuera porque Fleurette había comenzado a echarse hacia atrás al escucharlas. Sus ojos temblaban, y Abraham pudo ver que su mano volvía a escurrirse hacia la daga. En otras circunstancias habría sonreído.

Los ojos del hombre volvían a moverse de un lado a otro, buscando una salida. Era una buena señal. Si podía alcanzar su miedo, su codicia no estaría demasiado lejos.

Abraham se retrasó un paso, en parte para poder sujetar con más firmeza a Raúl, en parte para hacer ver a Fleurette que no pensaba asesinar a su amigo. Lentamente llevó una mano hasta su bolsa y la liberó del cinturón. Por primera vez desde que dejara Roma, la asistencia de Santorini le resultaba de alguna utilidad. Al menos el obispo le había entregado una buena cantidad de oro para ayudarlo en su empresa. Abrió la bolsa y extrajo de ella un par de monedas de oro.

–Esto es por tu cooperación –dijo con voz amable–. Hay otras dos esperándote si me das la información que necesito.

La mirada de Raúl se movió rápida y alternativamente desde los ojos de Abraham hasta el oro. Quería escapar. La niebla del alcohol comenzaba a disiparse y el recuerdo de la amenaza que Montrovant había grabado en su mente permanecía fresco. Abraham lo notó. Quería salir corriendo y arriesgarse.

–Si corres –dijo Abraham sencillamente, en voz baja–, te mataré.

Raúl jadeó, apretándose contra el muro. Se llevó las manos a la cabeza y sollozó en silencio. Al cabo de un momento pareció

recuperarse lo suficiente como para hablar.

–No importa, entonces –dijo con voz temblorosa–. Quizá ya se han marchado. Quizá no. Quizá nos están espiando en este preciso momento desde los tejados. En todo caso sólo me espera la muerte.

Levantó la mirada para enfrentarse a la de Abraham, sus ojos oscurecidos, preñados de angustia.

–Se marcharon a un bosque que hay en las afueras de la ciudad. Buscan a un grupo de bandidos, hombres que vieron el paso de una extraña comitiva...

–La Orden –la respiración de Abraham se agitó.

Raúl lo miró.

–No lo sé. Lo único que sé es lo que me preguntaron, y lo que les contesté, lo de la extraña caravana y los hombres que habían muerto intentando asaltarla. Eso es todo.

–Es suficiente –dijo Abraham volviéndose y arrojando las monedas sobre el polvo en el que ahora yacía Raúl, con la espalda apoyada contra la mugrienta pared–. Más que suficiente.

Se dispuso a marcharse, pero Fleurette lo agarró repentinamente del brazo.

–Espera. ¿Es que vas a marcharte?

Él vaciló un instante, y entonces se volvió hacia ella, ignorando a Raúl, que se arrastraba sobre la suciedad tratando de evitarlos y escabullirse en dirección a la salida del callejón.

–Debo hacerlo. Ahora sé a donde se dirige y debo seguirlo mientras su rastro permanece todavía caliente.

Los ojos de la muchacha se hincaban en los suyos. Sintió cómo se aceleraban los latidos de su corazón. Cerró los ojos, reprimiendo las garras del hambre que comenzaban a brotar desde su interior, y volvió a abrirlos. Su mirada cayó sobre ella... la atrapó.

–Ese camino no es para ti, mi pequeña flor. Te secarías y marchitarías, y probablemente acabarías por morir, todo por cosas que no te conciernen, sino sólo a mí. Quédate aquí. Sé fuerte. Tienes amigos. Tienes una vida. Quién sabe, quizá nuestros caminos vuelvan a encontrarse algún día.

Ella no dijo nada, pero su mirada despedía unas chispas furiosas que él no terminaba de comprender. No contestó. Ni una queja, ni un argumento. Se limitó a mirarlo directamente a los ojos, dio unos pasos atrás, se dirigió hacia la boca del callejón, giró sobre sus talones, y desapareció. Era rápida para ser una mortal, y lo que se había podido adivinar en el interior de su mirada... el aroma de su cálida, palpitante

sangre dejó a Abraham desorientado por un momento.

Frunció el ceño, dio media vuelta y salió a la calle. Ahora tenía un objetivo. Ahora no necesitaba distracciones, especialmente si provenían de mortales a los que no lo unía ningún lazo. Contaba con escasísimo y precioso tiempo para seguir el rastro de Montrovant, y tal vez incluso menos antes de que el de la Orden se desvaneciese por completo. Los conocía mejor que Montrovant. Su viaje estaría planeado de antemano, y sin duda habrían considerado la posibilidad de una persecución. No demasiado adelante aguardaba un lugar en el que desaparecerían por completo, o quizá una trampa. Su casi legendario "misterio" era producto del secreto y de la intriga. Cualquiera que fuese su destino final, los había estado esperando durante años, acaso décadas, y el disfraz bajo el que viajaban y se ocultaban sería casi impenetrable.

La noche se consumía rápidamente. Los primeros signos del amanecer comenzaban a asomar, amenazantes, sobre el horizonte, y Abraham se encaminó velozmente hacia la casa abandonada donde había dejado a su montura. No importaba lo cerca que pareciese encontrarse su objetivo. La caza no continuaría esta noche. Apenas tenía ya tiempo para alcanzar su refugio y protegerse contra el sol.

En todo caso, ni Montrovant ni Noirceuil estarían viajando todavía. Por un segundo, Abraham volvió a preguntarse cómo era posible que un vampiro trabajase abiertamente al servicio de la Iglesia. Resultaba un extraño matrimonio.

Abandonó tales pensamientos al cabo de un rato. Saltando de sombra en sombra se fue acercando a los lindes de la ciudad, mientras las últimas cenizas de la noche iban quedando a su espalda. Donde ahora se encontraba no podía escucharse un solo sonido, no le llegaban risas, ni el aroma de la sangre. Sabía que esto cambiaría cuando arribase la mañana. Las calles volverían a inundarse con los campesinos marchando hacia los mercados, y los trasnochadores y los viajeros volviendo a sus casas. Tenía que estar escondido y a salvo antes de que todo esto diese comienzo.

Al abandonar la calle principal y adentrarse en los arrabales, no se topó con un alma, y pudo llegar a la vieja casa sin incidentes. Hizo una visita al cobertizo, saludó a su caballo y se aseguró de que tuviera suficiente agua y comida para el día que se avecinaba. No quería que el calor, la sed o el hambre lo molestaran y que comenzase a hacer ruidos que pudieran atraer a alguien desde la ciudad. El robo de caballos no era un crimen inusual y además, si alguien andaba

buscándolo activamente, lo cual era posible ahora que había dos mortales dentro de la ciudad que sabían de su existencia, no quería facilitarle la tarea.

Con el animal bien atendido, volvió a salir a la oscuridad nocturna y abrió las puertas de la vieja bodega, no antes de que un último vistazo a su alrededor le asegurara de que se encontraba solo. Se zambulló en el interior y cerró la puerta tras de sí, bajó las escaleras hacia el húmedo interior de la bodega y se acomodó sobre la pequeña mesa para aguardar la llegada y el paso del día.

* * *

Más allá de los confines de aquella bodega, dos pares de ojos vigilaban.

Uno era joven, ardiente de energía y curiosidad. El otro era viejo, viejo y oscuro. Ninguno de ellos se acercó para amenazar la seguridad del descanso de Abraham. El amanecer arrastraba ya sus soñolientos dedos sobre el horizonte, y Noirceuil sabía que el tiempo se le acababa por hoy.

Se alejó, vagamente consciente de la cercanía del latido de un corazón, pero al mismo tiempo seguro de haber pasado desapercibido. Ese joven Condenado podía esperar. Noirceuil necesitaba saber si el muchacho poseía alguna información de utilidad para él antes de poner fin a su existencia, y Lacroix no se mantendría en calma si asistía a otra ejecución prematura. Sus órdenes no decían nada acerca de matar a este Abraham, aunque Noirceuil no tenía la menor intención de dejar con vida a uno solo de los Condenados sobre el que hubiera puesto la vista.

Se escabulló calle abajo hacia la zona más populosa, arrastrándose entre las sombras, atravesando velozmente las zonas abiertas antes de que nadie pudiese reparar en su presencia. La catedral no se encontraba lejos, pero el sol se apresuraba a levantarse con desacostumbrada rapidez, como si lo hubiese sentido y desease cazarlo. Se dio cuenta de que se había retrasado demasiado esta vez.

Maldiciéndose a sí mismo, atravesó a la carrera el patio interior hasta alcanzar la puerta trasera del templo, ignorando los saludos y las palabras de aquellos que se cruzaban en su camino, y se dirigió directamente a las escaleras que conducían a los niveles inferiores. Ya conocía el camino hasta su cámara.

Abrió de un tirón las enormes puertas de roble y las cerró inmediatamente tras de sí. Todo había sido dispuesto como había pedido. Se acercó al gran armario de madera, que permanecía entreabierto, y se deslizó a su interior. Había almohadas alineadas todo a lo largo de él. No las había pedido, pero decidió dejarlas allí. El que lo vieran dormir sobre la dura superficie de madera podría atraer una atención que él no podía permitirse. Ya resultaba suficientemente extraño que rehuyera la luz. Y peor aún que nadie lo viera jamás comer o beber. Sólo era una cuestión de tiempo el que su secreto fuera descubierto.

Lacroix era la llave. Lacroix había estado a su lado durante mucho, mucho tiempo. Le había visto asesinar tanto a vampiros como a hombres. Pero nunca había visto la luz del hambre brillando en los ojos de Noirceuil. Nunca había visto el tembloroso horror en que podía transformarse su compañero si se veía privado demasiado tiempo de la sangre de los mortales.

Lacroix creía en los resultados, y su larga asociación se había basado en aquella creencia. Noirceuil aseguraba que sus métodos y su idiosincrasia los ayudaban en su caza. Podía encontrar a los no-muertos, y podía destruirlos con asombrosa facilidad. Y esto le otorgaba gran credibilidad a sus palabras.

Noirceuil cerró las puertas del baúl tras de sí, escuchando el tranquilizador chasquido que indicaba que estaban bien encajadas. Se acomodó y cerró los ojos, su mente inmediatamente en blanco. En la habitación que lo cobijaba no había una sola ventana. Ni una luz. Ni una lámpara. El día comenzaba, pero ni el más mínimo indicio de ello se arrastraba hasta aquella habitación.

* * *

Fleurette vigiló el viejo cobertizo durante un largo rato, luchando contra el impulso de correr junto a él. No sabía lo que le diría. En realidad, ni sabía lo que ella misma quería, así que se quedó allí y siguió vigilando. Él había salvado su vida, aterrizándola al mismo tiempo de una manera más intensa que cualquier otra que hubiera conocido en sus diecinueve años de vida. Había pronunciado aquella palabra, *vampiro*, con tal facilidad allá en el callejón... La realidad de lo que significaba no se le había hecho evidente ni siquiera cuando el cuerpo de aquel cerdo arrogante de Pierre había dejado de respirar y había comenzado a enfriarse.

Sólo cuando Raúl había sido aplastado contra el muro, cuando el hombre, el monstruo... las palabras de Abraham acudieron a su memoria con facilidad, tan claras como si acabasen de ser pronunciadas. *Muerte*. Más que la muerte... drenado, una cáscara, vacío. Mientras le veía sacudir el cuerpo de Raúl como si fuera el de un niño, su corazón había estado a punto de detenerse. Lo había ayudado porque él la acudió antes en su ayuda, y durante todo el tiempo sus pensamientos se habían centrado en el callejón, en lo que Pierre había estado a punto de hacerle.

Abraham no era un hombre. No exactamente, o no *simplemente* un hombre, y ella había ignorado esta sencilla verdad hasta que él había estado a punto de repetir su *hazaña* con Raúl. Ahora no sabía cómo se sentía. Al final no había hecho daño a Raúl. Le había dado al pobre idiota su dinero y le había dejado que siguiera su camino. Eso era una cosa buena. Había asesinado a Pierre, por el amor de Dios, había succionado la sangre del hombre. Pero, ¿le importaba?

Acuclillada entre las sombras a la entrada de un callejón, vigilando el cobertizo mientras la luz de la mañana crecía en intensidad, se preguntó con qué había ido a toparse. Había sentido sus ojos sobre ella, el apresuramiento de sus latidos a medida que pasaba el tiempo a su lado, preguntándose lo que pensaba, lo que sentía. ¿La veía como a una mujer, como a una muchacha, o acaso como una posible comida? Y, de nuevo, ¿le importaba?

Por fin decidió abandonar su vigilancia. Él no había salido de la ruinoso y destartalada casa, y parecía que pasaría el día entero descansando. Ella haría lo mismo. Él era fuerte y rápido... y ella no sabía si estaba muerto o siquiera si podía morir. Sabía bien lo que debería hacer: marcharse y abandonarlo, sin mirar atrás, olvidando que alguna vez lo hubiese visto o hubiera escuchado aquella voz grave y estremecedora. Sabía que no sería capaz.

Se levantó, sintiendo la calidez del sol de la mañana sobre su espalda, mientras la gente comenzaba a aparecer aquí y allá a lo largo de las calles. Cruzó la calle principal y se acercó al viejo y ruinoso edificio. Caminó junto al cobertizo y abrió la puerta.

Encontró un caballo, un poco de comida y de agua. Nada más. Ningún signo de él, ningún equipaje... ninguna arma. Nada. Había desaparecido. Echó un nuevo vistazo al exterior, examinando la vieja casa, pero allí no había un solo sitio donde él pudiera encontrar cobijo. Ningún lugar que le ofreciera las sombras que necesitaba para descansar.

¿Acaso dormía? Había tantas preguntas. Volvió a cerrar las puertas del improvisado establo y entonces, mirando hacia el suelo, reparó en la entrada a la bodega. Se detuvo frente a ella durante unos momentos, dudando. Había vuelo a olvidarse. Él no dormiría bajo la luz del sol, ni tan siquiera en el cobertizo. Ni siquiera dormía verdaderamente. Sólo se escondía de la luz del día, de la luz de Dios. Así es como el sacerdote lo hubiera expresado, así era como lo relataban las leyendas transmitidas de padres a hijas durante generaciones. Fleurette conocía bien tales historias. Sólo que ahora sabía que no eran simplemente leyendas. De pronto se preguntó cuanto de lo que le habían contado sería cierto.

Volvió de nuevo a las calles y se dirigió a la pequeña habitación en la que vivía. No estaba demasiado lejos. De pronto, el pensamiento de su propia cama, y un vaso de buen vino caliente resultaba muy alentador. Pero mientras se alejaba, volvió a sentir sus ojos prendidos sobre los de ella, vigilándola. Se estremeció y se lanzó escaleras arriba hasta su desván.

_____ 11 _____

Montrovant se había distinguido siempre entre los suyos por su capacidad para levantarse temprano. Antes de que Le Duc hubiese comenzado siquiera a agitarse desde las sombras de su sueño, el Oscuro ya estaba de pie y en acción, preparando a los otros para la marcha. No tenía la intención de permanecer en la ciudad un minuto más. Ya tenía lo que había venido a buscar y estaba dispuesto a ponerse en camino. Mientras esperaba a que Le Duc se levantara, dio instrucciones a du Puy y St. Fond, enviándolos como vanguardia del grupo. Sabía qué dirección debía tomar cuando saliera de la ciudad, y sabía por qué. Ni él ni su mesnada tenían nada que temer de los bandidos, pero precisamente eso resultaba en sí mismo un problema. No serían emboscados ni atacados, así que tendrían que hallar otro medio para encontrar a los que buscaban.

Los exploradores partieron. Cuando Le Duc por fin se levantó, encontró a Montrovant recorriendo de un lado a otro la habitación, agitado, como un loco. Los equipajes ya estaban dispuestos y las monturas preparadas. Sin esperar una sola palabra de excusa,

Montrovant se encaminó a la puerta y montó. Jeanne y los otros, acostumbrados a ese comportamiento, no tardaron un instante en seguirlo. Sabían que de no hacerlo les costaría mucho alcanzarlo. El Oscuro no era de los que esperaban cuando había encontrado el rastro de su presa.

Pocos minutos después de que abandonaran la casa se encontraban ya cabalgando por la calle principal, en dirección a la salida de la ciudad. No tomaban ninguna precaución para ocultar su partida. Montrovant no temía ser seguido, y sabía que una marcha furtiva y cualquier intento de escabullirse sin ser detectado hasta el exterior de la ciudad llamaría mucho más la atención que una salida en grupo y en silencio. Así que esto es precisamente lo que hicieron. Abandonaron la ciudad por la carretera que corría hacia el oeste, los caballos avanzando con un trote vigoroso, en dirección al el bosque que se encontraba más allá.

Aquel bosque era el que la miserable comadreja había señalado a Montrovant como guarida de los bandidos. Ladrones y salteadores de caminos no eran algo desacostumbrado por aquella zona, ni resultaban difíciles de encontrar, pero precisar la zona de actividades de una cuadrilla en concreto era harina de otro costal. Sin duda, tanto la ley como al menos de la mitad de la nobleza de Grenoble andaría detrás de aquel grupo en concreto. La cosa no iba a ser tan sencilla como adentrarse en el bosque y presentar sus respetos a la banda.

Le Duc sabía que en realidad no supondría demasiadas dificultades. Si du Puy y St. Fond no lograban encontrar rastro alguno de los asaltantes, él mismo y Montrovant se encargarían de seguir su pista por otros medios. El hambre tenía inconvenientes, pero también algunas ventajas. La cálida y succulenta sangre los atraería como una llamada. Además, un grupo como aquel del que su informador les había hablado no podría ocultarse fácilmente. Era una banda grande y bien organizada.

Pronto alcanzaron los lindes de la arboleda, y se adentraron en su interior con rapidez, las sombras alargadas y espeluznantes a lo largo del camino. Jeanne dejaba que su mirada recorriera el lugar de derecha a izquierda, escudriñando los árboles y la maleza en busca de algún rastro. La carretera se encontraba en buen estado, pero aquellos a quienes buscaban no viajarían por ella, sino paralelamente a la misma, moviéndose furtivamente por entre los árboles y las sombras.

Durante el día la carretera era segura. Nadie se atrevería a iniciar

una escaramuza en un camino tan frecuentado como aquel a menos que mediara la promesa de un botín inmenso. Pero por las noches las cosas resultaban muy diferentes. Una vida como aquella resultaba fácil de entender para Jeanne. Él mismo había sido un hombre de acción, y su propia naturaleza, después de su Abrazo, era la de un cazador. Su impulso era la sangre que arrebatava a sus presas... la consciencia de que vivía a costa de vidas prestadas, a costa de tiempo prestado, y que continuaría robando, y cobrando, y drenando aquella vida y aquella sangre hasta que el destino se decidiese a arrancárselas.

Habían penetrado en una zona más densa cuando St. Fond reapareció entre las sombras, cabalgó hasta colocarse al lado de Montrovant y comenzó a hablar en voz baja. Montrovant agachó la cabeza, escuchándolo, entonces afirmó vigorosamente con la cabeza y picó espuelas, conduciendo a su caballo camino adelante. Los otros lo siguieron rápidamente, sin decir palabra ni cuestionar tan repentina aceleración. Enseguida, St. Fond se retrasó para volver entre sus filas y du Puy apareció sin previo aviso junto a Le Duc.

No existía razón alguna para hacer preguntas. Si la información era lo suficientemente buena para Montrovant, entonces es que era correcta. E incluso en el caso de no serlo, no era de su incumbencia el cuestionarla. Se precipitaron por el camino tras la estela del Oscuro, y cuando éste viró para abandonar la carretera principal sumergiéndose en la sombría oscuridad, lo siguieron sin decir una palabra.

Había una segunda vereda. No estaba tan despejada como el camino principal, ni mucho menos era tan ancha, pero una vez internados en ella, resultaba claramente visible. Los caballos no tenían dificultades para avanzar a buen paso. Montrovant los condujo aun más deprisa. Hábil como era al galope, no temía verse desmontado. Y, en cuanto a la seguridad de sus hombres, sólo le preocupaba en cuanto pudiera suponer para el servicio que le rendían. Atravesó como un trueno la senda y momentos más tarde se desvió por una tercera, que se internaba hacia lo más profundo del bosque.

Su llegada no había pasado desapercibida. Jeanne lo supo incluso antes de percibir el movimiento de los cuerpos, el rápido trotar de los caballos. Habían sido detectados, y aquellos que los habían visto llegarían a su campamento antes de que Montrovant pudiese alcanzarlo. No era exactamente una trampa, pero tampoco iba a resultar un ataque sorpresa.

Pero, una vez más, no había miedo en Montrovant. Ni tampoco en

Jeanne, aunque éste sentía mayor preocupación por la suerte de sus compañeros. En cuanto percibió los movimientos del otro grupo delante de ellos comenzó a impartir ordenes con voz clara y tajante. Ahora que su presencia había sido descubierta, ya no había necesidad de guardar silencio. Lo importante ahora era la disciplina, y la velocidad. No contaban ya con el factor sorpresa, pero si conseguían atacar lo suficientemente deprisa, sus enemigos no tendrían tiempo para organizar una defensa.

Momentos después irrumpieron en un claro. Muchas flechas cruzaron el aire cuando los caballos hicieron su aparición tras la línea de los árboles, pero la mayoría eran tiros a lo loco, sin ninguna intención o puntería. Una de ellas, sin embargo, atravesó el hombro de Montrovant. Ni siquiera lo derribó de la silla. Espoleando su caballo hacia delante arrolló al arquero sin vacilar, sin un pensamiento. En cuestión de segundos desmontó, saltando sobre el suelo sin esperar a que su montura se detuviera, y se arrancó la flecha, partiéndola por uno de los extremos y tirando del otro hacia fuera. Con un gruñido sordo arrojó ambos pedazos al suelo.

Jeanne lo seguía de cerca. Saltando de su caballo, cayó con todo su peso y fuerza sobre otro arquero, derribándolo sobre el suelo y cercenando su garganta con una acometida de las garras. Su espada ya había abandonado la vaina para cuando sus pies tocaron el suelo. Otro enemigo apareció frente a él y su acero describió un arco llevando la muerte consigo. Una cabeza, separada de los hombros, salió despedida por el aire, dando vueltas.

La batalla fue corta. Parecía que habían encontrado el campamento sólo parcialmente guarnecido y pese a que no habían contado con el elemento sorpresa, tampoco habían tenido que enfrentarse a una defensa organizada. Sus enemigos no estaban preparados para la ferocidad de aquel ataque, y no eran guerreros disciplinados como los caballeros de Montrovant. Eran bandidos, que no debían lealtad a cosa alguna, y que no pondrían en peligro sus vidas para defender un campamento casi vacío. Poco después de que la batalla hubiera comenzado, la mayoría de ellos se había vuelto y había huido. Entonces comenzó la persecución.

–Traedme a uno de ellos –vociferó Montrovant.

La orden no había resultado necesaria. Jeanne ya corría en persecución de un guerrero larguirucho y de crecidos cabellos, que corría llevando un arco en una mano y una flecha en la otra. Sin tener siquiera la oportunidad de desenvainar la espada, el hombre había

decidido escapar y tratar de salvar la vida en el bosque. Creía, erróneamente, que el grupo de Montrovant buscaba el botín que había quedado abandonado en el campamento, y que no tenía el menor interés en capturarlos.

Jeanne, arrebatado por la furia de la batalla, alcanzó al hombre con facilidad, moviéndose con mayor destreza y velocidad ahora que había desmontado. Se preparó para descargar el golpe... estremecido por la necesidad, el deseo de verter la sangre del otro. El hambre devoraba sus pensamientos, y la rabia del combate lo golpeaba con fuerza, haciendo que la sangre ya derramada le pareciera pobre y escasa.

Una mano pesada cayó sobre su hombro. Se dio la vuelta veloz, con la espada dispuesta para levantarse y caer, pero la mirada que se cernía sobre él le heló la sangre. Montrovant se encontraba frente a él, inmóvil, silencioso. No había miedo en los ojos de su *sire*. No parecía temer la furia del golpe. Ambos sabían que no llegaría a alcanzar su destino. En aquel preciso instante la cordura retornó a los pensamientos de Le Duc. La tensión abandonó su cuerpo, se hizo a un lado, y arrojó al hombre sobre el suelo con un rápido empujón de sus hombros.

–No iba a matarlo –musitó con voz débil.

Los ojos de Montrovant parecían divertidos, y Jeanne pensó que se disponía a reír.

–No, amigo mío, lo hubieras destrozado. Pero no es el momento. Aún no. Lo necesito para saber donde ha ido el resto, y si éste estaba presente cuando se encontraron con la Orden.

Jeanne asintió, alejándose despacio. Sus pensamientos se habían aclarado pero eso no hacía el hambre menos intensa. Luchó contra ella, escuchando sólo con una pequeña parte de su mente cómo Montrovant interrogaba al prisionero.

–Estoy buscando un grupo que atravesó vuestro bosque muy recientemente –decía hablando despacio–. Viajan con varias carretas cubiertas. Probablemente bajo la apariencia de monjes, o peregrinos.

Los ojos del prisionero se abrieron como platos, temblorosos, llenos de terror. Montrovant lo miraba con ojos oscuros, desapasionados. Como el hombre no respondiera inmediatamente, Montrovant lo abofeteó fuertemente, con el dorso de una mano. El bandido cayó rodando sobre el suelo, una ancha y rojiza marca cruzándole el rostro.

–Contestarás a lo que se te pregunta –dijo Montrovant con voz

silbante--. Y lo harás rápidamente y sin vacilaciones. O morirás. Y no será una muerte agradable. Tampoco una muerte rápida. Será larga y lenta, e igualmente, antes de que te alcance, acabarás por revelar la verdad. Ahórrate ese dolor. Puede que también te mate, pero al menos lo haré rápidamente y de una vez.

El hombre tragó saliva, sacudió la cabeza, cerró los ojos, y volvió a tragar.

--Los vi --dijo al fin--. Jesús... Dios... no me matéis, monsieur. Los vi. Vestían túnicas pardas, iban encapuchados, y no pude ver sus rostros. Fuimos otro y yo mismo los que los detectamos en el camino. Le di la noticia a Claude, y él dirigió el ataque. Fue la primera vez desde que estamos en este bosque que sufrimos una derrota como esa. Aquella noche no ganamos nada, y perdimos tres hombres. Y fuimos afortunados por no perder nada más.

--¿Huísteis, entonces? --Montrovant entonó la pregunta como un insulto, torciendo los labios en una sonrisa despectiva--. ¿Has sobrevivido para contestar mis preguntas porque abandonaste a tus compañeros a la muerte?

Por un instante, un acceso de cólera afloró a los ojos del hombre, y enseguida se apagó bajo la mirada de Montrovant.

--No había nada que yo pudiera hacer. No creo que nadie hubiera podido hacer nada. Claude ordenó la retirada, pero lo hizo demasiado tarde. Tratamos de llegar hasta los otros, de ayudarlos, pero no pudimos. Esos monjes eran demonios. Se movían como el relámpago, y tenían la fuerza de osos. Vi como uno de ellos arrojaba a un hombre veinte pies por los aires. No eran humanos.

Montrovant lanzó una carcajada. Sin aviso se acercó a Jeanne, sujetó a su Progenie del torso, lo alzó en vilo y lo arrojó lejos de sí. Jeanne gritó. Entonces se dio cuenta de que se trataba de una charada, y fingió debatirse con más violencia, se impulsó a sí mismo, se elevó, y por fin cayó a plomo sobre el suelo. Había alcanzado tanta altura en su vuelo que fue capaz de sujetarse a una rama baja y utilizarla para columpiarse y descender con una acrobacia, sonriendo al prisionero mientras aterrizaba.

--Me vas a decir lo que quiero saber --dijo Montrovant al hombre--. Me lo vas a decir ahora mismo, y rápido.

El hombre tragó saliva una tercera vez, y asintió.

--Es muy poco lo que sé --dijo, estremeciéndose--. Eran demasiado fuertes para nosotros, y después de que hubiéramos huido, parecieron simplemente desaparecer. Claude dijo que habían

tomado un camino completamente diferente. Yo no estaba tan seguro. Ninguno de nosotros lo estaba –la mirada del hombre descendió hasta el suelo, y murmuró–. Corrimos como chiquillos. No sé quién o qué viajaba en aquellos carros, ni cual era su destino, pero sí que sé hacia donde se dirigían. Hacia las montañas.

Montrovant miró fijamente hacia la oscuridad, en aquella dirección a la que el hombre señalaba.

–¿Hace cuanto? –preguntó–. ¿Hace cuanto que pasaron por aquí?

–Cuatro días –contestó rápidamente el hombre–. Hace cuatro días. Hoy es la primera noche desde aquella en que Claude se ha atrevido a aventurarse en los caminos.

–¿Ha salido esta noche? –preguntó Montrovant–. No lo vimos en el camino.

–Tenía que ir primero a la ciudad –dijo el hombre con rapidez–. Necesitamos provisiones. Debía conseguirlos, y vigilar la carretera durante algunas horas. Entonces volverá.

Montrovant sonrió. Eso le llevaría algún tiempo. No era muy probable que el jefe de los bandidos regresara antes de que ellos hubieran partido.

Con una rápida sacudida, volvió a arrojar al hombre hacia Jeanne.

–Sé rápido –dijo sencillamente. Los otros los habían alcanzado, arrastrando consigo dos prisioneros–. Debemos ponernos de nuevo en camino en unos minutos.

Dio unas rápidas instrucciones a sus hombres. No había razón para dejar el campamento intacto. Ordenó que recogieran cualquier oro, plata o provisiones que pudieran encontrar. No había manera de saber lo que les aguardaba en su camino, y dejar tras de sí recursos sin utilizar no era propio de Montrovant.

Mientras los otros se dispersaban hacia el campamento. Jeanne agarró a su prisionero por la garganta y lo arrastró hacia unos árboles sin una palabra. Apenas le llevaría unos segundos dejar su garganta al descubierto, perforarla, beber la rica y caliente sangre, y arrojar el cadáver vacío a un lado con un simple encogimiento de hombros. Sabía que Montrovant estaba realizando la misma operación muy cerca de allí, y eso le hizo sonreír. Recordó los viejos tiempos. Montrovant y él habían compartido muchos caminos, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que se alimentaran juntos. De hecho, era la primera vez que lo hacían estando tan cerca de sus compañeros. Un momento que merecería ser recordado.

Ambos regresaron al claro casi al mismo tiempo, saciados y llenos, preparados para continuar la marcha.

–Debemos encaminarnos a las montañas –dijo Montrovant con voz tranquila–. Allí los encontraremos.

Jeanne hizo un gesto afirmativo y los dos caminaron de vuelta al campamento con rapidez. Sus hombres habían reunido a los caballos, que no se habían alejado demasiado, y habían guardado cuanto podía ser fácilmente transportado en sus equipajes. Estarían de nuevo en el camino antes de que los bandidos supieran siquiera que habían sido robados.

–No hay razón para esperar al resto de estos inútiles gusanos –dijo Montrovant mientras se alejaban a galope del campamento, siguiendo una de las sendas que corrían paralelas a la carretera–. Ya tenemos la información que necesitamos. No creo que otros testigos pudieran proporcionarnos más información, y todo el tiempo que desperdiciemos antes de llegar a las montañas es tiempo que Gustav y los suyos nos ganarán.

Jeanne asintió.

–Si se han dirigido a las montañas desde aquí, sólo pueden haber seguido un camino. Dejarán pistas de su paso. Resulta difícil esconder un grupo tan nutrido como el suyo, incluso viajando de noche.

Montrovant hizo un gesto afirmativo. Reunieron a los hombres y se lanzaron al galope con estruendo a través del bosque, en dirección a la carrera. Montrovant quería encontrarse muy lejos de los límites de la ciudad antes de la llegada del alba. Resultaría inoportuno que los bandidos decidieran ir tras ellos, y más aún que consiguieran dar con ellos durante el día. El bosque se los tragó y el silencio volvió a reinar entre las sombras.

* * *

Abraham abandonó la bodega y se dirigió al cobertizo poco después de que cayera la noche. No tenía tiempo que perder. Si Montrovant había dado con los bandidos y el camino seguido por la Orden pasaba en efecto a través de aquel bosque más allá de la ciudad, ya podía encontrarse allí, e incluso de nuevo en marcha tras ellos. Abraham tendría que recuperar su rastro, y esperaba poder hacerlo lo suficientemente deprisa como para mantenerse a una distancia que le permitiera seguirles la pista.

También quería abandonar Grenoble antes de que Noirceuil y

Lacroix pudieran encontrarlo. Sabía que probablemente no era la presa de los dos cazadores, pero, asimismo, no tenía la menor duda de que este hecho no le impediría a Noirceuil destruirlo si llegaba a cruzarse en su camino. Abraham había visto el hambre latiendo en sus ojos mientras realizaba su cometido. Había un odio enterrado allí, muy antiguo y muy poderoso. La última cosa que Abraham deseaba era perecer antes siquiera de haber tenido su objetivo a la vista.

Montó en su caballo y se alejó de las ruinas, lanzando inquietas miradas a uno y otro lado para asegurarse de que no había sido visto. Sintió a otros caminando aquí y allá, pero eso no resultaba inesperado. El día tocaba a su fin. Los trabajadores regresaban a sus casas, esperando encontrar la comida en sus mesas. Era un buen momento para levantarse y desaparecer.

* * *

Unos ojos lo observaban desde las sombras de un callejón, pero no les prestó atención. Sus pensamientos estaban enfocados en lo que le esperaba, en el bosque, y en el sombrío recuerdo de la risa de Montrovant y de sus ojos. Pronto, se dijo, para bien o para mal, ajustarían las cuentas.

No tomó el camino que conducía directamente hacia los bosques. Se desvió y lo rodeó, aproximándose por el extremo contrario, del que sobresalía una estrecha franja de árboles, y se adentró en ella con todos los sentidos alerta. Existía la posibilidad de que, viajando solo y de noche, los bandidos dieran con él antes de que se internara demasiado en el bosque. No le preocupaba la posibilidad de un ataque, pero no quería desperdiciar demasiado tiempo, ni convertirse en el siguiente rumor que se intercambiaran los borrachos y los curiosos en las tabernas. Eso atraería inmediatamente a Lacroix y a Noirceuil tras su rastro.

Se movió silenciosamente y, aunque en más de una ocasión sintió que había ojos vigilándolo, y pudo escuchar movimientos furtivos entre los árboles, unas veces delante, otras veces detrás, nadie lo molestó mientras se dirigía hacia el interior del bosque y el camino principal. Aproximadamente una hora después de la puesta del sol salió de entre los árboles y tomó el camino, examinando todo cuanto le rodeaba en busca de señales del paso de los otros.

Al principio no encontró nada, pero a medida que se iba internando en el bosque encontró un rastro. En aquel lugar varios

caballos se habían lanzado a la carrera, habían abandonado el camino principal, desviándose hacia otro secundario y, más tarde, se habían internado entre los árboles. Anduvo con cuidado. No tenía sentido anunciar su presencia. Si era posible, quería entrar y salir sin ser visto.

No había centinelas, lo cual resultaba en sí mismo extraño. El rastro dejado por los caballos seguía claramente la trayectoria de una vereda. Al cabo de un rato, alcanzó al borde de un claro que parecía marcar los límites del campamento de los bandidos. No había nadie a la vista. Entonces pudo oler la sangre fresca, y entre las sombras que los árboles proyectaban, vio los cuerpos tirados sobre el suelo y los restos desordenados de sus posesiones. Montrovant había estado aquí, y se había marchado. Condujo su caballo al interior del claro, moviéndose entre los restos ruinosos del campamento. El animal rehusaba acercarse a los cadáveres todavía calientes.

No había demasiados cuerpos, no tantos como podría haberse esperado teniendo en cuenta la descripción dada por Raúl de la banda. ¿Dónde estaba el resto? ¿Muertos? ¿Huidos? Desmontó, se inclinó sobre uno de los cadáveres para examinarlo, y fue entonces cuando las puertas del Hades se abrieron y arrojaron una inundación sobre el claro.

Aparecían desde detrás de cada árbol, con ojos llameantes, gritando con una mezcla de rabia y frustración. Abraham giró sobre sus talones, se agazapó, vio que se encontraba rodeado, y dio un poderoso salto, apartando con facilidad el primer caballo y su jinete y sujetándose a una rama que había sobre él. Se lanzó girando como un remolino hacia delante y pateó la cara del que lo seguía. Eran demasiados. Tal vez pudiera matarlos a todos, tal vez no, pero en todo caso sería un baño de sangre. Maldiciendo, rodó sobre el suelo, agachándose y esquivando la hoja del siguiente atacante, arrancando de un poderoso tirón al hombre de la silla y arrojándolo a un lado.

Su propia montura se encabritaba enloquecida, tratando de esquivar la horda de atacantes. Logró deslizarse hasta su lado y se encaramó a la silla, sujetándose con fuerza a los flancos de la bestia. No necesitaba montar para enfrentarse a ellos, pero no podía permitirse el perder sus papeles y sus escasas posesiones. Picando espuelas, se arrojó hacia delante, agachado y aferrándose con fuerza al cuello del animal.

No sacó un arma. Se dirigió hacia el líder de los bandidos, esquivó su ataque y, al pasar a su lado, aferró la empuñadura de su arma y, con un rápido movimiento, se la arrebató. El bandido lanzó un

gruñido, pero Abraham lo abofeteó con fuerza, haciéndolo caer de bruces al suelo.

Hizo girar al caballo, y se lanzó hacia el límite del claro. Ya escapaba por una estrecha abertura entre los árboles, cuando el grito de una voz conocida se abrió camino hasta él y le hizo volverse. La vio y profirió una maldición. Fleurette era arrastrada desde los árboles, gritando y dando patadas, por un enorme guerrero cuyos ojos brillaban con una luz de muerte. Su destino resultaba evidente.

Sin pensarlo dos veces, dio un fuerte tirón a las riendas de su caballo, obligándolo a volverse de nuevo hacia el interior del claro. Furiosos espadachines convergían sobre él desde todas direcciones, pero pasó como una exhalación entre ellos, ignorando su carga, con los ojos en el guerrero que aferraba con fuerza a Fleurette por los cabellos.

El hombre advirtió la llegada de Abraham y levantó la espada con un grito. Ese fue el momento elegido por Fleurette para aplastar con su bota el empeine de su pie. Se inclinó a un lado, chillando de dolor, y ella se arrojó sobre él. La daga voló hasta su garganta y brotó un rojizo chorro de sangre que hizo estremecerse a los sentidos de Abraham.

No vaciló. Cabalgando como un vendaval hasta ella, se inclinó y la tomó como lo hiciera el guerrero, levantándola y depositándola sobre la silla, delante de él. Y entonces se lanzó hacia el borde del claro y más allá. No era la dirección que había pretendido tomar, y volvió a maldecir. Viró, alejándose en ángulo de la carretera, y volvió a girar.

Justo antes de que se iniciara el ataque había reparado en unas huellas que abandonaban el claro. Sabía en qué dirección se había marchado Montrovant. La única duda que se le planteaba era, ¿podría escapar del bosque, especialmente ahora que cargaba con nueva e inesperada compañía, sin verse alcanzado y muerto por los bandidos?

Volvió sobre sus pasos. Milagrosamente, la persecución parecía haberse convertido en una agitación confusa. Podía escucharlos vociferando y profiriendo insultos entre la maleza, pero a medida que él avanzaba les ganaba fácilmente terreno. Azuzó a su montura, lanzándola a vertiginosa velocidad sin importarle los latigazos y rasguños que le propinaban al pasar las ramas de los árboles. Fleurette se aferraba a él, con los ojos cerrados por el terror. El rápido latido de su corazón contra el pecho de él amenazaba con enloquecerlo. Necesitaba salir de entre estos árboles. Necesitaba alimentarse. Ambas cosas eran de suma importancia.

Se dio cuenta de que si no conseguía encontrar a algún otro, tendría que tomarla a ella. No sabía que era lo que se había apoderado de él, obligándolo a salvar a la muchacha, pero fuese lo que fuese empalidecía en comparación con la intensidad de su hambre. Si lo necesitaba, se alimentaría. Y si ella era la única que se encontraba a su alcance, ella sería su alimento. Tal vez lo lamentase después, pero esa era su naturaleza.

Siguieron paralelamente a la carretera, por el sur, esquivando las rocas, los árboles, cualquier cosa que se cruzase en su camino, volando a toda velocidad en dirección a las montañas. Él vigilaba, proyectando sus sentidos en todas direcciones, en busca de sangre, en busca de corazones latiendo con furia, en busca del retumbar de los cascos de caballos, pero no encontró nada de esto. Habían avanzado varias millas siguiendo el camino, cuando, por fin, no pudo soportarlo más y tiró de las riendas.

No había encontrado una sola señal de la presencia de otros a lo largo de la carretera, y el hambre comenzaba a devorar su cordura. Apartó a la muchacha de su pecho, obligándola a mirarlo a los ojos.

–¿Por qué? –preguntó con amargura–. ¿Por qué no podías quedarte en la ciudad, beber tu vino y vivir tu vida? ¿Por qué tenías que seguirme?

–Yo... pensé que podías necesitar ayuda –musitó, tratando de mantener su mirada unos instantes, sin conseguirlo–. El bosque es un lugar peligroso. Simplemente quería asegurarme de que estabas a salvo. Tú salvaste mi vida.

–Y ahora puede ser que tenga que quitártela –dijo con voz áspera–. Sabes lo que soy. Sabes que debo alimentarme, y a pesar de ello vienes a mí.

Ella lo miró con calma.

–Conozco la oscuridad que te envuelve –dijo–. La he visto. La sentí cuando empujaste a Raúl contra el muro –temblaba sin control.

Él gruñó, saltando bruscamente de la silla y alejándose unos pasos mientras ella pugnaba por recuperar el equilibrio y encontrar un asidero.

–No tienes la menor idea –escupió las palabras en dirección a la muchacha–. No es una elección. Es mi naturaleza. Debo alimentarme. Si tú estas aquí, y el hambre me consume, tu vida se volverá una parte de la mía, y dejarás de existir. Mi voluntad no es tan fuerte como para impedírmelo.

Ella lo observó con miedo, pero no trató de alejarse. Se mantuvo

sobre la silla, lanzándole amplia una mirada, llena de preguntas.

–Si no es a mí, ¿tomarás a otro?

Él le devolvió la mirada, los ojos oscurecidos, y luego asintió.

–Por supuesto.

Ella descendió de la silla. Acercándose... el cuerpo temblando, pero el paso firme.

–Tómame entonces, porque pienso seguirte pase lo que pase. Y si no puedo ir contigo, no deseo regresar al bosque para ser violada o asesinada. No tengo nada ni nadie que me espere en Grenoble. Me sentaría en la soledad, soñando contigo... y con la oscuridad.

Él siguió observándola, agitando la cabeza. Retrocedió un paso. Pero ella era rápida. Se le acercó, giró la cabeza, apartando el cabello a un lado, y se encogió de hombros, como aguardando.

A pesar de su bravata, un débil temblor recorría su cuerpo.

–No lo haré –dijo él. Pero se mantuvo inmóvil. El corazón de la muchacha martilleaba furiosamente en su pecho. El aroma de su cálida sangre se mezclaba con el perfume de sus cabellos. Había miedo pero también fortaleza, en sus ojos. No había visto nada parecido desde su Abrazo. Había visto el miedo, la súplica, el odio, pero jamás esto. Ella le estaba ofreciendo lo que necesitaba para sostener su vida, se ofrecía a sí misma, y pese a que estaba aterrorizada, se mantenía firme y en pie.

–Yo... –se abalanzó sobre ella. Era demasiado. Sabía que debía haber tomado a Raúl o a cualquier otro de la taberna, dejando su vacía cáscara tendida en aquel callejón, y haberse marchado. Había esperado demasiado. Fleurette dejó escapar un débil grito cuando lo sintió caer sobre sí. Él la empujó hacia atrás, sujetándola para impedir que escapara y se abrió paso hasta su garganta. Se debatió, pero sólo hasta que la tuvo firmemente entre sus brazos. Ahora la tenía, se estaba alimentando de ella, y mientras drenaba su sangre, la sintió debilitarse... su cuerpo trepidando contra el suyo, sus ojos cerrados por el súbito éxtasis del momento. Contempló cómo aquellos ojos se cerraban, y en aquel instante algo se quebró en su interior. Combatió el arrebató del hambre, apartándose de ella con un gruñido en el último momento, mientras todavía quedaba un retazo de vida en su corazón. Depositándola con rapidez sobre el suelo, deslizó una de sus afiladas uñas sobre su propia muñeca, dejando a su paso una grieta enrojecida. Un chorrito de la sangre recién arrebatada a la muchacha comenzó a brotar de la herida. Con un suspiro de frustración, enfurecido ante su propia debilidad, depositó la abierta muñeca sobre

sus labios.

Los ojos de la muchacha parpadearon y se abrieron, y al instante comprendió lo que él pretendía, pero si deseaba resistirse, no lo hizo. La sangre se deslizó al interior de sus dulces labios, se derramó sobre la lengua... y ya estaba perdida. Renacida a él. La sostuvo mientras se aferraba a la muñeca, succionando con avidez la sangre desde su herida, haciendo estragos en la carne, hambrienta. El dolor le hacía apretar los dientes. Cerró los ojos y esperó. No sabía cuanto tiempo llevaría, cuanta de su sangre sería necesaria para traerla de vuelta. Nunca había Abrazado a otro. Se había jurado no transmitir jamás la enfermedad.

Entonces levantó a la mujer en sus brazos y miró sus ojos cerrados, y en aquel preciso instante supo que aquel era el único ser humano que le había mirado con algo siquiera semejante a la amistad desde hacía más tiempo del que alcanzaba a recordar. No había querido abandonarlo a su destino, y en sus intentos por ayudarlo, se había precipitado en contra de ella, contra el abismo. Ahora podría odiarlo. Seguramente lo haría cuando la consciencia de lo que le había hecho, de su Abrazo, se abriera paso hasta ella. Tendría que vivir con ello. El hecho desnudo, ahora se daba cuenta, era que no había querido quedarse solo, y había tomado la decisión por ella. Sintió aún una punzada de hambre, pero no había pasado tanto tiempo desde que se alimentara de Pierre en el callejón. Sobreviviría. Y también ella.

La responsabilidad añadida de enseñarla y de mantenerla con vida mientras seguía su camino, era algo que a duras penas podía permitirse. Arrojó ese pensamiento lejos de sí con enfado. Alcanzaría a Montrovant, o tal vez no, pero si llegaba a hacerlo, muy probablemente sería destruido. Nada impedía que disfrutase de sus últimos días en compañía de otro. Era una lógica endeble, pero no estaba preparada para enfrentarse a la verdad en ese momento.

Le arrebató su muñeca con un rápido ademán, observando el dolor aflorar a su rostro y la mantuvo delicadamente a distancia mientras ella se arrastraba tras él, intentando engancharse de nuevo a la vena para succionar algo más de su fuerza. Él se la negó, y entonces las mudas preguntas comenzaron a aflorar, una detrás de otra, a su mirada. La levantó consigo, volvió a montar, y se encaminó hacia la montaña.

Ahora debían encontrar un refugio en el que descansar a salvo, donde pudiese alimentarla por lo menos una vez más y reconstruir sus fuerzas. Las montañas le lanzaban su llamada, pero de alguna manera

parecían encontrarse a mundos de distancia, e incluso el recuerdo de la burlona risa de Montrovant se estaba desvaneciendo, reducida apenas a un eco apagado.

_____ 12 _____

Lacroix siguió el paso de Noirceuil mientras este abandonaba la ciudad. A pesar de lo que habían descubierto, no se dirigieron hacia los bosques.

–Ya han estado allí y se han marchado --explicó Noirceuil con brusquedad--. Hace horas que debiéramos habernos puesto en camino. Recuperaré su pista más allá del bosque. Deben estar dirigiéndose hacia las montañas.

–¿Cómo lo sabes? --había inquirido Lacroix por un instante--. Y no me digas que tu mente te lo ha revelado, porque esto es demasiado importante como para andar escuchando los consejos de pequeñas voces en nuestras cabezas.

Noirceuil había detenido entonces a su montura, y se había vuelto hacia su compañero, con una mirada helada.

–Lo sé porque el tipo al que interrogué en la taberna me dijo que irían a los bosques. Mientras tu descansabas y disfrutabas del vino del cardenal, probablemente recordando viejas historias de vuestra vida en Roma, yo salí de la ciudad y vigilé ese bosque. Existen dos caminos fuera de él que podrían haber seguido. El primero conduce país adentro, hacia ciudades, gentes, incluso quién sabe si hacia un ejército. El segundo se dirige hacia las montañas. Si dirigieras una banda de no-muertos demoníacos, con los mayores tesoros de la Cristiandad ocultos en tus carromatos, ¿te dirigirías hacia la civilización, o tratarías de encontrar un escondite apartado?

Lacroix no dijo nada durante un largo rato. Descubría ahora en el interior de los ojos de Noirceuil más de lo que le hubiera gustado. Cosas que se preguntaba cómo podían hasta ahora haberle pasado desapercibidas. Por primera vez comenzó a dudar que el compartir camino a solas con aquel hombre hubiera sido una sabia decisión.

Al fin asintió, y Noirceuil se adelantó sin dedicarle una palabra más, montando en su caballo y alejándose a su grupa de la catedral, a buen paso. Lacroix también montó, y se volvió por un momento para mirar al cardenal. El sacerdote estaba asomado al balcón de sus

aposentos, mirándolos a ambos y despidiéndolos con un gesto.

Una vez fuera de la ciudad avanzaron velozmente. Noirceuil los guiaba en una dirección que venía a desembocar en el extremo más alejado del bosque, pero sin llegar a adentrarse en su interior. Se dirigía a la carretera que surgía al otro lado y, más allá, hacia las montañas que se cernían, frías y amenazadoras, sobre ellos. Lacroix sabía que Noirceuil estaba probablemente en lo cierto, pero a pesar de ello cuanto más se alejaban de los confines de la ciudad, y de la catedral, menos a gusto se sentía.

Ya iba siendo hora, lo sabía, de cambiar la espada y la silla de montar por una parroquia de su propiedad, o por una cámara en la propia Roma en la que supervisar los interrogatorios de otros. La utilidad de los servicios que había prestado a la Iglesia había sido inmensa, y había pocos en su seno tan cualificados como él para estos asuntos. Mientras los Condenados habitasen entre ellos, los servicios de Lacroix serían necesarios.

En cuanto a Noirceuil, esa era una historia diferente. Hasta cierto punto era verdad que se necesitaba un loco para cazar a otros locos, pero todo tenía sus límites. Si las cosas marchaban como había planeado, este sería el último viaje de Noirceuil. Si no, no pasaría mucho tiempo antes de que abandonase este mundo. No sería una tarea fácil. Noirceuil podía ser un loco, pero en ningún caso era un idiota. También él habría percibido la creciente tensión entre ambos, y se encontraría en guardia.

Lacroix se estremeció. Quizá no fuera el cazador oscuro el que no regresase. Se inclinó sobre su montura, observando como el viento arremolinaba sus largos cabello sobre los hombros. Noirceuil cabalgaba con facilidad, con la cabeza alta, como si el azote de los elementos no lo afectase. Quizá no lo hacía. Su mente era un enigma. Quizá no veía más allá de su propia obsesión, ignorando el resto del mundo. O quizá no era exactamente lo que parecía.

Esquivaron los últimos árboles del bosque, y se adentraron finalmente en la carretera. Noirceuil no siguió demasiado tiempo por la vía principal, sino que comenzó a vagar de un lado a otro, como si esperase encontrar algo. Al cabo de un rato, en un punto bastante alejado a la derecha del camino, dio con lo que había estado buscando. Lanzando un grito a Lacroix para que lo siguiera, espoleó su montura hacia delante. Lacroix fue tras él. Al llegar al lugar, pudo verlo. Huellas... las huellas de un único caballo, dirigiéndose en dirección a la montaña.

Corrían paralelas al camino pero sin desviarse un ápice en su dirección. Momentos más tarde, Noirceuil tiró de las riendas, desmontando con tal velocidad que por un momento Lacroix creyó que se había caído.

Deteniendo su propia montura y haciéndola girar, contempló la escena. Noirceuil se arrodillaba sobre el polvo, --los ojos llameantes. Volviendo su rostro hacia Lacroix, dijo con voz calmada:

--Ha dado a luz a otro --hablaba lentamente--. Una hembra. Joven. Él se alimentó aquí --siguió con sus pasos las marcas que otras botas, y una rodilla, habían dejado sobre el blando suelo--. Aquí permitió que ella se alimentara de él --hizo otro gesto rápido. Lacroix podía ver que el suelo estaba lleno de marcas de actividad, pero en vano trató de interpretarlas, intentando encontrar las pistas que a Noirceuil le ofrecían la información.

--¿Montrovant? --preguntó, dubitativo.

--No --replicó Noirceuil con una sonrisa--. El Oscuro la habría matado y hubiera abandonado aquí su cáscara para que se pudriera. Este es el otro, el *cazador* que ese necio de Santorini envió sin consultarnos. Enviar a un vampiro solo para cazar a otro vampiro es la acción propia de un idiota. A su debido tiempo nos ocuparemos de él, así como de este recién llegado.

Lacroix observó los ojos de Noirceuil. Las palabras danzaron por un instante en su mente: "enviar a un vampiro para cazar a otro vampiro, *solo*". Esta última palabra le provocó un escalofrío y tuvo que luchar para que su respiración no se sobresaltase.

--No es tarea nuestra --dijo al fin--. No podemos distraernos un solo instante, o Montrovant podría escapársenos.

Noirceuil rió entonces.

--Pareces olvidar, amigo mío --dijo tranquilamente--, que ese joven anda también tras los pasos de Montrovant. De hecho nos está conduciendo en línea recta hacia nuestro objetivo. Esta vez no dejare cabos sueltos. Todos ellos perecerán, y serán devueltos al regazo de Satanás.

Lacroix asintió, apartándose. Noirceuil se demoró entre el polvo aún otro momento. Entonces se levantó, y volvió a montar de un salto.

--Pasaron por aquí muy temprano. Ella retrasará su marcha, pero aun así no creo que los alcancemos esta noche.

Se volvió hacia la montaña, con el camino a la vista allá lejos, a su izquierda, y cabalgó entre las tinieblas y la luz que proyectaba la luna de medianoche. Lacroix lo siguió, la oscura sombra de una oscura

sombra, devorando el camino hacia las primeras estribaciones. Pasarían al menos dos noches antes de que alcanzaran las montañas. Y aunque tal vez lograsen encontrar a Abraham, o incluso a Montrovant, antes de ese momento, en cualquiera caso les esperaba una larga marcha.

Lacroix se mantuvo en silencio, mirando a la carretera, luego a Noirceuil, y de nuevo a la carretera. Los pensamientos se arremolinaban en su mente. Definitivamente, era demasiado viejo para esto.

* * *

Abraham sabía que irían tras ellos. También sabía que, con Fleurette a su cuidado, no tenía ninguna posibilidad de rechazar un ataque de Noirceuil y Lacroix. Dudaba incluso que hubiera podido hacerlo de contar con todas las circunstancias a su favor. Decidió seguir sus instintos y, poco antes del amanecer, descabalgó, desmontó su equipaje, y soltó al caballo. Entonces tomó una dirección diferente a la que había seguido hasta ahora, alejándose del camino mientras limpiaba cuidadosamente las huellas que iba dejando tras de sí. Cargaba con facilidad en uno de sus hombros el cuerpo inconsciente de Fleurette. Se maldijo por su estupidez. Montrovant estaba en lo cierto. Era débil. Pero, de alguna manera, el diminuto peso de su compañera parecía reconfortarlo.

A cada instante, las cosas se estaban volviendo más y más complicadas. Tenía que conseguir un nuevo caballo, y pronto los dos comenzarían a sentir la necesidad de alimentarse. Tenía que solucionar todo esto sin atraer la atención, sin escándalo, y sin perder demasiados días. Frunció el ceño, y entonces se entregó a una furiosa risa. Ciertamente no sería más complicado ni absurdo que andar persiguiendo a un vampiro de varios siglos de edad, por sí solo y sin ayuda, y perseguido a su vez por cazadores de vampiros al servicio de la Iglesia.

Las montañas no estaban muchas noches más allá. Sabía que, independientemente de lo que ocurriera, Montrovant no abandonaría su búsqueda hasta que pereciese, o hasta que encontrase las respuestas que buscaba. Si la Orden se había establecido en aquel lugar, entonces se mantendría allí durante muchos años. Y en cuanto al cazador de Roma, sería mucho mejor tenerlo delante que detrás. Todas estas cosas se dijo mientras continuaba su lenta marcha. En la

distancia se adivinaba la silueta de una columna de humo, elevándose hacia el cielo. Al cabo de un tiempo encontró una caverna en uno de los más grandes afloramientos de roca, lo suficientemente profunda como para acomodarlos a ambos y, después de un rato de búsqueda halló una roca lo suficientemente grande como para sellar la entrada. No resultaba perfecto, pero con la desvalida muchacha a su lado, sus opciones se habían reducido considerablemente.

Mientras el alba se aproximaba, arrastró a la muchacha al interior de la improvisada alcoba, colocó la piedra detrás de ellos, ajustándola tanto como le fue posible, y se tumbó sobre el fresco suelo, atrayendo el cuerpo de ella contra el suyo. El peso del sol le alzaba, hurtándole las fuerzas, inmovilizándolo, y sepultando en la oscuridad sus pensamientos. Por primera vez desde hacía muchos años, cuando se sumió en el olvido del sueño, no estaba solo.

SEGUNDA PARTE

_____ 13 _____

Acababa de anoecer cuando Gustav fue llamado al gran salón del castillo. No hacía mucho que el sol lo había devuelto, bien que a regañadientes, a la consciencia, el movimiento, y aquella apariencia de vida. Tenían un visitante, pero no un simple visitante. Mientras hacía su entrada en el salón, su mirada se vio atraída inmediatamente por la delgada y anciana figura que permanecía de pie junto a las enormes puertas. Finos mechones de cabello blanco descendían sobre sus enjutos hombros. Los ojos permanecían exactamente tal y como Gustav los recordaba, salvajes, con un destello de cosas tan antiguas que apenas podían ser creídas.

–Kli Kodesh –murmuró entrecortadamente. Su maestro y mentor le sonreía. Caminando lentamente, atravesó la habitación para encontrarse con el viejo Nosferatu a mitad de camino.

–Ha pasado mucho tiempo, Gustav –dijo Kodesh tranquilamente–. Demasiado tiempo.

Gustav asintió sin más. Había sabido desde el principio que las cosas cambiarían una vez que se hubiesen trasladado a las montañas; no hacía falta decirlo. Habían cortado el antiquísimo lazo que los unía a la Iglesia, y esto había vuelto a poner a Montrovant en marcha. Montrovant, a quien interesaba cualquier fuerza involucrada con los antiguos tesoros.

En medio de todo ello, lo último que hubiera esperado sería encontrarse en su puerta al Anciano. Había pasado demasiado tiempo.

–Pareces sorprendido de verme –cacareó Kodesh–. Espléndido. Te he divertido. Pero, espera, he traído algo conmigo para añadirlo a tus responsabilidades. Los artefactos que obran en tu poder han estado demasiado tiempo alejados de su guardián, y he decidido que ya ha llegado la hora de volver a reunir a ambos.

La mirada de Gustav recorrió con suspicacia toda la habitación, haciendo estallar al anciano en una risa aguda, casi histérica.

–Oh, cálmate, amigo mío. Santos está aquí, en efecto, pero no como tú sospechas.

Llevando una mano al interior de su capa, extrajo a la luz un pequeño vial. Estaba tapado con un corcho y, en su interior, algo se removía lentamente. Gustav lo miró más de cerca y con más atención. Un gusano. El vial contenía un simple gusano. Los ojos del viejo Nosferatu se alzaron para enfrentarse al sonriente semblante de Kodesh.

–No pereció en el castillo de Molay –explicó Kodesh–, aunque le faltó muy poco. Logró escabullirse y se introdujo en la única forma de vida que tenía cerca en aquel momento. Cuando volví en busca de la cabeza, lo encontré –Con una sonrisa siniestra, Kodesh agitó violentamente la botellita, haciendo que la forma larvaria girara y se retorciera–. Decidí que era mejor encarcelarlo antes de que comenzara a recuperar su verdadera forma.

Las facciones de Gustav se plegaron lentamente hasta formar una sonrisa.

–¿La cabeza? –preguntó con voz suave–. ¿También la has traído para que la guardemos?

–No --Kodesh sonrió, casi haciendo cabriolas de placer, encantado con su pequeño tesoro--. La dejé en otro lugar. No resulta útil para alguien que no conozca los conjuros que le otorgan vida y la doblegan a la voluntad. Pero te aseguro que los intentos de descubrir y recrear tales hechizos han resultado sumamente divertidos.

Gustav sacudió la cabeza con lentitud. Nadie compartiría con Kli Kodesh su percepción de lo que resultaba divertido o entretenido. Esa cabeza había estado a punto de costarle a cada uno de ellos su misma existencia en muchas ocasiones, bien por su poder de profecía, o por los siniestros designios de su poseedor. Volvió la vista de nuevo al gusano que seguía retorciéndose en el interior del vial.

–Hemos hecho lo que ordenaste --dijo Gustav al fin--. Todo ha sido traído aquí con el máximo sigilo posible. Estoy seguro de que Montrovant nos sigue. Y hay por lo menos otro.

Kli Kodesh sonrió.

–Será estupendo volver a ver al Oscuro --dijo con voz suave--. Es el único que nunca deja de entretenerme. No importa cuantos obstáculos levantes delante de él, no hay nada que logre apartarlo de su objetivo. Es incansable. Los hombres deberían aprender de su perseverancia, si no de su éxito.

Gustav volvió a agitar la cabeza, volviéndose y señalando al otro el camino hacia el interior del castillo. Atravesó un salón débilmente iluminado cuyas paredes estaban decoraban con viejas pinturas y tapices, y cuyos suelos cubrían espléndidas alfombras de oriente. Había costado muchos años construir aquel castillo, y algunos más decorar y organizar su interior. Era un lugar en el que consumir el tiempo de muchas vidas, un refugio del mundo. Escondido como estaba en un inaccesible paraje de las montañas, unido al resto del mundo por una única y bien custodiada carretera, era el lugar perfecto para preservar reliquias sagradas, o para sostener un asedio.

Accedieron a una sala más pequeña y oscura. Una gran mesa de madera se extendía a lo largo de la práctica totalidad de la cámara, con sillas y sillones alineados a un lado y a otro. Gustav pasó de largo hasta llegar junto a un escritorio grande, de madera oscura, que yacía en el extremo opuesto. Códices y pergaminos se acumulaban formando pilas de gran altura sobre él. Gustav se sentó, señalando con una gesto una confortable silla que había enfrente.

Kli Kodesh tomó asiento, con una sonrisa de aprobación.

–Veo que las cosas han ido bien en este lugar. Haberlo traído todo, en secreto, hasta un lugar tan apartado como este es una

hazaña digna de ser tenida en cuenta...

–Tuvimos mucho tiempo para hacerlo –replicó Gustav–. Con el dinero y el tiempo necesario podríamos llegar a construir la Escalera de Jacob.

Kodesh sonrió, con un gesto afirmativo.

–Eso es cierto. Y qué entretenida perspectiva supondría. Una escalera hasta el cielo. Un empeño tan evidentemente condenada al fracaso, pero al mismo tiempo tan magnífico. Sabes de lo que hablas, Gustav, viejo amigo. Si tus miras son demasiado elevadas, tus fracasos resultarán más aceptables.

Los ojos de Gustav parpadearon.

–Siempre habrá alguien bajo la escalera cuando se desplome. Mejor dejemos que Dios se ocupe de Sus propios ingenios y dediquémonos humildemente a levantar escaleras que ayuden a defender nuestras torres.

Kodesh echó la cabeza hacia atrás y rió como un loco.

–Tan práctico como siempre, ¿eh, Gustav? Si Dios te tuviese a su lado, habría bastiones de defensa guardando la carretera que lleva al Cielo, y una guarnición en sus fronteras para asegurarse de que no hubiera demonios en las cercanías.

Gustav asintió.

–¿Estás seguro de que ninguno de nuestros propios demonios podrán cruzar *nuestras* fronteras esta vez? –preguntó–. Montrovant no es ningún estúpido, y hay otros además de él. Dudo que la Iglesia le haya encomendado nuestra persecución sólo al Oscuro. No hay forma de saber quién podría llegar hasta nuestras puertas.

–He ahí la belleza de todo ello, ¿no te parece? –dijo Kodesh animadamente–. Hay tan pocas cosas en esta vida que yo no sepa, tan pocos acontecimientos que no pueda predecir... incluso tengo una idea aproximada de cómo acabará todo esto, aunque abrigo la secreta esperanzas de verme defraudado.

Gustav decidió ignorar sus últimas palabras.

–Las cámaras están selladas a conciencia –continuó–. Las torres están fortificadas y los hombres bien armados. El castillo tiene más de fortaleza que de cualquier otra cosa. Sus fortificaciones fueron diseñadas por uno de los señores del valle. Quería poseer un punto desde el que controlar y gobernar las tierras bajas, pero fue asesinado antes de que los trabajos pudieran ser concluidos. Nos hicimos con el lugar y mejoramos su diseño. El último piso completo es una única y gigantesca cámara abovedada. En el interior de sus muros hay más

muros, y en el interior de esos, todavía más. Cada uno es protegido por guardianes y trampas. A lo largo de estos años hemos aprendido muchas cosas, sin dejar de lado nada que pudiera sernos de utilidad.

Kodesh asintió.

–Sé bien cómo el hastío de los años puede volver seductoras a las cosas mundanas –dijo con voz suave–. Quiero ver esas cámaras, y también los artefactos. Colocaremos a nuestro amigo allí –palmeó su bolsillo, donde todavía descansaba el vial–, rodeado por sus tesoros, como siempre fue su deseo.

Gustav se levantó, dio dos palmadas y, en inmediata respuesta, un par de figuras encapuchadas surgieron de entre las sombras.

–Ellos te mostrarán el camino a las cámaras –dijo simplemente–. Yo prefiero no acercarme a los artefactos si puedo evitarlo. La tentación de utilizar su poder es demasiado grande.

Kodesh rió.

–Eres demasiado cauto, viejo amigo –dijo con alegría–. El poder existe para ser desatado. Esa es su naturaleza. Al igual que la curiosidad, cuanto más profundamente lo encierres, más presión ejercerá para liberarse.

–En todo caso, creo que dejaré que la ejerza todavía por algún tiempo –contestó Gustav riendo entre dientes.

Kodesh se encogió de hombros y se volvió, siguiendo a las encapuchadas figuras a lo largo del salón. Gustav volvió a sentarse sobre su silla, tras el grueso escritorio, observando cómo la delgada, y demente aparición abandonaba la sala. Tantísimos años. Parecía haber pasado una eternidad desde que Kli Kodesh compartiera su sangre, y su maldición, con Gustav y los otros. Por aquel entonces Gustav ya era viejo, pero los otros habían recibido el Abrazo aquella misma noche. El viejo Nosferatu se preguntaba a menudo qué habría sido de la Progenie que había abandonado.

Ahora su existencia se limitaba a una interminable sucesión de juegos y rompecabezas. Había muchos otros, aparte del propio Montrovant, que perseguían uno u otro de los tesoros encomendados a su custodia. Y también estaban esos otros que creían, equivocadamente, que los objetos que buscaban estaban en posesión de Gustav. Él mismo no tenía una idea precisa de todo cuanto le había sido confiado. No existía un inventario. No había forma de permanecer en presencia de tantos objetos de poder durante demasiado tiempo. Su cercanía corrompía la voluntad. La más fuerte de las convicciones palidecía en comparación con la posibilidad que prometían, la de

entonar unas simples y antiguas palabras y cambiar la misma hechura del mundo.

Gustav había vivido, había muerto, y había vuelto a caminar por la Tierra. Pero ni siquiera ese había sido el final de su viaje. En su momento había recibido el Abrazo de un anciano Nosferatu, un vampiro que eventualmente encontraría la muerte en una escaramuza con Kli Kodesh. Desde aquel momento y en adelante, Gustav y los suyos habían seguido la senda de Kodesh y sus "divertimientos". No podía explicar por qué. No existía un vínculo, no como el de la sangre. Kodesh no había sido su *sire*, ni se había alimentado de la sangre de aquel anciano al que matara, como él habría hecho. Era algo más, una promesa de misterio, y de poder.

Después, la cuestión de la lealtad había desaparecido de una vez y para siempre. Una oscura noche, en las afueras de Jerusalén, mientras Montrovant se enfrentaba en su batalla con el Egipto, Santos, el Nosferatu y Kodesh habían caído sobre un grupo de caballeros que se dirigían a Tierra Santa. Se habían alimentado de cada uno de ellos, les habían otorgado el Abrazo, y Kodesh les había ofrecido a cada uno un sorbo de su propia sangre. Sangre tan antigua, tan poderosa, que su mero aroma había enloquecido a Gustav, casi arrebatándole sus sentidos.

Hasta que también le fue ofrecida a él. Fue elegido para comandar este nuevo grupo. Debía dejar atrás a todos aquellos a los que había conocido, tomar a este grupo de jóvenes e inexpertos seguidores y guiarlos en un viaje de inmensa importancia y consecuencias. Llevarían consigo secretos y tesoros tan antiguos y tan poderosos que se habían convertido en leyendas, y aún más. Objetos de tal antigüedad que nadie recordaba ya a los hombres que los habían manejado, ni a las historias que lo habían envuelto. Y otros objetos. Muchos de los tesoros que Santos había reunido y guardado provenían de los primeros tiempos de la era Cristiana. No tan antiguos como los otros, pero embebidos del inmenso poder prestado por la creencia y la adoración de millares. Había talismanes, pedazos de la carne de antiguos sacerdotes y mártires, rollos de pergamino, objetos tocados y bendecidos por las manos de hombres convertidos en polvo mucho tiempo atrás.

E incluso había rumores de otras cosas. El Santo Grial. El Arca de la Alianza. La mayoría de los objetos yacían cubiertos o guardados en pesados cofres, sellados para prevenir su perniciosa influencia sobre sus guardianes. El tesoro era una caja de Pandora de magia y

corrupción.

Gustav se mantenía a distancia. Una cosa era conocer que inmensos poderes se encontraban encomendados a su custodia. Otra muy distinta soñar con lo que podrían otorgarle. Durante centenares de años no había podido ver la luz del sol. No había sentido la caricia del aire en sus pulmones. Ni por sus venas había corrido una sangre que pudiese llamar propia.

La sangre de Kli Kodesh le había devuelto una macilenta semejanza de aquellas sensaciones, pero eso sólo había servido para intensificar su dolor. Podía alzarse desde las sombras mucho antes que la mayoría de los de su raza, y podía permanecer despierto y consciente incluso cuando el sol estaba en lo alto. Podía sobrevivir sin alimentarse durante períodos de tiempo increíblemente extendidos. Incluso el ansia de sangre, el mismo deseo de rasgar la carne, de alimentarse, de cazar, la única emoción que conservaba su existencia, le había sido arrebatada. Kodesh se la había arrancado del alma, dejándolo, inmortal sobre la tierra, consagrado a un único propósito: proteger los tesoros confiados a él, y hacer la voluntad de Kodesh. Resultaban en verdad pequeñas recompensas a cambio de un hastío de siglos, pero el Juramento de Sangre era completo. No podía ignorar el mandato de Kodesh.

Esperó hasta que sus hombres y el Anciano hubieron desaparecido de la vista, y entonces se dirigió al salón. Se volvió hacia la izquierda y ascendió por una empinada escalera que conducía hasta las murallas del castillo. Sabía que el Oscuro no estaría ya muy lejos. Kodesh no se hubiera mostrado a menos que hubiera algo que ver o que hacer, alguna sensación nueva que experimentar. Estaba en la naturaleza del anciano vampiro el perseguir todo aquello que pudiese hacer más soportable el perpetuo hastío de su existencia.

La noche había caído por completo, y Gustav salió al exterior, a lo alto de las murallas, observando el camino que bajo ellas se perdía en la distancia, entre las sombras. Tantas cosas habían cambiado. El acuerdo con Roma había supuesto un cierto grado de seguridad durante un buen número de años. Pero al mismo tiempo, la constante vigilancia de Montrovant y la falta de actividad habían acabado por resultar sofocantes. Nada había cambiado durante todo aquel tiempo. Estaban aquellos que se aproximaban a la Orden, Cainitas jóvenes con sus propias historias, un pedacito de algo que añadir a su vida y a sus recuerdos, pero nada con verdadera substancia. Gustav habría estado bien dispuesto a salir un día, enterrarse en la tierra y descansar

durante el resto de la eternidad. Nada merecía tan prolongado estancamiento.

La orden de moverse, por fin, había llegado como un regalo del cielo. Durante décadas, Gustav había estado viajando una vez tras otra desde su viejo escondite en la montaña hasta este castillo. Había planeado cada etapa de su reconstrucción, había estado presente cuando cada muro de piedra había sido levantado en el laberinto de las cámaras. Había incluso elegido personalmente el mobiliario y la decoración.

La biblioteca era una de las mejor provistas de todo el mundo. Poseía pergaminos y tomos de cada civilización que un día hubiera poblado la tierra, y algunos de otras cuya existencia estaba en cuestión. Poseía secretos que debieron haber desaparecido eras atrás, junto con sus descubridores. Gustav había leído palabras escritas en lenguas que la memoria del hombre había olvidado hacía siglos. Pero nada de todo ello había logrado suscitar su interés.

Sólo la acción valía algo para Gustav, y por fin, después de tanto tiempo, sentía algo de acción avecinándose en su horizonte. Montrovant no era rival para Kli Kodesh, pero Gustav sabía que su maestro no intervendría en los acontecimientos, salvo que fuera absolutamente imperativo. Dejaría que Gustav y sus seguidores se las arreglaran solos. El Anciano se sentaría para observar, esperando a ver cuanta diversión le proporcionaba el conflicto.

Gustav no tenía inconveniente en ser utilizado de aquella manera. Estaba preparado para algo diferente. Si era esta la última lucha que iba a arrostrar tras sus largos años de existencia, la aceptaría gustoso. La alternativa era permanecer en el castillo, rodeado por sus seguidores, mientras el mundo se pudría y se desmoronaba en pedazos a su alrededor, o esperar al próximo que llegase para desafiarlo y reclamase todo aquello que custodiaba, y con ello sus mismas obligaciones.

Habría cambiado tanto de lo que poseía por la oportunidad de un retorno al pasado... Caminó lentamente a lo largo de la muralla, saludando con un gesto a los guardias con los que se cruzaba, dobló una esquina y desapareció en silencio.

* * *

Kli Kodesh cruzó con paso veloz las puertas de piedra. El suave contacto de la mano de su guía, interpretando una secuencia

determinada contra los sillares del arco, las habían impulsado a abrirse. El Anciano memorizó de inmediato la secuencia. Necesitaba saber que podía acceder cuando lo deseara a todo aquello que poseía. Penetraron, y unos pasos más allá de las puertas de piedra, la mano del guía se volvió al muro, esta vez sobre el lado opuesto, y presionó una nueva secuencia de piedras. Inmensos bloques de piedra se hicieron a un lado sin dejar mayor rastro de su paso que el que hubiera dejado una mosca. El paso estaba expedito. De nuevo, Kodesh asistió a la operación con sumo interés.

Existían cuatro niveles de seguridad. Cada vez que penetraban en uno de ellos, Kodesh imitaba cuidadosamente el patrón de los pasos del otro. Sabía que había trampas preparadas. Concentrándose, puso la mente en blanco, enfocando sus pensamientos en los sentidos físicos. Podía sentir el peligro potencial de aquellos mecanismos que el más leve tropiezo dispararía, y aunque no conocía su exacta naturaleza, estaba seguro que estaban diseñados para impedir tanto la intrusión de los mortales como de los no-muertos.

La última de las puertas se abrió ante él y penetró en la cámara interior. Los mismos carromatos que habían transportado los tesoros desde la montaña hasta el castillo habían sido depositados en su interior. La amplitud de los pasadizos de la fortaleza, y la anchura de las inmensa puertas de piedra habían facilitado su paso. La mayoría de los tesoros habían permanecido envasados durante tanto tiempo, para protegerlos del aire y de la vista de los hombres, que sus embalajes habían terminado por pudrirse. Ahora yacían a salvo, en el interior de los cofres de madera en que habían viajado desde los días del éxodo de Jerusalén, tantos años atrás.

Gustav era el mejor guardián que Kodesh había conocido. Pero Santos había resultado verdaderamente magnífico. Puesto que había sido creado con el único propósito de proteger los tesoros, no había sentido el deseo de utilizarlos en su provecho. Había contado con sus propios poderes y artefactos, algunos de ellos creados por él mismo, y otros arrebatados de las manos de quienes habían cometido la insensatez de ponerlo a prueba a lo largo de los años. Los secretos que había custodiado eran sagrados para él.

Gustav era diferente. El viejo Nosferatu ponía tanto cuidado en no ser tentado, estaba tan preocupado de que, en un momentáneo desliz, su ambición pudiese vencer a su lealtad, que no se había atrevido siquiera a acercarse a ellos. Así, los tesoros permanecían en sus cofres. Kli Kodesh había visto la mayoría de ellos en una u otra

ocasión. Tenía una idea bastante aproximada de todo cuanto poseía, de la clase de caos que aquella horda de secretos y poderes podía desencadenar sobre la tierra si era liberada. La tensión creada por esta posibilidad resultaba deliciosamente interesante para él.

Había esperado, de hecho, que su protegido se dejase tentar. Durante muchos años se había preguntado algunas veces cuánto más interesante no resultaría el mundo si alguno de aquellos viejos poderes fuera desatado sobre su faz. Pero Gustav había resultado mucho más fuerte de lo que hubiera podido esperarse. Los tesoros estaban intactos. Caminó entre ellos, envolviendo cuidadosamente el vial en un jirón de seda de uno de los embalajes, y lo depositó al lado de uno de los cofres, rodeado por los objetos.

–Adiós, viejo amigo –dijo con voz suave, volviéndose y sonriendo a los guardias. Recorrió rápidamente toda la cámara de piedra, chequeando cada muro, evaluando su fortaleza y solidez, y entonces marchó de vuelta a la entrada.

Salió de allí sin una palabra, rehaciendo paso a paso su camino a través del laberinto de mecanismos y trampas sin la menor dificultad. Los dos hombres que lo habían conducido lo siguieron tan rápidamente como les fue posible, observando su figura con preocupación. Estaban allí para guiarlo, pero él parecía inconsciente a su presencia. Resultaba evidente que un único trayecto a través de las cámaras había sido suficiente para grabar todos sus secretos en su mente.

Kodesh se dirigió hacia el pasillo principal y, sintiendo la presencia de Gustav sobre él, fue a buscarlo en las murallas. El alba no estaba ya lejos, pero todavía tenía el tiempo suficiente como para permitirse unos momentos de meditación. Él no temía la luz del sol como los otros. El ansia de sangre no entonaba el canto en sus venas... a su elección, podía alimentarse, o no hacerlo. Había caminado sobre la faz de la Tierra durante tantísimo tiempo que muy pocas cosas podían atraer su interés, y la maldición que arrastraba consigo le había arrebatado incluso el placer de la sangre. La maldición, y el paso de los años.

No siguió a Gustav. En cambio, se encaramó a la muralla y, volviéndose, comenzó a escalar los muros del castillo, mano sobre mano, hasta que hubo alcanzado su más elevada atalaya. Allí se sentó, perforando con la mirada la vasta oscuridad, reflexionando. Lentamente, sus ojos se cerraron, y su mente quedó vacía y en silencio, buscando, extendiendo en todas direcciones sus sentidos.

Sabía que se aproximaban, lo sabía tan bien como conocía sus propios pensamientos.

Montrovant. El Oscuro vendría a él, seguido por su Progenie, tan seguro como que el sol se levantaba cada mañana. La Iglesia también tenía sus propios enviados en camino, tanto humanos como Condenados, y mientras Kli Kodesh alargaba su percepción, lo alcanzó súbitamente la existencia de aquel otro.

Sus ojos parpadearon sorprendidos un instante, y una lenta sonrisa reptó por su cara. "Noirceuil" musitó con regocijo. Tanto tiempo, y no había sido consciente de que aquel Cainita en particular siguiese todavía su camino en la Tierra. Resultaba tan extraño, considerando sus particulares hábitos...

Entonces sus ojos volvieron a cerrarse y ya no se movió hasta que los primeros dedos de la luz del amanecer comenzaron a trepar por sus piernas, produciéndole una ligera picazón y arrebatándolo a sus ensoñaciones.

Mientras descendía por el muro, en busca de la sombra y la protección del castillo, volvió a sonreír. "Noirceuil. Oh, qué dulce sorpresa".

Entonces desapareció en las profundidades del castillo, y de nuevo reinó el silencio.

_____ 14 _____

Dos noches después de haber abandonado el bosque, el camino condujo a Montrovant y a sus hombres frente a una encrucijada. La senda de la izquierda descendía en dirección a un pequeño valle. La de la derecha se arrastraba serpenteante montaña arriba, hacia la niebla y las sombras. El Oscuro se detuvo frente al cruce de caminos mirando fijamente hacia este último. Puso la mente en blanco. Sabía que aquel era el camino. No había ningún otro lugar en las cercanías hacia el que pudiese haberse dirigido la Orden, ni engaño posible que lo dirigiese por un camino falso. Y aun así dudó.

Kli Kodesh estaba detrás de todo cuanto había ocurrido. Desde el principio lo había estado. Algunas veces, Montrovant había llegado a preguntarse si el Anciano no estaría también detrás de su propia determinación, en aquel empeño suyo que durante muchos años no había sido más que la absurda búsqueda de un loco. Observó la

curtida senda, su caballo agitándose ligeramente bajo su peso, y entonces se volvió hacia Jeanne.

–La Orden está allá arriba. Ese era su destino, y no se van a marchar a ninguna parte –dijo–. Creo que sería mejor que hiciésemos una corta parada en aquel pueblo, en el valle. No nos hemos alimentado desde hace dos días, y el resto comienza a parecer cansado. Los hombres cansados son hombres que no toman precauciones, y no podemos permitirnos el lujo de ser descuidados. Ya no.

Jeanne le devolvió una sonrisa.

–Estaba pensando lo mismo pero no creí que fueras a sugerirlo. Tienes razón. Contamos con un aliado que puede servirnos ahora como lo ha hecho siempre: el tiempo. Ni Gustav ni Kli Kodesh están en peligro de morir de viejos. Y en cuanto a los artefactos, y al propio Grial, son eternos.

Montrovant se volvió al resto de la comitiva.

–Pasaremos esta noche, el día de mañana, y probablemente otra noche más en aquel pueblo de allá. St. Fond, ve delante y encárgate de que nos preparen aposentos y unos buenos establos para las monturas. Nuestro viaje podría estar aproximándose a su fin. Necesitaremos todas nuestras fuerzas, y nuestra astucia, para lo que nos aguarda.

Un murmullo de asentimiento acompañó sus palabras. El camino era un lugar en que todos ellos se encontraban a gusto, pero en buena parte porque significaba la promesa de buena comida, vino y mujeres. El esparcimiento que Montrovant les prometía reforzaría un poco más su lealtad hacia él.

Montrovant tomó el camino de la izquierda, azuzando a su caballo hasta alcanzar un trote ligero, dirigiéndose hacia el lugar en el que espirales de humo blanco marcaban los límites del pueblo. St. Fond se alejó a un paso más rápido, aumentando rápidamente la distancia que lo separaba del grupo principal, y pronto desapareció de la vista. Jeanne lo observó desaparecer, considerando durante un largo instante el ir tras él y unírsele.

Sentía la proximidad de los mortales, casi notaba en sus labios el sabor de la sangre caliente. Dos noches y dos días transcurridos sin alimentarse no le suponían un horrible suplicio. De hecho, en ocasiones había pasado más tiempo sin recibir sustento, pero por alguna razón la certidumbre de lo que se avecinaba lo empujaba hacia delante, aumentando su ansiedad. Jeanne amaba la batalla. Vivía

para aquella neblina rojiza que se lo arrebatava todo salvo el sentir del momento. La sangre del *berserk* corría por sus venas; su Abrazo no sólo no le había arrebatado esto, sino que lo había fortalecido. Cuando se arrojaba a la batalla, dejaba de ser él mismo. El malestar que había sentido atravesando sus venas desde su primera muerte se transformaba entonces en una especie de furia. Le parecía sentir la inminencia del destino. Podía sentir cómo operaban poderes mayores que los que él alcanzaba a comprender o dominar, juntando piezas, enfocando cada acontecimiento con una energía que impregnaba el mismo aire. El aura de un cambio inmediato que tenía lugar en sus pensamientos y en su mente, que anegaba sus sentidos, y que alimentaba su hambre.

Seguía muy de cerca a Montrovant, quien estaba guiando lentamente al pequeño grupo montaña abajo, y pudo notar cómo el Oscuro se revolvía en su silla. Esto le hizo sonreír. Mantuvieron el paso tranquilo durante un rato, como si ceder a la urgencia que los dominaba fuese un signo de debilidad, pero al cabo de unos momentos resultó imposible, incluso para Montrovant, contenerse. Su lento avance se tornó un medio trote, y luego un galope impetuoso que los condujo como una densa manada siguiendo las suaves colinas hacia abajo.

Cuando llegaron a una zona desprovista de árboles y maleza, que marcaba el comienzo del pueblo, Montrovant dio un fuerte tirón a las riendas, frenó su montura y la condujo al trote. No tenía ningún sentido irrumpir en la aldea como una turba furiosa. Suficiente era que se estuviesen acercando abiertamente. Si alguien venía tras ellos, o si se topaban con alguno de los espías de Gustav, entonces su fachada caería hecha trizas.

A pesar de ello, Montrovant no parecía ya preocuparse por la discreción. Algo en su manera de actuar había cambiado desde el preciso instante en que se encontraran con aquel camino que ascendía hacia la montaña. El brillo de sus ojos habían aumentado en intensidad, y sus zancadas se habían vuelto más vivas. El Oscuro no temía a Gustav, o a sus Nosferatu. No le preocupaba el *cómo* llegar hasta aquel, el refugio concebido por Kodesh. Por lo que a él concernía, consumido ahora por la arrogancia, el Grial ya estaba en sus manos. Este era el momento para el que había nacido. Y, por la excitación que mostraba cada uno de sus actos, parecía estarlo disfrutando.

Jeanne sabía que, como de costumbre, él tendría que encargarse

de las cuestiones prácticas. Cuando los problemas comenzaban y los enemigos los rodeaban, era Jeanne el que debía vigilar la retaguardia, y el que debía buscar la ruta de escape a través de cualquier laberinto o trampa que apareciese en su camino. Montrovant sería el que cargase por la abertura que él había preparado. El truco residía en encontrar la dirección correcta antes de que la impetuosidad del Oscuro los condujera a una trampa.

Jeanne no se hacía ilusiones sobre sus posibilidades de éxito. Kli Kodesh era el vampiro más anciano que jamás se hubiese encontrado y, asimismo, el más poderoso. Tan antiguo que las cosas que resultaban ciertas para Montrovant y para el propio Jeanne no lo eran tanto cuando se aplicaban a él. Y tampoco Gustav era joven en la Sangre. En el pasado, se habían encontrado con ambos personajes el suficiente número de veces como para saber que los obstáculos y tramas que hubiesen dispuesto para impedirles alcanzar los tesoros que la Orden guardaba tan celosamente no serían fácilmente superados. Si es que era posible hacerlo.

Aunque pudiese sonar extraño, el propio Kli Kodesh resultaba su única esperanza de éxito. El Anciano había creado la Orden de las Cenizas Amargas con su propia sangre, pero no podía esperarse de él que los secundase por completo. Había vivido demasiado, había visto nacer y derrumbarse en el polvo a demasiados otros. Muy pocas cosas en el mundo lograban mantener su interés durante demasiado tiempo, y Montrovant, con todos sus defectos, había demostrado ser una de aquellas cosas.

Tal vez Kodesh no permitiera jamás que el Oscuro se acercase lo suficiente como para poner sus manos sobre el Grial, pero sin duda haría posible el intento. De esa manera el juego resultaría más entretenido. Y si para algo vivía Kodesh, era para el entretenimiento. Jeanne estaba seguro de que, privado de sus pequeñas intrigas y juegos, el Anciano se hubiese enterrado en la tierra para no volver a levantarse jamás.

La única certeza que podía abrigarse con respecto a Kli Kodesh era que nadie que se viese involucrado en sus manejos podría jamás confiar en él. Enviaría a un grupo en una dirección, a otro en la opuesta, y permanecería en el medio riendo mientras un tercero, cuya existencia ninguno de los otros había sospechado, hacía su aparición entre ellos inclinando la balanza en uno u otro sentido. Por ello, el camino a seguir para alcanzar los tesoros era, precisamente, no buscar ningún camino. No tratar de resolver el acertijo que el Anciano

había propuesto. Ni participar en el juego al que había dado comienzo. El secreto residía en tratar de adivinar cuales eran las piezas de este juego, y evitarlas a todas ellas mientras se fingía caer confiadamente en la trampa.

Nunca habían conseguido acercarse lo suficiente a los tesoros de la Orden como para tenerlos al alcance de la mano pero, en cambio, habían llegado mucho más cerca de lo que a Kodesh y a Santos, quien aparentemente había sido destruido, les hubiera gustado. Esta vez tenía que ser diferente. Esta vez necesitarían desarrollar sus propias intrigas, sus propios juegos. Y necesitarían también una gran dosis de buena suerte porque, como Jeanne sabía, Montrovant había decidido jugárselo todo en este definitivo embite. Había decidido que, para bien o para mal, la búsqueda tocaba a su fin, esta vez, y en este lugar. Lo cual significaba que las apuestas, y también los riesgos, serían más elevados.

A poco de hacer su entrada en la ciudad, advirtieron que St. Fond había trabajado rápida y eficazmente. Los esperaba, de pie junto a su montura, frente a la entrada de una de las posadas del pueblo, acompañado por dos muchachos que trabajaban en el local, observando aproximarse a la comitiva de caballeros como si esperase la llegada del propio Dios.

Montrovant sonrió, descendió de la silla y le entregó las riendas al más cercano de ellos.

–Comida y agua --se dirigió a uno de los muchachos--. Todo cuanto tengáis. Y cuidaos de nuestros caballos. Cepilladlos y engrasad los arneses y las sillas.

El muchacho asintió, boquiabierto.

Su compañero, un poco más atrevido, dijo con voz repicante:

–Sí, señor. Nos ocuparemos de todo, señor. No tendréis la menor queja de nosotros.

–Estoy seguro de eso --replicó Montrovant, casi sonriendo--. No soy la clase de hombre a la que te gustaría ofender. --El muchacho tragó saliva ante sus palabras, amedrentado por la presencia de aquella alta e impresionante figura, y asintió.

–Claro, señor.

Montrovant rió entonces, y se encaminó a la posada. Los otros desmontaron tras de él, entregando las riendas a los muchachos, y siguieron a su líder. Los caballos, entrenados para la batalla y la vida de campamento, no se movieron hasta que, los ojos brillando ante la perspectiva de una comida próxima, fueron conducidos a los establos.

En el establo, los dos muchachos se entregaron como posesos al trabajo, acomodando con todo cuidado a los caballos, dándoles de comer, y peinándolos con esmero. El cuidar de cinco animales tan magníficos como aquello durante una noche resultaba probablemente el punto culminante de sus vidas en aquel año. Además, la amenaza de la ira de Montrovant, y la perspectiva de la recompensa que un hombre como aquel podía ofrecer si estaba complacido, hicieron que se dedicaran aun con más fuerza y diligencia a sus tareas.

Montrovant penetró en la posada seguido de cerca por los otros. En el interior reinaba una animación confusa. Era una sala grande y alargada, con una enorme chimenea encendida en un extremo, varias mesas de tosca madera acompañadas por sus correspondientes sillas, y una serie de jergones cubiertos con pieles junto al fuego.

St. Fond había conseguido que dispusiesen dos habitaciones, grandes y espaciosas, para ellos. Jeanne interrogó al hijo del posadero, que había organizado su alojamiento, para asegurarse de que se habían llevado a cabo los adecuados "preparativos" en la habitación que él y Montrovant compartirían. Aunque Du Puy pasaría el día con ellos, como guardián, era importante saber en qué condiciones se encontrarían antes de dedicarse a hacer planes para la noche.

La habitación tenía un techo muy bajo y una única ventana, cerrada. Los postigos estaban sólidamente encajados en el marco. Había gruesas cortinas a ambos lados de la puerta. Jeanne se acercó, y las corrió con un rápido movimiento. Se volvió, mirando al hijo del posadero por encima del hombro, y sonrió.

—Puedes marcharte, muchacho. Nosotros nos encargaremos. Si necesitamos algo, ten por seguro que serás el primero en saberlo.

El muchacho se demoró un instante. Era evidente que hubiera deseado conseguir algo más de información respecto a tan magníficos huéspedes. Jeanne lo observó un instante, se volvió, dio un paso hacia la puerta, y el niño salió huyendo. Dejando escapar una carcajada, Le Duc volvió su atención al armario. Como había esperado, era de grandes dimensiones. La habitación estaba concebida para acomodar a un grupo entero de viajeros, puesto que la posada era demasiado pequeña como para ofrecer aposentos individuales, y así, el armario era lo suficientemente grande como para contener los equipajes y pertenencias de muchos inquilinos. La puerta era de roble, muy sólida. Jeanne la abrió, penetró en el interior del armario, volvió a cerrarla y la examinó de arriba abajo en busca de

grietas. El dorso de la puerta encajaba tan perfectamente en su marco que, al cerrarla, Jeanne pudo sentir cómo aumentaba la presión en el ambiente.

Salió, asintiendo para sí mismo. Les serviría perfectamente. Habiéndose ocupado de esto, abandonó la habitación, cerró la puerta tras de sí, y se encaminó de vuelta al salón principal de la posada. Sabía que con du Puy montando guardia frente a la puerta del armario y las puertas y las ventanas de la habitación sólidamente cerradas, estañan tan a salvo como era posible en una vivienda habitada por mortales. A menos que el posadero resultara ser anormalmente curioso, o tuviese lugar algún otro contratiempo, su visita allí resultaría completamente tranquila.

Quería salir al exterior. Abandonar los confines del pueblo y deslizarse en la noche hasta las viviendas de los alrededores, las de los cazadores o los granjeros. Necesitaba sentir de nuevo la emoción de la caza, el miedo de una víctima, necesitaba el cálido y cobrizo sabor de la visa discurriendo hacia sus labios y a lo largo de su garganta; la calidez de la vida de otro.

En el salón, Montrovant descansaba sentado bajo una ventana cerrada, lejos de la chimenea. St. Fond y los otros, en cambio, estaban reunidos en torno al fuego, junto a un grupo de lugareños, dando buena cuenta de lo que, teniendo en cuenta el número de jarras vacías que yacían olvidadas alrededor de ellos, debía ser su tercera cerveza.

Jeanne sacudió la cabeza, refrenando una sonrisa, y se reunió con su *sire* en la mesa.

–Necesito salir de aquí –dijo al cabo de un rato.

Montrovant asintió.

–Esperaré un rato después de que te hayas marchado, y entonces me reuniré contigo. Ahora nos hacen falta todas nuestras fuerzas y nuestra inteligencia. No consigo quitarme de encima la impresión de que ha vuelto a hacerlo, de que Kodesh nos ha manipulado como a niños desprevenidos para traernos hasta donde él quiere.

–Desprevenidos no, en todo caso –sonrió Jeanne–. E incluso de ser así, ¿qué diferencia supondría? Aquí estamos, allí están ellos, y el viejo juego vuelve a dar comienzo. Es bueno volver a la lucha –añadió–. Empezaba a echar de menos la emoción.

Montrovant rió suavemente.

–Será mejor que te vayas. Empiezas a hablar como el propio

Kodesh. Lo próximo que dirás será lo entretenido que resulta todo este asunto.

Jeanne se unió a su risa. Entonces se levantó y se dirigió hacia la puerta. La noche aún era joven, pero sabía que tendría que alejarse mucho de la posada para poder alimentarse sin atraer la sospecha sobre sí mismo o sobre sus compañeros. Eso significaba una marcha temprana y un rápido viaje. Estaba impaciente por comenzar.

* * *

En aquel mismo momento, mientras Jeanne abandonaba en silencio la posada y Montrovant volvía su atención hacia el grupo reunido junto al fuego, otros dos viajeros llegaban al cruce de caminos que había frente al pie de la montaña. Ambos compartían una única montura. Se detuvieron. Abraham contempló ansiosamente la montaña. Su compañera, inclinada tras de él, se aferraba a su espalda, lanzando oscuras miradas al camino, en ambas direcciones.

Desde que despertara, Fleurette no había pronunciado palabra. Él se había alimentado y había compartido la sangre con ella la noche después de su Abrazo, y ella no había tratado de evitarlo ni había formulado pregunta alguna. Ahora, permanecía en silencio, contemplándolo todo con su nueva visión, asombrada ante cada inesperado matiz que el paisaje le mostraba. Se agarraba a él para no caerse, pero al mismo tiempo Abraham podía sentirla tratando de alejarse, como si su contacto la repeliese.

Abraham estaba seguro de que, a pesar de su demora, Montrovant no les había ganado demasiado terreno. Pero ahora mismo le preocupaban más los otros dos, los cazadores. En las últimas dos noches no había encontrado evidencia alguna de la presencia de Lacroix y Noirceuil, y eso podía significar una de dos cosas: o bien habían perdido su rastro por completo, o bien sabían exactamente donde se encontraba. Si esto último era cierto, el tiempo que le quedaba antes de la confrontación se agotaba por momentos, y no podría demorar más la toma de ciertas decisiones.

Su atención se fijó en las espirales de humo que ascendían desde el pueblo, y luego voló hasta la montaña. Podía sentirlos. La Orden se encontraba allá, en lo alto, esperando, vigilando. Aparte de esto, ¿quién sabía? Podría interrogar a los lugareños sobre Montrovant, pero sospechaba que con ello no ganaría gran cosa. El Oscuro subiría a la montaña, más tarde o más temprano, de eso no cabía ninguna

duda. Si no estaba ya allí, lo estaría pronto. Abraham sólo necesitaba seguir su mismo camino, y vigilar. Y si llegaba antes que él, pensó, quizá podría volver a presentarse ante ellos. Quién sabe. Después de todo, quizá pudiera obtener algunas respuestas sobre el porqué había sido abandonado.

Condujo a su montura en dirección a la montaña, siguiendo el camino a paso lento. La senda, cubierta de sombras, giraba casi inmediatamente hacia la izquierda. La tomó, siguiendo su curva, y abandonó el cruce de caminos. La luna acababa de levantarse, y contaba con tiempo más que suficiente para explorar la ladera antes de hacer planes. Quería que Fleurette comprendiera lo que estaba haciendo. La había arrastrado hasta su tenebroso mundo; solo eso era razón suficiente para que ella lo odiase por toda la eternidad. Probablemente lo haría cuando comprendiese por fin el verdadero significado de lo que le había ocurrido. Y por si fuera poco, ahora la arrastraba consigo para enfrentar una destrucción casi segura. A manos de Lacroix y Noirceuil, a las de Montrovant, o incluso a las de la Orden, poco importaba... una segunda muerte, mucho más dolorosa y definitiva que la primera, y en la que no cabía la promesa de la salvación.

Planeaba ofrecerle su libertad antes de seguir adelante. Sabía que podía obligarla a hacer su voluntad. Ella era joven en la Sangre, y era su Progenie. Nunca había creado a otro de su especie. La carga de la responsabilidad, pesada como una losa sobre sus hombros, no le resultaba familiar ni confortable. Ella no le sería de mucha utilidad contra Noirceuil, excepto quizá como una momentánea distracción. No estaba acostumbrada a las artes de la caza. Tampoco sabía lo que esperar cuando se acercasen a aquel baluarte creado por la Orden. Era una carga, y un enigma, con sus ojos oscuros y su silencio. No por vez primera, Abraham se maldijo por no haberla matado cuando había tenido la oportunidad. Todavía no sabía exactamente por qué no lo había hecho. Sólo sabía que algo que yacía enterrado muy profundamente en su interior no le había permitido traicionarla. Una cosa era alimentarse de quienes no te importaban, de quienes te odiaban; y una muy distinta poner fin a la existencia del único ser que se preocupaba de ti.

Avanzó unos cuantos cientos de metros por el camino que ascendía pendiente arriba. Entonces echó una ojeada hacia atrás y tomó una decisión. Hasta donde alcanzaba su vista, el camino discurría hacia arriba por campo abierto. Hacia abajo, aparte la curva

que describía en torno a una loma, también estaba al descubierto. Si alguien los estaba siguiendo, advertiría su presencia en el mismo momento en que dejase atrás la loma.

Abandonó el camino dirigiéndose hacia la izquierda. Una veintena de yardas más allá se levantaba una pequeña arboleda. No les permitiría ver la carretera, pero al menos los hurtaría a la atención de ojos indiscretos. Por allí la ladera parecía más abrupta y rocosa, pero un poco de esfuerzo extra resultaría un pequeño precio a pagar a cambio de mayor seguridad.

Ascendieron con paso firme, moviéndose de un lado a otro en busca del abrigo que ofrecían los afloramientos de roca, y evitando los árboles y la maleza. Poco a poco, su paso fue haciéndose más y más lento, hasta acabar reducido a un titubeante y penoso avance. Al cabo de un buen rato, se toparon con una pared de roca vertical, prácticamente acantilada, que les cortaba el paso. Sobre su base, a la derecha, se abría lo que parecía la entrada oscura de una caverna. Abraham reparó en ella y, picado por la curiosidad, dirigió su montura hacia ella.

Se trataba en efecto de una cueva estrecha. Parecía internarse profundamente en la roca, pero apenas tenía la altura de un niño. La examinó durante un largo rato. Se volvió, echó una ojeada al cielo, y suspiró. Tendría que valer. Aún restaba casi una hora hasta la salida del sol, pero necesitaba el tiempo para desandar el camino que los había conducido hasta allí y asegurarse de que no habían dejado un rastro que otros pudieran seguir. Y también tendría que hablar de una vez con su Progenie, que seguía sumida en su empecinado silencio.

Se volvió, apartándola de sí con delicadeza, e indicándole por gestos que desmontara. Luego, descendió él mismo de la silla y ató fuertemente las riendas del caballo a un árbol cercano. Su única esperanza residía en mantener a cualquier perseguidor alejado de aquel oscuro agujero que iba a servirles como improvisada guarida. Por un momento, sus pensamientos volvieron hacia Noirceuil, y lo asaltó un estremecimiento. Poniendo sus manos sobre los hombros de Fleurette, la condujo hacia el pequeño claro que se abría frente a la entrada de la cueva y le hizo tomar asiento frente a sí.

–Escúchame con mucha atención –dijo, pronunciando cuidadosamente cada palabra–. Para ti, las cosas nunca volverán a ser lo que eran. Lo hecho, hecho está. No hay vuelta atrás. Ahora eres como yo. Tu hambre te perseguirá y será tu obsesión y el sol te será negado. Y estás atada a mi voluntad.

Fleurette no contestó pero, devolviéndole la mirada, asintió. Parecía inquieta. Su despierta inteligencia no parecía haberse debilitado. Estaba en guardia, y cualesquiera que fuesen sus pensamientos, se los reservaba para sí misma.

–Esa es la parte buena –continuó él con voz suave–. Pero tengo que decirte para qué estoy aquí, y quién me viene siguiendo.

Mientras iba hablando, inclinado en dirección a ella para que el volumen de su voz pudiese mantenerse muy bajo, ella lo observaba, prestando mucha atención a sus palabras. Habló durante un rato muy prolongado y, mientras lo hacía, la noche se escurrió, robándole el tiempo que había planeado utilizar en otras cosas. Un suave viento se alzó alrededor de ellos. En la distancia, se preparaba una tormenta.

* * *

Más hacia abajo, junto al cruce de caminos, aquel mismo viento agitaba las hojas y la arena en pequeños y temblorosos remolinos, haciéndolas danzar alrededor y sobre las botas de Noirceuil. El cazador echó pie a tierra y condujo de las riendas a su caballo hasta el lugar en el que ambos caminos, el que conducía a la montaña y el que se alejaba de ella, se encontraban.

Lacroix, sentado sobre su silla, lo observaba y esperaba. Desde que volvieran a ponerse en marcha Noirceuil parecía haberse calmado un tanto. Quizá las cosas estaban volviendo a su estado habitual tranquilas y familiares. Noirceuil, agachado junto a la encrucijada, volvía a parecer el de siempre, controlado, implacable, silencioso en la caza.

El cazador se volvió con lentitud y habló en voz baja.

–El recién llegado ha seguido hacia la montaña –dijo tranquilamente–. Puedo sentir a otros allí, en gran número. Creo que al fin estamos muy cerca de nuestro objetivo, amigo mío.

–¿Y Montrovant? –inquirió Lacroix.

Noirceuil dedicó una prolongada mirada a su compañero antes de devolver la vista hacia el camino.

–No siento al Oscuro. Hay un débil rastro de su presencia, pero es más claro el del joven, Abraham. Ha subido a la montaña. Algo está esperando allí. No sé lo que puede haber distraído a Montrovant, pero lo que quiera que ha venido persiguiendo, se encuentra en lo alto de la montaña.

Lacroix reflexionó por unos instantes. Podía oler los problemas

cuando se presentaban. Sabía que Montrovant no sería fácilmente apartado de su búsqueda. Sentía que algo fallaba en aquella situación, y a lo largo de los años había aprendido a confiar en sus instintos.

–El otro camino... –dijo al fin–. Hay un pueblo en esa dirección.

–El pueblo no tiene importancia –replicó Noirceuil con los ojos encendidos–. Nuestra misión era encontrar a la Orden, y al mismo tiempo destruir a Montrovant si era posible. Accedí a ella porque me daba la oportunidad de hacer lo que hago mejor, cazar a los Cainitas, enviarlos al encuentro de su condenación final. Esa montaña hierve de ellos, y allí es a donde voy a dirigirme. Eres libre de ir a vigilar el pueblo por tu cuenta, si te place.

Lacroix amagó una réplica. Sobre el papel él estaba al mando de la misión, y aunque, en cierto sentido, Noirceuil acertaba al decir que su objetivo primordial era la Orden, el ignorar a Montrovant como si el Oscuro se hubiese evaporado de la faz de la Tierra, no era una política demasiado sabia.

–No quiero al Oscuro detrás de nosotros, eso es todo –dijo al fin.

–Si ahora seguimos montaña arriba, no tendrá tiempo de alcanzarnos –dijo Noirceuil suavemente–. Puedo sentirlos. No muy lejos. Todavía no esta noche, pero mañana temprano, al anochecer, podremos llegar hasta ellos. Si Montrovant se ha detenido en el pueblo, no podrá llegar hasta allí antes que nosotros, y podremos vigilar la carretera y esperar su llegada. Por lo que sabemos, el Oscuro probablemente no sabe siquiera que hemos venido siguiéndolo. No hay razón para suponer que haya reparado en nuestras huellas. Si podemos llegar arriba antes de que él lo haga, podremos explorar los alrededores y elegir el campo de batalla que más nos convenga. Porque, no te equivoques, amigo mío, lo que se avecina no será una ejecución, sino una verdadera batalla. Puede que nunca lleguemos a abandonar con vida esta montaña.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Lacroix, y luego asintió.

–Ya lo sé, Noirceuil. Lo he sabido todas y cada una de las veces que hemos emprendido una caza. Pero a pesar de todo, todavía seguimos con vida. Tantos han sido devueltos al polvo por nuestras manos que apenas puedo recordarlos a todos. Todo resulta igual, en todas las ocasiones, cuando llega este momento. Puedo sentir el gélido aliento detrás de mi cuello... lo he sentido desde el momento en que dejamos la ciudad.

Noirceuil asintió, si como mero reconocimiento, o para mostrar su acuerdo con las palabras de Lacroix, resultaba imposible de decir...

Volviéndose, el cazador montó de nuevo sobre la silla con increíble agilidad, y guió a su montura hacia el camino, hundiéndose en las sombras.

Al cabo de un rato, la senda describía un acusado giro alrededor de una baja loma, y Lacroix se encontró preguntándose qué podía esperar al otro lado. Se encontraba tan inquieto que contuvo sin darse cuenta la respiración hasta que hubieron descrito el giro por completo. No había nada extraordinario al otro lado. El camino se alejaba discurriendo en dirección a la montaña, ni un desvío, ni una curva, ni un solo hito, hasta perderse entre las sombras. Noirceuil continuó su lento avance y Lacroix fue tras él, preguntándose para sus adentros si iba a ser esta la última vez que se adentraba en lo desconocido siguiendo su oscura silueta, o nada más que otro capítulo en su historia.

Comenzaba a relajarse cuando Noirceuil se detuvo una vez más y alzó la nariz, olfateando el aire como un animal que buscase un rastro. El cazador cerró los ojos, giró el rostro por un momento para obsequiar a Lacroix con una breve y blanquecina sonrisa, y abandonó el camino. Se encaminó hacia unos árboles que se levantaban a su izquierda, imprimiendo a su marcha un paso ligeramente más veloz del que a Lacroix le hubiera parecido sensato por ese terreno. Lacroix azuzó a su propia montura y cabalgó hasta encontrarse junto a su compañero.

—¿Qué ocurre?

Noirceuil se volvió hacia él, con la mirada inflamada.

—Están cerca. Abraham, ese idiota al que envió Santorini, y la joven. Muy cerca. Creo que podremos atraparlos esta noche.

Los ojos de Lacroix se oscurecieron por un momento.

—Pero esa no es nuestra misión...

Noirceuil se volvió a mirarlo una vez más, los ojos poseídos por una llama, un invencible impulso que Lacroix nunca alcanzaría a comprender.

—Son *mí* misión. Todos ellos.

Apartó la mirada y se encaminó hacia los árboles un poco más deprisa.

* * *

Abraham reparó en el sonido de los cascos, resonando entre los árboles, justo a tiempo. No había tiempo para preparar una defensa, o

para huir, así que hizo la única cosa que no supondría una muerte inmediata. Agarró a Fleurette por los hombros, la condujo delante de sí, y se arrojó junto con ella al interior de la pequeña gruta que se abría en la pared de piedra. Deteniéndose un segundo junto a la entrada, la empujó hacia delante, susurrando con brusquedad:

–Corre. No te detengas hasta que sientas mi contacto en tu tobillo, o hasta que no puedas avanzar más.

Sintiendo la inquietud que latía en sus palabras, ella no vaciló un momento. Al instante él la siguió, dejando su equipaje, el caballo, y todo cuanto había traído consigo abandonado para quien quisiera que se estuviese aproximando.

Su primera hipótesis fue Montrovant, pero algo le dijo que no se trataba del Oscuro. Tenía que ser Noirceuil, entonces, y en ese caso arrastrarse al interior de una caverna no serviría para escapar. Pero era lo único que podían hacer. Avanzaron tan rápidamente como les fue posible. Al cabo de unos instantes, sintió que Fleurette se detenía y, casi inmediatamente, se volvía hacia un lado. Se arrastró hacia delante tan deprisa como pudo y se encontró pisándole los talones. Estaba casi a su lado... el túnel se estaba ensanchando.

Con un gesto silencioso, ella señaló hacia la derecha. Había una losa de piedra allí, sujeta sobre unos goznes y apartada a un lado. Era lo suficientemente grande como para sellar el túnel. Porque, de repente cayó en la cuenta, no se trataba de una caverna natural, sino de un túnel construido por el hombre. Un túnel que sólo podía conducir a un lugar. Empujándola de nuevo hacia delante, se arrastró más allá de la losa de piedra, la agarró, y la hizo girar sobre las bisagras hasta encajarla de nuevo en la entrada. Se movió suavemente y con facilidad, provocando al cerrarse un súbito y sonoro *¡click!* A partir de entonces no se abriría en ninguna de las dos direcciones. El túnel, efectivamente, había dejado de existir. Durante un prolongado instante contempló el vacío, negro como un profundo abismo, que había dejado la piedra al bloquear su camino. Entonces se volvió reptando y dio unos golpecitos sobre el muslo de Fleurette para indicarla que siguiera avanzando.

Apenas quedaba tiempo antes del amanecer. Ya comenzaba a sentir sobre su cabeza el peso de la salida del sol y así, cuando alcanzaron un área ahuecada, aproximadamente el doble de ancha que el túnel original, decidió que había llegado el momento de detenerse. Atrajo a su Progenie hacia sí, y la abrazó en medio de la oscuridad y el silencio. Si el túnel no era utilizado de manera regular,

entonces podrían descansar hasta el anochecer. Sólo esperaba que quienquiera que los estuviese siguiendo no fuese capaz de encontrar la manera de volver a abrir la puerta de piedra.

* * *

Noirceuil se aproximó al acantilado, y al instante descubrió el caballo y los equipajes abandonados. Unos momentos más tarde, reparó en la entrada a la caverna. Sus párpados se estrecharon. Se concedió a sí mismo un momento de reflexión antes de lanzarse detrás de sus presas. Lacroix no era ningún necio. Si le veía arrastrarse hasta el vientre de una montaña y sacar de allí a dos Cainitas sin perecer en el proceso, no dejaría de descubrir su secreto. El momento para aquella revelación no había llegado todavía.

Posó su mano sobre la piedra, junto a la boca de la cueva. Sus sentidos se adentraron profundamente en la roca... escuchando cuidadosamente el eco. Sus ojos relampaguearon. La caverna no era hueca. Tenía un extremo, y eso significaba que acabarían por verse obligados que salir. Más tarde o más temprano. Esperaría.

Volviéndose hacia Lacroix, sonrió, la primera vez en varios días.

–Acamparemos aquí –dijo–. Están atrapados ahí dentro por esta noche. Este es un buen lugar para esperar hasta el amanecer.

Lacroix asintió. Desmontó rápidamente, mirando con inquietud el agujero en la montaña. Se acercó a él y situó un crucifijo de plata frente a la entrada. Abrió su equipaje y extrajo del interior un vial lleno de agua, que había sido bendecida por el cardenal de Grenoble, y la extendió gota a gota formando un estrecho semicírculo alrededor del crucifijo. Noirceuil observó divertido sus acciones durante un momento, y luego se volvió una vez más.

–Vigilaré el perímetro hasta que haya la suficiente luz como para que Montrovant no pueda sorprendernos –dijo.

Lacroix se dio cuenta de lo fatigado que se encontraba. Asintiendo, se aproximó a la sombra de un árbol que sobresalía por encima de un afloramiento de roca cercano. Descargó su equipaje del caballo, lo depositó sobre el suelo, apoyó la cabeza sobre él y se tendió, cubriéndose con su larga capa, de cara al camino por el que acababan de llegar.

Noirceuil dejó el caballo tras de sí y se internó entre los árboles, moviéndose velozmente y en silencio. Cuando estuvo seguro de haber puesto suficiente distancia entre Lacroix y él mismo, se detuvo.

Cerrando los ojos, conjuró la calma a su mente, dejando que la tierra comenzara a abrazar sus pies, luego los talones... los tobillos... los muslos... desapareciendo lentamente, engullido por la tierra de la montaña. Se levantaría antes de que las sospechas de Lacroix comenzaran a crecer, y entonces encontraría la manera de hacer salir a los conejillos de su madriguera. La caza estaba en marcha.

_____ 15 _____

Al regresar a su habitación de la posada, Jeanne se encontró con Montrovant. El Oscuro se sentaba junto a la ventana, escudriñando la oscuridad del exterior, sumido en un silencio meditabundo. Jeanne se acomodó en la silla que había frente a su *sire*, apoyándose sobre el respaldo y esperó. Ahora estaba saciado, y sentía los primeros efectos de la proximidad del alba arrebatándole lentamente las fuerzas.

–El círculo comienza a cerrarse –dijo Montrovant con voz apagada, abandonando la ventana para mirar directamente a los ojos de Jeanne–. Puedo sentirlo. He perseguido esta cosa, este sueño de locos, durante tanto tiempo, que he acabado por verme a mí mismo como un loco. Esto tiene que acabar, ahora, de una vez y para siempre.

–No todos los momentos han sido malos, amigo mío –dijo Jeanne con tono amable.

–No –la risa de Montrovant se alzó de pronto–. Claro que no. Pero siempre ha estado allí, en el fondo, conduciendo todas mis acciones. El Grial ha reinado sobre mis pensamientos durante tanto tiempo que, pese a que jamás he podido verlo, he acabado por sentirlo a mi lado. Puedo notar su presencia, llamándome, burlándose de mí, y eso me devora, me quema el alma. Cuando estaba vivo, yo era un hombre racional, tal vez un poco impulsivo, pero un buen líder de hombres. Creo que estaba destinado a grandes cosas. Pero todo ello acabó, después de mi muerte. Me volví un hombre cauteloso, consumido por un afán de aprendizaje, envidioso de todo conocimiento que no poseyera. Entonces Eugenio me contó la historia de Kli Kodesh y del Grial. Por entonces todavía soñaba con volver a ver la luz del día... ¿no lo sabías? A menudo, todavía recuerdo aquellos momentos en que podía caminar despreocupadamente del

brazo de las mujeres, escabulléndome en la noche con ellas, no para drenarles la vida y seguir mi camino, sino para experimentar con ellas, bajo la luz de la luna, momentos secretos, acalorados, sudorosos. Cuando Eugenio me contó el secreto del Grial, para mí fue el comienzo de un sueño. Creí que podría devolverme algo de todo aquello. Creí que, con el Grial en mi poder, podría liberarme de las sombras, volver a la luz. Ciertamente, todos a los que había conocido estarían muertos y enterrados mucho tiempo atrás, pero, ¿qué podía importarle esto a alguien eternamente joven y hermoso? Me vi a mí mismo como un rey en el mundo de los vivos, y este sueño me embriagó.

»A lo largo de los años --su voz se hizo más baja y su mirada retornó a la oscuridad que se extendía más allá de la ventana-- he acabado por desarrollar una perspectiva diferente, aunque no por ello resulte menos intenso el deseo de poseer el Grial. Ahora sé que no hay regreso a lo que una vez fui. El mundo de los vivos no me aceptaría, ni yo estaría dispuesto a aceptar lo que me ofrece. El Abraso no me disminuyó, Jeanne. Me completó, me hizo mayor. Este que ves ahora es el verdadero Montrovant. Esto es lo que de verdad soy. Por eso marcharé hacia la montaña. Sé bien, lo mismo que tú, que en un conflicto de verdad, no tendríamos la menor oportunidad de arrebatárselo el Grial a Kli Kodesh. No creo que exista un poder en la Tierra capaz de doblegarlo, o siquiera de medirse con él. Pero él es un viejo demente y estúpido. Nos dará una oportunidad, y yo trataré de aprovecharla. Lo he hecho antes y no he conseguido más que alargar esta loca persecución pero, de algún modo, siento que esta vez es diferente. Él comienza a cansarse del juego, lo mismo que yo. Ya no lo alargaré mucho más tiempo. Esta vez intentará llevarlo a su conclusión.

--No te confíes por eso --dijo Jeanne, inclinándose de pronto hacia delante--. Kodesh siempre ha manejado los hilos, y nosotros siempre hemos hecho exactamente aquello que él había dispuesto, como hebras del tapiz de sus pequeños juegos, sin considerar otras opciones que podrían haber cambiado el desenlace de los acontecimientos. No eres una pieza en un tablero de ajedrez, con movimientos establecidos de los que no puedes desviarte. Necesitas adelantarte, prever el patrón que se esconde detrás de sus planes. Y probablemente necesitas hacerlo más de una vez. Él esperará que intentemos algo nuevo. Y, efectivamente, algo nuevo debemos hacer, pero quizá exista alguna posibilidad de trastocar el patrón, el esquema. Incluso puede que existan formas de cambiarlo por

completo. El objetivo permanecerá siendo el mismo, y esa parte del puzzle pertenece al gobierno de Kodesh, pero el sendero que conduce a ese objetivo... ese te pertenece a ti por completo.

Montrovant continuaba con la mirada perdida más allá de la ventana, pero Jeanne se daba cuenta de que sus palabras estaban haciendo mella en él.

–El truco consiste --añadió Jeanne lentamente--, en adivinar qué es lo que podría complacer más al Anciano. Eso marcará el patrón de sus planes. Y una vez que conozcamos ese patrón, podremos intentar utilizarlo en nuestro provecho.

Montrovant habló entonces, en voz baja, pensativa.

–Si podemos encontrar la manera de amenazar su disfrute, la manera de hacer que las cosas se desvíen bruscamente hacia un desenlace inesperado, uno que no le satisfaga, podríamos forzarlo a actuar. Podría moverse antes de lo planeado, apresuradamente, tratando de rectificar aquello que hubiésemos cambiado, tratando de llenar lo que resultaría un terrible vacío en su existencia, un final en falso para su largo y cuidadosamente concebido juego. Es posible que, si le hacemos creer que está ganando con demasiada facilidad, intervenga para compensar la balanza en nuestro favor, y podamos aprovecharnos de ese momento. Hay una cosa de la que estoy seguro. Si ganamos, nos dejará marchar. Verá el Grial en mis manos, sonreirá, y desde el mismo instante comenzará a urdir sus planes, con ese nuevo conocimiento, y esa imagen en su mente. Si la mitad de lo que he oído acerca del Grial resulta ser cierto, los cambios que podrían sobrevenir serían enormes. No podrá resistirse a la diversión que todo ello podría suponer. Si no es a través de mí, estoy seguro de que planea liberar algún día el poder de los artefactos. Tengo que creer que en sus designios para este juego caben los dos posibles finales. En el pasado no mostró preferencias por si yo mataba a Santos, o por el contrario él conseguía poner fin a mi existencia. No mientras nos encontrásemos y luchásemos. Ni parece sentir demasiada preocupación por la suerte de sus seguidores, a quienes ha enfrentado más veces de las que puedo contar con poderes insuperables, sólo para aparecer y salvarlos en el último momento.

–Bien. Lo que sea que tengamos que hacer deberá esperar hasta la próxima noche --dijo Jeanne, levantándose--. La mañana se acerca demasiado para mi gusto.

Se acercó lentamente hasta el armario, abrió la puerta y se acomodó en su interior. Montrovant lo observó y se volvió una última

vez hacia la ventana antes de levantarse.

–Hay algo más –dijo en un suspiro–. Lo sentí mientras cazaba esta noche. Una presencia. Un poder. No es Kodesh, lo hubiera reconocido. Algo diferente, y peligroso. Me pregunto si es una pieza del rompecabezas del Anciano que no hemos visto hasta ahora, o una pieza que aún está por encajar, una que podríamos utilizar en nuestro beneficio.

Jeanne sonrió.

–Si existe la manera de hacerlo, la encontraremos. He llegado a cogerle cariño a la idea de tener el Grial entre mis manos. Odiaría verme decepcionado ahora que el final se encuentra tan cerca.

Montrovant rió con suavidad.

–Beberemos juntos de esa copa, amigo mío. Has permanecido a mi lado más tiempo que ningún otro, y me has proporcionado más apoyo y ayuda que incluso mi propio *sire* y su "familia". Cuando llegue el momento de terminar nuestra existencia, o de dar comienzo a una nueva, estaremos juntos.

Con estas palabras, cerró la puerta en silencio. Du Puy ya dormía, medio borracho y roncando, junto a la pared contra la que se apoyaba el armario. Cuando la puerta se cerró, el caballero se agitó un instante, echó un vistazo por toda la habitación, en silencio y sin levantarse, y volvió a sumirse en el sueño. Su aparente sopor era engañoso. Ni siquiera unas cuantas jarras de vino impedirían que su instinto le pusiera inmediatamente en pie si algo o alguien llegaba a penetrar en la habitación. La puerta exterior estaba cerrada con llave, y se habían impartido órdenes precisas de que a nadie, ni siquiera a uno de los que viajaban con ellos, se franquease el paso. Incluso si alguien intentase forzar la puerta (y no resultaría fácil, porque la habían atrancado desde dentro situando una silla bajo el picaporte), du Puy estaría en pie y preparado antes de que nadie pudiese acceder al interior.

Probablemente eran precauciones innecesarias. No había razón para que los habitantes del pueblo sospecharan nada raro, y ciertamente el posadero sería más que reticente a hacer cualquier cosa que amenazase el generoso flujo de oro que había estado corriendo hasta el interior de su bolsa desde la llegada de Montrovant.

En todo caso, el Oscuro no era de los que corrían riesgos innecesarios, y du Puy necesitaba un lugar en el que descansar. La habitación quedó al cuidado de unas tenues sombras y el único sonido perceptible era la pesada respiración del alto caballero. Desde el

interior del armario no llegaba nada.

* * *

Allá en las laderas de la montaña, profundamente enterrado bajo la tierra, el cuerpo de Noirceuil descansaba, pero su mente estaba en plena actividad. No conseguía alcanzar el descanso que la luz del día debiera haberle otorgado. La paz se le negaba en todas sus formas. Sólo podía aguardar con impaciencia hasta que la noche cayera de nuevo y la caza volviese a dar comienzo. Sólo en aquel momento concluía una tregua con su dolor, sólo de aquella manera podía reconciliarse con su existencia sin verse consumido por la locura.

Trató de rezar. Donde antaño había sentido a Dios muy cercano, sosteniéndolo y apoyando su mente y su corazón, ahora sólo sentía un vacío. Donde su voz había parecido cobrar alas cada mañana y cada noche, llevando sus pensamientos y sus sueños más allá de su entendimiento, donde las respuestas siempre habían estado esperándolo para llenar su mente con la paz, no había ya más respuestas. Las palabras, las plegarias y los sueños se habían hundido en una profunda y oscura sima de la que no cabía retorno.

Recordaba la iglesia tan vivamente... todavía podía ver en su mente la imagen del sol, cálido en la mañana, penetrando a través de las vidrieras para posarse apaciblemente sobre el altar mientras él rezaba. Había sido una iglesia pequeña, una parroquia con tan pocos feligreses que algunos domingos había llegado a dar la misa para uno solo. Pero había sido tan hermosa, tan perfecta... Ahora nada era ya perfecto.

Cada pensamiento traía la ira. Cada recuerdo, la rabia. Sabía lo que era, y sabía que estaba Condenado. Sabía que el vacío nunca sería cálido y acogedor, nunca estaría lleno, nunca le mostraría la plenitud, pero precisamente por todo ello, no apartaba de sí la visión de Dios. Si no podía servirlo para ser redimido, lo serviría para salvar las almas de otro. Ahora que su alma estaba perdida, el fin justificaba los medios. Uno tras otro, los enviaría a todos a su eterno descanso. Los mataría completa y definitivamente, evitando que siguiesen robando a otros las vidas, las almas, y la vida eterna. No descansaría hasta que la luz del sol los devolviese a todos ellos al polvo, o hasta que se consumiese su propia y atormentada existencia. Sus oraciones no eran entonadas ya por un lugar en el Cielo, sino por el olvido que lo aguardaba en las simas del Infierno.

Lacroix no comprendía. Apenas alcanzaba a vislumbrar un destello de la ira de Noirceuil, de su furia, pero no conocía el dolor que era su base. Veía al oscuro cazador, pero no el joven e iracundo sacerdote al que le había sido arrebatada la salvación. Veía su obsesión, y su preocupación cada vez menor por los intereses de la Iglesia, y estas cosas lo enojaban y asustaban al mismo tiempo. Lacroix era un hombre con la mente y el corazón entregados a un futuro mundano. Un agradable y sencillo puesto en Roma, y un retiro prolongado y opulento.

Parecía tan enérgico y vibrante cuando Noirceuil se había encontrado con él por vez primera, tan lleno del fuego y el amor de la caza. De no ser por la caza, Lacroix hubiera preferido ser caballero antes que sacerdote. La noción de que la oscuridad rondaba libre y poderosa por el mundo lo intrigaba y al mismo tiempo lo fascinaba. Cuando Noirceuil le había mostrado cómo buscarla, cómo cazarla y cómo exterminarla, la semilla de su alianza había sido plantada.

Durante años, acaso siglos, Roma había sabido de la existencia de los Condenados. Desde el principio de los tiempos habían existido historias y leyendas con las que asustar a los niños. Tales historias hundían sus raíces, de alguna manera, en una oscura parte del mundo real. Noirceuil había oído muchas veces aquellas palabras; ahora las vivía.

Lacroix jamás había cuestionado la idiosincrasia de su compañero. Pero había otros en la Iglesia que lanzaban miradas inquietas a su paso. Por ello, para mantenerse a sí mismo y a su secreto a salvo, había estado siempre en movimiento. Algunos sospechaban la verdad del secreto de Noirceuil. ¿Cómo podrían no haberlo hecho? Los rumores se extendían como la peste. Aunque siempre había tenido a mano una explicación razonable para sus extraños actos, la imperturbabilidad de sus rutinas y hábitos había atraído la atención de más de uno. Como mínimo, decían, resultaba antinatural el no mostrarse jamás a la luz del día. Incluso para alguien que estuviese obsesionado con la noche.

Existir como existían los Condenados. Caminar solo cuando ellos podían hacerlo, ver sólo aquello que veían, y terminar con su impía existencia cada vez que se presentase la oportunidad, y todo ello en el nombre de Dios. Esta era su vida, su pervertida *vida eterna*, todo cuanto restaba de sus pasados sueños, de la gloria y de su amor por un Dios que lo había abandonado a su suerte hacía ya mucho tiempo.

Si existía alguna esperanza para él, la buscaría en la venganza.

Si en verdad había "tantas habitaciones en la casa del padre", habría de buscar la suya a través de los corazones de cuantos demonios obscenos y ávidos de sangre se cruzasen en su camino. Eran Condenados, como él, y no debieran caminar sobre la Tierra. No debieran continuar sus inmundas existencias a costa de las vidas y las almas de otros. En realidad, ni siquiera debieran existir. Convertir este sueño en una realidad era la tarea de su vida.

El sol se alzaba, besando la tierra, los árboles. El viento mecía la hierba. Los animales abandonaban sus agujeros y guaridas para corretear por los campos en busca de comida. Noirceuil esperaba. No había paz, no había descanso, sólo la agonía de saber que el tiempo se le escurriría entre los dedos hasta que el sol volviese a ponerse.

* * *

Por una vez, la pequeña excursión de Noirceuil a los bosques, de la que como de costumbre no regresaría hasta el atardecer, no molestó a Lacroix. Todavía vigilaba cautelosamente la apertura en el muro de roca, pero sabía que si Abraham y su joven protegida se habían refugiado en su interior, no saldrían mientras el sol estuviese en lo alto. Por ahora estaba a salvo de ellos.

En cambio, era precisamente el compañero con el que había consumido largos años en los caminos, el que comenzaba a provocarle miedo. Estaba perdiendo la confianza en Noirceuil a pasos agigantados; y asimismo en su misión, que comenzaba a resultar demasiado peligrosa y hasta podía resultar fatal en cualquier momento. Sabía que, si querían tener éxito, debían confiar el uno en el otro. Y, ciertamente, sin la asombrosa habilidad de Noirceuil para encontrar, sacar al descubierto y destruir a los Condenados, Lacroix hubiera muerto, quizá para renacer a una vida más oscura, por lo menos un centenar de veces. Retuvo este pensamiento mientras se arrebujaba con la manta, debajo de la roca que era su refugio. Habían llegado muy lejos, y esta era su más importante misión. No podía permitir que lo confundieran unos miedos infantiles, haciendo de él el eslabón débil de la empresa.

Sus párpados comenzaron a pesarle, y no pasó mucho rato antes de que los cerrara, ignorando los peligros que lo rodeaban. Una de las cosas que habían permanecido constantes durante todo el tiempo pasado junto a Noirceuil era la naturaleza de sus enemigos. Enemigos que, durante el día, sencillamente no existían. Por un breve instante se

preguntó por qué jamás aprovechaban aquel momento para cazarlos. Pero a la luz del sol parecía como si la locura y el absurdo de todo ello, se alejaban de sus pensamientos y desaparecieran.

El sol pasó por encima de él, protegido como estaba por la roca que lo envolvía, y se durmió. Pero unas sombras oscuras lo persiguieron en sus sueños.

_____ 16 _____

Abraham sintió que el sopor del sol lo abandonaba con pausada renuencia. Sacudió con delicadeza a Fleurette. Sabía que ella tardaría más en despertar, pero necesitaba que se pusieran en marcha tan pronto como fuera posible. Dos cosas eran seguras si de verdad se encontraban en un pasadizo que daba acceso al interior de la nueva fortaleza de la Orden: sus habitantes lo conocerían, y lo utilizarían en caso necesario como vía de escape. Ninguna de ambas lo complacían en absoluto, rodeado como estaba por una montaña entera. Ciertamente no era una buena posición para negociar.

Tan pronto como Fleurette comenzó a agitarse a su lado, la urgió a que se levantara. No había forma de volver atrás, y no tenían la seguridad de que Noirceuil no lograría encontrar una manera de abrir el portal que los separaba. Temía encontrarse con el cazador en aquel lugar oscuro y confinado incluso más de lo que temía a la Orden.

Así que se levantaron y se pusieron en marcha. Después de recorrer unos cincuenta pies, el pasadizo describió un giro, y detrás de éste se toparon con otro portal. Se encontraba cerrado. Abraham no se dejó ganar por el pánico. Se adelantó, indicando a su compañera con gestos que permaneciera donde estaba. El pasadizo se había ensanchado considerablemente. Podían permanecer de pie sin tocar el techo, así que el maniobrar no resultaba un problema. Abraham examinó la puerta de piedra cuidadosamente, palpando despacio con los dedos acá y allá, deslizándolos por los bordes, y luego hacia el centro, en busca de un resorte que lo hiciera abrirse. No encontró nada. Mientras continuaba buscando, a cada segundo más y más frenético, sintió que Fleurette se movía detrás de él.

Ella se había mantenido inmóvil durante un largo rato. Ahora, repentinamente, levantó un brazo y lo extendió, pasando a través de

los hombros y los brazos de él, hasta tocar la piedra. Con un rápido movimiento de los hombros, empujó con fuerza en uno de sus lados. La losa se deslizó con facilidad hacia atrás, hundiéndose en una cavidad abierta en uno de los muros del túnel. Volvió la mirada hacia Abraham. Por un instante pareció danzar en sus ojos la sombra fugaz de una sonrisa. Pero inmediatamente se desvaneció y de nuevo volvió a sumirse en el mismo e imperturbable silencio que la había acompañado la noche en que despertara a la muerte.

Sin decir una palabra, Abraham atravesó la pequeña entrada, y ella lo siguió. Una vez en el interior, él volvió a colocar la losa en su lugar, de manera que su entrada por allí pasase desapercibida el mayor tiempo posible. Había algunos en la Orden que recordarían a Abraham. Incluso algunos a los que en el pasado había creído sus amigos. Ahora no estaba tan seguro. No resultaría sensato arrojarle por la borda hasta que supiera por lo menos cuan profundas eran las aguas.

Siguió avanzando, tan pegado como le fue posible al más cercano de los muros. Fleurette, moviéndose con destreza iba tras él. Se encontraban al final de un largo y estrecho pasadizo que describía una curva hacia la izquierda, luego se nivelaba y por fin venía a desembocar en un pasaje más amplio. Una débil corriente de aire recorría este último. Doblaron la esquina, y se adentraron en el pasaje, desplazándose todavía pegados a las paredes. Al cabo de unos momentos, un tramo de escaleras apareció frente a su vista. Había antorchas encendidas crepitando a lo largo de los muros, que iluminaban débilmente el pasadizo. Abraham sabía que, con toda probabilidad, se encontrarían en el nivel inferior de la fortaleza.

El núcleo de la Orden había recibido el Abrazo de manos del antiguo grupo de Nosferatu que había comandado Gustav. Abraham había escuchado la historia una vez tras otra, y en cada ocasión había sentido la misma fascinación por ella. Tras haberlos Abrazado, el Anciano, Kli Kodesh, cuya misma existencia resultaba poco más que una leyenda para Abraham, había compartido con ellos algo de su prodigiosa sangre. De esta manera había alterado su apariencia y su naturaleza, y al mismo tiempo los había encadenado a su voluntad. Gustav había sido Nosferatu desde mucho tiempo antes de su transformación, y sus facciones todavía mostraban las marcas que caracterizaban a aquella extraña y decadente estirpe.

Los otros habían sido más afortunados. Su piel se había tornado casi brillante. Mientras otros Condenados eran pálidos, incluso

blanquecinos a veces, estos adquirieron una apariencia oscura y algodonosa. Incluso Gustav perdió buena parte de la crudeza de sus rasgos, y las deformidades de su rostro se hicieron, de algún modo, mucho menos evidentes. Pero hubo también otros cambios.

Durante todo el tiempo pasado junto a la Orden, Abraham no había visto alimentarse a uno solo de ellos. Era posible que sus rituales prohibieran tomar la sangre a la vista de otros, pero Abraham estaba seguro de que se trataba de algo más. No se alimentaban porque no necesitaban la sangre como el resto de los Condenados. Sentían el hambre, sí, pero para ellos era más una persistente molestia que un ansia devoradora.

Poseían también la asombrosa habilidad de permanecer despiertos hasta el alba, y de levantarse mucho antes que cualquier otro Condenado. Abraham jamás había visto a uno de ellos retirarse a descansar, y al levantarse, siempre los encontró, despiertos y alerta, dedicados a sus propios asuntos como si hubiesen pasado en el mismo lugar todo el día.

Cuando no estaban dedicados a graves asuntos de los que Abraham jamás había sabido nada, consumían el tiempo de sus noches entregados al estudio. Allá en la montaña, donde fuera abandonado, las bibliotecas y laboratorios habían sido muy extensos. Asombrosos. La sabiduría de muchas edades del mundo descansaba acumulada entre aquellas paredes. Abraham estaba dispuesto a apostar que había acompañado a la Orden hasta aquí, transportada poco a poco, un pedacito en cada viaje, quizá durante todo el tiempo que había pasado escondido bajo la montaña.

Ahora se disponía a oponerse a este grupo de poderosos Cainitas, con una compañera a la que acababa de otorgar el Abrazo como única aliada. Y no podía hacer otra cosa, porque el detenerse, teniendo a un monstruo como Noirceuil tras sus pasos significaba una muerte incluso más segura que aquella que le esperaba a manos de la Orden. No por primera ni por última vez Abraham se preguntó por qué, cuando Santorini le entregara los salvoconductos y el oro y lo enviara en su misión, no se había alejado en dirección a cualquier lugar remoto, perdiéndose para siempre.

La Iglesia no le importaba nada. Había abandonado la esperanza en su prometida salvación cuando la vida le fue arrebatada, y luego devuelta en una forma oscura y pervertida. Cuando caminaba bajo la luz del sol como un hombre, le había parecido adecuado y bueno ofrecerle su vida a Dios y a la promesa de la vida eterna. Ahora que se

sabía uno de los Condenados, resultaba casi una frivolidad el detenerse siquiera a pensar en ello.

Pero la Orden le había hecho otras promesas. Su existencia, sus extraños poderes, sus secretos y sus conocimientos, estas sí que eran recompensas a las que aferrarse y por las que perseverar. Estas sí que eran cosas por las que creer.

Moviéndose más despacio y con más cuidado, llegó al pie de las escaleras, que ascendían perdiéndose entre las sombras. Todavía no habían escuchado un solo sonido, ni encontrado señal alguna que indicase que alguien aparte de ellos mismos habitase el inmenso edificio. Por primera vez desde que se adentrasen en el pasadizo, se preguntó si acaso no se habría equivocado. ¿Era aquella la morada de la Orden, o nada más que una compleja y elaborada trampa? No sería impropio de ellos, ni estaría más allá de su poder, el levantar esta inmensa fortaleza, fingir llenarla de quién sabe qué durante años y años, y finalmente escabullirse de ella, escapando por el otro lado de la montaña, para desvanecerse en el olvido.

Tales pensamientos indujeron una desesperada impaciencia a sus movimientos y comenzó a ascender las escaleras a toda prisa, moviéndose a cada instante con mayor rapidez. Fleurette lo alcanzó, colocó una mano sobre su hombro y le obligó a detenerse. Se volvió para apartar el brazo, pero la mirada de ella detuvo el movimiento. Tenía razón. No podía correr como un loco escaleras arriba sin preocuparse de lo que pudiera estar esperándolos. No sin tener un plan. Y no lo tenía. Estaba tan cerca de su objetivo y, al mismo tiempo tan lejos...

Ascendieron hasta el final de las escaleras. Desde allí, un corredor se dirigía a derecha e izquierda mientras otra escalera, justo enfrente de ellos, continuaba el ascenso. Varias puertas se abrían a lo largo del corredor. Por el espacio que mediaba entre ellas, Abraham supuso que se trataba muy probablemente de los aposentos privados. Todavía se encontraban en uno de los niveles del subsuelo, completamente apartado de la luz del día.

—Tenemos que seguir subiendo —dijo lentamente—. No los encontraremos aquí durante la noche.

Fleurette asintió y lo siguió de cerca mientras él cruzaba el corredor y se adentraba por el segundo trecho de escaleras. No se había preocupado por explicarle qué era exactamente lo que iban a hacer, o a que clase de peligros se enfrentarían. Habría llevado demasiado tiempo conseguir que lo comprendiera. Su silencio

comenzaba a crísparle los nervios. Comenzaba a pensar que quizá hubiera perdido sus facultades mentales durante el Abrazo.

Ahora se movió incluso con más precaución que antes. No había manera de saber cuan profundamente se adentraba la estructura en el interior de la montaña, o cuanto tendrían que subir hasta alcanzar la parte alta. Ascendió con paso firme, apretándose contra las sombras que cubrían la pared, vigilando y escuchando, atento incluso al más nimio indicio de movimiento, a la más débil vibración del aire.

Delante de él, pudo ver que las escaleras desembocaban en otro amplio corredor. Recorrió los escalones que lo separaban de la arcada. Se asomó, miró a la derecha, luego a la izquierda, y entonces se detuvo, helado. Gustav se encontraba allí, de pie, apenas a diez pasos de distancia, mirándolo fijamente. El viejo Nosferatu no hizo ademán alguno de atacarlo. De hecho, no parecía preocupado o sorprendido de encontrarse frente a aquel joven que había sido su aprendiz.

—Hola, Abraham —dijo con voz calmada—. Ha pasado mucho tiempo.

Abraham se quedó mudo. Fleurette, que había acudido veloz atraída por el sonido de una voz, se asomó miró a Gustav en silencio.

—No tanto —dijo Abraham por fin—. No lo suficiente para que hayas olvidado mi nombre, al parecer. ¿Por qué me abandonaste, Gustav? ¿Por qué abandonarme después de haber pasado tantos meses a tu servicio? ¿Tan insignificante soy?

—No eres miembro de la Orden —replicó Gustav sencillamente—. Yo no creé la Orden y aunque superviso las actividades de quienes pertenecen a ella, no está entre mis atribuciones el decidir quién puede unirse o no a ella. Hice lo que tenía que hacer, al igual que tu. Pero me alegro de volver a verte.

—¿Quién eres? —preguntó Fleurette, y Abraham se volvió como si acabase de recibir un mordisco.

Gustav observó a la chiquilla, con expresión divertida.

—Si tuviésemos un par de cientos de años a nuestra disposición, niña, sería un placer para mí sentarme y contártelo. Desafortunadamente, en las actuales circunstancias ninguno de nosotros puede permitirse el lujo de perder tiempo holgazaneando.

—¿A que te refieres? —preguntó Abraham.

—A Montrovant, naturalmente —replicó Gustav. Dio la vuelta y se alejó por el pasillo, sin que pareciera importarle si se quedaban allí o lo seguían—. Lo tienes pegado a tus talones, según creo. A él y a otro.

Sería una necedad por nuestra parte subestimar al Oscuro cuando se toma el tiempo y el esfuerzo de abrirse paso hasta la misma puerta de nuestra casa.

—Entonces es una trampa, después de todo —exclamó Abraham siguiendo al viejo vampiro hasta un salón. El miedo que había sentido apenas unos segundos antes cedía ahora paso ante una curiosidad mezclada con ira—. Todo ha ocurrido con el único objeto de atraer al Oscuro hasta aquí. Y también a mí... si lograba sobrevivir, claro está. Dime, Gustav, ¿es que no podías simplemente haberte quedado en la montaña, haber guardado los tesoros, y haber esperado? ¿Porqué marcharse? ¿Por qué precisamente ahora? Sin duda sabes que la Iglesia está al corriente de vuestra marcha. Roma bulle con todos aquellos que quieren daros caza, y no todos carecen del poder para intentarlo.

Gustav no miró atrás, pero respondió rápidamente.

—No fue decisión mía, Abraham. Rara vez lo es. Ven. Muy pronto lo comprenderás todo.

En aquel momento doblaron una esquina y aparecieron frente a un inmenso portal, que conducía al interior de una amplia sala. Una mesa alargada y oblonga, construida en madera sólida y oscura, presidía el centro de la habitación. Alrededor de la mesa se disponían muchas sillas. En cada una de las sillas se sentaba un miembro de la Orden, observando el portal como si hubiesen estado esperando toda la tarde la aparición de Abraham. Encabezando la mesa, una figura que Abraham no había visto nunca descansaba con apariencia indolente.

El vampiro era viejo y de apariencia frágil, delgado hasta la consunción, con un largo, fino y blanco cabello que se derramaba desde la macilenta cabeza hasta la espalda como las flores de un diente de león ya marchito. Parecía como si, en cualquier momento, se lo fuese a llevar volando una ráfaga de viento.

Pero incluso a aquella distancia, los ojos del vampiro llamaban poderosamente la atención. En una habitación en la que cada rostro parecía un poco desbaratado, retorcido, o a punto de pudrirse, donde nada debiera haber asombrado, donde lo insólito y lo asombroso eran la norma, aquellos ojos destacaban sobre todo lo demás. Sonreían sin alegría, cerniéndose sobre la mirada de Abraham, robándole el movimiento, e imponiéndole un respetuoso silencio. Si Fleurette no hubiera advertido su repentina inmovilidad y le hubiera dado un pequeño golpe en la pierna, Abraham podría haber permanecido en

aquel mismo lugar, con la mirada fija sobre el viejo vampiro, durante horas.

–Kli Kodesh –jadeó. No era una pregunta. Nadie más podía ser. Con todo lo que estaba ocurriendo en el castillo y en sus alrededores, no había otro lugar donde uno pudiese esperar encontrar al Anciano.

–Y tú eres Abraham –replicó Kodesh, devolviéndole una sonrisa siniestra–. He oído que has traído a mi viejo amigo Montrovant directamente hasta nuestra puerta.

Abraham contempló al Anciano durante unos alargados y silenciosos instante antes de replicar, tratando de conciliar lo que veía con la imagen que de él, a través de las historias y leyendas, había construido en su mente. Resultaba difícil.

–No lo he conducido a ningún lado –acertó a decir por fin–. Yo lo seguí hasta aquí.

–Ya veo –replicó Kodesh, los ojos danzando con una agitación interior–. Y has llegado antes que él. Interesante método de seguir un rastro. Tendremos ocasión de discutirlo más adelante. Es suficiente con que haya llegado hasta aquí, tal y como yo había previsto.

En aquella situación, Abraham no pudo encontrar divertido el humor del Anciano. Hubiera dicho algo más si hubiera tenido ocasión, pero entonces Kodesh se levantó, imponiendo el silencio.

–Parece ser, según nos cuentan nuestros exploradores, que Montrovant y sus hombres han dejado el pueblo y están dirigiéndose hacia la montaña. Ha llegado el momento de prepararse para su llegada. Eso sin mencionar una apropiada bienvenida para Noirceuil, a quien no he tenido el placer de ver desde hace muchos años. Resultaría una interesante diversión si puedo arreglar un encuentro entre ambos en la montaña.

–Noirceuil es un cazador –Abraham interrumpió sus palabras–. Asesina a los de su propia especie.

–Creo que él tendría algo que objetar respecto a esa afirmación, mi joven e impetuoso amigo –replicó Kodesh de inmediato–. Noirceuil lucha en el ejército de Dios, y si hemos de dar crédito a sus palabras, él es el único guerrero cualificado en ese bando. Hará cuanto esté en su mano para enviar al Oscuro a su definitivo descanso, de eso puedes estar seguro. Noirceuil asesina en beneficio de la salvación de las almas, y aunque con un cierto exceso de celo en sus métodos, hay que reconocer que ha demostrado ser muy efectivo durante todos estos años. Resultaría realmente aburrido el tener que sentarse y contar el número de Condenados a los que ha enviado al otro mundo

desde su Abrazo. ¡Qué deliciosa ironía ha sido su existencia!

–Pero, ¿por qué atraerlo hasta aquí? –insistió Abraham–. Si tu propósito era conducir a Montrovant hasta una trampa, hasta un enfrentamiento final, ¿por qué añadir más dificultades? El cazador no ha venido por cuenta propia. Fue enviado por la Iglesia, por la Inquisición. Si él o su acompañante, ese Lacroix, no regresan, pronto todo este lugar estará infestada de agentes de Roma, revolviendo cada roca y cada árbol, buscando algo que sólo a duras penas alcanzan a comprender. ¿Por qué arriesgarse tanto?

Kodesh echó la cabeza hacia atrás y comenzó a proferir unos cacareos enloquecidos, apoyándose sobre el brazo de su silla. El súbito y descontrolado acceso de humor que se había apoderado de él estuvo a punto de arrojarlo al suelo.

–Si has oído algo acerca de mí, muchacho –Kodesh se volvió con una sonrisa cómplice hacia Gustav, que se sentaba ahora a su derecha–, y habiendo gozado de tan distinguida compañía, estoy seguro de que lo has hecho, sabrás que yo hago las cosas por una razón, y sólo por una razón. Porque alivian mi infinito y tedioso hastío. Porque me dan una razón para seguir con vida. A mí, que he hecho todo cuanto hay por hacer, y he visto todo cuanto hay por ver. Lo único que me queda es la mente, los sutiles matices de la voluntad, el empeño de un corazón contra la resistencia de otro. Eso es lo que me impulsa, lo que me hace pleno... y lo que me divierte.

Entonces la risa volvió a alzarse una vez más y el viejo, rindiéndose a ella, se agitó sobre su asiento.

–Déjame ayudar, entonces –exclamó Abraham atrevidamente–. Tengo tantas razones para odiar a Montrovant como cualquier otro que camine por la Tierra de día o de noche. Le he visto tomar la existencia de otro sólo porque a él le convenía. Quiero tomar parte en su destrucción, si ese es el fin de tu plan. Quiero ser parte de la Orden.

Repentinamente, Kodesh saltó de la silla, cayendo de pie sobre la mesa en un despliegue de velocidad y asombrosa agilidad que resultaba insólito en aquel cuerpo frágil y envejecido. Sus ojos ardían y a sus labios había asomado una sonrisa de desprecio.

–¿Serías uno de ellos? –los ojos de Kodesh examinaron cuidadosamente a Abraham, y luego se volvieron sobre la reunida multitud de sus propios seguidores–. ¿Caminarías junto a Gustav, para estudiar y controlar los secretos de las eras? ¿Harías frente a Montrovant, y a aquellos que lo seguirán para robar los tesoros y

hacerlos suyos?

Abraham trató de hablar, pero Kodesh lo envolvió fácilmente en su magnética mirada, avanzando hacia él con la gracia de un enorme felino a la caza. Quería huir. Pero al mismo tiempo, si hubiera tenido las fuerzas para hacerlo, no se habría movido. Era el momento que había esperado desde que abandonó las cavernas de Lori para presentarse frente a la puerta del castillo de la Orden, tantos años atrás. Moriría ahora en un segundo, o viviría, renacido, como algo nuevo.

–Podría funcionar... –Kodesh sonreía, asintiendo con la cabeza—. Te daré lo que les di a ellos, y tú a cambio serás mi cebo. Irás a ellos, a ambos, a Montrovant y Noirceuil y les mostrarás en qué te has convertido, lo que te ha sido dado, y a ellos les es negado. Entonces los guiarás a la destrucción... o tú mismo serás destruido en el intento. Al menos, por un breve momento, tendrás aquello que siempre has deseado, aquello con lo que has soñado durante los últimos instantes de cada noche, y durante tu descanso, bajo la luz del día. Serás uno más de la Orden de las Cenizas Amargas, guardiana de secretos.

Al instante Fleurette, que se había acercado hasta colocarse muy cerca de Abraham, lo sujetó del brazo.

–No lo hagas –dijo con voz llena de intensidad—. Está haciendo que suene como si fuese algo bueno, algo especial. Pero te enviará a la muerte.

–¿Y qué si es así? –replicó Abraham, apartando con esfuerzo su mirada de los ojos de Kodesh, profundos y oscuros como abismos, y posándola sobre los de ella—. Si muero, al menos lo haré intentando cumplir mi propósito.

–No. Si mueres a manos de Montrovant, no lo harás –dijo ella, sacudiéndolo por el brazo—. Harás como ese –se volvió hacia Gustav, señalando con un fino dedo su anciana figura, los ojos llameantes, las palabras arrojadas como escupitajos—. Le darás la vuelta a aquello que has creado, a aquel a quien le debes tu guía. Me harás lo mismo que ellos te hicieron a ti, abandonándome después de haberme arrebatado la vida y la esperanza de salvación. Te echarás una nueva Condena sobre los hombros y me dejarás aquí... ¿para qué? ¿Para servir? ¿Para buscar mi propio camino en el mundo alimentándome de todos aquellos que conocí en vida? ¿Sola?

Ella chilló entonces, arrojándose sobre Abraham con tan súbita furia que le hizo retroceder varios pasos. Tuvo que luchar varios instantes antes de que, con un profundo corte bajo su ojo, lograra

sujetarla por las muñecas e inmovilizarla. Pero incluso así siguió tratando de alcanzarlo, los ojos inundados por una helada cólera. Los pensamientos se arremolinaban en la mente de Abraham. Lo que ella había dicho era cierto.

–Basta –ordenó. Y aunque el fuego de sus ojos apenas disminuyó, ella obedeció el mandato. No tenía elección, forzada como estaba por el poder de la sangre. De otro modo, hubiera seguido luchando hasta que él hubiera tenido que tomar medidas más serias para detenerla.

–Está llena de fuego –cacareó Kodesh–. Estarías mejor si te libraras de ella.

–No –Abraham se volvió hacia él–. Haré lo que me has pedido. Los atraeré hasta aquí. Pero lo que me has ofrecido debes dárnoslo a los dos. Juré hace mucho tiempo que jamás arrastraría a ningún otro a esta infernal existencia, pero lo he hecho. No me convertiré en aquello que siempre he odiado. No la dejaré sufrir lo que yo he sufrido.

Kodesh dudó. Esto no entraba en sus planes, pero resultaba evidente que las acciones de Fleurette habían conseguido llamar su atención. Diversión. Entretenimiento.

Asintió.

–Sea. Doblaré las apuestas. Pero, recuerda, si la pierdes allá en la montaña, recaerá sobre tu conciencia. Venid ahora conmigo los dos.

Saltando de la mesa, Kodesh cayó de pie ante los dos y tendió una mano marchita hacia ellos. Instantáneamente, compelidos por una fuerza invisible, comenzaron a avanzar. Al principio, Fleurette trató de resistirse, pero en vano. Abraham se movía como si estuviera en trance, hipnotizado por el momento, por el extraño giro de los acontecimientos que lo había conducido hasta aquel lugar, en aquel preciso momento.

Sus movimientos se hicieron más firmes a medida que se acercaban. Kodesh envolvió a cada uno de ellos con un macilento brazo, mientras la locura iluminaba su rostro. No había otra manera de describir su expresión. Envolviéndolos con los brazos, acercó las muñecas hasta cada uno de sus labios y, sin esperar a que mordiesen, se empaló a sí mismo en sus colmillos. La violencia de la inesperada acción los levantó del suelo. Por un momento ambos se debatieron, y al instante sus expresiones cambiaron, sutilmente... y por completo.

Sus ojos se abrieron al unísono, llenos de asombro, y al instante las mandíbulas aprisionaron con avidez la anciana carne. Kodesh se

tenso durante un largo instante, sintiendo la sangre fluir de sus venas. La figura de Kodesh, los brazos extendidos y las muñecas atravesadas por mordiscos gemelos, remedaba de pronto una absurda parodia de la crucifixión, símbolo de la misma Iglesia que intentaba cazarlos. Entonces se sacudió y ellos salieron despedidos lejos, y cayeron rodando sobre el suelo. Durante un rato ninguno de los dos se movió. Kodesh cruzó los brazos sobre su pecho, cerró los ojos y agachó la cabeza. Y cuando, al cabo de un instante, volvió a levantarla, su oscura y burlona sonrisa se había convertido en la enloquecida expresión de algo mucho más salvaje.

–Ha comenzado –dijo sencillamente mientras, primero Abraham, luego Fleurette, se alzaban sobre sus rodillas y, por fin, se ponían en pie.

Abraham se miró las manos y después se volvió, levantando la mirada hacia Kodesh. Trató de hablar pero las palabras no acudieron a sus labios.

–Yo...

–Ve –dijo Kodesh con voz amable–. Vuelve por el mismo camino por el que entraste, a través del túnel, y encuéntralos. Si te topas primero con Noirceuil, utilízalo para atraer la atención de Montrovant.

–¿Y si atraemos demasiado su atención? –la voz de Fleurette resultaba ahora más melosa y suave, y más fría al mismo tiempo. Sus ojos no se humillaron cuando Kodesh se volvió para atraparla de nuevo con su mirada.

–Entonces, joven, será mejor que estéis preparados para luchar –replicó con una sonrisa–. Noirceuil no se dejará impresionar por vuestra nueva y preciosa sangre. Querrá evitar que transmitáis su maldición a otras almas mortales.

Fleurette asintió y, seguida por la consternada mirada de Abraham, dio la espalda al Anciano y, sin mirar atrás, se encaminó de vuelta al pasadizo. La observó por un instante, y entonces se volvió una vez más hacia la mesa, donde la risa de Kodesh resonaba de nuevo.

–Será mejor que te apresures, amigo Abraham –se burló Kodesh con su voz quebrada–. No parece que esté muy dispuesta a esperarte.

Abraham dio la vuelta y siguió a toda prisa a Fleurette hacia el interior del corredor y escaleras abajo, acelerando su paso mientras la demente risa repicaba a su espalda. Su manera de sentir y su manera de pensar habían cambiado en un sencillo instante. Había aguardado,

lo había añorado, había soñado con ello... y ahora era suyo. El regalo. Ya era uno de ellos. Pero no tenía tiempo de saborearlo. Podía sentir con absoluta claridad las cosas que lo rodeaban. Podía sentir que el hambre, tan enloquecedora hasta entonces, había remitido. Todavía estaba allí, pero tan tenue, tan débil, tan insignificante que al principio costaba reconocerla.

Fleurette no poseía experiencias anteriores con las que comparar. No sabía en qué medida le habría afectado la sangre de Kodesh, pero su actitud le seguía resultando molesta.

Cuando hubo descendido el segundo tramo de escaleras y se disponía a internarse en el pasadizo que conducía al túnel, la tomó por los hombros bruscamente, y la hizo volverse para situarla frente a él. Durante unos instantes no dijo nada, limitándose a sostener su mirada.

–¿Qué estás haciendo? –dijo después de un prolongado silencio–. ¿Por qué no huyes?

–Si realmente pudiese escapar, ten por seguro que lo haría, ahora mismo –le espetó–. Dos veces, ¡dos!, has cambiado mi vida en menos de una semana, y en ninguna de las dos ocasiones se me ha permitido tomar la decisión. Vine aquí porque tu voluntad me obligó, y porque con mi nueva hambre, necesitaba tu ayuda y tu enseñanza para sobrevivir. Tan seguro como que ahora estamos hablando que me hubieras abandonado sin vacilar. Y ahora, en un arranque de culpa ante mis acusaciones, todas ciertas, me arrastras también hacia esto. ¿Acaso se te ocurrió preguntar si yo deseaba este *regalo*? No. No lo pensaste ni por un momento.

–Yo... –la miró avergonzado y, por segunda vez aquella noche, supo que estaba en lo cierto–. Lo siento –dijo, demasiado tarde, e inútilmente.

Dándole la espalda, ella siguió su camino hacia el túnel, apartó la losa de piedra a un lado, y se asomó a la oscuridad que había más allá.

–Lo discutiremos cuando esto haya acabado –dijo con voz desapasionada–. Siento que tu dominio sobre mí se ha roto. Puede que tengamos que comprobar si es cierto.

Entonces se adentró arrastrándose en el túnel. Abraham la siguió como pudo, esperando que su ira no los arrojase a una situación que no estaban preparados para enfrentar. Lo peor de todo era la certidumbre de que a ella no le importaría si ocurría así. Para ella, Noirceuil podía ser la mejor respuesta de todas. Al menos su mente estaba clara y ordenada.

Rápidamente, la oscuridad se los tragó.

_____ 17 _____

En cuanto el sol se hubo puesto, Noirceuil, tal y como Lacroix sabía que haría, retornó a la entrada de la pequeña caverna. No intercambiaron una sola palabra. El cazador se acuclilló inmediatamente frente a la grieta. El propio Lacroix, cuya resistencia había cedido al fin ante los rigores del largo y duro viaje, acababa de despertarse de un prolongado sueño. Posiblemente el último de que disfrutaría durante mucho tiempo.

Noirceuil husmeó en la entrada, ligeramente al principio, apoyado sobre los talones, y balanceando la cabeza de un lado a otro. Por su aspecto parecía un animal que hubiese perdido el rastro, y esto preocupó a Lacroix más que ninguna otra cosa a la que hubiese asistido desde que viajaban juntos. Algo andaba mal, o al menos no exactamente como Noirceuil había esperado. El suyo era un arte de precisión. Si les otorgaban a sus enemigos incluso un momento de ventaja, bien podría ser el último de su existencia.

Sin vacilación, Lacroix volvió hasta la roca junto a la que había estado durmiendo, desenfundó la espada y vigiló las sombras que rodeaban el pequeño claro con ojos llenos de inquietud.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

Noirceuil no contestó de inmediato. Cuando por fin dio media vuelta, agitando la cabeza, su voz apenas resultaba audible.

—No están aquí. Puede que hayan salido por este lugar, o que se hayan internado aún más en la grieta. No estoy seguro. Creo que han estado aquí... en la última hora, más o menos, pero el rastro es demasiado tenue como para poder asegurarlo.

Noirceuil se volvió hacia Lacroix, perforándolo con la mirada.

—¿Por qué no estabas vigilando la entrada?

La mirada de Lacroix se estrechó mientras observaba a su compañero regresar desde la entrada de la cueva.

—No habías vuelto todavía, y nunca había visto a uno de ellos tan temprano, no antes de que tu hubieras vuelto. Pensé que no era tan tarde como para empezar a preocuparse.

Por un momento dio la impresión de que Noirceuil se disponía a decir algo, pero finalmente se detuvo, moviendo la cabeza de un lado

a otro.

–Bien. Se han marchado. Debemos hacernos a la idea de que pueden despertar antes que la mayoría de los de su especie, y de que pueden encontrarse aquí, a nuestro alrededor.

El cazador maldijo en silencio, escudriñando las sombras. Mientras tanto, el corazón de Lacroix comenzaba a calmarse un tanto. Con Noirceuil a su lado se sentía al menos capaz de enfrentarse con cualquiera de sus presas. Pero ahora parecía como si ellos mismos se hubieran convertido en las presas. Había visto caer a demasiados de sus enemigos como para pensar que las posibilidades estaban demasiado en su contra, pero odiaba ser sorprendido con la guardia baja. También odiaba aparecer como un idiota. Y en cuanto a esto, la expresión pintada en el rostro de Noirceuil unos momentos antes había resultado bastante elocuente.

No captaba ningún movimiento cerca de ellos, pero algo hizo que los pelos de la parte trasera de su cuello se erizaran. Al momento supo que no estaban solos.

–Están aquí –jadeó.

Noirceuil asintió en silencio. Se había situado con la piedra a su espalda y su postura era la de una cobra erguida, dispuesta para golpear. No había miedo en él, ningún pensamiento de derrota. Sólo quería un objetivo. Por su parte, Lacroix no parecía tan impaciente como su compañero por enfrentarse con unos vampiros capaces de despertar tan temprano, pero al menos estaría menos inquieto una vez que los tuviera a la vista. Si iba a morir, prefería tener a la vista el instrumento de su muerte.

Entonces se escuchó un crujido a su izquierda, y concluyó la espera. La chica había aparecido a la vista, con las manos en la cintura, observándolos como si no fuesen más que alimañas retorciéndose en una esquina de su cocina.

Otro sonido a la derecha, y Abraham apareció en el extremo opuesto del claro, una expresión oscura y enigmática en sus ojos. Noirceuil osciló de un lado a otro, mirando hacia a él, luego hacia ella, sereno.

Entonces su cuerpo se tensó.

–¿Qué ocurre? –preguntó rápidamente Lacroix. Su primer pensamiento fue que los dos no estaban solos y su mirada comenzó a moverse salvajemente de un lado a otro. Pero no había nadie más a la vista.

–Algo va mal –dijo Noirceuil con calma—. No son como deberían.

Hay algo más en ellos. Mira su piel...

Lacroix lo hizo, forzando la vista para penetrar la tenue luz. Eligió a la chica, cuya visión resultaba más agradable. No le pareció muy diferente de cualquier otra chica, si acaso algo más pálida. Miró con más atención. Noirceuil no gritaría "lobo" de no encontrarse frente a un lobo.

Entonces advirtió dos cosas. En primer lugar, la muchacha no mostraba el menor signo de miedo. A estas alturas, ya debía saber quién era Noirceuil y por qué los estaba persiguiendo, y ella era muy joven en su Condenación. Y en segundo lugar, su piel estaba aún más pálida de lo que había creído al principio, casi se diría que translúcida, y en el interior de sus ojos resplandecía una luz profunda e intensa. Lacroix había visto centenares de vampiros, pero había algo diferente, algo intimidatorio, en la apariencia de aquella. Se volvió hacia el lugar en el que Abraham había hecho su aparición, pero allí ya no había nadie.

En aquel mismo instante, Noirceuil dio un salto, moviéndose con imposible velocidad hacia donde la chica permanecía, mirándolo fijamente. Ella no se movió y, por alguna razón, esto asustó a Lacroix. Se abalanzó sobre su compañero, tratando de sujetar su capa, sabiendo que era demasiado lento, que era demasiado tarde.

Abraham surgió de entre las sombras como una oscura daga, rebanando el aire. Cayó sobre Noirceuil desde un lado, derribándolo sobre el suelo. La chica se esfumó de la vista y, mientras un gruñido de furia se elevaba desde la garganta del cazador, respondido por un chillido del vampiro, Lacroix se volvió hacia su derecha, girando y desplazándose a lo largo de la pared de roca, con los ojos lanzando miradas de terror hacia las sombras que parecían cernirse sobre él.

Agachándose tan deprisa como pudo, se volvió a mirar hacia el lugar por el que Noirceuil se había sumergido entre las sombras. Nada. Los dos habían desaparecido de la vista, y ahora él se encontraba solo. Sacó de su vaina la estaca que portaba junto al corazón y, sin un pensamiento, su mano se deslizó para aferrar el crucifijo de plata que llevaba en torno al cuello. Sabía que ambos eran gestos fútiles. Ninguna de sus "presas" estaba a la vista. Cuanto más tiempo pasase sin saber nada de Noirceuil, más aumentaría la certeza de que su compañero había encontrado por fin la horma de su zapato.

Entonces se alzó un agudo grito. Lacroix pudo reconocer la voz de Abraham. Era un aullido de dolor. Lacroix corrió hacia él. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero lo que sí sabía era que si podía

mantener a Noirceuil a su lado y con vida, tendría más posibilidades de ser juzgado ante las puertas de San Pedro en vez de en este oscuro bosque.

Avanzó agachado, buscando cuidadosamente cualquier señal que revelase la presencia de la chica. Llegó hasta el linde del claro y se arrojó, profiriendo una maldición apagada, por el mismo lugar por el que los dos antagonistas habían desaparecido apenas unos momentos antes. Hubo un sonido más adelante, pisadas apresuradas, una refriega, y otro grito, esta vez proferido por Noirceuil. Lacroix se apresuró esquivando los árboles y pudo ver a Noirceuil y Abraham hechos un ovillo, las manos en el cuello del otro, los ojos apenas separados por unas pulgadas, rodando por el suelo.

Resultaba evidente que se encontraban exhaustos, pero lo que heló a Lacroix en el sitio fue el rostro de Noirceuil. Los ojos estaban más abiertos, la mirada más intensa, y resplandecía con odio profundo y rojizo. Sus manos se clavaban en la carne de su oponente como garras, con una ferocidad que nada tenía que envidiar a la del Condenado. Lacroix se detuvo, y luego dio un paso atrás.

—No —jadeó.

Noirceuil le escuchó, volviendo aquellos ojos de animal hacia su compañero.

—¡Ven y ayúdame, idiota!

Lacroix agitó la cabeza, sin decidirse a avanzar. Sus labios se movían, pero ningún sonido brotaba de su garganta. De pronto, todos los hechos y los acontecimientos comenzaban a encajar, tomando un lugar preciso en su memoria y en sus pensamientos, hurtándole la concentración.

—No —repitió. Dio otro paso atrás, y fue entonces cuando sintió el suave contacto de una mano sobre su hombro.

Girando sobre sí mismo, se encontró frente a la chica, cuyos ojos palpitaban con hambre. Se le acercaba. Blandió la estaca frente a ella, tratando de clavarla en su corazón y de huir, correr hasta su caballo y después escapar a la carrera, lejos de esta montaña, hasta Roma, hasta cualquier lugar, cualquiera menos aquél.

Ella lo cogió por las muñecas con facilidad, las retorció y arrojó el arma de madera hacia las sombras con un desdeñoso movimiento de la mano. No parecía tener ninguna prisa para acudir en ayuda de su compañero. En cambio, su atención estaba fija en Lacroix, en su garganta, en el suave pulso de su sangre que se volvía más fuerte y más salvaje a cada segundo que pasaba.

Lo agarró del brazo, y con un súbito tirón lo atrajo contra su pecho, casi haciéndole perder el equilibrio.

—Al suelo, idiota —Noirceuil siseó a su espalda.

No sabía qué otra cosa hacer, así que obedeció. Se echó al suelo delante de ella y se arrastró, aterrorizado. Al cabo de un instante, ella soltó su brazo y pasó sobre él, dejándolo atrás. No trató de buscar la estaca. Rodó por el suelo y buscó refugio entre las sombras.

A su espalda, pudo escuchar cómo la muchacha dejaba escapar un siseo, avanzaba lentamente varios pasos hacia él, y al fin se detenía. La otra batalla debía de estar decantándose en favor de Noirceuil. Ella no lo siguió, y Lacroix se encontró de nuevo en el claro, corriendo hacia su montura, en cuestión de segundos. Noirceuil, su misión, todo olvidado, salvo la huida.

Se encaramó a la silla, soltó las riendas del lugar donde las había atado la noche anterior, y espoleó al caballo. El animal, aterrorizado, lanzaba agudos relinchos y coces, pero Lacroix logró dominarlo. Momentos más tarde volaba bosque a través, sin preocuparse por el azote de las ramas sobre su rostro. Rezó por no destrozarse una rodilla contra un árbol mientras su caballo atravesaba las sombras como una exhalación.

No había ido muy lejos cuando lo sorprendió otro sonido. Por un instante trató de averiguar su procedencia, pero el terror se había apoderado de sus pensamientos, y no reparó en el retumbar de cascos hasta que irrumpió en el camino. St. Fond y du Puy, sorprendidos por su repentina aparición, lanzaron gritos roncocos mientras pasaba junto a ellos. Suponiendo de quiénes debía tratarse, espoleó a su caballo aún con más fuerza, lanzándose a velocidad de vértigo en dirección opuesta a la montaña. St. Fond se volvió, a punto de correr tras él, pero du Puy negó con un gesto de la cabeza. En vez de eso, ambos se internaron entre los árboles por el mismo lugar por el que Lacroix había aparecido, siguiendo en sentido contrario sus huellas.

Más atrás, por el mismo camino, Montrovant y los otros vieron aparecer la apresurada figura de entre las sombras, dirigiéndose en línea recta en dirección a ellos. Un grito agudo se elevaba desde lo más profundo de su garganta. Sin un sonido, se hicieron a un lado.

Le Duc observó al enloquecido jinete pasar como una ráfaga de viento junto a ellos, y se volvió a Montrovant, con una silenciosa pregunta en los ojos. El Oscuro sacudió la cabeza.

—Déjalo ir. Es aquello de lo que huye lo que nos concierne.

Volviendo de nuevo al camino, Montrovant clavó las espuelas en los flancos de su caballo y reanudó su marcha. Al cabo de unos metros, abandonó el camino y se hizo a un lado, por donde sus hombres acababan de internarse entre las sombras. Encogiéndose de hombros, Jeanne y los otros lo siguieron.

Momentos después aparecieron en el claro, donde se desarrollaba una escena salvaje. Fleurette había conseguido apartar a Noirceuil de Abraham, pero a éste último le costaba levantarse, y el cazador se había vuelto hacia ella, preparado para descargar su golpe.

En aquel momento, St. Fond y du Puy habían aparecido entre los árboles, cargando en línea recta contra los dos antagonistas. Abraham, aunque estaba herido, había logrado echarse a un lado y había desaparecido entre las sombras una vez más. Los dos caballeros, inflamados por la energía y la adrenalina de la carga, desenvainaron las espadas e hicieron girar a sus monturas, dispuestos a enfrentarse con cualquiera que se interpusiese en su camino.

Noirceuil dejó escapar un gruñido de frustración, volviéndose para enfrentar el nuevo peligro. Dudó por un instante. Deseaba saltar sobre Fleurette e ignorar a los dos caballeros, pero al mismo tiempo quería cargar sobre ellos. La decisión quedó clara segundos más tarde, cuando Montrovant apareció siguiendo a los caballeros, con Le Duc a su lado.

El Oscuro sólo necesitó un instante para evaluar la situación. Rápidamente, lanzó su caballo a la carga. Con sus cuartos delanteros propinó un fuerte golpe a Noirceuil, y lo envió dando tumbos hacia las sombras. Pero el cazador no perdió el control de sí mismo y, mientras pasaba junto a Fleurette, lanzó con sus afiladas garras una rápida y mortal estocada sobre su rostro. Ella logró esquivarlo y se dirigió hacia los árboles. Le Duc la interceptó, obligándola a detenerse y ella trató de escapar en dirección opuesta. Pero allí se encontraba St. Fond, mirándola fijamente, con la espada desenvainada.

Profiriendo un grito de furia, Noirceuil se perdió entre las sombras que los rodeaban.

—No se ha ido —exclamó Montrovant. El Oscuro vagó de un lado a otro del claro, examinando las señales de lucha, y entonces miró por un momento a la muchacha.

—Hay otro. Manteneos juntos. Hagáis lo que hagáis, permaneced todos a la vista de algún otro, y no os acerquéis demasiado a esas sombras.

Se movió entonces con asombrosa rapidez, desmontando y yendo a colocarse junto a Fleurette. La miró de arriba abajo, reparando en su joven figura, la profundidad de sus ojos, y la fría, inquebrantable fortaleza de su mirada.

–¿Cuánto hace? –preguntó con calma.

Ella no contestó. Se limitó a devolverle la mirada. Él se acercó aún más, como si se dispusiese a tocar sus hombros, y enseguida se apartó.

–¿Cuánto hace desde tu Abrazo?

Tampoco esta vez hubo respuesta. De pronto, un grito proveniente de los árboles cercanos arrancó una maldición de los labios de Montrovant. Se hizo a un lado, dirigiéndose hacia la oscuridad, y Le Duc dio varios pasos tras él. En aquel mismo instante, con la atención de los caballeros distraída, ella desapareció. St. Fond y du Puy intercambiaron miradas de consternación, pero no la siguieron. La palabra de Montrovant era ley, y tampoco tenían prisa por averiguar que era aquello que se escondía entre las sombras y a lo que el Oscuro parecía temer. Era mejor contar con un poco de campo abierto para luchar.

Montrovant y Le Duc, confluyendo desde lados opuestos, se encontraron con Noirceuil y Abraham, todavía enzarzados. Uno de los brazos de éste último pendía herido, inútil a su lado. El cazador lo había acorralado contra un árbol, pero no parecía tener la fuerza suficiente para descargar el golpe definitivo. Montrovant tiró de las riendas, observando la escena un instante, y entonces dio rápidamente la vuelta.

–Ahora –dijo el Oscuro en voz baja–. Ahora es el momento.

Sin una palabra más, se lanzó a la carrera hacia el acantilado. Le Duc, acostumbrado a tan repentinas decisiones, siguió a su señor, dejando que los dos vampiros terminasen su combate como pudieran. Pocos segundos después, se encontraban frente al acantilado, severo e impassible. Pero antes de que Jeanne pudiera pronunciar palabra, Montrovant desmontó, se agachó y se acercó a la pequeña grieta que se abría en la pared de roca.

Era una cueva. Una abertura en el muro. Una puerta. Jeanne esbozó una sonrisa y se dispuso a desmontar. Montrovant ya estaba desapareciendo en el interior del oscuro agujero cuando Le Duc puso pie a tierra y abandonó el claro dejando su caballo, sus pertenencias, y probablemente su misma existencia tras de sí.

–¿Dónde conduce? –preguntó con voz ronca.

–Hacia el interior y hacia arriba –replicó Montrovant suavemente–. ¿Pudiste verlos, Jeanne? Abraham, aquel a quien abandoné a la muerte en la fortaleza, y la chica, muy joven en la Sangre... y a pesar de todo eran muy fuertes. Su sangre era diferente, poderosa...

–La Orden –murmuró Jeanne.

–Así es –replicó Montrovant–. Y este es el único camino que podrían haber seguido para llegar tan rápidamente desde su fortaleza. Hace un rato sentí los caballos de los otros dos, los cazadores, en este lugar, y me pregunté por qué se encontrarían aquí. Si Abraham y la chica hubieran venido por el otro camino, se habrían topado con nosotros, no con ese extraño.

–¿Por qué hemos venido, en vez de quedarnos a ayudar a los otros? –preguntó Jeanne, sintiendo una punzada de culpa latiendo en su pecho.

–Tus palabras, en la posada –gruñó Montrovant, mientras se arrastraba rápidamente hacia el interior de la montaña–. Kodesh habrá supuesto que me quedaría a luchar. El extraño era un cazador, y por lo poco que pude ver del equipaje en su caballo, enviado por Roma. Caza a los suyos, Jeanne. Kli Kodesh sabía que esto me enfurecería. Espero que cuente con tenerme ocupado durante un buen rato. Me alejé de la batalla porque era precisamente la última cosa que deseaba hacer. Pronto sabremos si mi decisión ha sido acertada o si, una vez más, ha jugado conmigo como si fuera una marioneta.

Jeanne sonrió entre las sombras y lo siguió. Pronto llegaron junto al primer portal, que estaba abierto, y lo atravesaron. Jeanne vaciló, considerando la posibilidad de cerrarlo tras de sí, pero la desechó. Una vez que estuvieran en el interior, poco podía importar quién los siguiera. Si otros venían tras ellos y provocaban alguna agitación, tal vez la atención de sus habitantes se apartara de Montrovant y de él mismo. Siguieron por el pasadizo hasta llegar al segundo portal. Éste permanecía cerrado. Montrovant se entretuvo unos segundos con él hasta que, con un jadeo de satisfacción, logró abrirlo. En silencio, lo atravesaron y penetraron en el interior de los niveles inferiores del castillo. La losa fue devuelta a su lugar y ellos se perdieron por el pasadizo, y hacia las escaleras que había más allá.

* * *

Fleurette, inmóvil bajo las sombras que proyectaba un enorme y

viejo roble, observaba a los dos caballeros. El hambre sólo era un impulso apagado, y no sentía la necesidad de alimentarse, pero al mismo tiempo no la complacía quedarse donde estaba, sin hacer nada. Fundiéndose con las sombras, rodeó el claro hasta que volvió a captar los ruidos de la lucha arrastrándose hasta sus oídos.

Acelerando el paso, irrumpió en el claro justo a tiempo para ver la figura de Noirceuil, inclinado sobre la figura inerte de Abraham. Su brazo se alzaba muy alto sobre la cabeza y una hoja relucía con un brillo intenso en su mano. Abraham había agotado sus fuerzas, pero Fleurette estaba segura de que todavía no estaba muerto. No sabía exactamente el porqué, pero algo le decía que en el preciso momento en que él dejase de existir, ella lo sentiría, y ese sentimiento la haría daño, mucho daño.

Con un gruñido apagado, saltó de entre las sombras y desenvainó su pequeña daga. En vida la había servido bien, siempre pegada a su muslo. Se sintió confiada al notar el familiar tacto de la empuñadura en su mano. Como aquella vez, la última, cuando Abraham había acudido en su ayuda allá en el callejón, tan lejos en el tiempo, tantas millas hacia el pasado.

Noirceuil se sobresaltó y comenzó a darse la vuelta, pero era demasiado tarde para evitar la carga. La hoja se clavó en su garganta, haciéndolo caer sobre el suelo. Ella lo siguió, girando con el impulso de la embestida y extrajo la daga mientras volvía a ponerse en pie. Sus movimientos eran más rápidos de lo que hubiera creído posible en vida, su agilidad la de un gran felino, pero Noirceuil era más viejo, más rápido, y había estado luchando con los muertos durante muchísimo más tiempo.

Él dejó escapar un bramido de furia, cambiando su propia hoja de mano, y girando para alejarse. Se levantó. Se llevó la mano a la garganta y presionó la herida, que rezumó durante un instante. La sangre relució bajo la luz de luna que se filtraba entre las copas de los árboles. Entonces se movió. Fue hacia ella directamente, sin quiebros ni fintas. Era más fuerte que ella, y pensaba aprovecharse de esa ventaja para hacerla caer al suelo y allí poner fin a su existencia con rapidez.

Eso la enfureció. Durante toda su vida había tenido que enfrentarse con hermanos mayores, guerreros y borrachos de las tabernas. No se amilanó ante la carga de Noirceuil, sino que lo esperó, el cuerpo preparado y en el rostro una mueca de fingido terror. Los ojos de él centellearon y saltó. Ella se hizo a un lado con rapidez y le

propinó una patada mientras pasaba a su lado.

La hoja del cazador cortó el aire, pero sólo eso, y el impulso le hizo tropezar. Ella aprovechó el momento y asestó una profunda puñalada sobre su hombro. Tirando de la daga hacia sí, abrió una herida alargada por toda su espalda. Él se revolvió y le arrebató el arma de las manos de un golpe, haciéndola gritar. Con movimientos armoniosos, casi una danza, ella retrocedió hacia el claro. Noirceuil rugía de dolor y frustración.

Giró sobre sí mismo y volvió a acercarse a ella, esta vez con más cautela, vigilándola. Fleurette sabía que no podría engañarlo una segunda vez, y ahora estaba desarmada. Sus ojos recorrieron los alrededores en busca de algo que pudiera utilizar para defenderse, pero lo único que vieron fue el cuerpo inerte de Abraham, tendido de bruces sobre la hierba.

Se mantuvo inmóvil, mientras Noirceuil, acercándose, le dedicaba una sonrisa.

–Eres muy ágil, pequeño demonio –dijo él, con voz silbante–, pero eso no te servirá de nada contra mí. Te voy a enviar de vuelta con tu oscuro señor. A ti y a tu Condenado hacedor. No derramarás más sangre inocente. Tu hambre no se llevará más hijos de Dios.

–Eres un necio –contestó ella, calmada–. No eres diferente a mí. No eres mejor. Te alimentas de aquellos a los que yo dejo tras de mí, utilizando su sangre para prolongar tu perversa existencia, jugando a ser Dios, y erigiéndote en juez de los Condenados.

–Puede que sea un Condenado –replicó Noirceuil–. Pero lo soy para cumplir los designios del Señor. No te equivoques. Eres una abominación a Sus ojos, y voy a expulsarse de Su mundo.

Fleurette vio que el cuerpo de Abraham comenzaba a moverse, vacilante. Se mantuvo quieta en el mismo lugar.

–No. Sólo te sirves a ti mismo. O a Satanás, si es que tal criatura existe. Ningún Dios permitiría que sus hijos se convirtieran en lo que nosotros somos. ¿Quién eres tú para decidir lo que es malvado, y lo que no lo es?

Noirceuil vaciló. No muy a menudo se le presentaba la oportunidad de explicar a su víctima el porqué de la ejecución. Y el orgullo era su más apreciado pecado.

–Conozco a Dios mejor de lo que imaginas, niña. He conocido su amor, y su salvación. Me han sido arrebatados, pero aún recuerdo el dolor. No permitiré que continúes con vida, para arrancarlos también de los corazones de otros. Debes ser destruida.

El grito de Abraham se alzó, estrepitoso, aterrador. De rodillas, extendió el brazo hacia la espada que momentos antes había dejado caer al suelo. Asiéndola por el mango, ignorando los profundos cortes que recorrían su mano, la levantó y, con un repentino y poderoso latigazo, impulsándola con una oleada de ciega furia, la arrojó hacia Noirceuil.

La hoja atravesó el aire, dando vueltas como una enorme daga. Fleurette contempló su vuelo, hipnotizada por el reluciente acero. Noirceuil fue demasiado lento. La hoja giró, avanzó, se abatió de lado sobre él con precisión imposible, y se abrió paso con facilidad a través de su garganta, cercenándola. La cabeza, separada de los hombros, salió despedida dando vueltas hacia la oscuridad, un esbozo de gruñido en los labios, y una expresión de perplejidad y ultraje cosida sobre las facciones.

Su cuerpo aún avanzó unos pasos. Con los brazos extendidos, como si intentase alcanzar a Fleurette. Inmóvil, ello lo observó acercarse. Entonces se desplomó sobre el suelo, y ella se volvió, apresurándose junto a Abraham y tomándolo en sus brazos.

—Rápido —jadeó él, tratando de incorporarse. Ella lo ayudó a ponerse en pie, y salieron tambaleándose del claro—. ¿Dónde está Montrovant?

—No lo sé —dijo ella—. Él y su compañero abandonaron el claro en cuanto Noirceuil fue tras de ti.

Maldiciendo, Abraham se volvió para observar la silueta de la montaña.

—Entonces, puede que sea demasiado tarde para detenerlo —dijo con voz entrecortada. Lentamente, su brazo comenzaba a curarse, pero todavía no podía utilizarlo, y su peso muerto lo frenaba. Aun así, avanzó sin vacilación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fleurette en voz baja.

—No se quedó a luchar —Abraham maldijo—. Fue a por el Grial. Tenemos que llegar allí, y tratar de impedir que lo consiga.

Aunque ella creía para sí que Kli Kodesh había anticipado esta posibilidad, lo ayudó a caminar apoyando parte de su peso sobre su hombro. Lo menos que podía hacer por él era escoltarlo hasta aquello que el destino le tuviera reservado. Así abrazados, los dos se apresuraron de vuelta al acantilado y el túnel. Se introdujeron en la cueva, y desaparecieron de la vista.

Gustav y Kli Kodesh se encontraban sobre las murallas del castillo, con la mirada fija en las montañas que se extendían debajo de ellos. Ninguno de los dos había pronunciado palabra desde que salieran al aire libre. La tensión que flotaba en el aire hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Finalmente, Gustav no pudo contenerse.

–Tú los condujiste aquí, a todos ellos. Dedicaste años a construir este lugar, a esconderlo, y fortificarlo, utilizándonos para ello. Hemos trabajado largo y tendido, y hemos sacrificado en la tarea más de lo que me atrevo a pensar.

–Sí –Kodesh asintió, sin prestarle demasiada atención–, y lo habéis hecho bien.

Gustav se detuvo, sujetando al Anciano por los hombros y empujándolo contra el muro de piedra, con los ojos encendidos por la ira.

–¿*Por qué* lo hemos hecho? ¿Por qué haces que nos movamos por este ridículo tablero de ajedrez pretendiendo que conoces a tu oponente y entonces te ríes y nos arrojas a un lado, sacrificándonos antes de que el verdadero juego comience?

Kodesh pareció desconcertado por unos momentos. Parpadeando lentamente, miró a Gustav mientras una lenta sonrisa se dibujaba en su rostro.

–No vais a ser sacrificados, viejo amigo. Tal y como he dispuesto las cosas, no existe siquiera una remota posibilidad de que perdáis. Piénsalo un momento. En el mundo hay sólo unos pocos que podrían dar con vosotros y que podrían, eventualmente, suponer un peligro para todo lo que habéis construido. Lo que he hecho ha sido asegurarme de reunirlos a todos aquí para librarme de ellos de una vez. Eso es todo.

Gustav miró al Anciano con expresión sombría.

–Eso es absurdo –dijo despacio–. Yo mismo podría haberlos destruido fácilmente mientras estábamos en Roma, y lo sabes. Tengo poder y conocimiento más que suficientes para engañar a Montrovant y atraerlo a una trampa. Habría acudido. Y con Montrovant eliminado, los otros ni siquiera hubieran aparecido.

Kodesh lo observó por un instante antes de contestar.

–Es cierto que has aprendido mucho, Gustav, secretos guardados

por Santos durante tanto tiempo que se hubieran derrumbado convertidos en polvo si no se los hubiéramos arrebatado de las manos. Los libros, el aprendizaje, los años, todo ello te ha servido bien. Estoy muy satisfecho de haberte elegido cuando lo hice, y hasta el día de hoy has desempeñado una excelente labor como guardián. Pero sabe esto: esos secretos están escondidos por buenas razones. He dispuesto que estuvieran encerrados aquí, más allá incluso de tu alcance, porque no estoy preparado para afrontar la responsabilidad de verlos desencadenados sobre el mundo.

–Jamás he planeado liberar ninguno de ellos --dijo Gustav, sintiendo que su ira volvía a crecer--. Todo lo que hubiera hecho es utilizarlos para destruir a Montrovant. Eso es todo.

–No comprendes la naturaleza de esos objetos --replicó Kodesh, con la mirada perdida en el vacío--. De verdad creo que piensas que eso es lo único que hubieras hecho, y no tengo la menos duda sobre que hubieras logrado tu objetivo. Hay algunos objetos realmente poderosos bajo tu custodia. Pero el poder habría acabado por corromperte. No inmediatamente, quizá, pero, ¿qué es el tiempo para los que son como nosotros, Gustav? El simple hastío de la existencia te habría hecho caer. Entonces no hubiera quedado nadie para oponerse a ti. No se puede luchar contra los años, Gustav. Es una batalla perdida. Cada década que pasa, cada siglo, un poco más de lo que un día fuiste se pierde, y va creciendo en ti la frenética necesidad de reemplazarlo con algo, con cualquier cosa. El problema es que nada puede hacerlo. Nada puede reemplazar esos vacíos que van quedando en tu interior mientras te desintegras, y te conviertes en un monstruo.

La ira de Gustav, a punto de desbordarse en su mirada apenas un instante atrás, se había calmado ante las palabras de Kodesh. Sacudiendo la cabeza con resignación mientras se alejaba, escupió su respuesta:

–Entonces yo no he sido otra cosa más que un débil y fallido intento de llenar los vacíos de *tu* propia decadencia. Los has atraído aquí y les has ofrecido alguna posibilidad de éxito, sólo para que yo pueda divertirme intentando detenerlos. Puede que tus palabras sobre el poder sean ciertas, amigo mío, pero en tal caso, tú mismo eres el más claro ejemplo de toda la Historia. Mi única pena es que un día me sentí orgulloso de formar parte de todo esto.

Alejándose con largas zancadas, Gustav atravesó uno de los arcos de piedra y se perdió, escaleras abajo, hacia las profundidades

del enorme castillo. No miró atrás una sola vez, y Kodesh no hizo ademán alguno de seguirlo, o continuar la conversación. Sus ojos se habían oscurecido por un instante, pero enseguida el resplandor retornó a ellos, y un extraño gesto, mitad sonrisa, mitad mueca de desdén, afloró a sus labios. Moviéndose con lentitud, recorrió la muralla hasta llegar a una esquina y se encaramó a la almena, escudriñando las sombras que se amontonaban debajo.

Sin un sonido, se deslizó sobre la almena y comenzó a descender reptando por la pared de la muralla, como si los sillares, y luego las rocas que afloraban de escarpada ladera, fuesen escalones labrados sobre la pared de piedra. Muchos metros debajo de él, el único sonido procedía de los dos caballeros que rondaban entre la maleza, inspeccionando el lugar en busca de alguna señal que les indicase por donde habían desaparecido sus compañeros, o siquiera si vivían.

Un grito sordo indicó que St. Fond se había topado con el mutilado cadáver que había sido Noirceuil. Kodesh se deslizó entre los árboles con rapidez y sigilo, dirigiéndose hacia el claro en el que había tenido lugar la batalla. Fue una sorpresa para él. Había supuesto que el cazador acabaría con Abraham. De hecho, su apreciación había resultado acertada. Al advertir que la responsable de su derrota era la muchacha, lanzó una cacareante carcajada. Ciertamente la había subestimado.

Había creído que se produciría una batalla, una batalla espléndida, entre Montrovant y Noirceuil. Sintió una leve punzada de desilusión. Pero, después de todo, quizá eso no hubiera resultado tan interesante. El Oscuro era mucho más viejo, y se encontraba en la plenitud de sus fuerzas, completamente consagrado a su misión. Noirceuil habría caído rápida y fácilmente. De esta manera por lo menos había tenido su lucha.

Los dos caballeros permanecían montados en silencio sobre a sus caballos, mirando en derredor con confusión. No había señal de ninguno de los otros, ninguna pista que indicase por donde se habían marchado.

Du Puy recorrió con lentitud el claro, pasando muy cerca de Kodesh, que se ocultaba y vigilaba entre las sombras. Su caballo se agitó un instante, lo calmó, y se volvió para llamar a su compañero.

—Aquí. Alguien siguió este camino, hacia la montaña. —El caballero espoleó a su montura y St. Fond lo siguió de inmediato. Kodesh esperó a que se hubieran marchado y, una vez que hubieron desaparecido, abandonó su escondite y se acercó a los restos de

Noirceuil. Se inclinó sobre ellos, acercándose mucho, tomó una cadena de oro que todavía pendía del cuello del cazador, y se la arrebató de un tirón. Una pequeña cruz se balanceó suavemente delante de sus ojos. Sonrió. Estaba hecha de hueso, y era muy vieja. Y el Anciano conocía su historia.

Había sido tallada con las falanges de la última víctima del primer vampiro al que Noirceuil matara, mucho tiempo atrás. El cazador había ignorado su verdadero significado. Kodesh, en cambio, lo conocía bien. Aquel vampiro hubiera debido ser mucho más difícil de matar; había sido, de hecho, uno de los más antiguos.

Kodesh guardó el amuleto en uno de sus bolsillos, consciente de que más tarde o más temprano tendría que encargarse de los restos del cadáver. Su atención se volvió entonces hacia la espada de Noirceuil. Debía ser devuelta a la Iglesia, pensó, sonriendo con malicia ante la imagen de la expresión que adoptarían las caras de aquellos que lo habían enviado cuando la recibieran.

Dándose la vuelta, se dirigió de nuevo a la base del acantilado. Los dos caballeros habían desmontado. Permanecían frente a la entrada de la cueva, observándola, dubitativos. No entrarían. No podía esperarse tanto de ellos.

Surgiendo de entre las sombras, Kodesh se situó frente a la línea de árboles que tapizaban la rocosa ladera, y hablando en tono suave, dijo:

–Puede que regresen, o puede que no, pero no hay nada que vosotros podáis hacer al respecto –dijo. Su voz era tranquila, pero las palabras brotaron de sus labios con tal fuerza, tal presencia, que ni St. Fond ni du Puy pudieron reaccionar inmediatamente. Kodesh se adelantó unos pasos hacia ello, mostrándoles la hoja de Noirceuil.

–Es posible que queráis llevar esto con vosotros –dijo–. Al margen de cómo acabe todo este asunto, Roma estará interesada en conocer el destino de su cazador.

–¿Quién sois? –exclamó du Puy, llevando la mano a la espada en un brusco movimiento–. ¿Quién sois, y cómo es que sabéis tanto? Si sois amigo de Montrovant, ¿por qué no nos ayudáis? Y si sois su enemigo, ¿por qué no habéis tratado de matarnos en vez de perder el tiempo hablando?

Kodesh rió.

–Buenas preguntas. Las dos –añadió, su chirriante risa creciendo en intensidad–. No soy amigo de Montrovant, ni tampoco su enemigo. Yo sólo espero, y vigilo, pero le he seguido la pista durante mucho,

mucho tiempo. Si tiene éxito, o si fracasa, no será por causa mía. Ni tampoco, mucho me temo, por la vuestra. Si yo estuviera en vuestro lugar, acamparía aquí, vigilaría esa entrada con mucho cuidado, y esperarí. De hecho, no podéis hacer otra cosa.

Y al instante había desaparecido. Du Puy no había apartado un instante la vista de su anciana figura, recortada contra el telón de fondo de la arboleda, pero parpadeó apenas la fracción de un latido, y al abrir los ojos no había nada allí, salvo la tambaleante espada clavada muy profundamente en el suelo rocoso. Ninguna señal indicaba que, apenas un instante antes, no habían estado a solas.

St. Fond dejó escapar una maldición, extrayendo su espada de la vaina. Se volvió hacia su compañero y comenzó a hablar, pero enseguida se sumió en el silencio. Acercándose a su montura, descargó el equipaje, y lo depositó sobre el suelo, frente a la misma roca que había servido de abrigo a Lacroix la noche anterior.

Du Puy dejó vagar la mirada entre los árboles durante un largo rato. No había nada que ver. Mientras la noche continuaba su pausado avance alrededor de ellos, dio la vuelta y fue a acomodarse con la espada entre las rodillas frente a la entrada de la caverna, dejando escapar su frustración con un fuerte suspiro. La espada de Noirceuil permaneció donde había sido abandonada, como una lápida, o una delgada cruz, la sombra que proyectaba alargándose cada vez más a medida que transcurrían las horas con interminable parsimonia.

* * *

Montrovant alcanzó el primer tramo de escaleras y lanzó miradas inquisitivas hacia ambos lados del corredor. No buscaba a los habitantes de aquel lugar, sino los tesoros que protegían. La lógica hacía presumir que estarían escondidos en el lugar más profundo de la fortaleza, y por tanto, puesto que ya se encontraba en el más bajo de los niveles, necesitaba dirigirse hacia el corazón de la montaña. Contempló durante un largo rato las escaleras que ascendían delante de él hasta que por fin, sacudiendo la cabeza, se internó por el corredor de la derecha.

Jeanne estaba a su espalda, moviéndose rápida y cautelosamente, tan pegado contra el muro como le era posible. Los dos sabían que el sigilo no tenía mucho sentido. Si estaban en lo cierto, y no se esperaba su llegada por aquel camino, tan pronto, tendrían una posibilidad. Si no, se estaban encaminando sin remedio

hacia Gustav y su prole... y quizá también hacia Kli Kodesh. Y no podía haber dudas sobre el resultado de una batalla como esa.

Doblaron la primera esquina. Más adelante, el pasadizo se ensanchaba.

–Se dirige hacia el interior –dijo Montrovant en voz baja–. Las cámaras deben estar en lo más profundo, en el lugar más seguro.

Jeanne asintió. Atravesaron el amplio corredor, dejando que sus ojos recorrieran las paredes y se internasen un instante por cada uno de los pasadizos que partían de allí. No había rastro de los habitantes del castillo en este piso, aunque el polvo del suelo mostraba el rastro de numerosas pisadas que se dirigían hacia el interior. Montrovant las siguió, sin saber exactamente el porqué. Las huellas los conducían por un tortuoso camino hacia el centro de la montaña. Repentinamente, Montrovant se detuvo, empujando con un rápido movimiento a Jeanne contra la pared.

Más allá el corredor describía un giro, continuaba recto, y viraba de nuevo hacia la derecha. A otro lado de este recodo, hacia el que se encaminaban las pisadas, Montrovant pudo sentir la presencia de otros.

–Guardias –siseó con un hilo de voz.

Jeanne asintió con un gesto, los ojos resplandecientes. Si había guardias, entonces este era el lugar que andaban buscando. Pero, ¿cómo esquivar a los guardias? Sin duda serían miembros de la Orden, fuertes, aunque no demasiado viejos; probablemente no mucho más viejos que el propio Jeanne, pero en todo caso no serían presas fáciles. Y además, los sonidos de la reyerta podrían alertar al resto de los habitantes del castillo.

–Espera –dijo Montrovant. La luz en los ojos del Oscuro titilaba, pero estaba sonriendo. Seguido por la asombrada mirada de Jeanne, Montrovant se arrojó veloz por el corredor, dobló la esquina, y caminó en línea recta hacia las puertas con aire despreocupado, como si el encontrarse allí fuera para él la cosa más natural del mundo.

Hubo un jadeo asustado, pero ningún grito. Los dos guardias permanecieron inmóviles, observando a Montrovant mientras se acercaba, durante un prolongado momento.

–Así que –dijo Montrovant jovialmente– es esto. Esto es de lo que Gustav ha estado presumiendo todos estos años.

Los guardias lo miraron, confundidos por un instante.

Fue suficiente. Mientras comenzaban a hacerse a un lado, inclinándose frente a él, Montrovant saltó.

Moviéndose con la velocidad del pensamiento, su figura una sombra confusa, agarró por el cuello al guardia de la izquierda antes siquiera de que Jeanne fuese consciente de lo que estaba ocurriendo. Yendo tras él, Le Duc atrajo la atención del segundo, y eso fue todo. Una cabeza se cruzó en su camino mientras corría y la esquivó, saltando hacia el segundo guardia. Demasiado tarde. Montrovant ya estaba allí. Levantó al vampiro sobre su cabeza, y luego lo arrojó al suelo.

Con una rápida sacudida de sus fuertes hombros, el Oscuro lanzó su mano hacia delante, las uñas transformadas en garras, y destrozó la garganta del guardia. Arrojó los restos contra la pared, provocando un espantoso crujido e inmediatamente, con una bota sobre la destrozada garganta del guardia, aferrando sus largos cabellos, dio un fuerte tirón, separó la cabeza del cuerpo, y la envió dando tumbos a lo largo del pasillo.

La batalla apenas había durado unos segundos. Jeanne se detuvo, sintiendo cómo el furor, que apenas había terminado de florecer dentro de él, abandonaba su mente. Maravillado, se volvió hacia Montrovant. Nunca había visto a su *sire* moverse con tanta gracia y velocidad, sus movimientos completamente consagrados a un propósito, ni tampoco le había visto desplegar tal grado de brutalidad contra otro de los Condenados.

–Acabará esta noche –dijo Montrovant con aire ausente. Se volvió hacia las enormes puertas de piedra, y se acercó unos pasos. Su mirada descendió lentamente por toda la superficie. Jeanne lo observaba con suma atención. No había rastro alguno de un mecanismo, o de una cerradura, pero era evidente que aquella inmensa losa de piedra era la puerta. La cuestión era cómo atravesarla.

–Es un rompecabezas –dijo Montrovant al cabo de un instante. Señaló rápidamente varios puntos sobre la superficie de la piedra y Jeanne, observando con más detenimiento, pudo ver cinco pequeñas marcas sobre su superficie, allí donde la capa polvo era un poco menos densa.

–Es un código. Hay tantas combinaciones posibles que nos llevaría años probarlas una por una... y ellos lo sabían. Tenemos que encontrar la manera de averiguar la secuencia adecuada.

–¿Y cómo vamos a hacerlo?

Montrovant se concentró. Sus dedos se posaron sobre las piedras y las presionaron siguiendo una secuencia concreta. Nada. Frunciendo

el ceño, probó de nuevo. Jeanne lo observaba, preguntándose cuántos intentos harían falta antes de que se diese cuenta de la futilidad de su esfuerzo.

El Oscuro probó una tercera combinación y entonces, arrancando un grito ahogado a su garganta, la puerta comenzó a deslizarse hacia un lado sin el menor ruido. Jeanne retrocedió un paso, conteniendo una exclamación de asombro.

—¿Qué...? —acertó a decir al cabo de un momento—. En el nombre del Infierno... ¿Cómo lo has conseguido?

Montrovant esbozó una sonrisa sombría y, mientras se disponía a atravesar el portal hacia las sombras que se alzaban en su interior, dijo con suavidad:

—Había más de cinco marcas. Eran veintidós, para ser exactos. Como las letras del alfabeto hebreo. Sólo era cuestión de imaginar qué nombre haría las veces de código... Kli Kodesh le tiene demasiado cariño a sus pequeños juegos como para idear algo más difícil que eso.

Jeanne todavía lo miraba con asombro.

—Primero probé con "Gustav" —explicó—. Sin resultado. Entonces volví a intentarlo con "Gustav", pero esta vez hacia atrás, para asegurarme. Entonces lo comprendí. ¿Quién guarda el tesoro? ¿Quién es el guardián?

—¿Santos? —Jeanne dejó escapar el nombre con disgusto, pero entonces comenzó a reír con suavidad—. Sí, parece que todavía lo guardaba, después de todo. Incluso después de haber sido destruido.

Montrovant asintió, se volvió hacia el portal y examinó la habitación que había más allá con suma atención. Estaba vacía. Al fondo, se levantaba otra puerta, esta vez de madera, y no tan grande. Entre el punto en el que ellos se encontraban y aquella puerta mediaba una sala alargada, con suelo de piedra. Lo vacío de la habitación escamó a Montrovant. Se detuvo.

Agachó la mirada, y dejó escapar una maldición ahogada. Más allá de la puerta, las pisadas que habían estado siguiendo por el pasillo apenas resultaban visibles. Saltaban hacia delante y hacia atrás, primero aquí, luego tras pasos a la derecha, luego detrás y a la izquierda, siguiendo un intrincado patrón, interpretando una especie de danza.

—No te muevas —murmuró. Posó su pie directamente sobre la primera de las huellas, luego saltó a la izquierda, cayendo sobre la siguiente marca, y enseguida a la derecha, sobre la tercera. Jeanne le

observó con atención y, cuando Montrovant estuvo a salvo al otro lado, lo siguió, imitando sus mismos movimientos.

Avanzaba con lentitud, pero no tenía sentido apresurarse en un lugar como aquel. Cualquier paso equivocado dispararía los mecanismos de seguridad, cualesquiera que fuesen. Y ambos sabían que estarían diseñados para repeler o destruir tanto a intrusos humanos como a vampiros. La corta ceremonia pareció extenderse durante una eternidad, pero no pasaron más que unos pocos segundos antes de que ambos se encontraran, el uno al lado del otro, frente a la segunda puerta. Ésta tenía una manija de bronce, grande y labrada, y Jeanne alargó la mano hacia ella, dispuesto a abrir la puerta y penetrar en su interior. Montrovant sujetó su muñeca rápidamente, con mucha fuerza.

—No —siseó el Oscuro. Señaló la manija. Resplandecía, brillante y suave. Al cabo de unos segundos, Jeanne comprendió. No había marcas en ella. Jamás había sido tocada, al menos no recientemente, y sin embargo alguien había penetrado en la cámara que había tras ella.

Examinando la puerta, Jeanne reparó en que una de las placas que la formaban parecía ligeramente mellada. Acercando la mirada, pudo ver que había una pequeña marca en su centro. La presionó con suavidad. La puerta se abrió al instante. Ambos se mantuvieron muy quietos, esperando a ver lo que había al otro lado antes de apresurarse a entrar.

La segunda cámara era más pequeña y más estrecha. Un sencillo y corto pasadizo conducía directamente hasta la puerta del otro lado. Esta vez no había ningún amplio suelo sobre el que interpretar los pasos de un críptico baile. Y a pesar de ello, sin ninguna duda, allí había algo, algo que hacía ascender un insistente hormigueo por la columna vertebral de Jeanne.

Montrovant estudió cuidadosamente el suelo. Examinó cada piedra sin encontrar nada. A estas alturas, ya no se veía polvo sobre el suelo. Las puertas, completamente selladas, habían mantenido la cámara impoluta. A ambos lados del pasadizo se abrían unas hornacinas cubiertas de sombras. Desde donde ellos se encontraban resultaba imposible determinar lo que contenía cada uno de ellos. Las esquinas de piedra bloqueaban eficazmente su visión.

Echando la mano a su bolsillo, Montrovant extrajo una bolsa llena de monedas de oro. Por un segundo intercambió una mirada con Jeanne. Entonces se encogió de hombros, se volvió, arrojó la bolsa

delante de sí y se refugió, apretándose contra el arco de la puerta. La bolsa fue a caer directamente entre dos de las hornacinas. Nada. Aguardaron unos segundos. Silencio. Por fin, Montrovant dio un paso hacia el interior de la cámara, y luego otro.

De algún modo, Jeanne advirtió el sonido antes que su *sire*. Lo agarró del cabello y lo atrajo hacia sí de un fuerte tirón. El Oscuro rugió, giró sobre sí mismo, y lanzó la garra contra Jeanne, pero en aquel mismo instante una hoja larga, afilada como una navaja rebanó el aire atravesando el mismo lugar que su garganta acababa de abandonar, y desapareció en la hornacina que había al otro lado, directamente sobre la bolsa. Había un minúsculo intervalo.

Poniéndose rápidamente en pie, Montrovant obsequió a Jeanne con una sonrisa, que este devolvió. Se adentraron un paso en la cámara, en dirección a la bolsa y la primera pareja de hornacinas... y Montrovant lanzó una ojeada hacia el techo. Unos asideros, hábilmente camuflados en grietas y nichos, sobresalían entre las piedras del mismo. Sonrió y dio un salto hacia ellas, moviéndose a lo largo del techo como un enorme murciélago. Jeanne, más cauteloso, esperó hasta que su *sire* hubo cruzado el pasaje y se encontró al otro lado, frente a la puerta, antes de saltar él mismo. Ninguna trampa se puso en marcha, y pudo alcanzar la puerta sin que nada lo estorbara.

La tercera puerta mostraba en uno de sus lados una sencilla placa de latón, en la que la huella de una mano resultaba claramente visible. Encogiéndose de hombros, Montrovant la empujó con facilidad y dio un paso hacia el interior.

Se detuvieron como paralizados, las miradas perdidas por la habitación, guardando un abrumado silencio. Los cofres cubrían las paredes. Estaban cubiertos con lonas, y ninguno estaba abierto, pero ambos supieron al instante que habían llegado a su destino. Ésta era. La cámara. Uno de aquellos cofres, si es que no habían estado persiguiendo una quimera durante todos aquellos años, contenía lo que ansiaban.

Un sonido se alzó tras ellos y Montrovant se movió rápidamente... sin un pensamiento. Cerró la puerta por completo y saltó sobre el primero de los cofres, el más cercano a ella. Era pesado, muy pesado. Lo arrastró hasta la puerta, presionándolo en ángulo contra su extremo para atrancarla.

—¡Muévete! —exclamó—. Rápido, regístralos todos.

Jeanne se apresuró a obedecer, sabiendo que les quedaba poco tiempo, súbitamente enardecido por el mismo fuego que había

dominado a su *sire* durante tanto tiempo. El Grial. Estaba allí. Lo sentía. Tan cerca que podría tocarlo con sus manos si simplemente lograba dar con el cofre adecuado.

Se abalanzó sobre el primero, arrojando la lona a un lado, y comenzó a remover su contenido a toda prisa. Sin advertirlo él, su movimiento había provocado que un pequeño vial que descansaba sobre la lona cayera al suelo. El cristal se agrietó, pero no llegó a romperse, y el gusano que moraba en su interior comenzó a retorcerse en silenciosa furia mientras el vial rodaba por el suelo hasta el muro, olvidado.

_____ 19 _____

Gustav había tardado apenas unos momentos en reunir a sus hombres y dirigirse hacia los pisos inferiores. Muy pronto, Montrovant estaría abriéndose paso hasta el castillo. Si es que no se encontraba ya allí. Las cámaras eran muy seguras, pero a pesar de ello el miedo atenazaba el corazón de Gustav. ¿Y si no había tomado las suficientes precauciones? Las cámaras habrían detenido a un ejército de seres humanos, y la gran mayoría de los vampiros encontraría su muerte definitiva a manos de la miríada de trampas que escondían las paredes y el suelo.

Pero Montrovant no era un ser humano, no lo había sido desde hacía siglos, y ciertamente era mucho más, en todos los sentidos, que la mayoría de los vampiros. De no ser así, Kli Kodesh se hubiera cansado del Oscuro mucho antes. Cinco de sus hombres lo siguieron escaleras abajo, mientras el resto, en pequeños grupos, se diseminaba en diferentes direcciones para registrar cada piso de la fortaleza y las murallas del exterior. Gustav y sus cinco acompañantes se dirigieron directamente hacia las cámaras.

El túnel por el que Abraham y la chica habían penetrado en el castillo podía estar todavía abierto. No había manera de saberlo sin arrastrarse por él para comprobarlo, y no quedaba tiempo para hacer esto. Si el Oscuro se encontraba ya en el interior, se dirigiría directamente hacia lo que buscaba. Si todavía no estaba allí, Gustav lo esperaría en la cámara.

Doblaron la esquina del corredor y un gruñido sordo se escapó de

la garganta de Gustav. Se arrojó hacia delante. Frente a él se encontraban los restos de los cuerpos de los dos guardias y sus cabezas cortadas, tendidos sobre el suelo, arrugándose y pudriéndose, convirtiéndose en polvo. Demasiado tarde. La primera de las puertas yacía abierta, lo que significaba que el código había sido descubierto. Asomando con precaución la cabeza por el portal, examinó la primera habitación cuidadosamente. No había nada en su interior. De algún modo, a pesar del intrincado patrón necesario para atravesarla, Montrovant no estaba allí, y no había sido destruido... y la puerta al otro lado permanecía también abierta.

Gustav se introdujo con lentitud en la habitación, colocando el pie en el primero de los puntos y concentrándose. No era el momento de caer en la tentación de abalanzarse a la carga. Moriría de la misma muerte que había planeado para Montrovant, y al hacerlo dispararía las trampas, con lo que la huida resultaría mucho más sencilla. Dio el primer paso, saltó a un lado, luego hacia atrás, contando lentamente para sus adentros, y moviéndose sobre el suelo como un pedazo de sombra aún más oscuro que las propias sombras.

Sus seguidores se mantuvieron a la espera hasta que hubo comenzado y entonces, uno tras otro, fueron tras él, imitando sus pasos cuidadosamente. Apenas hacían ningún ruido, pero a pesar de ello, de pronto los alcanzó un sonido sordo desde el interior de la cámara, y Gustav supo que Montrovant los había oído. Maldiciendo, decidió arriesgarse, y dobló su velocidad. Había repetido ese mismo camino un millar de veces, quizá más... Llegaría hasta el final y, cuando lo hiciese, pondría fin a todo aquello.

La primera vez que se había encontrado frente a Montrovant, no habían tenido la posibilidad de medir sus fuerzas. La segunda vez se habían visto en presencia del *sire* de Montrovant y del propio Kli Kodesh, quienes habían prohibido la lucha. Esta vez comprobaría, de una vez y para siempre, cual de los dos era el más fuerte. Ya estaba acercándose a la puerta cuando uno de sus seguidores erró el paso. No por mucho margen, una simple piedra del suelo, apenas un pie más allá del lugar en el que tendría que haber pisado.

Gustav escupió una maldición y saltó, abandonando el suelo y estirándose hacia las puertas que tenía delante. Demasiado tarde. Algo se movió el suelo y, desde donde habían estado las losas de piedra apenas un segundo antes, comenzaron a brotar furiosamente estacas de afilada madera. No unas pocas estacas dispersas, fáciles de esquivar, sino un bosque de ellas. Una por cada pie cuadrado, las

cruelles puntas resplandecientes, pulidas y endurecidas por el fuego.

Un coro de chirridos se levantó a su alrededor mientras pivotaba en el aire, tratando de alcanzar el marco de la puerta con los dedos y escapar de la muerte. Planeaba por encima de las afiladas puntas de las estacas, envuelto por los alaridos de sus seguidores, que anegaban sus pensamientos. Entonces lo alcanzó. Tocó el marco, extendió las manos tanto como pudo, y clavó las garras en la piedra. Se izó a sí mismo sobre las estacas, girando y cayendo de pie justo en el interior del portal. Rápidamente, se volvió para explorar la siguiente habitación.

Los otros cinco habían caído. El primero, el que había hecho dispararse al mecanismo, permanecía en pie, con una estaca atravesando su cuerpo, otra una de sus piernas, una tercera destrozando su brazo. La primera de las estacas sobresalía de su cabeza, inmovilizándolo con fuerza. Aunque se debatía débilmente, no había forma de salvarlo... no había nada qué hacer. El mecanismo que retraía las estacas se encontraba en el otro extremo de la habitación. No había otro camino más que hacia delante.

Se volvió, un sordo gruñido formándose en el interior de su pecho. Saltó y agarró fácilmente los asideros del techo, balanceándose entre ellos tan rápidamente como sus brazos se lo permitían. La puerta al otro extremo estaba cerrada, pero eso no lo detendría mucho tiempo. Si tenía que arrancarla de sus goznes, lo haría. Llegaría frente a Montrovant. Después de tantos años, de tanto esfuerzo y tanto dolor, el Oscuro no iba a ganar. No a menos que Gustav muriera en el proceso.

Se dejó caer con estrépito frente a la puerta, dando un paso hacia atrás. El impulso estuvo a punto de hacerlo caer hacia atrás, de vuelta a las mismas trampas que acababa de evitar. Trató de entrar. La puerta traqueteó y se combó ante su empuje, pero no cedió. Algo la bloqueaba por el otro lado. Algo muy sólido. Resistiría el violento asalto de un ser enormemente fuerte.

Desde el otro lado de la puerta le llegaba el sonido de movimientos atareados, y supo que el Oscuro estaba saqueando la habitación. Pensó con terror en lo que podría encontrar ahí dentro, el impacto que esos objetos podían suponer, no solo para él, sino para el mundo. Al menos en una cosa había estado Kli Kodesh en lo cierto. Era mejor para que la existencia de ciertos secretos no fuera dada a conocer, y la mayoría de ellos se encontraban tras aquella puerta de madera.

Habría sido peor si el Oscuro no estuviese tan concentrado en la búsqueda de un objeto determinado. En aquella habitación descansaban muchos cofres y cajas, muchos secretos y muchas maravillas. Sin saber donde buscar, no sería fácil encontrar un objeto en concreto. Y la cuarta protección todavía no había sido vencida. Gustav se preguntó si, después de todo, sus precauciones habrían resultado suficientes.

* * *

Abraham atravesó la puerta, cojeando, con la ayuda de Fleurette. Se volvieron hacia la derecha, siguiendo el pasillo. Había suficientes marcas en el suelo como para saber el camino seguido por los otros, y no perdieron el tiempo. Probablemente había muy poco que ellos podrían hacer si Montrovant había finalmente alcanzado su objetivo. Pero si era así, si en verdad este era el fin, Abraham quería estar presente. Su brazo seguía curándose lentamente. No había tenido oportunidad de alimentarse antes de que volvieran a entrar en el túnel pero, ahora pudo advertir, la sangre de Kli Kodesh tenía muchas propiedades.

Su curación se aceleraba prodigiosamente. Todavía no podía hacer uso del brazo por completo, pero pronto podría. Se dio cuenta de que ya no necesitaba apoyarse tanto en los hombros de Fleurette para mantener el equilibrio. Arrastrarse a lo largo del túnel había resultado costoso, pero no más de lo que él podía permitirse. Abraham no necesitaba demasiado la ayuda de su brazo para deslizarse a través de la oscuridad, y Fleurette había venido tras él, empujándolo cuando se demoraba. Teniendo en cuenta las circunstancias, les había llevado muy poco tiempo alcanzar los pisos inferiores del castillo.

A pesar de ello, resultaba obvio mientras avanzaban por el pasadizo que los acontecimientos se habían desencadenado precipitadamente sin ellos. Podían ver muchos grupos de pisadas dirigiéndose por un camino que no había mostrado ningún signo de movimiento cuando lo recorrieron la primera vez.

–La cámara –dijo Abraham simplemente.

Fleurette asintió. Se movieron rápidamente, pegados a la pared, no queriendo presentar un blanco fácil a un posible enemigo, sin tener la menor idea de lo que encontrarían cuando llegasen a su destino.

Torcieron la primera esquina y se detuvieron. Gritos inhumanos,

los sonidos de un tormento atroz, se arrastraban hasta sus oídos. Primero vieron los cuerpos de los guardias hechos pedazos sobre el suelo. Luego la puerta abierta. Moviéndose con lentitud se aproximaron a lo largo del muro hasta la puerta y se asomaron con cuidado al interior.

Abraham se tambaleó hacia atrás, mientras Fleurette observaba inmóvil, paralizada por la terrorífica visión que se encontraba frente a sus ojos. El más cercano de los cuerpos empalados estaba apenas unos metros más allá de la puerta. Su cabeza se había vuelto hacia ellos, la cara retorcida, una estaca brotando de su sien en un perturbador, obscuro ángulo y los ojos, todavía con vida, los observaban, suplicantes.

Por fin Fleurette pudo apartar la vista de la escena y, por primera vez desde que Abraham la alejara sobre sus hombros del bosque, se derrumbó sobre sus brazos. La sostuvo durante un largo tiempo y entonces la ayudó a incorporarse de nuevo.

–Tenemos que atravesar eso –dijo con voz suave–. Tiene que haber una manera de devolver esas estacas al suelo, y tenemos que encontrarlo. Montrovant está ahí dentro, y probablemente el Grial también. Esto no puede acabar de esta manera.

Los ojos de Fleurette mostraban una expresión vidriosa y él la sacudió bruscamente. Entonces ella reaccionó. Se echó un paso atrás, mirándolo fijamente.

–¡Ahora! –gritó él.

Acercándose junto a la puerta, sus manos comenzaron a explorar el marco por todos lados, investigando, buscando. Fleurette se limitó a observarle durante un largo rato con una ilegible y profunda expresión en el rostro. Entonces se dirigió al otro lado de la puerta, y comenzó también a buscar.

Se movieron rápida y metódicamente, pero no pudieron encontrar nada en el marco. Con el ceño fruncido, Abraham comenzó a examinar la pared contigua. Después de sólo unos instantes encontró una serie de estrías labradas sobre ella. Dos de ellas mostraban unas marcas y, sin dudarlo, las presionó simultáneamente.

Lenta e inexorablemente, la puerta de piedra comenzó a cerrarse y, al mismo tiempo, las estacas volvieron a introducirse en el suelo. Una doble trampa. Quienquiera que hubiese sido empalado por las estacas quedaría también atrapado.

Fleurette vio que la puerta se cerraba y, antes de que Abraham supiera lo que estaba haciendo, se movió con asombrosa velocidad.

Recogió del suelo una espada que había sido dejada caer por uno de los guardias, y se movió junto a la puerta tan rápidamente como le fue posible. Poniendo la espada de lado, la situó entre las dos hojas de piedra de la puerta antes de que llegasen a tocarse.

Hubo un estrepitoso crujido. Abraham la arrastró hacia atrás. La hoja aguantó por un momento, luego se combó por el centro. Parecía ir a romperse en cualquier momento. Las estacas no habían desaparecido por completo, apenas sobresalían un palmo del suelo, y los cuerpos de los empalados se habían desplomado y yacían caídos de bruces sobre las puntas, inmóviles al fin, sus horripilantes gritos trocados en silencio mientras las gargantas que los habían emitido se convertían lentamente en polvo.

Esperaron. Los chirridos que emitía la piedra habían cesado y la presión, si no se había disipado, no parecía ir en aumento. Las puertas se habían detenido.

—No podemos caminar sobre eso —dijo Fleurette—. El suelo no ha terminado de cerrarse.

Abraham asintió, pensativo. Entonces reparó en los cuerpos de los guardias, secos, y consumidos. Tragando saliva, supo que había dado con la respuesta.

No habló, ni le preguntó a Fleurette lo que estaba pensando. Si ella se oponía, no sabía si podría hacer lo que tenía que hacer. Agarró los ajados restos del primero de los guardias, se acercó cargando con ellos hasta la puerta y, levantándolos con esfuerzo los arrojó al interior, lo suficientemente cerca como para que pudiesen alcanzarse de un salto sin dificultad. Los huesos y el saco de piel se clavaron profundamente en las estacas y allí quedaron.

Los ojos de Fleurette se habían abierto como platos mientras él arrastraba el primero de los cadáveres pero, al volverse, pudo ver que su mirada se había enfriado de nuevo. Ella se aproximó al segundo guardia, acercó el cuerpo y, entre los dos, lo izaron y lo arrojaron al interior, poco más allá del primero. Apretando los dientes, y tratando de no pensar en lo que estaba haciendo, Abraham se lanzó al interior de la habitación, dio un salto y aterrizó sobre el primer cuerpo tan suavemente como le fue posible. Sin detenerse un instante, se inclinó para alcanzar el segundo cuerpo. Se encontraba todavía tan lejos de la puerta que tendría que realizar la operación una segunda vez. Mientras volvía a levantar el cadáver, Fleurette cayó a su lado, sujetándose a sus hombros para no perder el equilibrio. Tan pronto como ella estuvo bien asentada, Abraham volvió a moverse,

permitiendo que ella se deslizara a su alrededor.

Uno de los empalados yacía muy cerca de él. Se estiró para alcanzarlo, tomándolo por la mano, y tiró con fuerza hacia sí.

El cuerpo se separó en dos mitades con un sonido acuoso, como un melón maduro que fuera aplastado y reducido a pulpa y Abraham, reprimiendo un escalofrío, tiró del torso con fuerza y se lo lanzó a Fleurette. Ésta contempló cómo caía sobre las estacas, lo alcanzó, y lo arrojó delante de ella.

Continuaron avanzando de esta manera, utilizando aquellos trampolines horripilantes hasta que, al cabo de un tiempo, se encontraron lo suficientemente cerca de la segunda puerta como para alcanzar de un salto el umbral. Allí se detuvieron. Podían ver el pequeño pasadizo, y al otro lado la inmóvil figura de Gustav. El viejo vampiro miraba fijamente la puerta de madera que tenía frente así como una fiera enloquecida.

—¡Gustav! —gritó Abraham—. ¡Gustav, espera! ¿Cómo podemos pasar?

El viejo Nosferatu se volvió, su mirada desbordada por la ira y la locura, apenas consciente de los dos que se encontraban unos pasos más allá. Dejó de arañar y golpear la puerta, observándolos por unos momentos y entonces, con un gruñido, les volvió la espalda.

—No podéis —contestó—. Quedaos ahí. Yo lo detendré. Es mi destino detenerlo. Los tesoros están bajo mi custodia. Cuando todo esto acabe, si no he sobrevivido, la tarea será vuestra.

Se mantuvo inmóvil unos segundos y entonces, con un súbito, masivo estrépito, descargó violentamente ambos puños sobre la puerta, forzándola a abrirse. El cofre que la había atrancado salió despedido hacia atrás, dando salvajes vueltas por la habitación. Los dos vampiros que se encontraban en el interior se volvieron, gruñendo, dejando escapar chispas por los ojos mientras Gustav caía precipitadamente en su interior, tambaleante. Trastabilló y pareció que caería al suelo, pero se forzó a sí mismo, por el simple poder de su voluntad, a mantenerse en pie, detener su impulso, y enfrentarse a ellos.

Montrovant se había girado en cuando la puerta cedió al fin, asistiendo a la irrupción de Gustav, e inmediatamente devolvió la mirada a lo que había estado haciendo. Sólo quedaba un cofre por abrir. Habían registrado por completo la habitación, removiendo sin miramientos cada cofre, y diseminando por todas partes sus contenidos, sin encontrar nada que ni tan siquiera remotamente

recordase a una copa. A un Grial. Pero aún faltaba ese último cofre. Un cofre entre Montrovant y su destino. Un cofre, y Gustav, que comenzaba a ponerse en pie.

Jeanne se movió. Le Duc no era tan viejo como Gustav, quien había vivido casi tantos años en la Sangre como el propio Oscuro, pero tenía otras ventajas. En el momento en que la puerta había comenzado a combarse, había abandonado la búsqueda, desenvainando la espada. Montrovant se había arrojado sobre los cofres, pero Jeanne estaba dispuesto para otra cosa, algo que era una parte muy honda de su propia naturaleza.

Mientras Gustav se ponía en pie, Le Duc cayó sobre él, lanzando estocadas con asombrosa agilidad. Un sonido grave y gutural brotaba de su garganta mientras se movía y cuando volteó su espada en un resplandeciente arco en busca de la garganta del viejo vampiro, gritó aún con más fuerza, su vista oscurecida por la roja neblina de la batalla. Y mientras lo hacía, cuanto ocurría en la habitación pareció detenerse, casi desapareciendo, a su alrededor.

Gustav lo oyó en el último segundo y se alejó rodando con un gruñido, mientras la hoja de Le Duc arrancaba un jirón de su capa. Ninguna duda siguió al fallido golpe. La hoja describió un ocho sobre el aire, y volvió a caer sobre la figura apresurada de Gustav, la siguió, dando tajos a su alrededor y, al fin, rebanó el muslo del viejo Nosferatu.

Chillando, Gustav decidió cambiar de táctica. En vez de escabullirse recibió el golpe, soportando el daño infligido a su pierna, y extendió el brazo en busca del tobillo de Jeanne. Le Duc advirtió su intención, saltó y giró varias veces en el aire. Aterrizó de pie, con las piernas abiertas, en perfecto equilibrio, y volvió a levantar la espada. Aunque Gustav se movía con increíble velocidad, la neblina de la batalla se había aposentado con firmeza en la consciencia de Jeanne, y para él la escena entera transcurría a cámara lenta. Contempló a su oponente abalanzarse sobre él, vio una larga y curvada daga brotar de entre los pliegues de su capa, todo ello una secuencia de imágenes lentas, evitó la acometida con facilidad, se hizo a un lado, sintió el cuerpo de Gustav pasando junto a él, y asestó un fuerte golpe con el pomo de la espada sobre la cabeza de Gustav, enviándolo dando tumbos contra Montrovant.

El Oscuro levantó la mirada con un rugido. Tenía las manos sobre la cerradura del último de los cofres, y se disponía a hacer añicos la tapadera, pero no tuvo tiempo. Gustav, viendo que el impulso del

golpe lo empujaba contra su enemigo, extendió los brazos y la daga hacia él, con los ojos llenos de odio.

Montrovant se agachó para recibir la carga de Gustav, brillando de furia. Aquí estaba. Gustav lanzó la puñalada, pero la hoja cortó sólo el aire, y lo que parecía haber sido el Oscuro resultaba de pronto ser tan un jirón de sombra. Montrovant estaba a su espalda, los brazos en alto. Cayó con fuerza sobre la espalda del Nosferatu, aplastándolo contra el suelo. Saltó sobre él para acabar lo que había empezado, pero Gustav se escabulló rodando y entonces hubo una nueva distracción. Voces, en la puerta. Abraham, seguido de cerca por una chica que apestaba a la sangre de Kli Kodesh, cayó de pronto sobre el suelo desde los asideros en el techo del corredor.

Bramando de rabia y frustración, Montrovant aplastó con la bota el aire donde un segundo antes había estado la cabeza de Gustav. Pero el propio Gustav, ignorando a los recién llegados, cuya aparición esperaba, había aprovechado esos instantes para apartarse y levantarse una vez más. Le Duc se abalanzó sobre Abraham, lanzando un grito agudo. Hubiese acabado con el joven vampiro en el primer embate, pero Fleurette fue más rápida. Empujó a Abraham hacia delante y mientras éste gritaba, cayendo al suelo ante aquel inesperado golpe en su espalda, ella se dejó caer.

Jeanne no había esperado esa maniobra. Su impulso era el indicado para caer con todas sus fuerzas sobre Abraham mientras éste se encontraba en el umbral de la puerta. Trató de detenerse... extendiendo los brazos en busca de algún asidero, pero mientras avanzaba el último paso, sus pies se toparon con Fleurette donde ésta se había dejado caer, haciéndolo tropezar y arrojándolo hacia delante en un largo vuelo.

Agitando los brazos enloquecidamente, chillando por la sorpresa y el miedo, cayó sobre el pasadizo más allá de la puerta. Hubo un sonido sordo y repentino mientras su cuerpo pasaba junto a la primera hornacina, seguido de un agudo, vacío grito, y Fleurette, que estaba volviendo a ponerse en pie, contempló en horrorizado asombro cómo las enormes hojas surgían de la hornacina... cuatro de ellas, y hacían pedazos el cuerpo de Le Duc. Siguió su vuelo y los restos de lo que había sido pasaron junto a la segunda hornacina, haciendo surgir tres cuchillas más. Una de ellas golpeó a la cabeza, que había comenzado a descender, y volvió a levantarla, enviándola lejos.

Entonces Fleurette pudo ver sus ojos, vacíos y huecos, el rostro todavía contraído por una furia que la espantosa muerte provocada

por un mal paso no había podido borrar. Su espada venía detrás, chocando y girando, rebotando sobre las cuchillas mientras estas cruzaban la habitación, y fue a dar con estrépito contra la pared, disparando el mecanismo de la última de las hornacinas. Mientras las cuchillas atravesaban el pasadizo, Fleurette vio por última vez la cabeza y la espada mientras se encontraban, La hoja se hincó salvajemente en el cráneo de Le Duc, lo hendió con un suave y seco *shwuk*, diseminó sus restos por todas las paredes y fue al fin a chocar contra la pared.

Fleurette apartó la vista de aquella imagen, volviéndose hacia la habitación. Abraham se aproximaba con cuidado al lugar en el que Montrovant y Gustav volvían a encontrarse cara a cara. Fleurette se deslizó en sentido contrario, sabiendo que su presencia resultaba prácticamente inútil en medio de una batalla campal entre dos vampiros tan viejos. Pero también que al separar sus fuerzas, y con ellas la atención de Montrovant, quizá pudieran inclinar la balanza a favor de Gustav. Como señuelo ella resultaría más que adecuada.

—No vas a tenerlo, Oscuro —dijo Abraham con voz calmada. Sus ojos se hicieron a un lado, posándose sobre el último cofre—. Somos demasiados, y tus posibilidades demasiado escasas. ¿Cómo te sientes al saber que todo concluye aquí? ¿Qué tal te sienta la idea de que tu fracaso te ha sido servido por aquel a quien diste la oportunidad de vivir y seguirte, solo por diversión?

Los ojos de Montrovant brillaron, y a sus labios asomó una sonrisa. Una momentánea sombra cruzó su mirada mientras volvía el rostro hacia el portal por el que Le Duc acababa de desaparecer. Otra muerte. Otro pedazo de su existencia que desaparecía.

—Ahórrame tus baladronadas —replicó Montrovant por fin. Su atención estaba fija sobre Gustav, que describía círculos lentamente a su alrededor. El Oscuro seguía los pasos de su oponente, de manera que tuviese al otro a la vista en todo momento—. Esta noche beberé tu sangre del mismo Grial, niño, y no serás más que el recuerdo al que debí reducirte la última vez que nos encontramos.

Gustav arremetió contra él. Montrovant, preparado, una fracción de segundo más rápido, se apartó, aferró el brazo que sostenía la daga apuntada hacia su garganta, lo hizo girar, y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pared. Gustav chocó contra ella con estrépito, y quedó aturdido por unos instantes. Montrovant se volvió inmediatamente hacia Abraham y se abalanzó sobre él, pero en aquel mismo instante Fleurette apareció en su costado, lanzando una veloz

patada contra su cabeza.

Montrovant logró esquivar la patada, aunque por poco, y eso detuvo su impulso lo suficiente como para que Abraham pudiera ponerse a salvo y lanzar otra patada. Esta vez el Oscuro no pudo esquivarla. Impacto con fuerza sobre él y lo envió hacia atrás. Como un relámpago sombrío cruzó en un instante la habitación hasta encontrarse lejos. Los miraba ferozmente, el torso ligeramente doblado por el impacto recibido en las costillas.

–Hará falta mucho más que eso, Abraham, para poner fin a esta, tu pesadilla, a mí. No cometas el error de creer, ni por un instante, que yo no caminaré sobre tu tumba cuando tu breve estancia sobre este mundo haya concluido.

Gustav estaba de nuevo en pie y Montrovant se volvió hacia él, manteniendo el preciado cofre a su espalda. No le importaba si esto lo colocaba en desventaja. Esta vez no se dejaría alejar un solo paso de su objetivo. Sus tres antagonistas avanzaron hacia él al mismo tiempo, y él se agachó ligeramente, adoptando una postura defensiva y observándolos con atención. Sabía que era más rápido y más fuerte que cualquiera de ellos, pero no cometería el error de subestimar a sus enemigos en un momento tan crucial. Lo había hecho en el pasado, y había pagado el precio.

Pero antes de que pudiera hacer un solo movimiento, o enfrentarse a algún ataque, una suave risa invadió la habitación desde el pasadizo, y todos ellos se detuvieron, paralizados, donde se encontraban. Segundos más tarde, Kli Kodesh apareció en el portal, llevando en la mano un mechón de cabellos sanguinolentos pegados a un trozo del cráneo de Jeanne.

–Se diría que tu joven y acalorado protegido cometió un ligero error táctico, Montrovant –cacareó el Anciano–. Oh, esto es demasiado delicioso.

Con un encogimiento de hombros, arrojó el inmundo resto a un lado, y caminó hasta el mismo centro de la habitación, ignorándolos a todos ellos y volviéndose para examinar la escena con los ojos resplandecientes. Montrovant había visto al Anciano de un humor semejante a este en el pasado, y sabía que no auguraba nada bueno.

–Nos has conducido por un camino muy largo para acabar poniéndole fin tu mismo –dijo al fin–. Comienzo a cansarme de este juego.

Mientras pronunciaba estas palabras, el Oscuro se concentró. Había considerado cada posible escenario, o por lo menos eso creía,

para este enfrentamiento final. Había sabido que habría una lucha, había sabido, incluso, contra quienes se produciría, o el qué podría acarrear. Había subestimado a Abraham, era cierto, pero el joven no suponía el auténtico peligro. Nadie, salvo Kli Kodesh había podido nunca medirse realmente con él.

Pero esto iba a acabar. Mientras Kodesh se volvía hacia él una vez más, dispuesto a hacer algún fatuo comentario acerca de cuan divertido había resultado todo, o cómo acabaría, Montrovant atacó. Con un latigazo de su mente, enfocada y poderosa, concentrando cada onza de su voluntad detrás de ese golpe, cada reprimida frustración, cada sueño, y cada deseo de su larga búsqueda.

Había aprendido el conjuro de Eugenio, muchos años atrás. Entonces lo había intentado infructuosamente unas cuantas veces, y había acabado por abandonarlo, pero recientemente había vuelto a considerar su uso. A veces, la vieja sabiduría no estaba equivocada. A veces había cosas que uno podía aprender si prestaba la suficiente atención.

Hubo un chispazo de tensión en el aire. Una concentración de energía y una súbita descarga, mientras se desencadenaba. Montrovant se tambaleó. Se había cegado a sí mismo por unos segundos, pero los jadeos y gritos a su alrededor le indicaban que, al menos en parte, había tenido éxito. Incluso Kli Kodesh dejó escapar un súbito y agudo gemido. Por una vez, el Anciano no lo había previsto todo.

Parpadeando una vez, Montrovant abrió los ojos y lanzó una rápida mirada a su alrededor. Los otros deambulaban ciegos por la habitación, los puños apretados contra los ojos, perdidos. Con un fiero grito de triunfo, se volvió, situándose a un lado del cofre, agarró el cierre firmemente con su mano, lo sacudió de un lado a otro con inaudita fuerza, arrancó la tapa de madera y la arrojó con estrépito contra el suelo. Sólo necesitaba un momento. No sabía cuánto tiempo duraría la ceguera.

Cegar a quienes se encontraban cerca de él nunca le había parecido una habilidad importante cuando era joven en la Sangre. Eugenio había insistido, sacudiendo la cabeza, diciéndole una vez tras otra que no había ninguna arma que debiera desdeñar, que habría un instante en la vida para que cada pedazo de conocimiento probase su utilidad. Aunque cobarde como ataque, este pedazo particular de sabiduría había acabado por encontrar su momento.

Mientras arrojaba la tapa lejos de sí, retrocedió rápidamente un

paso. Una nube de polvo se había levantado, como arrojada desde el interior, en el mismo instante en que había abierto el cofre, y antes de que pudiera reaccionar, lo había envuelto por completo. Molesto, agitó la cabeza, volvió a acercarse, y se asomó al interior, arrancando con las manos las primeras capas de embalaje. Había quitado ya la primera capa, en su mayor parte lienzos de seda, y comenzaba a sacar bultos del interior, cuando advirtió que sus brazos parecían volverse más pesados. Parpadeando, trató de combatir el repentino letargo que comenzaba a invadirlo.

Por fin, extrajo del cofre un bulto mayor que los otros, arrancando la envoltura de seda que lo cubría con un rugido. Una piedra. Una simple piedra. Extrajo otro. Lo mismo. Una piedra, esta vez plana y oblonga, pero una piedra. Un sollozo apagado se alzó desde su pecho. Se aferró a la caja, las rodillas temblando, debilitándose, consciente demasiado tarde del error cometido al abrir el cofre tan deprisa. Maldiciendo, se debatió, intentando mantener la consciencia, mientras, uno tras otro, extraía todos los objetos del cofre. Pero sólo había piedras, cayendo a su alrededor, sólo piedras a su alrededor, mientras sus brillantes, ávidos ojos se entregaban al pánico.

Entonces cayó de bruces sobre el suelo, incapaz de levantarse, y su movimiento hizo que otra nube del extraño polvo se levantase. Desde muy lejos lo alcanzó el eco de una voz... la voz de Kli Kodesh.

—¡Atrás! —ladró el Anciano. Las voces se acercaban y Montrovant, entre las nieblas que confundían su mente, supo que la ceguera había pasado—. No os acerquéis hasta que esté completamente inmóvil y yo pueda cerrar el cofre, o acabaréis como él.

Montrovant sintió que su cabeza era arrojada al interior del cofre... velozmente... sintió las palabras deslizándose lejos de él, y sólo pudo entonar una última y silenciosa maldición mientras su mente se vaciaba y volaba lejos de él. Su último pensamiento consciente fue cuánto odiaba el cacareo de Kli Kodesh, su risa anciana, como si su eco se introdujese en sus pensamientos y los persiguiese a través de las sombras.

liberarse del extraño letargo que apresaba su consciencia. Al principio no pudo recordar dónde se encontraba, o lo que había ocurrido, pero a medida que la bruma de su cabeza se disipaba y regresaban los pensamientos, se sintió más vivo. Trató de levantarse y abrió los ojos súbitamente, agitándose de un lado a otro. No podía moverse. Sus brazos estaban fuertemente sujetos. Las piernas, también atadas, estaban por completo inmóviles. Lo máximo que podía hacer era retorcerse, como un gusano, sobre la fría superficie de piedra en la que yacía.

–Ah –una voz fría, rasposa, habló en tono suave–. Parece que vuelve en sí.

–¡Tú! –escupió Montrovant. Trató de moverse de nuevo, logrando arrastrarse medio palmo hacia las botas de Kli Kodesh, y al fin se detuvo, arqueándose, luchando contra lo que lo inmovilizaba.

–Descubrirás que esas cadenas son más que suficientes para mantenerte inmóvil –dijo Kodesh con voz calmada–. Cumplieron muy bien su cometido con el joven Abraham, aquí presente. Ya deberías saberlo.

Montrovant se debatió de nuevo, bramando de furia. Indefenso.

Su mirada se extendió por la habitación, y se dio cuenta de que ya no se encontraba en la cámara. Era una amplia sala, ricamente decorada con tapices y un mobiliario suntuoso. Había otros presentes, muchos otros, reunidos a su alrededor, pero sólo cuatro de ellos permanecían junto a él: Kodesh, Gustav, Abraham, y la chica a la que había visto antes, la chica que había matado a Jeanne.

–No estaba en ese cofre –dijo Kodesh lentamente–. Jamás te he subestimado, Oscuro. No tras nuestro primer encuentro. Lo habrías encontrado y lo habrías llevado contigo si te hubiera puesto las cosas tan fáciles. Los otros tesoros, en cambio, eran muy reales. Había fuerzas de tal magnitud en aquella habitación que, si hubieras conocido sus secretos, te habrían permitido transformar la hechura del mundo tal y como lo conocemos. Pero el Grial es especial. Está a salvo. Abriste la cerradura, pero no se te ocurrió mirar bajo el cofre, donde comienza la segunda cámara de seguridad.

–Mientes –le espetó Montrovant, los ojos ardiendo y tratando de nuevo de incorporarse–. Mientes de nuevo. Mentiras es lo único que puede brotar de tus labios. Si yo soy un necio, es por haber creído alguna vez que de verdad poseías el Grial.

–Te diré la verdad –dijo Kodesh, riendo con un tono áspero y quebradizo que negaba toda alegría al sonido–. Siempre ha estado

conmigo. Nunca he sido capaz de separarme de él. Estás maldito, Oscuro, pero yo lo estoy doblemente. Mi existencia no me pertenece. No podría ponerle fin, ni aunque lo deseara. Estoy comprometido, ligado de maneras que tú nunca podrías comprender. Y el Grial existe. Tenías razón al codiciarlo, al perseguirlo. Pero te equivocabas al creer que en esa empresa podrías triunfar. No soy el único poder que se alza entre tú y esa sagrada reliquia.

–¡No lo apartarás de mí! –bramó Montrovant.

–En eso tienes razón, Montrovant –le interrumpió Abraham, adelantándose e inclinándose sobre el Oscuro–. En vez de eso, te apartaremos a ti de él. Creo que apreciarás lo que hemos dispuesto para ti; probablemente más que cualquier otro, tú podrás comprender la ironía.

Se apartó entonces, y Montrovant alcanzó a ver tras de él una caja de madera del tamaño de un ataúd. No era tan grande como aquella en la que él había encerrado a Abraham, pero parecía igualmente sólida, y había unas bandas de metal a lo largo de él y en los costados, esperando para ser cerradas y aprisionarlo.

En aquel momento Montrovant comenzó a debatirse salvajemente, y los otros no se demoraron más. Abraham se colocó junto a sus pies, y Gustav a los costados. Lo levantaron, lo transportaron rápidamente hasta la caja, mientras él se retorció tratando de liberarse, y lo depositaron en su interior sin más ceremonias. Tensó los músculos, apretó los dientes, lanzó un aullido salvaje, se desgarró la piel, y se quebró los huesos, intentando liberarse del acero que lo aprisionaba. Todo en vano. El dolor aclaró sus pensamientos durante un brillante momento de agonía y se ofreció a su vista, clavándose en su mente, una última imagen: los cuatro, mirándolo fijamente desde arriba, cada uno con una expresión diferente pintada en el rostro.

Kli Kodesh, sonriendo como siempre con aquella sonrisa siniestra suya, disfrutando de las emociones que cruzaban el rostro de Montrovant y del destino que le esperaba al Oscuro. Gustav, los ojos aún llenos de furia, una expresión hosca en el rostro. Abraham, el rostro mostrando una confusa mezcla entre la amargura por los recuerdos de su prisión, y la satisfacción de la venganza. Y la chica, cuyo nombre Montrovant ni siquiera conocía, la única entre todos ellos que parecía experimentar algo cercano a la misericordia.

Entonces la tapa fue colocada en su lugar, y la oscuridad se cernió sobre él. Luchó aún con mas fuerza, mientras, una tras otra, las

bandas metálicas iban envolviendo el cofre, y el crujido de los cerrojos al ser cerrados y asegurados, anunciaba el sellado de su tumba. Su mente se hundió lentamente en la oscuridad que lo envolvía, y aulló. Una vez tras otra, más fuerte, más fuerte aún, hasta que pareció que la caja, y el mundo que la rodeaba, se derrumbarían hechos añicos por la simple fuerza de su voz. Pero no hubo respuesta a sus aullidos, y el último de los cerrojos fue echado de una vez, y para siempre.

En el exterior del cajón los gritos apenas resonaban como suaves y amortiguados ecos, fáciles de ignorar, fáciles de olvidar. Mientras los hombres de Gustav terminaban de asegurar el cofre, y lo transportaban a los pisos inferiores para ser cargado en un carro, los otros se alejaron, dirigiéndose a una mesa junto al muro. Kli Kodesh se sentó en uno de los extremos, Gustav en el otro, y Abraham apartó una silla para que Fleurette pudiera unirse a él en el extremo más largo.

Durante un rato todos se mantuvieron en silencio, entregados a sus propios pensamientos. Al fin, Abraham tomó la palabra.

–Nos marcharemos mañana mismo, a la puesta del sol. Quiero regresar a Roma y visitar a Santorini antes de que pasen demasiados días y noches. Tengo una recompensa que reclamar, y un montón de preguntas que necesitan respuesta. No me gustó el ser cazado por Noirceuil. Sin duda, Lacroix estará de camino hacia allá en este preciso momento, lo mismo que los hombres de Montrovant. Demasiadas preguntas, para todos, y no las suficientes respuestas.

–Estarán encantados de volver a verte en Roma cuando les lleves las noticias de nuestra nueva localización, y ese cofre. Creo que hay cámaras muy profundas en las mazmorras del Vaticano. Montrovant no va a andar buscando ningún Grial en un futuro próximo. Y creo poder asegurar que también será el golpe de gracia para tu obispo.

Abraham asintió.

–El cajón no volverá a ver la luz del día, a menos que la Iglesia desaparezca. Y si eso llega a ocurrir –añadió, encogiéndose de hombros–, probablemente sea robado, o quemado, junto al resto de los secretos que la Iglesia esconde.

Kli Kodesh volvió a reír, y esta vez sí que había un poco de verdadera alegría en su tono.

–Ese sí que será un espectáculo al que me gustará asistir. Lo único que deseo, de algún modo, es que si llega a ocurrir, nuestro amigo Santos se encuentre de nuevo entre nosotros. Recordadme una noche de estas, cuando volvamos a vernos, que os cuente cómo nos

conocimos Montrovant y yo.

Fleurette los miraba y escuchaba sus palabras, los ojos oscuros. Volviéndose al fin miró a Abraham muy de cerca.

–Iré contigo. No me queda otra opción.

Abraham se puso tenso.

–¿Es esa la única razón? Hice lo que hice para salvarte de Noirceuil y Lacroix. No consideré lo que supondría hasta que te tuve entre mis brazos y me di cuenta de que iba a perder al único ser que, en toda mi vida y toda mi muerte, había perdido un momento en preocuparse por lo que me ocurriera. Lo siento.

Ella volvió a mirarlo, sin moverse. Finalmente, habló de nuevo.

–Yo no lo siento. Aún no. No tenía nada, y por eso lo abandoné todo tras de tí con tanta facilidad. No esperaba nada, y se me ofreció esto. Aún no sé si lo odio, o si te odio a ti. Muchas cosas han pasado, y no todas ellas malas --su rostro se dulcificó ligeramente--. Quería aventura, y eso es lo que me has dado... y en abundancia.

Gustav se levantó entonces, y habló, su voz desprovista de toda emoción.

–Tengo mucho que hacer aquí. Las cámaras deben ser limpiadas y reparadas antes de que a Roma se le meta en la cabeza la idea de enviar a alguien a investigar nuestras medidas de seguridad. Los artefactos deben ser inventariados y vueltos a guardar. Llevará mucho tiempo, pero ese es un problema que sólo me concierne a mí.

–Siempre has guardado bien nuestros secretos, Gustav --dijo Kli Kodesh con voz amable--. A ese respecto, ni siquiera Santos era mejor; y él era muy poderoso.

Gustav se alejó sin responder. El resto se mantuvo en silencio y, uno por uno, fueron marchándose lentamente mientras el alba se iba aproximando.

EPÍLOGO

La cámara había sido sellada. En lo más profundo de su interior, un vial descansaba contra una pared de piedra, agrietado y olvidado. El cristal de los lados se había roto, dejando una diminuta abertura. El

vial estaba vacío.

FIN